Seix Barral

Joel Agee

El mundo de piedra

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Lema
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
Créditos

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de
la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos

exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

En una casa con un gran jardín en un pueblo mexicano sin nombre a finales de los años cuarenta, Peter, de seis años y medio, lee, sueña y juega con sus amigos. Es un explorador, artista, filósofo, místico y científico. Su mundo aún es nuevo, todavía no está contaminado por el conocimiento recibido.

Y el mundo real que lo rodea es único en aquella época: una comunidad de exiliados que han encontrado refugio en México de los regímenes fascistas de Europa, codeándose con sindicalistas mexicanos o artistas como Frida Kahlo. Pero los emigrados añoran su hogar, incluido el padrastro de Peter, que quiere regresar a su Alemania natal. Sin embargo, volver puede no ser seguro, lo que da lugar a angustiosas discusiones entre los padres de Peter y su pequeño grupo de amigos.

Y poco a poco, Peter comienza a comprender que su mundo puede acabar patas arriba, que podría verse obligado a despedirse de todos los que conoce y ama: su mejor amigo, Arón; el amigo de su padre, Sándor, que habla de revolución y hace trucos de magia; y Zita, la criada de la familia, que le ha enseñado los consoladores misterios de la oración.

El mundo de piedra

Joel Agee

Traducción del inglés por Benito Pérez Ibáñez

Seix Barral

Para Beckett y Johanna

Infancia mía en el jardín:
¡Reina de la jardinería!

Rafael Alberti

1

Al chico le gustaba tumbarse a la sombra con la oreja pegada al fresco empedrado del patio. Zita, la criada, podría estar tendiendo ropa. En el jardín había una bañera de piedra donde lavaba algunas cosas. El borde tenía un barrillo verde y resbaladizo que al chico le gustaba tocar. Para la gran colada, Zita iba al cercano arroyo, donde también acudían a lavar otras mujeres. A veces la acompañaba el niño. Se tumbaba en la hierba a leer libros o a entregarse a sus ensoñaciones mientras oía el rumor de la corriente y la charla de las mujeres. Cuando confluían ambos sonidos parecía que el agua parloteaba y reía y las mujeres formaban parte de la cadencia y el murmullo del agua. Pero también le gustaba tumbarse en el patio de piedra, donde se ponía a escuchar sintiendo el frescor en el rostro.

Una vez su madre le preguntó qué estaba haciendo. Él dijo que estaba escuchando. «Escuchando qué», preguntó ella. «La piedra.» «¿En serio? —le dijo—, ¿y qué dice?» «No dice nada —contestó él, riendo—: ¡Las piedras no hablan!» «Entonces, ¿qué es lo que oyes?» «No sé —dijo él—. Solo que me gusta escucharla.» Ella no siguió preguntando.

Su madre se dedicaba a la música. Tocaba el violín todos los días. Para practicar, decía ella. «¿Por qué practicas?», le preguntó el chico. «Para tocar mejor», dijo ella. «Pero si ya *topas* bien», objetó él. «*Toco* bien —lo corrigió ella—. Sí, toco bien, pero puedo tocar aún mejor, y por eso practico. Más adelante, cuando consiga perfeccionarme, tocaré para que lo oiga la gente. A eso lo llaman interpretar. Practico para poder hacer una buena interpretación.»

«Una interpretación *perfecta*», apostilló él.

«Puede», dijo ella con una sonrisa.

Zita pronunciaba el nombre del niño como una palabra en

español, Pira. Otros niños, incluso mexicanos y estadounidenses que hablaban español, también lo llamaban así. Algunos lo llamaban Pedro. En cualquier caso, su nombre era Peter. Le gustaba cómo sonaba en boca de los mexicanos. Eso hacía que se sintiera mexicano, más aún que si se llamara Pedro.

Cuando jugaba en la calle con niños mexicanos, no le gustaba que su madre y su padre lo llamaran por su nombre estadounidense. Los estadounidenses eran gringos, así que Peter era un nombre gringo.

Ser gringo no era nada bueno. A veces los demás niños empleaban esa palabra. Siempre hablaban de alguien que no estaba allí o incluso de todos los gringos del mundo, y esa palabra siempre sonaba mal. Era consciente de que podían llamarlo gringo porque era estadounidense y su madre, ni que decir tiene, era gringa incluso en su forma de hablar español. Su padre era alemán, pero eso no hacía menos gringo a Pira.

Y, sin embargo, nadie lo había llamado así en la vida. Una vez, un chico hizo trampas a las canicas y Pira lo llamó «cabrón», consciente de que era una palabrota, y el chico, en vez de llamarlo «gringo», le dijo «chinga tu madre», que era una de las peores expresiones y que, según le habían dicho, jamás debía emplear. Eso demostraba lo verdaderamente mala que era la palabra *gringo*.

A veces, Pira rezaba para que le permitieran ser mexicano.

El apellido de Pira era Vogelsang. Le gustaba, aunque no era nada mexicano. Era el apellido alemán de su padre, y significaba «canto del pájaro».

Su padre era escritor. Cuando se iba a su cuarto a escribir, decía que iba a trabajar. Cuando escribía tenía un sempiterno aire de inquietud, y la habitación donde trabajaba siempre estaba llena de humo. Aquel cuarto era su despacho. En una pared, cerca del escritorio, colgaba la roja imagen del brazo de un hombre con el puño cerrado sobre algunas palabras en alemán. En otra había una fotografía de la casa de un escritor famoso de hacía mucho tiempo, con bonitos árboles alrededor. Había una librería abarrotada de

libros y en el último estante se veían unos diez o quince ídolos, verdes y marrones, altos y bajos. Pira no tenía permiso para jugar con ellos.

Zita también trabajaba. Barría y fregaba los suelos, hacía las camas, iba a la compra, lavaba la ropa. Ese era el trabajo de Zita. A veces su madre la ayudaba a hacer la comida, aunque en general no hacía nada. Practicaba. A lo mejor también eso era trabajo. Ella decía que sí. Y, además, tocaba.

Pira estaría pronto en primaria y tendría deberes para casa. Lo esperaba impaciente. Pero ahora era verano y lo único que hacía era jugar. Jugaba en la calle con los chicos, y también con sus dos mejores amigos: Chris, un niño estadounidense sin madre y con un padre rico, y Arón, que no tenía padre y su madre era pobre. Chris vivía en una casa grande y blanca que tenía una ametralladora en el jardín. Un chófer lo llevaba en coche por ahí. Arón vivía cerca, en una casa sombría llena de crucifijos. Solo tenía un juguete: un esqueleto que movía brazos y piernas cuando se tiraba de un cordel. Una vez Pira dio a Arón un coche de juguete para que se quedara con él. Aquel mismo día, Arón le devolvió el coche, entre lágrimas. Su madre lo había azotado con una correa, dijo, por coger lo que no era suyo, aunque fuese un regalo de Pira. La madre de Pira habló con la de Arón.

—Su hijo sufre mucho, señora —dijo—. No le pegue, por favor. Todos lo queremos.

—Le daré tantos azotes como se merezca —replicó la madre de Arón.

Chris también recibía palizas, pero no tan a menudo. Una vez enseñó a Pira un verdugón que le había hecho su padre en el trasero con un cepillo del pelo.

De cuando en cuando, los tres chicos jugaban juntos.

Pero muchos días Pira jugaba solo, y se lo pasaba bien. Le gustaba montar en su moto por el patio. Le gustaba conducirla con un pañuelo de seda enrollado al cuello, mientras fingía que era Superman. Le gustaba jugar con sus indios y soldados de metal. Le gustaba escuchar a Paco, el loro, que parloteaba en el plátano de la parte de atrás de la casa. Le gustaba tirar palos a Tristan, el perro,

cosa que al animal le encantaba. Y hacía poco había descubierto la manera de leer, y eso también era divertido. Aquel descubrimiento se produjo por sí solo. Sus padres siempre le estaban leyendo libros, y fijándose en los dedos que se deslizaban a lo largo de la línea, pronto comprendió que era capaz de leer.

A veces trepaba al enorme zapote del jardín. Antes necesitaba que su padre lo ayudara a encaramarse a una rama grande, pero ahora había una escalera apoyada en el árbol, de modo que podía subir por su propio pie. Erguido sobre aquella rama y sujetándose en otra más alta, imaginaba que era un marino entre los aparejos de un velero, sobre todo cuando soplaba el viento. También se sentaba en la rama grande, abrazado al tronco del árbol para no caerse. Desde allí su mirada llegaba al otro lado del valle hasta los volcanes coronados de nieve, el Iztaccíhuatl y el Popocatépetl.

Zita le había contado un historia sobre ellos. Popocatépetl era un gran guerrero azteca. Iztaccíhuatl, una princesa. Popocatépetl amaba a Iztaccíhuatl y pidió permiso al padre de la joven para casarse con ella. Este le dijo que primero tendría que combatir a un rey malo que vivía lejos. Popocatépetl emprendió la marcha hacia aquel lejano reino, luchó contra el rey malo y lo mató. Pero tardó mucho tiempo en volver a casa. Otro hombre que también quería a Iztaccíhuatl contó a todo el mundo que Popocatépetl había muerto. Así que el padre de ella sentenció que el otro hombre podía casarse con la princesa. Iztaccíhuatl no quería casarse con él, pero su padre dijo que tenía que hacerlo. Entonces Iztaccíhuatl se puso tan triste que se murió, y justo después de su muerte volvió Popocatépetl. Todo el mundo se echó a llorar. Fue un día muy triste. Popocatépetl dijo que se llevaría a Iztaccíhuatl para no volver jamás. Subió en brazos su cadáver a lo más alto de las montañas, la depositó en el suelo y se quedó mirándola noche y día, sin moverse. Entonces empezó a nevar y nevar hasta que la cabeza, el pecho, las rodillas y los pies de Popocatépetl y de Iztaccíhuatl se cubrieron de nieve, y así se quedaron por siempre jamás.

Pira ya no pedía a Zita que le contara esa historia. Estaba en su memoria y en la de las montañas mismas, Popocatépetl en pie, con la cabeza ligeramente inclinada, Iztaccíhuatl yaciendo de

espaldas frente a él. Y en lugar de la voz lenta y grave de Zita, oía los pájaros y los gritos de los vendedores en la calle.

Uno de sus libros favoritos era *Los cuentos de así fue*. De vez en cuando, la persona que contaba los cuentos decía «Mi niño querido», o bien «¡Oh, mi querido niño!», y en tales momentos Pira siempre sentía un placer especial, como si se dirigieran a él personalmente en los términos más amables y respetuosos imaginables. Por la forma en que las palabras estaban escritas, con mayúscula, parecía que tenían su importancia. El «mi», cuando aparecía, era como la reverencia que se hace a un rey: «¡Mi querido rey!». Otra cosa que el narrador del cuento decía de cuando en cuando era «atiende y escucha». Lo decía de diferentes formas:

«¡Ahora escucha y atiende!»

«Ahora atiende y escucha!»

«¡Escúchame con mucha atención!»

«¡Ahora vuelve a prestar toda tu atención y escucha!»

A veces, cuando Pira se quedaba tumbado en el patio sin hacer nada, esas palabras le venían a la cabeza y le recordaban que era capaz de escuchar.

Fue Zita quien le enseñó a rezar.

—Puedes rezar a Dios o a la Virgen de Guadalupe o al Señor Jesús —le dijo—. El Señor Jesús es el dios del amor. Junta las manos así y pídele que ayude a todas las personas y a todos los animales. Luego puedes rezar por ti y por la gente que quieres.

Cuando Zita hablaba de Dios y del Señor Jesús, empleaba palabras especiales que no se decían así como así al hablar normal. «Poderoso», por ejemplo. Otra palabra que Zita utilizaba era «gracia»: era algo que la Virgen te daba si le rezabas a ella; gracia y cariño. Pira sabía que *cariño* significaba «ternura», pero desconocía el sentido de *gracia*, y cuando se lo preguntó, Zita no supo explicárselo. Así que le preguntó a su madre:

—¿Qué significa *gracia*?

—Significa que estás agradecido.

—No, *gracias* no: *gracia*.

—¿Quién te ha enseñado esa palabra?

—Zita. Me ha dicho que no sabía explicármela.

—Es que es difícil de explicar. Significa *«grace»* en inglés. Aunque se parece a *belleza*, no es lo mismo. Las bailarinas tienen gracia: la forma en que se mueven, en cómo se quedan de puntillas. Una bailarina puede ser bella, pero si no tiene gracia... —remedó con las manos los movimientos de una bailarina—, así..., entonces no es una buena bailarina de verdad. La gracia es una especie de belleza.

Él asintió con la cabeza.

—También hay gracia en la música —añadió ella—. Te lo mostraré.

Cogió el estuche del cajón donde lo guardaba, sacó el violín y el arco, se ajustó el instrumento debajo de la barbilla y con el arco le arrancó una nota larga y clara.

—Eso es belleza —dijo ella.

Él lo entendió.

—Y ahora, ahí va la misma belleza pero con un toque de gracia.

Y de nuevo produjo el mismo sonido largo y creciente, pero con dos dedos provocó un trémula y delicada corchea danzante cerca del final.

—Eso es gracia —dijo Pira, describiendo con los dedos pequeñas ondas para imitar la gracia.

Su madre asintió. Volvió a poner el violín y el arco en el estuche y a guardarlo en el cajón, que dejó cerrado.

—De hecho —dijo entonces—, Zita tiene gracia. También es bella, pero tiene gracia.

—¿Como una bailarina?

—Algo así. La manera en que lleva la cabeza al andar, la forma en que está de pie, el modo en que se sienta.

—¿Cómo se sienta?

—Ya sabes..., muy derecha. Muy digna.

—¿Qué es *digna*?

—¡Con gracia! —dijo ella, y los dos se echaron a reír—. Eso le viene de llevar cosas en equilibrio sobre la cabeza —añadió su madre.

Pira recordó la manera de andar de Zita a su lado o delante de él cuando iban y volvían del arroyo, llevando la colada en un cesto en equilibrio sobre la cabeza. Unas veces lo sujetaba con una mano, y otras caminaba con los brazos a los costados y la cesta no se le caía.

—Zita dice que la gracia se la da la Virgen de Guadalupe —dijo él.

Ahora su madre parecía sorprendida.

—Ah. Esa es otra clase de gracia. La misma palabra, pero con un significado diferente.

Se quedó pensándolo. Pira esperó.

—Es algo parecido a la suerte. Cuando las personas religiosas son afortunadas, creen que su suerte procede de Dios, o de una diosa. Así que rezan para estar en gracia. Y a veces lo consiguen, pero no precisamente porque haya un dios.

Pira ya no sentía curiosidad por la gracia. Parecía cosa de mujeres, y él iba a ser un hombre. Si rezaba, rezaría al Señor Jesús, el dios del amor, que era muy poderoso.

Pero al cabo de un tiempo, cuando pensaba en Jesús, le resultaba difícil imaginarlo poderoso, porque estaba clavado en una cruz. ¿Cómo podía socorrer a alguien? Él mismo necesitaba ayuda. De modo que cuando rezaba, cosa que hacía muy de vez en cuando, Pira rezaba a Dios. Dios era el padre del Señor Jesús. Lo sabía todo y podía hacer cualquier cosa, así que tenía sentido rezarle a él.

Al otro lado del arroyo al que iban las mujeres a lavar la ropa se extendía una pradera donde pastaban vacas. Al final del prado había un barranco. Su padre lo llevó allí una vez, cuando Pira era pequeño. Tiraron piedras desde el borde y las oyeron caer al suelo, abajo.

—Nunca te acerques al borde si estás solo —dijo su padre—. Es muy peligroso. Fíjate en cómo caen esas piedras: si tú te caes, te matas.

Pira nunca volvió al barranco. Muchas veces, cuando estaba con Zita y las demás mujeres cerca del arroyo, alzaba la vista del libro para observar las vacas que pastaban al otro lado de la corriente. Algunas se acercaban al precipicio, y se preguntaba si eran conscientes del peligro que corrían.

La madre de Pira se llamaba Martha. Se dirigía a Zita por su nombre de pila y quería que ella la llamara Marta. Zita lo intentó unas cuantas veces, pero no pudo. Le sonaba raro. La llamaba «señora Marta». Cuando charlaban entre ellas se trataban de usted y no de tú.

—¿Zita es tu amiga? —preguntó Pira a su madre.

—Pues claro que es mi amiga —contestó Martha—. Yo quiero a Zita.

—¿Y por qué dice «señora Marta» y no «Marta»?

—Porque trabaja para nosotros y le pagamos. Tampoco llama Bruno a Bruno.

Bruno era el nombre del padre de Pira.

Así que Zita y Martha eran amigas, pero no de la misma forma en que lo eran Martha y sus demás amigas, o Zita y sus amigas. No llegaba a entenderlo, pero había una explicación.

Otros niños también empleaban nombres diferentes para sus padres. Pero eso no necesitaba explicación, era así y punto. Arón llamaba «mamá» a su despiadada madre. Cuando Chris hablaba con su padre, decía «papá», pero cuando su padre le hacía una pregunta respondía «sí, señor» o «no, señor». Pira llamaba a sus padres «Bruno y Martha». Durante un tiempo intentó llamarlos «mamá y papá», como los niños estadounidenses llamaban a sus padres en los libros, pero así parecían padres de pega, de modo que siguió llamándolos por su nombre de pila, igual que ellos lo llamaban Peter a él. Pero cuando hablaba de ellos con Zita, siempre decía «mi madre» o «mi padre», nunca Martha o Bruno. Le

habría resultado raro, si no.

Paco, el loro, solía limitarse a parlotear, chillar y emitir ruidos como chasquidos, pero de vez en cuando decía cosas como «¡Sí, cómo no!» y «¡Caramba!». En alguna que otra ocasión se llamaba a sí mismo: «¿Paco?, ¡Paquito!». Hablaba con voz de hombre, probablemente del que lo enseñó a hablar. Una vez, posado en el dedo de su padre, dijo: «¡Cristo está vivo, cabrones!», cosa que, según Bruno, era lo más divertido que había oído en la vida. Martha intentó enseñarle palabras inglesas, pero Paco no mostró interés.

Martha quería a Paco casi tanto como a Pira y a Bruno, y era evidente que Paco la quería a ella más que a nadie. Se posaba en su dedo y se quedaba escuchándola con la cabeza inclinada cuando ella le decía:

—Paco, mi cielo. Qué pájaro tan bonito eres.

También ladeaba la cabeza cuando ella tocaba el violín. Martha decía que entendía la música.

Bruno era el padre de Pira, pero Pira también tenía otro padre que se llamaba David y vivía en Nueva York. David era su primer padre, y Bruno, su padrastro. Martha decía que Bruno era su padre verdadero tanto como lo era David y, en cierto modo, más de verdad, porque David estaba lejos y no había visto a Pira desde que era pequeñito salvo por unas cuantas semanas cuando tenía cuatro años. Pero justo por esa razón, Martha quería que Pira supiera que David era su padre.

—Un día os volveréis a ver y verás que te quiere —le dijo—, aunque no te haya visto desde que eras muy pequeño.

Le contaba muchas cosas sobre David.

Dijo a Pira que David era músico, como ella. Que tocaba el piano. Que David y Martha solían dar conciertos juntos. Para enseñárselo, puso un disco que habían grabado. Dijo que David y ella se habían separado porque no se llevaban bien, y que ahora

ella lo quería igual que siempre, pero no de la misma manera en que quería a Bruno. A veces enviaba a David fotografías de Pira. Entonces David escribía a Martha, y ella le contaba a Pira que David había dicho que lo quería y que estaba orgulloso de él.

Una vez Martha sugirió a Pira que escribiese una carta a David, así que él dictó a Martha unas palabras en las que hablaba a su primer padre sobre el zapote, sobre Iztaccíhuatl y Popocatépetl, sobre Bruno, Zita y Tristan. Entonces David le escribió sobre un concierto que había dado en un sitio llamado Tanglewood. A Pira le gustó mucho el nombre, Tanglewood. Sonaba a misterio y oscuridad como los bosques en Hansel y Gretel, pero estaba iluminado y era real porque David había estado allí.

Varias veces a la semana, Martha tocaba cuartetos de cuerda con tres húngaros: Ferenc, István y Sándor.

En ocasiones iban a ensayar a casa de Pira, pero normalmente se reunían en la de Sándor. Sándor era el primer violín y Martha, el segundo. István tocaba la viola y Ferenc, el violonchelo. Se hacían llamar el Cuarteto Ferenc Sándor. Cada pocos meses tocaban en Ciudad de México, Guadalajara, Juárez y otras grandes ciudades. En cierta ocasión tocaron un quinteto de piano en Nueva York con David, el primer padre de Pira, al piano. Pero de eso hacía mucho tiempo.

Sándor era el mejor amigo de Bruno, y una húngara amiga de Sándor, Valéria, también era buena amiga de Martha.

Los dos hablaban alemán, como Bruno, aparte del húngaro. Sándor iba a menudo a la casa, a charlar, fumar y beber con Bruno, a reír y cantar con Martha, a veces incluso a bailar con ella al son de un disco, y a hacer trucos de magia para Pira. Era capaz de hacer trizas un billete, juntar los trozos y desplegarlo otra vez de una pieza, sin romper. De quitarse la mitad del pulgar y pegarlo de nuevo. De meterse cigarrillos por la nariz, uno detrás de otro, y hacerlos desaparecer. De hacer anillos de humo. Sándor era divertido.

Por la radio cantaba a veces un hombre: «¿Por qué me llamas, si no me quieres? ¿Por qué me escribes, si no sé leer?».

A Martha le parecía divertida la canción. No por el hombre a quien no querían, y Martha decía que no se reía de él.

Cada pocos días llegaba una carta de Federico, el novio de Zita, y Martha se la leía a Zita. A Pira también le gustaba oír lo que decían las cartas. Contaban historias sobre Federico y su familia: sobre quién estaba enfermo o recuperándose, quién tenía novio y a qué se dedicaba ese novio en la vida, quién tenía trabajo y quién no, quiénes estaban aprendiendo a leer y de quiénes eran hijos, y saludos de todos, una larga lista de nombres; así como sobre el sindicato de Federico y sus planes de ir a la huelga para contribuir a que todos los trabajadores ferroviarios ganaran más dinero, y acerca del amor que Federico sentía por Zita. Sobre todo, la parte sobre planear una huelga le parecía emocionante.

Pero escuchar solo era una parte de sus placeres. La otra era observar a Zita mientras ella escuchaba. Cuando Federico decía que era feliz, el significado de la palabra parecía brillarle en los ojos y la sonrisa: ella era feliz con él. Y cuando él hablaba de tristeza o soledad, Pira veía esas dos emociones en el rostro de Zita y las experimentaba con ella. Martha le había dicho una vez que la poesía era como la música, solo que hecha con palabras. Las cartas de Federico eran así. Pero las palabras ni siquiera eran suyas, porque Federico no sabía escribir. Tenía que dictar las cartas a un escritor de cartas de Ciudad de México que, según Martha, cambiaba palabras y añadía otras para que la misiva resultara más bonita. Así que, ¿de quién era la música?

Del mismo modo, Zita dictaba sus cartas a un hombre que instalaba su máquina de escribir en una mesita cerca del quiosco de música en el zócalo. A veces la acompañaba Pira mientras las dictaba. «Dígale que lo echo de menos», dijo una vez al hombre, que escribió a máquina durante un rato. Luego, cuando pidió a Pira que la leyese antes de meterla en el sobre y sellarlo, sonaba de otra manera: «Mi queridísimo, mi bienamado Federico. La vida sin ti es solo media vida, pero tu amor endulza mi pesar».

—Es cierto —dijo Zita entonces—. Eso es lo que siento.

Federico iba cada dos meses a ver a Zita. Llegaba un viernes por la mañana después de viajar durante mucho tiempo. Ella iba a recogerlo a la estación de autobuses y juntos se dirigían a casa de Pira, en la calle Humboldt. Federico venía siempre con una maleta pequeña, mientras Zita llevaba en la mano las flores que Federico le había traído. A veces caminaban cogidos de la mano. El jefe de Federico dejaba que se tomara libres el viernes y el sábado, y el lunes siguiente también. Eso era un detalle por parte del jefe, decía él. Federico perdía tres días de paga, pero luego trabajaba más horas y domingos también para recuperar el dinero perdido y, además, aumentar sus ingresos para meterlos en el banco. No le resultaba difícil, según afirmaba, porque a cambio de eso pasaba tres días enteros con su novia. Pira vio lo contenta que se ponía Zita cuando Federico decía que era su novia.

Una vez Martha dijo a Zita que el sacrificio de Federico demostraba lo enamorado que estaba. «Sacrificio», dijo, y «enamorado». Pira no tenía claro ante cuál de esas dos palabras se agrandaban los ojos de Zita, como sucedía siempre que Martha decía algo importante. Se figuraba que era *sacrificio*. Esa era sin duda la que al oído parecía más importante.

Pira sabía lo que era el sacrificio porque había leído libros sobre la conquista. Había uno en particular, ilustrado, que mostraba cómo los mexicanos antiguos ofrecían sacrificios humanos a sus dioses. Un sacerdote sacaba a la víctima el corazón del pecho con un cuchillo y lo alzaba hacia el sol. Otros sacerdotes sujetaban brazos y piernas a la víctima para que no pudiera moverse. La víctima tenía la cabeza echada hacia atrás con la boca abierta. Algunos de los sacrificados eran niños. A lo mejor estaban gritando, y puede que ya estuvieran muertos.

Unas veces las víctimas eran cautivos que no querían ir al sacrificio, y otras eran atletas que habían competido con otros en sagrados juegos de pelota por el honor de que les arrancaran el corazón en alabanza a Huitzilopochtli o a cualquier otro dios que

gustara del sabor del corazón humano. ¿Por qué querría alguien que le arrancaran el corazón? Tendría que preguntárselo a Bruno. Bruno sabía un montón de cosas que habían ocurrido de verdad y que ahora mismo pasaban en el mundo. Martha también sabía mucho, pero no tanto sobre cosas verdaderas sucedidas en el mundo hace mucho tiempo.

Para Pira, las visitas de Federico siempre eran emocionantes. Federico era fuerte, probablemente más que Bruno. Cierta vez que Pira luchaba en el jardín con Bruno y su padre forcejeaba para sujetarle las muñecas contra el suelo, Pira le dio un fuerte empujón, Bruno cayó de espaldas y lo inmovilizó contra el suelo.

—¡Qué fuerte eres! —dijo Bruno.

Pira se sintió orgulloso, pero no le gustaba ser más fuerte que Bruno. Así que preguntó a Martha:

—¿Por qué Bruno no tiene fuerza?

Y Martha le contestó que estaba fingiendo y que en realidad era bastante fuerte. Pero una vez que Bruno estaba sentado en el césped, Martha y Valéria, la amiga de Sándor, se acercaron sigilosamente a él por detrás, lo cogieron de los brazos y lo sujetaron contra el suelo. Todos reían, no era más que un juego, pero Pira veía que Bruno quería incorporarse y no lo consiguió hasta que ellas se lo permitieron. Eran dos contra uno, pero de todos modos Bruno era un hombre, así que no estaba claro.

Sin embargo, con Federico no cabía duda. Federico era fuerte. Era capaz de alzar a Pira en volandas y depositarlo de nuevo en el suelo muy rápido, como si no pesara nada en absoluto. Cuando Pira intentaba luchar con él, Federico le daba vueltas y lo lanzaba al aire en la dirección que quería. Era como un gigante. Hacía aparecer una redonda montaña de músculo en el brazo flexionado, como Popeye. Además se peinaba de una forma especial, a lo mexicano. Necesitaba ambas manos para peinarse, y también un espejo. Primero se echaba en la cabeza unas gotas de un frasco y se frotaba el cuero cabelludo. Luego, con una mano, se pasaba despacio el peine por el pelo negro y brillante mientras la otra, cuidadosamente, seguía al peine para asegurarse de que estaba bien peinado además de parecerlo. Si la raya no quedaba recta,

empezaba otra vez desde el principio. Solo cuando todo estaba perfecto añadía el toque final, que consistía en apartarse un poco el pelo hacia un lado de la frente para hacerse una onda por encima. Además, también calzaba unos zapatos extraños. Eran puntiagudos y tenían muchos agujeritos en la parte delantera.

Zita tenía dos dioses en su cuarto. Cada uno en una mesilla de noche, uno a cada lado de la cama: un ídolo de una piedra verduzca, de piernas rechonchas y una amplia sonrisa en el rostro, con una bandeja cuadrada en las manos y un crucifijo de metal como los que tenía en casa la madre de Arón. Zita contaba a Pira muchas cosas sobre el Señor Jesús y casi nada sobre el ídolo, que ni siquiera tenía nombre.

—Solo es un adorno —explicó ella—. No le rezo. Yo rezo al Señor Jesús. Es el dios del amor. No se necesita otro dios.

—¿Y a la Virgen de Guadalupe?

—A ella también le rezo. Aunque no es una diosa. Es la madre de Dios. También es la madre de todos los indios, pero no es una diosa. Jesús es el único dios verdadero.

«El único dios verdadero.»

Pero con frecuencia ponía algo en la pequeña bandeja de la estatuilla —normalmente una flor, a veces comida, un trozo de chile y, en una ocasión, una foto de Federico—, así que Pira sospechaba que Zita mentía y que el ídolo no era un adorno sin más, sino algo especial en el sentido en que el Señor Jesús era especial, un dios.

Se lo contó a Martha.

—Me parece que Zita miente.

No es que le importara, en realidad. Solo quería saberlo. Zita no mentía para hacer daño.

—Eso no es una mentira —dijo Martha—. Es un secreto.

Pira conocía la diferencia. Un secreto era algo que no se decía a nadie. A veces cuando el pene se le ponía grande y estaba solo en la cama, se lo sujetaba bien derecho con una mano y con dos dedos de la otra hacía un hombrecito. El hombre venía caminando por la

sábana y trepaba al cuerpo de Pira, que le resultaba una cuesta muy empinada, y seguía andando hasta que el pene le daba un golpe. Salvo que no era un pene sino un gigante. El hombre luchaba con el gigante. Unas veces ganaba y otras perdía. Ese juego era secreto. Solo Pira conocía su existencia.

Así que Zita también tenía un secreto. Pero él lo conocía.

Había otra palabra, *privado*, que tenía un significado parecido a *secreto*. Si Pira entraba en el cuarto de baño mientras su padre estaba haciendo pis, Bruno le pedía que saliera hasta que él terminase porque mear era algo privado para él.

A Martha no le importaba que Pira estuviera delante cuando ella hacía pis, pero sí le molestaba que abriera el cajón de arriba de su cómoda para ver lo que había dentro porque eran cosas privadas. Lo de Bruno haciendo pis y las cosas del cajón de Martha no eran secretos, porque él los conocía y a ellos no les importaba que los conociera. Si tenías un secreto, también era privado, pero las cosas privadas no eran secretos necesariamente. Esa era la diferencia.

Bruno y Martha recibían cartas que llevaban sus dos nombres en el sobre. Esas cartas eran para los dos. Pero también estaban las cartas dirigidas solo a Bruno o a Martha, y esas las leían por separado y luego las comentaban entre ellos. A veces se las pasaban al otro para que las leyese, pero seguían siendo privadas. Pira se enteró de eso un día en que Martha se enfadó con Bruno por haber leído una carta que el primer padre de Pira, David, le había escrito a ella sola.

—Yo no tengo secretos para ti —declaró Martha—, pero esto es privado.

Y Bruno, que al principio parecía dolido, lo entendió y se disculpó. Eso aclaró del todo las cosas.

Las cartas de Zita a Federico y las de él a ella no eran privadas, pero solo porque no sabían leer ni escribir y necesitaban que otras personas los ayudaran. Pero según Martha, la propia Zita era una persona muy privada. ¿Quería decir eso que tenía secretos

aparte del que Pira había descubierto? Él creía que no. No sabía a qué se refería Martha al decir eso.

2

Antes de aprender a escribir, Pira aprendió a componer poemas. Le enseñó Bruno. Es decir, Pira pronunciaba las palabras y Bruno las escribía. Luego su padre se las leía. Por lo general, los poemas de Pira eran en inglés, pero una vez escribió uno en español. Cuando terminó, Bruno se lo leyó y a Pira no le gustó.

—¿Por qué no? —preguntó Bruno.

—Es una tontería. —Le daba vergüenza.

—¿Hay algo que te guste?

—Sí, la parte que se repite.

—A mí también me gusta —dijo Bruno—. Se llama estribillo.

El estribillo era: «Cuando canta la verde rana».

—A veces, los poemas no salen perfectos a la primera —explicó Bruno—. Pero si los trabajas, podrás mejorarlos.

Trabajar.

Pira se sintió honrado y perplejo. Nadie le había dicho en la vida que fuera capaz de trabajar. Oía a Martha, que ensayaba con el violín en la sala de música. Ella también estaba trabajando.

—¿Cómo puedo trabajarlos?

—Probando con distintas palabras. Diferentes sensaciones.

—Pero ¿cómo?

—Empieza con la parte que te gusta. Tu estribillo da una sensación mágica.

Mágica.

—Mira a ver si puedes incorporar esa sensación a las demás partes.

—¿Cómo?

—Pensándolo. Tómatelo con calma. —Dio a Pira la hoja de papel con su poema escrito en mayúsculas—. Lee lo que tienes y pregúntate cómo podrías mejorarlo.

«¿Cómo voy a preguntarme a mí mismo?», pensó Pira.

—Ten paciencia —prosiguió Bruno—. Ya vendrá. Si se te ocurren cambios, mañana me los dictas.

«Ya vendrá.»

Pira se pasó toda la tarde, de forma discontinua, pensando en el poema. Encaramado en su sitio del zapote murmuraba palabras. *Canta* se convirtió en *cantaba*. Cuando la rana verde cantaba, no canta. Así parecía más mágico, como algo de hacía mucho tiempo. Pero en el fondo le gustaba *canta*, por la rima: Cuando canta. *Rana*, comprendió entonces, rimaba con *mañana*. Esa palabra le recordó «Las mañanitas», la canción de cumpleaños, y entonces se le ocurrió que si solo era una mañanita, podría rimar con Zita. Estaba impaciente por terminar el poema. Pero ¿cuándo estaría acabado? Cuando estuviese perfecto.

Bajó del árbol y tiró a Tristan palos en el jardín. Pero estaba distraído. Pensaba en el poema. Tristan emitió un breve ladrido, impaciente porque le tirasen el palo otra vez. Pira tuvo que decirle «no más» varias veces antes de que Tristan lo entendiera, se dirigiese a la hierba alta junto al zapote y se tumbara con la cabeza entre las patas.

Pira entró en la casa a buscar un lápiz, volvió a salir y, apoyado en el suelo del patio, trató de escribir MAÑANA en el reverso de la hoja donde estaba escrito su poema. No podía imaginar la palabra con la claridad suficiente para trasladarla de su mente a la página. Pensó en buscarla en un libro y copiarla luego, pero le pareció muy complicado, así que renunció a la idea.

Se tumbó con una mano sobre la hoja donde estaba escrito el poema, no fuera a llevársela el viento, apretó la oreja contra la lisa y fría superficie de la baldosa y se puso a escuchar. A través de la piedra oía los pasos de Zita por el interior de la casa. Con la otra oreja oía practicar a Martha y, más allá, a Bruno tecleando en su máquina de escribir. Pero aparte de aquellos sonidos, había silencio hasta el fondo mismo de la piedra. A esa profundidad envió sus palabras; sin pronunciarlas, aunque en su imaginación se oían muy fuerte, como una llamada:

Cuando canta la verde rana...

... y escuchó. Casi llegó a creer que la piedra le respondería, como un eco, pero no lo hizo.

Repitió la frase. Había en ella cierta melodía, se lo podía imaginar. La cantaban mariachis con guitarras. Siguieron cantando y hubo momentos en que Pira creyó oír nuevas palabras en la canción. Quería salir corriendo y contárselo a Bruno, pero estaba trabajando y le había dicho que mañana. Y ahora se le habían olvidado las palabras. Por un momento estuvo al borde de las lágrimas. Entonces Zita lo llamó para cenar.

Siguió distraído. Zita le puso delante un tazón de sopa y dijo algo, y entonces Martha dijo otra cosa. Las oía, y veía que le estaban hablando, pero era como si estuviesen muy lejos. Al final, Bruno dijo su nombre con aspereza.

—¿Sí? —contestó Pira.

—Cuando te hablen, contesta —dijo Bruno—. Callarse es de mala educación.

Bruno rara vez hablaba así a Pira. Y a Pira siempre le sorprendía cuando eso pasaba. Zita estaba volviendo a la cocina, de modo que no podía decirle que lo sentía. Miró a Martha. Estaba mirando a Bruno, que tenía el ceño fruncido frente a la sopa. Martha miró a Pira y dijo:

—En realidad, no has sido maleducado, Peter. Solo lo ha parecido.

Aquello estaba mejor, pero Pira no lo tenía claro. Bruno pensaba que sí lo había sido, y solía tener razón. Alzó la cuchara, la metió en el tazón, se llevó la sopa a la boca. Notaba su propia mano lejos de sí. Volvió a sentir aquella tristeza, como lágrimas lejanas detrás de los ojos.

Aquella noche, Bruno fue a sentarse al borde de su cama.

—Siento haberte regañado —le dijo—. Martha tenía razón. No has sido maleducado.

—Y tú tampoco —repuso Pira.

Bruno guardó silencio. Luego, con delicadeza, pasó la mano por el pelo de Pira.

—Quiero estar calvo —dijo Pira.

—¿Por qué?

—Quiero parecer mexicano.

—¿Como los chicos con los que juegas a las canicas?

—Sí.

—¿Sabes por qué les afeitan la cabeza?

—No.

—Para que no tengan piojos.

—¿Qué son piojos?

—Pequeños insectos que viven en el pelo de una persona. Chupan la sangre como los mosquitos, pero dan muchos más picores. Tú no tienes piojos.

—Ojalá tuviera.

—Yo me alegro de que no los tengas.

Pira seguía deseando estar calvo, pero no quería discutir. Guardaron silencio durante un rato.

—¿No te parece estupendo que dos personas puedan desear cosas diferentes y sigan queriéndose? —preguntó Bruno.

Puede que lo fuera. Pero a Pira le resultaba confuso, y esta vez le brotaron lágrimas que le corrieron por las mejillas.

—Lo siento. —Bruno le secó las lágrimas con un pañuelo—. ¿Eso te ha dolido?

—No sé —contestó Pira—. Creo que no.

Después de que Bruno le diera un beso y saliera del cuarto y de que Martha fuera a darle otro beso y se marchara, Pira pensó: «Mañana terminaré el poema». Luego rezó por Bruno a la Virgen de Guadalupe, pidiéndole que lo hiciese feliz. Normalmente rezaba a Dios, pero esta vez pensó en la Virgen y en cuanto empezó a rezarle tuvo la impresión de que a ella le gustaba y se alegró. Después de rezar por Bruno, rezó a la Virgen por Martha y Zita y Arón y Tristan y Chris y la malvada madre de Arón y Federico y el señor Riley, padre de Chris, y los charros que trabajaban para él y sus caballos y los chicos con los que Pira jugaba a las canicas y David, su primer padre, y por todas las personas y todos los

animales, rogando a la Virgen que los hiciera felices a todos, y al terminar se sintió maravillosamente satisfecho.

Cuando se despertó a la mañana siguiente, Pira supo cómo empezaría su poema. Saltó de la cama y corrió al cuarto de baño, donde Bruno se estaba afeitando.

—¡Tengo el comienzo! —anunció.

—¿De qué?

—Del poema. ¿Me lo puedes escribir?

—Deja que termine de afeitarme primero.

—¿Te lo puedo decir?

—De acuerdo. ¿Cómo es?

—Cuando canta la verde rana, en la mañana, la mañanita.

Bruno se volvió hacia Pira, con una parte de la cara aún cubierta de crema de afeitar.

—Eso está muy bien —dijo.

Era muy diferente cuando Bruno le dirigía algún elogio. Martha siempre decía «precioso» o «maravilloso». Bruno empleaba palabras distintas: «bonito» y «me gusta». Hasta ahora nunca había dicho «muy bien».

—Precioso —añadió Bruno. Luego sonrió para que Pira supiera que lo decía en serio y se volvió hacia el espejo—. ¿Y cómo sigue? —preguntó, afeitándose de nuevo.

—No sé. *Mañanita* rima con *Zita*.

—Excelente idea.

Cuando Bruno hubo acabado de afeitarse, se puso *eau de cologne* en la cara, fue a su despacho con Pira y tecleó el comienzo del poema en la máquina de escribir, utilizando letras mayúsculas y centrando las líneas en la página para que parecieran versos en un libro:

CUANDO CANTA LA VERDE RANA
EN LA MAÑANA, LA MAÑANITA

En cuanto Pira los leyó (aún seguían en la máquina de

escribir), tuvo una idea de cómo podía continuar el poema, y pronunció las nuevas palabras en voz alta. Bruno silbó entre dientes, pidió a Pira que las repitiera y las tecleó debajo de los dos primeros versos, centrándolos también:

VENÍA CON GRACIA LA MADRE DE DIOS
QUE SE LLAMABA GRACIELA ZITA.

—Muy bueno —dijo Bruno—. ¿Quién es Graciela?

—Nadie. Es solo un nombre. Lo leí en un libro.

—Bonito nombre. ¿Por qué es la madre de Dios?

—No sé.

—Es bueno.

—Voy a enseñárselo a Martha.

—¿Por qué no esperas? Aún no está terminado.

—¿Por qué no?

—No sé. Tengo la impresión de que tiene que pasar algo más. ¿Qué te parece a ti?

Era verdad. Pira se llevó una decepción.

Bruno le acarició la cabeza, sonriendo.

—El hecho de que no esté terminado no significa que no esté bien. Es muy bueno. Solo que no está terminado del todo.

—¿Quieres decir que puede ser mejor?

—Pues sí, en cierto modo. Puede completarse algo más —contestó Bruno, describiendo una forma redonda con las manos.

—¿Parecido a perfecto?

—Sí, en cierto modo.

—¿Se lo puedo enseñar a Zita?

—Podrías, pero sería una lástima. Hay que trabajarlo más.

—Vale. Cuando lo termine te lo diré.

Salió corriendo del despacho al jardín. Nunca había sentido aquella especie de entusiasmo.

Poco antes de cenar, tras haber imaginado partes nuevas y pensar que el poema estaba terminado, recitó a Bruno lo nuevo, pero a juzgar por el modo en que dijo «bonito», Pira comprendió que no había quedado lo bastante bien. Aun así, Bruno le pidió que

le dictara todo el poema, incluida la primera parte, y lo tecleó de principio a fin con los versos escrupulosamente centrados en una hoja nueva, que tendió a Pira.

Entonces Pira pronunció las palabras en su imaginación, moviendo solo los labios.

—¿Qué te parece? —preguntó Bruno.

—Hay que trabajarlo más.

Bruno sonrió.

—Eso creo yo también.

Antes de acostarse, Pira tachó los nuevos versos. Luego volvió a tacharlos con trazos más gruesos. Nadie debía leerlos. No eran buenos.

A la mañana siguiente llamaron al timbre y era Arón. Quería mirar el grueso libro verde con grabados que mostraban el fin del mundo, héroes ejecutados y criminales rebanando el cuello de sus víctimas y a la madre que hizo a su hija quemaduras por todo el cuerpo con un atizador al rojo vivo. Había visto muchas veces aquel libro, y ahora quería mirarlo otra vez. Así que Arón y Pira lo vieron juntos, y luego Pira pensó en otro libro que probablemente gustaría a Arón y lo cogió de la librería contigua al despacho de su padre. Era un volumen con muchas palabras para personas mayores y Pira no lo había leído, pero en la parte de atrás había fotografías de muertos. Muertos tirados en la calle, en solitario y en grupos sombríos, varios cadáveres a la vez, hileras de gente muerta alineadas en la cuneta de una carretera, y fotos de niños muertos. Los habían apilado en un gran montón, niños y niñas. Algunos estaban desnudos, con el trasero al aire, pero como estaban muertos no tenían nada de que avergonzarse. Otros cadáveres llevaban pantalones cortos o vestidos y tenían los zapatos puestos. Con las piernas y los brazos entrelazados. Muchos habían quedado sepultados bajo otros cuerpos, algunos estaban arriba sin nadie encima. Había unos cuantos con la boca y los ojos desencajados. «A estos niños —explicó Pira— los han matado las bombas.» Había ocurrido en España, dijo, en una guerra que ya había terminado.

—¿Matan a los niños? —preguntó Arón.

—Sí. En la guerra matan a todo el mundo.

—¿Por qué matan a los niños?

—Para que los mayores se pongan tristes.

Arón guardó silencio.

Jugaron un poco con camiones y luego con soldaditos, y entonces Pira sacó su muñeco de Superman y Arón derribó a sus propios soldados sin que mediara disparo alguno.

—Están todos muertos —afirmó, aunque era absurdo, parecía que se habían desmayado, ¿y qué tenía eso de divertido?

Entonces Arón decidió que uno de ellos, el general, seguía con vida. Tras tumbarlo en la caja de una furgoneta, lo transportó hasta la tapia del jardín y allí puso al general, erguido, en una grieta entre las piedras, y colocó frente a él un manojo de hierba para ocultarlo.

—Aquí nadie lo verá —afirmó—, ni siquiera el Superhombre.

Pira lo aceptó.

—Me voy a casa —anunció Arón—. Hasta mañana.

Siempre decía lo mismo, pero eso no quería decir que volvería al día siguiente, solo copiaba la forma de hablar de los mayores.

Después de comer, Bruno, Martha, Zita y Pira se echaron todos la siesta; Martha y Bruno en su dormitorio, Zita en su habitación al fondo de la casa y Pira en su cuarto con la ventana que daba a la calle Humboldt. La ventana no tenía cristal, nada que separase la estancia de la calle salvo cinco barrotes de hierro, de modo que cuando cerraba los ojos y se ponía a escuchar, casi era como estar tumbado en la calle con la gente, las mulas y los perros que pasaban a izquierda y derecha frente a su cama. Podía pasar cualquier cosa en cualquier momento.

—¡Mantequillaaaaaa!

Ese era el carrito de la mantequilla.

—¡Chicleeeeee!

El vendedor de chicle.

El repiqueteo de los cascos de una mula, un apagado «¡ándale!» del dueño, y el suave azote de un palo en la grupa del animal.

Hombres y mujeres que pasaban a pie, el agudo tintineo del timbre de una bicicleta, una carcajada, una blasfemia.

Había quietud entre los ruidos. En ella oyó voces lejanas, y luego, muy lejos, una radio.

El pájaro de la acera de enfrente que cantaba en su jaula. Un coche que circulaba de vez en cuando.

Una horda de chicos pasó a la carrera, jadeando, riendo, correteando con los pies descalzos. Pira se preguntó si conocería a alguno de jugar a las canicas y si Arón iba con ellos, y entonces pensó de nuevo en estar calvo.

—¡Tejocoteeeee!

Martha siempre compraba aquella fruta dulce y amarilla, porque el chico que la vendía necesitaba el dinero.

Poco a poco, a medida que los ruidos iban y venían, fue sumiéndose en un duermevela.

Nunca llegaba a dormirse del todo —jamás en la siesta—, sino que permanecía en ese delicioso equilibrio entre el sueño y la vigilia. Antes de llegar a ese estado, siempre aparecían frente a sus ojos pequeñas esferas con los colores del arcoíris que se iban agrupando en trémulos montones o en hileras. Le gustaban, aunque también le parecían siniestras. Las contemplaba durante un rato y entonces empezaban a surgir imágenes. Esta vez era una rana. Se echó a reír.

Recitó varias veces los primeros cuatro versos de su poema, murmurando las palabras y sintiendo una oleada de orgullo y plenitud.

CUANDO CANTA LA VERDE RANA
EN LA MAÑANA, LA MAÑANITA
VENÍA CON GRACIA LA MADRE DE DIOS
QUE SE LLAMABA GRACIELA ZITA.

¿Por qué no podía acabar así el poema? Sería perfecto. Pero no estaba terminado. Había que trabajarlo más. ¿Cómo seguiría?

«Venía con cariño», dijo su mente.

«Venía con amor.»

«¡Eso es bueno! —pensó. Se imaginó a Bruno diciéndolo—. ¡Realmente bueno!»

Luego vinieron más palabras:

—Venía cantando por todos los niños.

Aunque *por* no era solo *por*, sino que significaba «por el bien de». Pero así estaba mejor.

¡Ahora sí lo pudo el entusiasmo! Saltó de la cama y salió fuera. Tristan se alegró de verlo y empezó a buscar el palo que le tiraban, pero Pira no estaba de humor para tirarle palos. Estaba oyendo el poema, haciéndolo resonar en su cabeza y escuchando:

CUANDO CANTA LA VERDE RANA
EN LA MAÑANA, LA MAÑANITA
VENÍA CON GRACIA LA MADRE DE DIOS
QUE SE LLAMABA GRACIELA ZITA
VENÍA CON GRACIA Y CON AMOR
VENÍA CANTANDO POR TODOS LOS NIÑOS

Ahora lo único que le hacía falta era algo que rimara con *amor*. *Flor* estaría bien. Igual que *calor* y *señor*, que *mejor* y *peor*. Pero *flor* era lo mejor. ¿Qué haría la madre de Dios con una flor, cuando ya está cantando por el bien de todos los niños? ¿Es que lleva una flor? ¿La trae? Lleva una flor, quizá, como Zita llevaba a veces flores en el pelo. Probó muchas frases con *flor*. Ninguna pegaba. ¿Y si no encontraba ninguna que rimara? Se estropearía todo el poema, no sería nada bueno.

Fue a la tapia a ver el general de Arón. Allí seguía, claro, oculto tras el manojo de hierba.

Pira pensó en hacer que trepara por la tapia. ¿Podría subir grieta a grieta y ladrillo a ladrillo hasta los trozos de cristal del borde? Sería una heroicidad. Desde allá arriba podría vigilar el jardín, el patio, todo. Pero la tapia era muy alta para Pira. Y, además, el general era de Arón, así que era Arón quien tenía que decidir.

Fue al patio. Allí, junto a sus soldados, estaba su mejor canica, la de la espiral azul. Normalmente era una enorme bala de

cañón, pero ahora mismo la necesitaba para echarla a rodar.

Se tumbó sobre las frescas y lisas baldosas, extendió los brazos de manera que pareciesen los dos largos muros en curva de la bahía donde, el año pasado, había pescado un pequeño pez plateado, y puso la canica en movimiento dándole un toque con el dedo. Allá iba, con un ruido hueco y sombrío, bamboleándose ligeramente, hasta que la detuvo haciendo barrera con la otra mano. Entonces, con un suave golpecito, cruzó la ancha bahía, rodando despacio como una ola vagabunda, quizá, o un pez, y de nuevo volvió con un toque del dedo. El camino al mar estaba abierto, pero el pez no lo sabía. Lo único que podía hacer era nadar de un lado para otro, quizá sin ver el mar inmenso, sin muros, recordándolo pero sin verlo, mientras se preguntaba si había o no una salida. El pequeño pez, cuando Pira lo pescó, era así. Lamentaba haberlo pescado, ojalá no lo hubiera hecho, pero en su día, cuando lo vio brincando y reluciendo bajo el anzuelo, se sintió orgulloso.

Sus padres sugirieron que lo devolviera al agua pero él no quería, el pez era suyo porque lo había pescado, y se lo quería comer porque eso era lo que los chicos grandes hacían con los peces cuando los pescaban. Así que sus padres llenaron de agua de mar el cubo de Pira, quitaron el anzuelo al pez y lo echaron al cubo, donde se puso a nadar. De vuelta en el hotel de la playa, su madre lo llevó a la cocina, enseñó el pez al cocinero y le pidió que se lo friera a Pira. El cocinero era alto y llevaba el gorro blanco de su oficio. Se echó a reír, ¡ja, ja, ja!, y tenía los dientes grandes y amarillentos. Llevaba un bigote estilo Zapata. Cogió un cuchillo, cortó un trozo de mantequilla, lo puso en una sartén, encendió la llama de un fogón y pasó rápidamente la mantequilla de un lado a otro hasta que se fundió. A continuación redujo la llama, introdujo la mano en una bolsa de harina y esparció un puñado sobre una tabla de picar. Tenía unas manos enormes. Metió una de ellas en el cubo y sacó el pez. Volvía a retorcerse, igual que cuando tenía el anzuelo, pero ahora el cocinero lo sujetaba con gesto delicado entre dos dedos mientras con la otra mano pasaba la hoja del cuchillo por la boca del pez, que se abría y se cerraba. Puso la

mano con el pez y la mano con el cuchillo frente a la cara de Pira para que lo viera bien y con dos o tres movimientos seccionó al pez de arriba abajo y echó las dos mitades sobre la harina. Allí se retorcieron cada una por su lado. Con los dedos, el cocinero dio un par de vueltas a las dos mitades en la harina y luego las echó a la sartén. Aún seguían coleando. Entonces Martha cogió a Pira de la mano, lo llevó al comedor y allí esperaron.

—Qué deprisa ha pasado todo —dijo, con aire de sentirlo por Pira.

Cuando una camarera les llevó las dos mitades del pez en un plato con un poco de lechuga, tomate y un trozo de limón, ya no se movían y tampoco se parecían mucho al pez que había pescado. Martha exprimió un poco de limón sobre las dos partes. Ahora, tumbado en el patio, sin dejar de rodar la canica, no recordaba el sabor del pez ni tampoco si se lo había comido todo.

Detuvo la canica, la guardó en la mano, puso una mejilla en el suelo y cerró los ojos. La piedra, dura y fría, era lisa y profunda, como el mar. Siempre era lo mismo cuando cerraba los ojos. Al principio se asustaba al sentir aquella tersa profundidad, pero luego notaba la dureza de las baldosas que soportaban su cuerpo y sabía que no se hundiría. Aun así, esta vez no tuvo miedo y pensó que mientras la sujetase en la mano, la canica lo mantendría a salvo en la superficie del patio aunque le pareciera que iba a hundirse. En cuanto lo pensó, empezó a pasarle. Se iba hundiendo despacio, pero no experimentaba la sensación de caer, sino más bien de que lo tuvieran bien sujeto y lo fuesen soltando poco a poco. Aún sentía la canica en la mano, así que no tenía miedo, pero en cierto modo se estaba alejando de la mano que sujetaba la bolita. Se estaba hundiendo en un mar de piedra. Era fluido, suave como la brisa. ¿Cómo podía ser? No era posible. Sin embargo, era una sensación familiar, como si ya le hubiese ocurrido antes y supiera cómo hacerlo. En ese instante, desde su habitación, Zita salió al patio.

—Pira, mi amor —dijo, riendo—, ¿por qué te echas a dormir en esa piedra tan dura?

—No es dura —repuso él, abriendo los ojos.

—¿En serio? —Se agachó y dio unos golpecitos en la baldosa con los nudillos—. ¡A mí me lo parece!

—A mí, no —dijo él, consciente de que ocultaba un secreto a Zita y que también se lo ocultaría a sus padres.

En cuanto a Chris y Arón, no lo entenderían ni tampoco les interesaría, de manera que si no se lo decía, no sería un secreto.

Chris llegó de visita poco después. Lo trajo un chófer en el reluciente coche azul de su padre. Treparon al zapote y jugaron a los piratas, y Pira decidió que eran piratas mexicanos, porque en español *pirata* se parecía mucho a su nombre. Luego jugaron a las canicas en el patio. Y luego, con los soldados. Pira le enseñó el general de Arón y Chris dijo que no tenía sentido, los generales no se escondían. Quería llevar otra vez al general con los demás soldados, pero Pira le dijo que tendría que permanecer en su refugio todo el tiempo que Arón quisiera tenerlo allí. Entonces decidieron luchar en el jardín. Unas veces Pira era más fuerte que Chris y otras no. Era diferente de luchar con Arón, aunque solo lo habían hecho una vez. Arón era demasiado tímido y amable para luchar. Chris era duro. No se rendía. Arón sí. Todo su cuerpo se rendía.

Cuando dejaron de luchar, se tumbaron de espaldas, sin camisa, fingieron que eran gigantes en Liliput y esperaron a que las hormigas empezaran a corretear sobre ellos. No había muchas, así que decidieron que tenían hambre y pidieron algo de comer a Zita, que les dio unos mangos, la fruta preferida de Pira. Dejaron que Tristan los lamiera y les quitara el pegajoso jugo de la cara, las manos y el pecho hasta que salió Martha, cogió a Tristan del collar, lo apartó, pidió a Zita un paño húmedo y limpió a los chicos.

Martha les dio acuarelas, pinceles y papel y pasaron un rato pintando buques de guerra, hasta que llegó el chófer para llevarse a Chris a casa para cenar. Así fue como pasó el día, y Pira seguía sin encontrar un verso que acabara en *flor*.

Pero lo halló al día siguiente, y no se parecía en nada a lo que había esperado:

Y para la única blanca flor.

La Virgen no llevaba flor alguna. No llevaba nada. Venía con gracia. La gracia no era algo que pudiera llevarse, era solo un andar lento y orgulloso, como caminaba Zita cuando llevaba algo en equilibrio sobre la cabeza. Andando, bajando del cielo, caminando, cantando para todos los niños y para la única blanca flor, la *flor* que rimaba con *amor*. Al instante se sintió satisfecho porque sabía que había concluido el poema. Estaba terminado porque no podía seguir. Era perfecto.

Tuvo miedo, entonces, de recitar a Bruno los nuevos versos, sobre todo el último. ¿Y si le gustaba un poco pero no mucho? Eso sería un buen chasco. No quería ni pensarlo. Sería como no recibir ningún regalo en Navidad.

Trepó al zapote y pensó en otras cosas. Pensó en las Navidades, para las que aún faltaba mucho, pero de todos modos valía la pena pensar en ellas. Quería unos patines y un disfraz de Superman. Quería un rizo sobre la frente como Superman, pero eso no era algo que se pudiese desear realmente. Pensó en tener un hermano pequeño. Al principio sería un bebé, luego crecería. Pero Pira siempre sería el mayor, el hermano mayor. Protegería a su hermano pequeño. Le enseñaría cosas que él supiera. ¿Cómo se llamaría? David. O Robin. Robin era amigo de Batman, que también tenía un rizo. Y era el nombre de un niño que recordaba de hacía mucho tiempo, cuando Bruno dejó a Martha para vivir con otra mujer y Martha se fue a Nueva York con Pira, que asistió al colegio Little People de Greenwich Village y allí conoció a Robin. Robin era pelirrojo. Martha cantaba por entonces a Pira una canción sobre Robin, el pequeño petirrojo, y debido a la canción Pira imaginaba que Robin era un pájaro. Le encantaba el nombre de Robin y el pelo rojo tanto como le encantaba el propio Robin. También recordó que conoció a su primer padre en Nueva York. Se llamaba David y por entonces era lo único que Pira sabía de él, hasta más adelante, cuando Martha y él volvieron a México con Bruno después de que Bruno dejara a la otra mujer porque quería más a Martha y porque quería a Pira más que a nada en el mundo,

y porque Martha quería a Bruno y también porque David quería a otra mujer. Fue entonces, una noche después de cantarle la canción de cuna, cuando Martha le dijo que tenía un segundo padre y que era David, el hombre alto y simpático que iba a visitarlos a ella y a Pira cuando estaban en Nueva York, y que en ese momento no se lo había dicho porque él era pequeño y no quería que se hiciera un lío, pero ahora ya podía entenderlo. En cierto modo ya lo sabía, porque David le había dejado claro, sin pronunciar una sola vez la palabra *padre* o *querer*, que le tenía mucho cariño.

Era bonito tener dos padres. La mayoría de los chicos solo tenía uno. Arón no tenía ninguno. Chris no tenía madre. ¿Qué era peor? Si se tenía una madre como la de Arón, mejor no tenerla. Pero solo si se tenía padre, cosa que Arón no tenía. Había niños así, huérfanos. Como los chicos que pedían limosna todos los días frente al Hotel Juárez hasta que los echaban, y los domingos a las puertas de la catedral. ¿Había allí un padre de Dios? Tendría que preguntar a Zita. A Bruno, no. Bruno no creía en Dios. Pero Zita..., ¿qué diría cuando le recitara el poema y ella oyera la parte sobre la madre de Dios? A lo mejor no le gustaba. Preguntaría por qué la madre de Dios se llamaba Zita. «No es Zita —le dijo a ella en sus pensamientos—, es Graciela Zita.» «Pero no se llama así», repuso ella. Pira no sabía qué responder. ¿Y Bruno? Aunque el poema le gustara, no se conformaría con eso. Se pondría a pensar en los versos. «¿Por qué es la única flor blanca?» Podría preguntar eso. Y probablemente lo haría. Había muchas flores blancas. ¿Cómo podía hablarse de «la única flor blanca»? No tenía sentido. «A lo mejor se lo recito a Martha antes que a Bruno», pensó. Allí estaba, en una hamaca a la sombra del plátano, leyendo. Podría bajar del zapote por la escalera y llamarla. Ella levantaría la vista del libro. «He terminado el poema.» «¿De verdad? ¿Me lo puedes recitar?» Entonces lo declamaría desde el principio y ella se quedaría encantada. Pero entonces Bruno se llevaría una decepción. Pira sintió que se le agolpaban las lágrimas en los ojos. Era muy difícil hacer aquel poema. Ojalá nunca lo hubiera empezado. ¿Por qué tenía que ser perfecto? Los primeros cuatro versos eran realmente buenos, eso había dicho Bruno.

Apoyó la mejilla contra la suave y lisa corteza verde del árbol. Olía bien, pero sobre todo le gustaba la sensación que daba al tocarlo. A lo mejor, al árbol también le gustaba su contacto. Una vez, sentado en la misma rama, había visto una hoja que reptaba despacio hacia él con patas de araña. La hoja tenía una cabeza con dos ojos redondos, negros y brillantes y largas antenas, y venía andando. Se asustó. Después se lo contó a Bruno, que le explicó que lo que había visto era un insecto hoja, pero no era una hoja sino un insecto que fingía ser una hoja para protegerse de los pájaros. Entonces le enseñó un libro con una ilustración de un insecto hoja, y debajo de la fotografía había escrita una explicación, y una de las palabras era *mimetismo*. Así se denominaba aquella especie de fingimiento. Siempre le decían que no imitara a la gente porque podía ofenderla, pero por lo visto con los insectos no era lo mismo.

Le entró sueño. Deseaba tener una casa en el árbol. Desde allí podría ver a todo el mundo sin que nadie lo viera a él. Ni siquiera Tristan. Aunque lo olería. Eso estaría bien. Tendría que poner una polea para Tristan. Como un ascensor. Lo subiría y lo bajaría, pero nadie más podría subir con él.

En aquel momento salió Bruno de su despacho y lo vio. Sonrió y lo saludó con la mano. Pira le devolvió el saludo con un gesto.

—¿Cómo va tu poema?

—Ya está terminado.

Al decir eso le dio un vuelco el corazón.

—¿Puedo oírlo?

Pira bajó una pierna para poner el pie en la escalera.

—Con cuidado —le dijo Bruno.

—Ya lo sé.

Pero bajaba apresuradamente.

Nada fue como Pira se esperaba. En vez de pedir que le recitara primero los versos nuevos, Bruno lo invitó a su despacho, metió una hoja en el rodillo de la máquina de escribir y le pidió que le

dictara el poema desde el principio.

CUANDO CANTA LA VERDE RANA
EN LA MAÑANA, LA MAÑANITA
VENÍA CON GRACIA LA MADRE DE DIOS
QUE SE LLAMABA GRACIELA ZITA.
VENÍA CON GRACIA Y CON AMOR
VENÍA CANTANDO POR TODOS LOS NIÑOS
Y PARA LA ÚNICA BLANCA FLOR.

No dijo nada mientras tecleaba, pero cuando acabó de escribir el poema en la hoja, miró a Pira y dijo:

—Peter, es fantástico. Es un poema verdaderamente bueno.

Por un momento, a Pira le desconcertó el significado de «verdaderamente bueno». Nunca había oído esas palabras así, juntas. ¿Era el poema bueno en el sentido de que lo hacía verdadero? Bruno lo atrajo hacia sí, y Pira sintió en la mejilla el roce de la cara sin afeitar de Bruno y pensó que no había nadie, nunca, en el mundo entero a quien quisiera más que a su padre. Entonces se acordó de Martha y dijo, con entusiasmo:

—¡Vamos a enseñárselo a Martha!

Salieron juntos y Pira echó a correr hacia donde Martha estaba leyendo bajo el plátano y, tal como había imaginado antes, dijo:

—¿Martha?

—¿Sí?

—¡He terminado el poema!

—Te he oído decírselo a Bruno. Estoy impaciente por escucharlo.

—Lo puedes leer.

Le dio la hoja con el poema y ella lo leyó en silencio, sonriendo mientras leía.

—Es precioso —dijo, y luego, mirando a Bruno, añadió—: Realmente bonito. —Y después de volver a leerlo concluyó—: Me gusta todo, pero en especial alguna de las partes, como la de la rana que canta, y la única blanca flor, que es tan bonita.

Bruno estuvo de acuerdo.

Zita había salido a la compra, de modo que Pira tuvo que esperar a que volviera a casa. Entonces quiso ponerse a hacer la cena, pero Martha le dijo que la cena podía esperar porque Pira tenía algo que enseñarle. Se sentía cohibido al recitarle el poema en presencia de Bruno y Martha, así que Zita sonrió y dijo:

—Ven, mi amor.

Lo cogió de la mano, algo que Martha y Bruno rara vez hacían porque ya no era pequeño, pero le gustaba cuando lo hacía Zita, y lo llevó a su habitación.

—Por aquí estaremos solitos —le dijo, cosa que significaba lo mismo que «aquí estaremos solos», pero *solitos* era algo más cariñoso.

Zita se sentó en su cama y Pira anunció que había escrito un poema y que en cierto modo era para ella (se sorprendió al decirlo) porque aparecía su nombre, aunque en realidad no era su nombre porque lo había convertido en *Graciela Zita*, y que en el poema así se llamaba la madre de Dios, que por supuesto tampoco se llamaba así, ¿y quería que se lo recitara? «Claro que sí», dijo ella, sonriendo, y Pira lo recitó, y a medida que avanzaba el poema parecía más importante que antes, quizá porque Zita escuchaba con mucha seriedad, como si las palabras de Pira, aparte de que gustaran o emocionaran, fueran algo en lo que se pudiera creer.

—Qué hermosa canción —dijo ella al terminar.

Y que lo llamara canción era de pronto lo más sorprendente y acertado que alguien hubiera dicho sobre el poema.

Arón se presentó al día siguiente. Lo primero que hizo fue ir a ver a su general. Allí estaba, en su reducto, todavía erguido, aún camuflado. Se volvió hacia Pira y sonrió. Luego entraron en casa para mirar libros con ilustraciones, y Pira leyó cosas acerca de una fotografía de un libro para niños sobre hormigas: que había hormigas obreras, hormigas guerreras y una hormiga reina, que cuando estaba preñada se quitaba las alas y se metía bajo tierra para poner los huevos, que un hormiguero era como una ciudad

donde todo el mundo hacía un trabajo diferente, que las hormigas obreras se ayudaban unas a otras a cargar con cosas y las hormigas guerreras luchaban hombro con hombro contra los enemigos, que todos aquellos miles de cuerpos diminutos que corrían en todas direcciones estaban en contacto unos con otros como si existiera un cerebro que dijera lo que tenía que hacer cada uno, aunque no lo había.

Aquello hizo que Arón se preguntara: «¿qué pasa cuando matas una hormiga? ¿Se enteran las demás?» «No se dan cuenta», contestó Pira, aunque en realidad no lo sabía. «¿Y si matas diez?» «Tampoco se enteran.» «¿Cien?» «Puede que entonces sí se den cuenta», repuso Pira.

Decidieron ir donde el hormiguero para observar las hormigas. Estaban sumamente ocupadas, como siempre, bajando de la entrada en ríos apresurados y volviendo a la abertura en la cima.

—¿Hay hormigas bebés? —preguntó Arón.

—Tiene que haberlas —contestó Pira.

—¿Y dónde están?

—Puede que estén dentro, haciéndose mayores.

—Voy a poner al general en lo alto del hormiguero —anunció Arón.

Y eso hizo. Lo puso arriba del todo, junto a la entrada. Enseguida lo inspeccionaron varias hormigas, tanteándolo con las antenas, reptando por el cuerpo hasta la gorra azul y otra vez hacia abajo. No parecía importarles que estuviera allí.

—Es el general —proclamó Arón—. Las hormigas son sus soldados.

El general blandía una espada por encima de la cabeza, como un valiente.

3

A veces, Pira y Martha jugaban a «y si». Cuando no empezaba él, era ella.

—¿Y si las flores llevaran sombreros? —preguntó Martha en cierta ocasión.

—Cantarían «Las mañanitas» —contestó él.

A Martha le encantó eso.

—¿Y si también llevaran guaraches? —preguntó.

Los guaraches eran sandalias que los hombres con sombreros calzaban por la calle.

—Estarían bebiendo pulque —dijo él—. El jardín entero estaría borracho.

Se rieron juntos al pensar en eso. A Pira le resultaba muy divertido: cientos de flores bailando y tambaleándose, llevando sombreros y cantando «Las mañanitas».

Entonces le tocó a él:

—¿Y si Zita *seriese* mi madre?

—*Fuese* mi madre.

—¿Y si Zita fuese mi madre?

—Entonces yo sería la criada.

—¿Y si ella hablara inglés y tocara el violín?

—Entonces yo tendría un novio que se llamaría Federico.

—No, porque Federico sería mi padre. Tú tendrías un novio que se llamaría Bruno.

—Cierto —dijo ella.

—Bruno trabajaría en el ferrocarril —prosiguió Pira—, y tú lavarías la ropa mientras Zita toca el violín. ¡Eso me gustaría!

—Te gustaría, ¿eh? —dijo ella en tono de broma, aunque parecía pensativa—. ¿Y por qué te gustaría eso?

—Porque sería todo al revés pero seguiría siendo lo mismo.

—Ah, ¿sí? —inquirió su madre—. ¿Acaso te querría Zita como yo te quiero si ella fuese tu madre? ¿Acaso te querría yo lo mismo si fuese la criada?

Eso detuvo la imaginación de Pira. El divertido mundo al revés ya no era tan gracioso, casi resultaba triste. Pero su madre continuó imaginándoselo:

—Solo verías a Bruno cada dos meses —advirtió.

—Y tú también —repuso él en voz baja—. Solo lo verías cada dos meses.

Dos meses era muchísimo tiempo. Dejaron de hablar, y ambos se dieron cuenta de que Pira tenía los ojos llenos de lágrimas. Martha se las limpió con la punta de los dedos. Pira apretó las húmedas mejillas contra la suave blusa de algodón de su madre, mientras le olía la piel y sentía su mano, que le acariciaba el pelo, y los brazos alrededor del cuerpo, que lo apretaban más contra ella.

—Ya no quiero jugar a esto —dijo él.

—Lo sé —repuso ella—. Podemos jugar a otra cosa.

Pira intentó jugar a «y si» con Chris y Arón, pero no les gustó. Les gustaba jugar con antifaces de ladrón y una capa de Superman, con camiones y soldaditos, pero no con palabras. De modo que Pira jugaba él solo a aquel juego.

En ocasiones, cuando se estaba quedando dormido o subido en el zapote, se le ocurría un «y si» y luego empezaba a imaginar que las cosas eran diferentes, incluso opuestas, a como eran en la realidad. Otras veces volvía a un «y si» en el que ya hubiera pensado, y por eso le resultaba más real. Al que volvió varias veces era: ¿y si los niños no crecieran sino que encogieran? ¿Y si se hicieran cada vez más pequeños? Al final los mayores acabarían por no verlos. Los niños serían como hormigas. Incluso podrían pisarlos. ¡Pero no los pisarían porque no habría mayores, solo pequeños! Gente menuda. Pero incluso una persona del tamaño de una hormiga puede hacerse aún más pequeña, cada vez más chiquitita, cada vez más diminuta, hasta quedarse en nada. ¡Nada!

Era capaz de imaginarse el hecho de ser cada vez más pequeño, pero no podía imaginar *nada*.

De modo que preguntó a Bruno:

—¿Qué es *nada*?

—Nada es nada —contestó Bruno.

—Sí, pero ¿qué es?

—No es algo. Es nada.

—¿Así que nada no es algo?

Bruno soltó una carcajada. Por lo visto, Pira había dicho algún chiste.

—¿Cómo podría nada ser algo? —inquirió Bruno—. Piénsalo.

Pira lo pensó.

—Nada es nada —concluyó.

—Exacto —dijo Bruno.

—La nada no existe.

—Exacto.

Más tarde volvió a pensar en la nada. Parecía quedar algo sin resolver. ¿Qué era? ¡Nada! Quizá nada fuera algo imaginario que en realidad no existía, como un dragón. Pero podía imaginarse un dragón, mientras que *nada* era algo que no podía imaginar porque no se parecía a nada.

Cuando Pira le dijo a Chris que sus padres seguían leyéndole cuentos y cantándole canciones antes de dormirse, Chris replicó que él no lo soportaría, sería como volver a ser pequeño. Así que Pira dijo a sus padres que era lo bastante mayor para quedarse dormido él solo, y ellos le contestaron:

—Claro que eres mayor, tienes seis años y medio.

Pero entonces echó de menos estar así con Bruno y Martha y les dijo que le gustaría que de vez en cuando se sentaran a su lado igual que antes, y le contestaron que a ellos también les gustaría. Y eso hicieron; no todos los días, sino de cuando en cuando. Bruno le leía cuentos antes de dormir aunque era capaz de leerlos por sí mismo, o de inventarse algunos nuevos. A veces le cantaba canciones alemanas. Martha también le cantaba, acompañándose a

la guitarra: canciones mexicanas como «Malagueña» y estadounidenses como «Oh Katie Dear». Otras veces tocaba el violín.

En una de esas noches, Pira preguntó a Martha si existía la magia verdadera, no solo los trucos de magia que hacía Sándor o la magia fantástica de los cuentos de hadas. Martha le contestó que la música era magia verdadera. ¿Por qué? Porque tenía el poder de recordar la felicidad a la gente.

—¿Quieres decir que a la gente se le olvida?

—Sí, y la música se lo recuerda. Así.

Tocó algo, y Pira se sintió feliz.

—A veces la música puede ser triste —dijo ella.

—Lo sé —dijo él.

—Pero en música, la tristeza es preciosa, así que no hace desgraciada a la gente.

Pira no estaba seguro de eso. No pretendía que Martha le explicara lo que quería decir, pero lo hizo de todos modos.

—Así —dijo ella.

La melodía que tocó era casi demasiado triste.

—Y a veces es las dos cosas al mismo tiempo —dijo ella.

Tocó el comienzo de la «Sonata de primavera», que Pira había oído muchas veces en el disco que ella grabó con su primer padre, David.

—¿Lo has oído? ¿Que es las dos cosas, quiero decir? ¿Triste y alegre, alegre y triste?

No estaba seguro. Pero asintió con la cabeza.

—Es tan bonito... —dijo ella—. ¿Te gustaría oírlo otra vez?

Sí le gustaría. Volvió a tocarlo.

—Más vale que no siga —rio ella—, o no te dormirás nunca.

Se inclinó para darle un beso, apretó los labios sobre los suyos y Pira olió su perfume. Cuando se fue del cuarto, Pira pensó que la diferencia entre Martha y Bruno consistía en que a ella nunca se le olvidaba la felicidad. Le gustaba pasarlo bien. Cuando tenían invitados, cantaba y tocaba la guitarra. Le encantaba reír. Le encantaba bailar. Le encantaba ir a conciertos, al teatro y a fiestas. Bruno era diferente. Prefería estar solo. Algunas noches se tumbaba

en una hamaca bajo el zapote, fumando y mirando al cielo.

Un día Pira preguntó a Bruno qué estaba escribiendo.

—Estoy escribiendo una historia —contestó Bruno.

—¿De qué trata?

—De un perro.

—¿De Tristan?

—No. Es sobre un perro que tuvimos cuando tú eras pequeño.

—¿Cómo se llamaba?

—Era hembra. Se llamaba Tonta.

—¡Tonta! —rio Pira—. ¡Eso significa que era boba!

—Es que lo era, pero luego se volvió loca. Era una enfermedad. Cuando le puse el nombre no sabía que estaba enferma. La llamé Tonta porque parecía boba, aunque era graciosa.

—¿Alegre?

—Sí.

—¿Como Cantinflas?

Cantinflas era un payaso que hacía películas. A todo el mundo le encantaba Cantinflas.

—Algo así. Parecía idiota. Pero era encantadora. Y entonces se volvió loca. Así que es una historia triste.

—¿Qué pasó?

—Tuve que dormirla.

—¿Y eso es triste?

—Quiero decir que tuve que poner fin a su vida. Porque estaba sufriendo y no tenía cura.

Pira pensó en ello.

—¿La mataste? —inquirió.

—Sí, pero con mucha delicadeza. No se enteró de que iba a morir. Fue como si se quedara dormida.

—¿Cómo la mataste?

—Con una píldora.

Pira contó a Zita lo de Tonta y cómo Bruno la había matado. Con

una píldora.

—¡Una píldora! —exclamó Zita, riendo—. ¡Era una pistola!

—Mi padre dice que fue con una píldora.

—*Píldora*, *pistola*, las dos palabras se parecen. Debes de haberlo oído mal.

—No es verdad.

Ella sonrió.

—Créeme, lo hizo con una pistola. No hubo más remedio. Me acuerdo. Fue un día triste.

—¿Bruno mató a Tonta con una píldora o con una pistola? —preguntó Pira a Martha.

Martha pareció sorprendida, y luego molesta.

—¿Quién te ha contado eso?

—Bruno.

—¿Qué te ha dicho?

—Ha dicho que Tonta estaba loca pero de una enfermedad y como nadie podía ayudarla, tuvo que matarla.

—¿Con una píldora?

—Sí. Eso es lo que me ha dicho. Pero Zita dice que la mató con una pistola.

—Ah —dijo Martha.

—¿Con qué fue?

Martha no contestó. Parecía estar pensando o, si no, esperaba que Pira siguiera hablando. Pero él aguardaba su respuesta.

—Creo que tienes que hablar con Bruno.

—¿Ahora?

—No, después. Ahora está trabajando.

Pira comprendió de pronto que Bruno no le había dicho la verdad. Luego pensó que no podía estar seguro porque Martha no le había contado nada. ¿Sabía cómo había muerto Tonta? ¿Por qué nadie le había hablado de Tonta? Tampoco había fotos de ella. ¿Era un secreto? Miró a los ojos de su madre y por un momento se asustó porque ella lo estaba mirando como si no lo viera, como una figura en un cuadro. Pero entonces alargó la mano y le acarició el

pelo, y sus facciones rebosaban cariño.

—No te preocupes, Peter. Ya hablarás después con Bruno. Él te lo explicará todo.

Bruno se sentó aquella noche a la cabecera de la cama de Pira y confesó que había mentido sobre la muerte de Tonta.

—No ha estado bien que mintiera. Perdóname, por favor.

—Te perdono.

—No ha estado bien porque al mentir a los que queremos, dañamos su confianza, y sin confianza no puede haber amor.

—¿Dañamos?

—Sí, igual que puedes dañar un objeto. Unas veces se puede reparar la confianza dañada, y otras no.

Pira asintió con la cabeza.

—Eso es lo que estamos haciendo —dijo Bruno—. Reparar la confianza.

Pira asintió y sonrió.

—Y ahora voy a decirte por qué mentí. A lo mejor ya lo has adivinado.

—No querías que supiera que tenías una pistola. Porque está prohibido.

—Yo no tengo pistola. No era mía. No, no quería que supieras que era capaz de hacer algo así.

—Pero lo hiciste para ayudarla.

—Eso es.

—¿Por qué no le diste una píldora?

—Porque no tenía. Y la enfermedad la enfurecía y la atemorizaba, la volvía peligrosa. Si mordía a una persona, esa persona moriría. Así que pedí prestada una pistola a un amigo, la llevé al campo y allí le pegué un tiro.

—¿Le disparaste al corazón?

—No, detrás de la oreja. De esa manera la bala le penetró en el cerebro. Murió en el acto.

—¿Le dolió?

—No creo. Fue tan rápido que ni se enteró.

—¿Lloraste?

—Sí.

—¿Lloró Martha?

—Sí. Y Zita también. Pero no la vieron morir. Se lo dije después.

—Pobre Tonta.

—Sí, pobre Tonta.

Entonces hubo un gran silencio. Mayor que el cuarto en el que se encontraban. Se quedaron juntos en ese silencio, escuchando los ruidos que venían de la calle: pasos y voces, cercanas y lejanas, voces amables y voces airadas, risas.

El pájaro enjaulado de enfrente emitía sus sonidos claros y aflautados. Hacía lo mismo todas las tardes, a la puesta del sol. Un niño pequeño lloró a lo lejos. Un coche pasó con estruendo.

La quietud ya no era triste.

—¿Qué pasaría si alguien mintiera —preguntó Pira— y la otra persona no se enterase de que le han dicho una mentira? ¡Entonces nada se estropearía!

—Creo que sí. El daño es invisible, pero está ahí.

Guardaron silencio de nuevo. El color de las paredes había cobrado un suave matiz violeta oscuro. Se estaba muy a gusto hablando con Bruno por la noche. Eran muy agradables tanto las palabras como el silencio. Porque uno podía guardar silencio tanto como quisiera, un silencio que los dos escuchaban juntos.

En esos instantes, cuando alguno decía algo, las palabras sonaban más apagadas que durante el día.

—Martha y tú me mentíais sobre Santa Claus —dijo Pira.

—Es verdad. Mentir a los niños es una vieja costumbre. Pero yo no creo que esté bien, aunque nosotros lo hiciéramos.

—No se estropeó nada.

—Algo sí, un poco. Pero lo reparamos.

De nuevo guardaron silencio.

—Arón miente a su madre algunas veces.

—Me alegra oírlo. Mentir es la forma que él tiene de protegerse a sí mismo. Ella es fuerte y él débil. Es totalmente injusto.

—Pero ella es su madre. Has dicho que no se debe mentir a la gente que se quiere.

—Cuando lo trata con cariño, es su madre; pero cuando le pega, es su enemiga. Cuando una persona tiene enemigos, probablemente tendrá que mentir.

Pira pensó en Arón, tan tímido y débil, y concluyó que, en cierto modo, era un héroe. Solo el hecho de volver a casa de hacer un recado o de jugar con Pira u otros niños en la calle requería valor. Día tras día. ¿Y qué pasaba con Bruno? Había combatido en una guerra.

—¿Tú tienes enemigos?

—Ahora mismo, no. Pero en ciertas épocas los he tenido.

—¿Quiénes?

—Hitler y sus seguidores. Mucha gente.

—¿Y les mentías?

—Sí.

Permanecieron otra vez en silencio. Luego dijo Pira:

—Tú nunca serás mi enemigo.

—No —dijo Bruno—, eso nunca pasará.

Pira se puso de lado y cerró los ojos. Bruno lo arropó, le besó en la mejilla y siguió sentado al borde de la cama, y Pira se alegró al saber que su padre seguiría allí hasta que él se quedara dormido.

Bruno a veces hablaba con Pira en alemán, solo por diversión. Pira no entendía la mayoría de las cosas, pero le gustaba cómo sonaba. Aprendió a pronunciar palabras desconocidas. *Spazierengehen* era una de ellas. Significaba «ir de paseo». Lo que le gustaba hacer a Bruno, él solo, cuando acababa el trabajo.

—*Willst du mit mir spazierengehen?* —le preguntó Bruno un día.

—*Ja* —contestó Pira.

Bajaron por la pronunciada cuesta de la calle Humboldt, dejando atrás casas y chabolas que eran más y más pobres a medida que se alejaban, hasta que llegaron al límite de la ciudad. Ladraban perros en el valle, algunos desde muy lejos. Rebuznaba

un burro por algún sitio. Se sentaron en una piedra lisa cerca de un estanque poco profundo y observaron cómo las moscas de largas patas caminaban por el agua.

—Zita dice que Jesús podía caminar sobre el agua —dijo Pira.

—Yo también he oído esa historia —repuso Bruno—, pero no me la creo. La gente no puede caminar sobre las aguas.

—¿Así que me mintió?

—No, Zita no miente. Le contaron la historia y se la creyó. No debes decirle que no es cierta. Ella quiere creerla.

—Yo también quiero creérmela.

—Hum —dijo Bruno, y no dio más explicaciones.

Observaron los insectos, que se deslizaban como exhalaciones por la superficie del estanque.

—¿Cómo lo hacen? —preguntó Pira.

—No sé. A lo mejor tienen aceite en las patas. El aceite flota en el agua. Es una cuestión interesante.

—Si me unto los pies con aceite, ¿podré caminar sobre el agua?

—No. Pesas mucho. Te hundirías.

—¿Incluso con montones de aceite?

—Incluso con montones de aceite. Te hundirías.

—¿Qué pasaría si la historia de Jesús fuese cierta? —preguntó Pira—. ¿Aunque tú no te la creas? Podría ser, ¿no?

—En realidad, no —contestó Bruno—. Pero es bonito imaginárselo.

—Es una historia de «y si» —dijo Pira.

Bruno no sabía qué era eso, así que Pira se lo explicó.

—Tienes razón —dijo Bruno—. Es una historia de «y si». Me gusta, como historia de «y si».

—A mí también —dijo Pira.

—Algunas de esas historias resultan ciertas, pero otras no.

—¿Nunca se sabe?

—La mayoría de las veces no se sabe.

Guardaron silencio durante un rato mientras observaban los insectos en el agua.

—Me gusta este juego de «y si» —dijo Bruno.

—¿Quieres jugar?

—Ahora mismo, no. Pero lo voy a pensar.

Por el camino a casa hablaron de otras cosas, pero aquella noche, cuando Pira estaba acostado, apareció Bruno y estuvo un rato sentado al borde de la cama, sin hablar, cogiéndolo de la mano.

—He estado pensando en el juego de «y si» —dijo—. Es un juego estupendo. Los mayores también juegan a eso. Cuando un pintor pinta un cuadro o yo escribo una historia, es un y si... Antes de que existieran los aviones, hubo dos hermanos que se preguntaron ¿y si los hombres pudieran volar? Entonces inventaron el aeroplano. Antes de que una persona haga algo especial, primero se pregunta y si..., y luego lo hace. Algunos juegos de esos son divertidos, solo para entretenerse, y otros son serios. Los divertidos se hacen reales enseguida, a menos que sean demasiado estúpidos para ser reales. Los serios llevan más tiempo. Eso es lo que he estado pensando.

—Qué es un «y si» serio?

—Hay uno en el que llevo pensando muchos años —dijo Bruno—. ¿Y si todo el mundo tuviera suficiente comida, de modo que no hubiera mendigos? ¿Y si todo el mundo tratara con cariño a los demás?

—¿Y si nadie pegara a los niños? —dijo Pira.

—Sí, por ejemplo.

—¿Y si nadie tirase piedras a los perros?

—Sí.

—¿Y si nadie muriese?

—Eso, en mi opinión, no es un «y si» serio, porque no me lo puedo creer. La gente siempre morirá. Pero creo posible que un día no haya mendigos, ni nadie pegue a los niños ni tire piedras a los perros. Eso, para mí, es un «y si» serio.

A Pira le gustó aquello y le dio vueltas. Bruno aún lo tenía cogido de la mano. Le encantaba la seriedad de su padre. Bruno rara vez se echaba a reír. En una ocasión fueron los dos a ver una película de Cantinflas y Bruno soltó unas carcajadas tan estrepitosas que el de delante se volvió para reírse con él. Cuando

Pira se lo contó después a Martha, le pareció que ella se conmovía: ¿En serio? ¿Se rio a carcajadas? Se llevó una alegre sorpresa. Como la mayor parte del tiempo estaba tan serio, ella creía que Bruno era una persona triste. Pero ahora Pira, cogido de la mano de su padre, pensó que estar serio era la forma que tenía Bruno de ser feliz. Luego, en su imaginación, vio los insectos caminando sobre el agua, precipitándose hacia delante, deslizándose hacia atrás, adelante y atrás.

No mucho después de eso, Pira oyó que Martha decía a Valéria:

—Bruno tiene nostalgia de su hogar.

Desconocía esa palabra, pero sonaba como a sentimiento, y no precisamente bueno.

—Todos tienen nostalgia —repuso Valéria—. Yo no. Me encanta México.

A Pira no le importaba quiénes eran los demás. A él le importaba Bruno. No quería que tuviera nostalgia.

Más tarde, solo en su sitio de escucha en el patio, pensó otra vez en Bruno y en aquella palabra, y no lo entendía. A lo mejor no se trataba de un sentimiento. La madre de Zita no salía mucho de casa en Oaxaca porque estaba enferma. Bruno casi siempre estaba en casa. A lo mejor estaba enfermo. ¿Por qué no lo decía? ¿Por qué no iba al médico?

Aquella noche, cuando Bruno se sentó con él antes de que se durmiese, Pira le preguntó qué significaba *nostalgia*, y Bruno se lo explicó:

—Significa que estás lejos de tu casa y quieres volver, pero no puedes, y eso te pone triste.

Así que en realidad Bruno sí que estaba triste. La tristeza estaba oculta. A lo mejor era un secreto.

—Sueñas con tu tierra —prosiguió Bruno—, y aunque el sueño sea alegre, al despertar te das cuenta de que no estás en tu casa, y entonces te vuelve la tristeza. Es difícil eliminarla. Por eso dicen que es una enfermedad.

—¿Cómo se cura?

—Encontrando la forma de volver a casa.

—Pero ¿cómo puedes tener nostalgia de tu casa? Ya estás en casa.

—¿Quién ha dicho que tenga nostalgia?

—Martha.

Ahora entendía Bruno la pregunta de Pira. Le costó un buen rato explicarle que no tenía nostalgia de su hogar todo el tiempo, solo algunas veces. Que el hogar que echaba de menos no era la casa donde vivían. Que era Alemania. Que necesitaba ir allí, no solo porque sentía nostalgia, sino porque Alemania estaba en ruinas y él quería contribuir a su reconstrucción. Que nunca iría a Alemania sin llevarse a Pira y Martha con él. Que irían juntos los tres. Iba a ser una aventura. Pira aprendería alemán. Iría al colegio allí.

—¿Cuándo nos vamos?

—Dentro de un tiempo. En un par de años, quizá.

—Entonces, ¿iré antes a primaria?

—Pues claro. El curso empieza dentro de tres meses.

Eso tranquilizó a Pira. Después se le ocurrió que, si se iba de México, perdería a sus amigos. Y que en Alemania a lo mejor sentiría nostalgia de México. Pero faltaba mucho para que pasaran dos años.

Sentado en la rama grande del zapote, Pira pensó: «Voy a bajar. Ahora mismo estoy aquí arriba, luego estaré ahí abajo. Pero cuando esté allí, allí será aquí, y luego será ahora. Y donde estoy ahora ya no será ahora, será entonces».

Cuanto más lo pensaba, más extraño parecía. ¿Acaso ahora se convertía realmente en entonces? ¿Y luego en ahora? ¿Eran ciertas las dos cosas? ¿Cómo era eso posible?

Bajó por la escalera y se quedó de pie en el césped, y era ahora. Sintió el frescor de la hierba bajo los pies descalzos. Eso no se lo había imaginado antes. También había olores: el de las flores moradas del jardín del vecino, que se desparramaban por encima de la tapia, y el denso y penetrante aroma de la fruta del zapote

que se pudría, caída al pie del árbol. Por algún sitio sonaba un acordeón.

Miró el árbol. Recordó cuando estaba allí sentado hacía poco y pensó: «Eso era entonces. Esto es ahora. Después, este ahora ya no será ahora, será entonces». Subiría otra vez al árbol. Se imaginó sentado en su puesto de vigía. Aún no estaba allí, pero podía ver el futuro. Iba a sentarse allí a mirar los volcanes y sería ahora. Subió la escalera y pasó la pierna sobre la rama grande, sintiendo en la piel la cálida suavidad de la corteza. Se instaló en su puesto y miró los volcanes.

«Ahora.»

Era distinto de como se lo había imaginado. Había una nubecilla sobre el Popocatépetl, blanca contra el cielo azul. Parecía el bocadillo de algún tebeo, como si Popocatépetl estuviera diciendo algo a Iztaccíhuatl. Algo imposible de oír, por eso estaba en blanco.

La nube se iría. Cuando llegara ese momento, sería ahora. El tiempo era una cosa muy rara. Quería experimentar el instante mismo en el que después se convertiría en ahora. Esperó. Pero la nube no se movía. La cosa se estaba alargando mucho. Volvió la cabeza y vio que Bruno había dejado abierta la puerta de su despacho, a lo mejor para que se fuera el humo de tabaco. Entonces se olvidó del tiempo.

4

Martha y Pira iban a la piscina del Hotel Zapata y Martha invitó a Zita a que los acompañara, aunque Zita no sabía nadar. De todos modos no se habría bañado porque, según dijo, a los de allí no les gustan los indios, pero Martha repuso que no estaba bien que los dueños del hotel hicieran que alguien como Zita sintiera que no debía ir allí. Lo dijo con tal rotundidad que parecía como si estuviera mal que Zita no fuera. Zita negó con la cabeza, bajando la vista.

—Señora, no vale la pena —dijo, cosa que Pira interpretó como una forma educada de decir que no quería ir.

Pero Martha, a quien le gustaba salirse con la suya, insistió:

—Podría usted venir en calidad de niñera de Peter. Así no le importará a nadie.

Entonces Zita miró a Pira y, al ver que él realmente esperaba que los acompañara, dijo:

—De acuerdo, seré tu niñera.

Era divertido porque Pira ya era grande para tener niñera, pero todos podían fingir lo contrario.

Así que se dirigieron al hotel, y mientras entraban por las puertas batientes y pasaban al vestíbulo con su gran araña de cristal, las banderas, los fusiles y sombreros colgados de las paredes y el retrato de Zapata en un marco dorado sobre otras puertas batientes que conducían a la piscina a través del jardín, Zita hizo como si fuese la niñera de Pira llevándolo de la mano y cargando al hombro con la bolsa de playa que contenía las toallas, los bañadores y el bronceador. Martha pagó al hombre del mostrador de recepción la entrada a la piscina, y a Pira, que se sentía importante por el papel que le tocaba interpretar, le costó trabajo borrar una sonrisa ante la travesura que se traían entre

manos, porque nadie parecía reparar en aquella india que estaba en un sitio donde la gente no quería indios.

Cruzaron el jardín, sin dejar de fingir. Era como hacerse pasar por quienes no eran.

Pira miró alrededor para ver si había indios y enseguida comprobó que no había ninguno. Nunca en la vida había visto indios sentados a una mesa fumando y bebiendo, y eso era lo que aquí hacía todo el mundo. Ya había estado antes en el Hotel Zapata y nunca se había fijado en la ausencia de indios, pero ahora era un hecho clamoroso. Zita lo llevaba todo el rato de la mano, y le gustaba. No lo soltó hasta que llegaron a la piscina y Martha y Pira tuvieron que ir a ponerse el bañador y buscar un flotador para él. Cuando volvieron, Zita había colocado dos hamacas cerca de la piscina y ella estaba sentada en el césped, algo retirada. En la misma postura que cuando se sentaba en el jardín de casa, con la espalda recta, bien erguida, las manos sobre los muslos.

—Siéntese con nosotros, por favor, Zita —dijo Martha, poniendo otra hamaca junto a las otras dos.

Zita negó con la cabeza. Estaba cómoda en la hierba, aseguró.

—Por favor, Zita —insistió Martha—, viene usted con nosotros, tiene derecho a sentarse a nuestro lado.

Zita volvió a negar con la cabeza.

—Gracias, señora Marta. Estoy bien aquí. No se preocupe.

—Me resulta embarazoso que no nos sentemos juntas —dijo Martha.

Entonces Zita se levantó y se sentó en una de las hamacas y Martha se sentó en otra.

—Ve a nadar un poco —dijo Martha a Peter—. Yo iré después.

En el agua, Peter conoció a una niña estadounidense que le preguntó su nombre y luego le dijo que ella se llamaba Dorothy. Estaba con su tío Harry, dijo, señalando a un hombre muy alto con pelo en la espalda. Parecía la piel de un animal. ¿Lo llamarían Harry porque era peludo, *hairy* en inglés? No. Debía de tener ese nombre desde pequeño.

—Mi padre se llama Bruno —dijo Pira.

—Ah —dijo Dorothy.

Pira pensó que era guapa a rabiar. Había leído en un libro esa combinación de palabras, *guapa a rabiar*, y realmente le iba muy bien a aquella chica. Tenía pecas y ojos azules. No sabía de qué color tendría el pelo porque llevaba un gorro de baño.

Dorothy, a su vez, miraba a Pira. Los dos se observaban mutuamente las facciones mientras pataleaban en el agua, sostenidos ambos por los flotadores.

—Eres mono —dijo ella.

Mono era una palabra para niños pequeños. A Pira no le parecía bien que dijera que era mono. Se preguntó por qué lo habría dicho. Como no sabía qué decir, volvió, remando con las manos, adonde estaban sentadas Martha y Zita.

Charlaban, sonreían y, con unas pajitas, daban sorbos a una vistosa bebida amarilla. Pira decidió que él también quería una, y si contenía alcohol, tomaría una Coca-Cola con hielo, eso le gustaría. Salió del agua, dejó el flotador al borde de la piscina, y de pronto vio al padre de Chris, el señor Riley, que se acercaba a las dos mujeres con una bebida en la mano que parecía whisky. Llevaba un sombrero de paja de ala corta, pantalones cortos blancos y una camisa roja y verde con loros estampados.

Llevaba sin abrochar los tres botones superiores de la camisa. Al verlo, Martha dejó de hablar y Zita sacó una toalla de la bolsa.

—Ven, Pira, sécate —dijo, tendiéndole la toalla.

Pira la cogió, recordando el juego, y empezó a secarse como un niño pequeño bien educado.

—Espero no molestar —dijo el señor Riley.

—No molesta —aseguró Martha—. ¿Cómo está usted?

—Bien, muy bien. Siempre es un placer verla. Y a ti también —añadió, guiñando un ojo a Pira. No saludó a Zita.

—Me sorprende verlo por aquí —dijo Martha—. Tiene una piscina grande en casa, ¿verdad? Me lo ha dicho Peter.

—Ah, la piscina. No, estoy aquí por negocios. Siempre trabajando, dondequiera que esté. Podría decirse que soy una persona motivada, supongo. Pero me gusta, el calificativo me va

como anillo al dedo. ¿Qué me dice de usted? ¿Va a dar algún concierto?

Pira había visto borracho a Bruno unas cuantas veces, y cuando estaba bebido hablaba de modo parecido al señor Riley, como tratando de recordar todo el rato lo que quería decir.

—Por ahora, no —dijo Martha—, pero cuando lo hagamos, se lo haré saber.

—Siempre he querido preguntarle algo... Es una pregunta franca, sin mala intención, que me hago a menudo.

—Dame la toalla —dijo Zita.

Pira se dio cuenta de que tenía la vista fija en el señor Riley. Le dio la toalla a Zita, que la colgó en el brazo de su hamaca.

—La pregunta es... Aquí está usted, Martha... Así se llama, ¿no? ¿Martha?

Martha asintió con la cabeza. No parecía contenta.

—Martha... Mire, yo me llamo Bill. No hay razón por la que no debamos tratarnos con más familiaridad. Nuestros hijos son compinches, y eso cuenta para algo. Los compinches no duran toda la vida.

Pira nunca había considerado a Chris un compinche. Era una palabra de libro, una palabra de los dibujos animados. Pero le gustaba. Le gustaba tener un compinche. En aquel momento, el señor Riley le cayó simpático a Pira, aun sabiendo que era malo con todo el mundo, incluido Chris. Nunca había sido malo con Pira.

—Mi pregunta, Martha... Mi pregunta es sencilla, no hay por qué andarse con rodeos, espero que no se lo tome a mal. ¿Qué hace una chica estadounidense guapa, tierna, inteligente y con talento como usted con un puñetero..., bueno, borre el puñetero de la frase..., con un alemán? ¿Me lo puede explicar?

—Yo no tengo que darle explicaciones, señor Riley.

—Por favor..., Bill...

—Y usted ha bebido demasiado. —Martha tenía el ceño fruncido, parecía enfadada.

Pira se quedó perplejo. ¿Por qué no explicaba Martha al señor Riley que Bruno había combatido contra Hitler? Solo pedía una

explicación. ¿Por qué no se la daba?

—Lo siento —dijo el señor Riley—. De verdad. Me disculpo, de corazón. No pretendía ofenderla.

Zita abrió el frasco del bronceador.

—Ven, Pira, te pongo bronceador.

En casa lo hacía a menudo. Siempre era agradable. Pero aquí era la niñera que se ocupaba de su niñito, y al pensarlo Pira casi soltó una carcajada de satisfacción mientras ella le frotaba el fresco líquido por la espalda.

Martha y el señor Riley observaban su interpretación.

Habían dejado de hablar.

—¿Siempre lleva a su negra con usted? —dijo entonces el señor Riley.

Justo entonces Martha decidió que era hora de marcharse.

Pira no quería, pero Martha insistió.

Camino de casa, con Zita aún llevándolo de la mano porque así habían salido del hotel, Pira preguntó a Martha por qué se había enfadado tanto con el señor Riley. Se lo preguntó en español, para que Zita lo entendiera.

—Ahora no, Peter —repuso Martha—. Estoy demasiado enfadada para hablar. Te lo diré después.

—¿Ha sido por...?

—Ahora, no. En serio.

Pira alzó la vista hacia Zita, que miraba al frente. Era como si se hubiera escondido. Una perra preñada pasó a su lado arrastrando las mamas rosadas. Salvo por el vientre, estaba sumamente delgada. Pira vio cómo la perra se hacía cada vez más pequeña a medida que se alejaba zigzagueando por la calle con el hocico pegado al suelo.

—¿Qué ha querido decir con negra, Martha?

—Es una palabrota muy gorda. No tenía que haberla pronunciado. Por eso estoy enfadada con él.

—¿Qué significa?

—No quiero hablar de eso.

Por la forma en que lo dijo, Pira comprendió que «negra» era una de esas expresiones tan horribles que no se podían explicar a

los niños. Siguieron caminando en silencio. Entonces Pira recordó que ya no era pequeño. Retiró su mano de la de Zita. Poco después pensó en hacer algo que a veces hacían los hombres. Se volvió hacia Martha, que llevaba la bolsa de playa, y dijo en inglés:

—¿Quiero llevarte eso?

—¿*Puedo* llevarte eso? —corrigió Martha con una sonrisa, pasándole la bolsa—. Sí, puedes.

A partir de aquel día, Pira fue consciente de que a Martha no le gustaba nada el señor Riley. Aun así, cuando Chris dio una fiesta de cumpleaños y Martha llevó en coche a Pira a casa de Chris y el señor Riley salió a recibirlos a la puerta oliendo a whisky, ella se mostró amable, o al menos educada, y Pira se alegró.

—Encantado de verla, Martha —dijo el señor Riley, mirándola fijamente, como buscando algo en el interior de sus ojos—. Pase.

—Lo siento, no puedo.

—¿No va a quedarse ni siquiera un ratito?

—Lo siento, tengo algo...

—Me gustaría que conociese a unos amigos míos.

—Señor Riley...

—Llámeme Bill, por favor.

—¿Quién se ocupa de los niños?

Al señor Riley pareció extrañarle la pregunta. Luego se echó a reír.

—¡Ah, yo no! ¡No se preocupe! He contratado a unos profesionales.

Ella asintió con la cabeza, sonriendo, y al tiempo que decía adiós con la mano a Pira —«¡Diviértete!»—, se dirigió a su coche.

Chris había dicho que iba a ser una superfiesta, y lo fue. Primero, una señora llamada Concha dirigió juegos de gallinita ciega, ponerle la cola al burro y el escondite. Unos niños se ocultaron detrás de la enorme ametralladora que apuntaba a la entrada. Pira y Chris se metieron dentro de un cajón grande en la cuadra, tan cerca de los caballos que podían olerlos y oírles la respiración. Nadie los encontró.

Entonces aparecieron seis mariachis con guitarras y una trompeta y cantaron «Las mañanitas». A cada niño se le dijo dónde debía sentarse en la larga mesa. Los mariachis siguieron tocando y cantando «Rosita Alvírez», «La Malagueña», «Jalisco Jalisco» y la favorita de Pira, «Traigo mi cuarenta y cinco», sobre un charro con una pistola del calibre 45 y sus cuatro cargadores. Dos camareros de traje blanco trajeron una enorme tarta de chocolate con seis velas para que Chris las apagase después de pedir un deseo en secreto. Luego sirvieron helado y la tarta y les llevaron mangos, Coca-Cola o lo que pidiesen.

Una niña saludó a Pira desde la otra punta de la mesa:

—¡Ey!

Él le devolvió el saludo con la mano. La reconoció. Era Dorothy. Había contado a Martha lo de la chica que había sido mala con él en la piscina y ella le había dicho que cuando una chica dice a un chico que es mono significa que es guapo y que él podía haberle contestado que ella también era mona, y eso habría querido decir que ella era guapa y a ella le habría gustado.

Así que aguardó el momento en que Dorothy lo mirase desde el otro lado de la mesa, y cuando lo hizo, le dijo:

—Eres guapa.

—Gracias —contestó ella, ladeando la cabeza y sonriendo con la boca llena de tarta.

Cuando acabaron la tarta y el helado, Concha dijo a los niños que se sentaran al fondo del jardín y dejaran de hablar. Iba a haber un espectáculo. Todo el mundo esperó. Un balón salió dando botes por la puerta abierta del salón, brincó por los escalones y rodó por el césped. Lo siguió un payaso de pelo rojo, nariz roja y unos enormes zapatos rojos, bamboleándose un poco como un niño pequeño. Intentó coger el balón, pero tenía unos pies tan grandes que tocó la pelota con ellos antes de que pudiera ponerle las manos encima. Volvió a intentarlo y ocurrió lo mismo. Y otra vez igual. Martha siempre decía que las bromas solo hacían gracia la primera vez, pero aquello resultaba cada vez más divertido.

Al cabo de seis o siete intentos, el payaso se quedó parado, rascándose la cabeza. Decidió acercarse disimuladamente a la

pelota, fingiendo que no tenía interés en ella, y ahora parecía que el balón lo estaba esperando. Pero se aproximó a la pelota con un movimiento demasiado rápido y volvió a darle una patada, enviándola esta vez al otro extremo del jardín.

—¡Anda despacio! —dijo alguien.

Así que el payaso empezó a caminar lentamente. Pero iba tan despacio que tardaría una eternidad en llegar al balón.

—¡Vas demasiado lento! —le advirtió otro.

Movió los pies algo más deprisa, pero dando pasos tan cortos que tardaría mucho en llegar al balón.

—¡Da pasos más largos!

—¡No, para!

Y, por supuesto, otra vez le dio una patada, enviándolo lejos.

Entonces Dorothy se ofreció a ayudarlo:

—Espera, que te lo doy.

Se acercó al balón, lo recogió y se lo llevó al payaso. ¿Es que no entendía que él solo estaba fingiendo?

Por un momento, el payaso, o el hombre que hacía de payaso, no supo qué hacer. Pero luego pareció encantado. Alargó los brazos, las manos, los dedos. Dorothy le puso el balón en las manos sin soltarlo. Ahora sujetaban los dos la pelota.

—¡Ten cuidado! —dijo ella con toda seriedad.

El hombre bajó la vista. Ya no le estorbaban los pies. Se alegró.

—¿Estás listo? —dijo Dorothy.

Él asintió con la cabeza, sujetando el balón con firmeza.

—Lo voy a soltar —avisó Dorothy.

El payaso volvió a asentir.

Dorothy soltó la pelota.

El balón pasó a manos del payaso.

Dio media vuelta con mucho cuidado y, sin soltarlo, entró por la puerta abierta del salón y desapareció en el interior de la casa.

Cuando Martha volvió para recoger a Pira, el señor Riley estaba bastante borracho y Pira temía que su madre lo tratara mal, pero no fue así. Le dio las gracias por la fiesta y le preguntó si él también se había divertido.

—Pues sí, Martha, sí, ¿se lo puede creer? —dijo el señor Riley.

—Supongo que sí —dijo ella sin sonreír, y él se echó a reír.

Luego, cuando Pira y ella ya se marchaban, el señor Riley dijo:

—He matriculado a Chris en ese colegio del que me habló.

—Estupendo —repuso Martha—. ¿Has oído eso, Peter? Chris y tú iréis juntos a primero.

De camino a casa, Pira preguntó a Martha:

—¿Vendrá también Arón al colegio con nosotros?

—Me parece que no va a poder ser. Tú vas a ir a un colegio privado, y la madre de Arón no puede pagarlo.

—¿Qué es un colegio privado?

—Un colegio que cuesta dinero. Arón irá a un colegio público, donde su madre no tendrá que pagar nada.

—¿Y yo no puedo ir con él al colegio público? ¿Y con Chris?

—Ya lo hemos pensado. El colegio privado al que vas a ir es muy bueno, nos gusta la maestra y aprenderás a montar a caballo, es estupendo. El colegio público no es tan bonito. Es muy grande, y no hay suficientes maestros.

—¿Y no podéis pagar vosotros para que Arón vaya al colegio bueno?

—Se lo pagaríamos si pudiéramos, pero no podemos, es muy caro. Lo siento.

—No es justo.

—Estoy de acuerdo. No es justo para Arón.

—Tampoco es justo para mí.

—¿Por qué?

—Porque es mi mejor amigo.

—Lo siento. Pero mira, Arón seguirá siendo tu mejor amigo. Vendrá de visita, como hace ahora. Tendréis historias que contaros el uno al otro. Él te explicará cosas de su colegio y tú le hablarás del tuyo.

—Yo no quiero ir allí.

—Entiendo. Ya hablaremos. No tenemos que tomar una decisión ahora mismo. El colegio empieza el uno de septiembre.

Aún estamos a mediados de verano, con un montón de tiempo por delante para jugar con Arón y con Chris.

—¿Lo hablaremos?

—Sí, lo hablaremos.

Unos días después, Chris llevó una lupa a casa de Pira. Era uno de sus regalos de cumpleaños, un artículo de su juego de química. Arón también estaba allí. Pira y él jugaban a las canicas en el patio, pero Chris aseguró que con la lupa sería más divertido. Se pueden matar hormigas con ella. Su padre le había enseñado cómo hacerlo.

—¡Una pistola de rayos! —dijo.

Les enseñaría a utilizarla. Dijo a Pira que entrara en casa y trajera un pañuelo, y Pira lo trajo. Chris desplegó el pañuelo en el suelo, manteniendo la lupa a la distancia y el ángulo adecuados para que apareciese un brillante punto luminoso en el lienzo blanco, y lo sostuvo en el mismo sitio hasta que la tela empezó a humear. Acto seguido movió el punto luminoso a otra zona del pañuelo y produjo más humo. Luego enseñó a Pira y Arón a sujetar la lupa al tiempo que movían el punto luminoso, procurando que siempre tuviera el mismo tamaño.

—Estáis haciendo la instrucción, soldados —dijo—. Yo os doy la formación. Después combatiremos en una guerra contra las hormigas.

Finalmente, cuando supieron cómo utilizar la pistola de rayos, dijo:

—Vale. Ya podemos luchar contra las hormigas. Ya veréis.

Mataron hormigas en el patio. Chris dijo que era el mejor sitio porque era liso y sin hierba, y las hormigas no podían esconderse. No había muchas, pero sí suficientes. La mayor parte del patio estaba a la sombra, donde la pistola de rayos no funcionaba, así que había que liquidar a las hormigas en una franja de sol entre la sombra y el extremo del patio. Se turnaron de uno en uno para apuntar el rayo a las hormigas mientras se desplazaban por la franja de sol. Casi era como cazar, porque algunas hormigas huían

al sentir el calor. Las que tenían suerte corrían hacia la sombra o al extremo del patio, pero la mayoría no lograban escapar. Era fácil seguirlas con el brillante punto luminoso hasta que el pequeño cuerpo estallaba en llamas y se encogía hasta convertirse en una mota de ceniza con un par de patas o antenas sobresalientes. Algunas hormigas no se percataban del peligro y ni siquiera echaban a correr. Un instante se dirigían a algún sitio, y al instante siguiente, se prendían fuego y ya estaban muertas.

Después de matar algunas hormigas, Pira no quería seguir con aquel juego. No era como matar soldaditos de plomo: las hormigas estaban vivas. Pero Chris y Arón se lo estaban pasando en grande. Arón, sobre todo, estaba entusiasmado:

—¡Vamos al hormiguero, allí podemos matar a centenares!

Chris lo consideró buena idea. Eso hizo que Arón se sintiera orgulloso.

—¡Vámonos! —dijo, como si el jefe fuera él.

Pero a Chris se le ocurrió algo aún mejor:

—Vamos a buscar otras dos pistolas de rayos. ¿Tu madre tiene una? —preguntó, y Arón, desaparecido su orgullo, negó con la cabeza—. ¿Y tú qué, Pira?

Sin vacilar, Pira entró corriendo en casa y llamó a la puerta del despacho de Bruno aunque no debía hacerlo y le preguntó si podía utilizar su lente de aumento.

—Sí —dijo Bruno—, pero no la pierdas.

No preguntó para qué la quería, cosa que Pira agradeció porque estaba seguro de que a Bruno no le gustaría que la utilizara para matar hormigas. Chris probó la nueva pistola de rayos con las hormigas del patio, y las mataba más deprisa que la que había traído él.

—Es más poderosa —dijo, y entonces fue Pira quien se sintió orgulloso.

Fueron al hormiguero. Lo primero que vieron no fueron las hormigas sino al general. Aunque Pira y Arón sabían que estaba allí, no esperaban verlo. Tampoco Chris, por supuesto.

—Es el general —dijo Arón, como presentándolo.

—¿Y qué hace ahí? —preguntó Chris.

—Es su jefe.

—¿De quién?

—De las hormigas. Son sus soldados.

—Bien. Nosotros también somos soldados.

Chris se puso en cuclillas y enfocó el arma sobre los centenares de hormigas que iban y venían a raudales entre el jardín y el hormiguero como coches en una autovía. Arón, que tenía en la mano la otra pistola de rayos, vaciló. Quería que se tuviera en cuenta al general.

—No quiere que lo hagamos —dijo.

Chris alzó la vista, sorprendido.

—¿Quién?

A Arón también le sorprendieron sus propias palabras.

—El general. No quiere que las maten.

Por la manera en que el general se mantenía erguido en lo alto del hormiguero blandiendo la espada sobre la cabeza, parecía casi real. Pero como Arón tenía que hablar por él, todo dependía del chico.

Chris estaba confuso:

—¿Quieres matar hormigas o no?

—Yo sí —dijo Arón—, pero el general...

También él parecía hecho un lío.

—Es su protector —terció Pira. Se refería al general, aunque sonó como si también se refiriese a Arón. Pero Chris comprendió lo que quería decir.

—¿Cómo puede protegerlas? —dijo—. Es imposible. Tenemos pistolas de rayos.

Arón miró al general y luego la lupa que tenía en la mano. Justo entonces, el general perdió el mando. Pudo verse en el rostro de Arón, que se encogió de hombros y se acuclilló junto a Chris, manteniendo la pistola de rayos inclinada bajo el sol. Pira también se puso en cuclillas para ver cómo disparaban a las hormigas, aunque ya no le apetecía seguir mirando. Había demasiadas hormigas corriendo a la vez, tan juntas que no había que cazarlas. Bastaba con fundir en uno solo los dos puntos luminosos y apuntar con el foco a su paso. Las hormigas acababan en él sin parar. Eran

muchas las que morían al pasar bajo el rayo, pero no todas. Se formaron montoncitos de cuerpos carbonizados. Las que seguían vivas correteaban por encima y alrededor de las muertas. Cuando varias hormigas se prendían fuego al mismo tiempo, se oía un leve crujido, como pequeñas explosiones. No cesaban. Arón estaba entusiasmado de nuevo, se divertía. Pira estaba un poco mareado.

Al final, dijo que su padre necesitaba que le devolviera la lupa, y eso puso fin al juego.

Más tarde, Pira contó a Martha cómo habían matado hormigas con una lupa.

—No deberías haber hecho eso —dijo ella.

—Lo sé.

—Eso es matar por matar, como si fuera un deporte.

—¿Qué es *deporte*?

—Un juego. Matar como si fuera un juego. Es cruel. No deberías haberlo hecho.

—Lo sé.

Se sentía avergonzado. No le dijo cuántas habían matado. Al pensar en ello sintió aún más vergüenza, pese a que Chris y Arón habían realizado la mayor parte de la matanza. Quería olvidarlo, y al cabo de unos días lo consiguió.

—Me ha llamado un tal Harry Taub —dijo Bruno a Martha en la cena—. Dice que es productor de cine. ¿Has oído hablar de él?

Ella negó con la cabeza.

—Dice que es el tío de Dorothy —comentó Bruno a Pira.

—Ah, lo conozco. Se llama Harry, y es muy peludo. Tiene pelos por toda la espalda.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Lo he visto sin camisa.

Eso Martha se lo tradujo al español a Zita, explicándole lo mejor que pudo el juego de palabras entre Harry y *hairy*, que significaba a la vez «peludo» y «horripilante», y todos se echaron a

reír.

—¿Cómo ha conseguido nuestro número? —preguntó Martha a Bruno.

—Se lo dio Riley. Riley invirtió en una de sus películas.

—¿Qué más ha dicho?

—Ha dicho que Dorothy está prendada de Peter. ¿Qué significa eso?

—Que está colada por él.

Bruno tampoco conocía esa expresión.

—Quiere decir que él le gusta.

—Ah.

Martha explicó en español a Zita que la niña de la que les había hablado Pira después de la fiesta de Chris estaba enamorada de él.

A Pira no le gustó la forma en que sonreían. Ya no era pequeño. Pero le gustaba que Dorothy se hubiera enamorado de él. Eso era aún mejor que si le gustara.

Al día siguiente, Bruno, Martha y Pira se reunieron con el tío Harry, su mujer, Louise, y Dorothy en el gran jardín de detrás de la piscina del Hotel Zapata. Pira había llevado una bolsa con una toalla y su traje de baño.

—¡Ey! —dijo Dorothy, igual que había dicho en la fiesta de Chris.

Pira no conocía a nadie que dijera «¡ey!» en aquel tono alegre y claro. O lo decían sin tanto énfasis o decían hola o algo en español.

—¡Ey! —contestó él.

Los mayores se presentaron unos a otros como suelen hacer los adultos, estrechándose la mano, sonriendo y asintiendo muchas veces con la cabeza. Pidieron bebidas y se sentaron en torno a una mesa a la sombra de una palmera gigantesca. Entonces, el tío Harry dijo a Dorothy:

—¿Por qué no vais arriba Peter y tú a poneros el bañador y coger los flotadores y os divertís un poco en la piscina? —Le tendió la llave—. ¿Estás segura de que podrás abrir la puerta?

—¡Ah, sí!

Todo lo que decía Dorothy era encantador. La forma en que había dicho «¡ah, sí!». ¿Quién hablaba así? Nadie que pudiera recordar. Solo ella.

Subieron en el ascensor.

—Me alegro de que no estemos en el octavo piso —dijo ella —. No llegaría al botón.

Eso también era encantador.

Dorothy enseñó el apartamento a Pira.

—Esta es la habitación principal —dijo.

Parecía importante, y así era el aspecto que ofrecía la estancia. Espaciosa, con una cama grande y acolchada, un escritorio con una silla, un mueble bar (Dorothy explicó lo que era), una radio enorme y, en la pared de encima de la cama, un cuadro con un musculoso príncipe Popocatépetl llevando el cadáver de la princesa Iztaccíhuatl. Una puerta de cristales se abría al balcón.

—Mira —dijo Dorothy— qué vista tan fabulosa.

Pira conocía la palabra *fabuloso*, pero nunca se la había oído a nadie. Junto a la habitación principal, y casi del mismo tamaño, estaba el blanco cuarto de baño, con una bañera gigantesca que tenía garras doradas de león.

—¿Y la sala de estar? —Dorothy alzó la voz al final de la frase en señal de que la lista continuaría.

Pero se distrajo al ver el sofá.

—Este sofá me encanta —anunció, al tiempo que se subía y empezaba a brincar arriba y abajo—. No debo hacer esto con los zapatos puestos, pero... —sonrió— ¡como ellos no están!

Luego echó a correr hacia una puerta:

—¿Y la cocina-comedor?

Pira la siguió, con la toalla a rastras, preguntándose por qué le enseñaba todas las habitaciones, aunque le gustaba y se sentía un tanto mareado.

—¡Y mi cuarto! —dijo Dorothy en tono terminante mientras se dejaba caer con las piernas cruzadas en una cama corta y estrecha con una colcha de flores estampadas.

Pira miró alrededor. Todos los juguetes, todas las cosas que

eran de Dorothy y no del hotel, eran de niñas. Un tebeo de *La pequeña Lulú* en la almohada. Una muñeca de trapo a los pies de la cama. Un cochecito de bebé en el suelo, con una muñeca dentro. Unas muñecas de papel recortable, también en el suelo. Una acuarela de una niña vestida de azul sujeta en la pared con cinta adhesiva. La habría pintado Dorothy.

Ella se bajó de un salto de la cama, se apresuró hacia la cómoda, abrió un cajón y sacó una prenda azul brillante.

—¡Vamos a bañarnos!

A Pira le daba vergüenza quitarse la ropa delante de ella, pero una vez que Dorothy empezó a desnudarse, él también tenía que hacerlo y ya no se sintió cohibido. Eso también lo hizo ella de manera diferente. Metió los calcetines dentro de los zapatos, que colocó pulcramente a los pies de la cama. Dobló el vestido en vez de tirarlo encima de la cama como él hizo con los calzoncillos y la camisa. Incluso dobló las braguitas. Y tenía vagina, claro, pero era la primera vez que él veía una y no se parecía en nada a lo que había imaginado.

—¡Espera! —dijo ella justo cuando Pira estaba a punto de ponerse el bañador—. Primero tenemos que hacer pis. Es una norma.

Fue corriendo al cuarto de baño y, tras dejar la puerta abierta, se sentó en la taza del váter y sonrió mientras ambos escuchaban el ruido que hacía al orinar.

—Ahora te toca a ti.

Se apartó un poco para ver cómo meaba él. Pira levantó el asiento del váter e hizo pis. Le gustaba que lo mirase. Ella no tenía pene. Por eso mostraba tanto interés.

—Fuera llego muy lejos, si quiero —dijo él sin haber terminado.

—¿Cómo de lejos?

—Como una manguera, más o menos.

Cuando acabó, ella tiró de la cadena y bajó la tapa. Entonces se pusieron los bañadores.

—¡Ah, los dos vamos de azul! —dijo Dorothy.

Volvió corriendo al cuarto de baño y regresó con dos

flotadores.

—Uno para ti y otro para mí.

Cuando bajaban en el ascensor, cada uno con su toalla y su flotador, se miraron y sonrieron.

—Quiero casarme contigo —dijo ella.

Al oír cómo hablaba Bruno con Martha de camino a casa, Pira tuvo la impresión de que Bruno se había prendado de Harry.

—Es inteligente, progresista, culto, es amigo de Chaplin y admirador de Cantinflas. ¿Qué hace en Hollywood un tipo así?

—Lo mismo que Chaplin —dijo Martha.

—¿Charlie Chaplin?

—Sí, Peter.

Pira se imaginó a Charlie Chaplin, Cantinflas y Harry juntos y se preguntó qué tendrían en común. Lo único que tenía Harry de gracioso era la espalda.

—Deberías aceptar su oferta —dijo Martha.

Bruno no contestó.

—¿Dorothy también es amiga de Charlie Chaplin?

—No interrumpas —dijo Martha.

Pira estaba seguro de que no había interrumpido nada.

—Louise también me cae bien —dijo Martha—. Aunque es un poco afectada.

«Qué es eso», se preguntó Pira, pero no dijo nada. Por lo general a sus padres no les importaba que les hiciera preguntas, pero aquel momento era distinto.

Siguieron con su conversación, pero Pira ya no escuchaba. Estaba pensando en Dorothy. Sus lágrimas, sus gimoteos cuando Harry y Louise dijeron que tenían el vuelo reservado y no había modo de quedarse unos días más. «La rabieta de costumbre», dijo Louise. Él también se puso triste al tener que separarse de Dorothy, pero nunca lloraría así delante de nadie. Tampoco lo haría estando solo, porque siempre podrían oírlo. Una vez oyó que Martha decía a alguien que conocía: «Me parece admirable mostrar así los sentimientos». Tal vez, pero la propia Martha no siempre mostraba

sus sentimientos. Y Bruno aún menos. A veces estaba triste y se le notaba, pero si le preguntaban qué le pasaba, decía: «Nada, no me pasa nada». Pira pensaba que eso era admirable.

Algunos sentimientos no eran buenos, era mejor no mostrarlos. Y otros eran privados. Pero fue muy bonito cuando Dorothy dijo: «Quiero casarme contigo». La quería por eso. Aunque no tuviera sentido, porque los niños no se casan. Y ahora se marchaba. Eso era triste. Si lo pensaba mucho, se echaría a llorar, y no quería, allí no, en la calle, no.

Cerca de la casa de los Vogelsang había cinco chicos acuclillados en torno a un círculo trazado en la tierra. Jugaban a las canicas.

—¿*Quiero* jugar con ellos? —preguntó Pira.

—¿*Puedo* jugar con ellos? —le corrigió Martha—. Claro que sí. Ya te llamaré cuando esté lista la cena.

Corrió dentro a coger unas canicas, asegurándose de que no se dejaba su preferida, la grande con la espiral azul dentro del cristal transparente. Valía como veinte de las pequeñas de barro. Cualquiera que tuviese una canica como aquella era bienvenido, incluso un gringo. Pira solía arriesgarla, pero nunca la había perdido porque ese juego se le daba bien.

Poco después de su marcha, Dorothy escribió a Pira una carta con ayuda de su madre. Martha estaba segura de que la madre de Dorothy había escrito partes de la carta porque resultaban aún más curiosas que si las hubiera escrito la niña, algo parecido al escritor de cartas del zócalo, que cambiaba las palabras de Zita cuando escribía a Federico.

—Ningún niño mencionaría las buganvillas del jardín —aseguró Martha.

Con toda probabilidad, eso era cierto. Pero en la carta había partes que procedían directamente de Dorothy, Pira estaba casi seguro. Una lista de las habitaciones de su casa de Hollywood, por ejemplo, entre ellas una habitación principal, una estancia francesa y un cuarto italiano. En la parte de atrás de la casa había una pista

de tenis donde el padre de Dorothy jugaba con el tío Harry, que era hermano de la madre de Dorothy.

Cuando le dictó su respuesta, Pira pidió a Martha que no cambiara nada. Quería escribirle con sus propias palabras y nada más. En consecuencia, su carta resultó más breve que la de Dorothy:

> Querida Dorothy:
>
> Yo también te echo de menos. Ojalá pudiéramos jugar juntos. Quiero que conozcas a Arón algún día. Arón es mi mejor amigo. Nos divertimos mucho. Cuando vengas de visita, te enseñaré las cosas de nuestro jardín. Un hormiguero, un zapote al que se puede trepar. También tengo libros y tebeos.
>
> Con cariño,
>
> *Peter*

Llegó otra carta de Dorothy, más breve que la primera. Mencionaba a dos amigas: Lucy y Rachel. Decía que a veces deseaba tener un hermano, y que si lo tuviera, esperaba que se pareciese a Pira.

Entonces Pira volvió a escribirle, y esta vez le resultó difícil pensar en algo nuevo que decirle.

—Háblale de Tristan y Paco —dijo Martha, de modo que eso hizo.

Luego no hubo nada de Dorothy durante mucho tiempo y Pira casi se alegraba, porque escribir cartas se había puesto difícil. Entonces llegó una postal con una fotografía de palmeras, algunas palabras y «Con cariño, Dorothy». Pira contestó con una postal del Popocatépetl debajo de una nube roja, algunas palabras escritas por él mismo y «Con cariño, Peter», y eso fue lo último que supieron el uno del otro.

5

—Qué cosa más extraña es la vida, ¿no? —dijo Martha a Bruno—. Es como un milagro.

Estaban sentados a la mesa del patio, fumando y bebiendo. Pira, tumbado en el suelo de su cuarto, dejó de dibujar indios y vaqueros y se puso a escuchar por la puerta abierta. Le gustaba que hablaran de milagros.

Bruno no dijo nada. Muchas veces contestaba con silencio.

—Fíjate en ese colibrí —prosiguió Martha.

—Ya lo veo —dijo Bruno.

—¿No te parece extraño?

—No, no me parece extraño. ¿A qué te refieres?

—Quiero decir, ¿cómo es posible? Parece una joya. Pero nadie es capaz de hacer una joya así. ¡Y vive!

—Sí, es un milagro —convino Bruno. Esta vez Martha guardó silencio—. Que haya vida. Que haya algo.

Pira tuvo la sensación de estar escuchando lo que no debía. Bruno siempre decía que no existían los milagros ni tampoco la magia, solo trucos de magia, pero ahora estaba diciendo lo contrario.

Cerca del zócalo había un café llamado El Rincón del Sosiego donde servían helado de fruta con nata y nueces. Los Vogelsang iban a veces con Pira. Solía haber un hombre allí sentado, leyendo el periódico o sin hacer nada.

Llevaba una camisa blanca y tenía un bigotito cuadrado y el pelo negro y liso peinado a un lado sobre la frente. Pira pensó que se parecía a Charlie Chaplin, pero sus padres le dijeron que trataba de parecerse a Hitler.

—Pero Hitler está muerto —dijo Pira.

Sabía lo de Hitler. Hitler había dicho a los alemanes —gente que hablaba alemán, como Bruno— que atacaran al mundo entero. Pero Bruno no le hizo caso y se escapó. Incluso luchó contra Hitler en España. Luego el mundo entero contraatacó. Muchas ciudades alemanas quedaron destruidas. Al final, Hitler se mató de un tiro. Por eso intentaba Bruno ganar el suficiente dinero para volver a Alemania con Pira y Martha.

¿Cómo podía aquel hombre hacerse pasar por Hitler, si Hitler estaba muerto?

—Algunos simpatizantes de Hitler quieren creer que sigue vivo —dijo Bruno—. Así que me parece que ese hombre se disfraza de Hitler porque quiere que la gente piense que es Hitler.

En una ocasión, el presunto Hitler saludó a Bruno con la mano, pero Bruno no le contestó. Martha dijo que aquel hombre estaba loco y Bruno estuvo de acuerdo. A Pira le pareció divertido, pero sus padres dijeron que los locos no tenían nada de divertido, como tampoco Hitler ni quien tratara de parecerse a Hitler.

De modo que se sorprendió cuando unos amigos de Bruno fueron a ensayar en la casa una obra de teatro que Bruno había escrito en alemán, y su padre interpretaba a un personaje que se parecía mucho al hombre del zócalo. Llevaba un traje blanco, el pelo peinado como Hitler y un bigote como el de Hitler pegado bajo la nariz. La única diferencia era que andaba con los pies hacia fuera como Charlie Chaplin, cosa que probablemente no hacía el hombre del zócalo porque no intentaba hacer gracia.

Uno de los actores era el mejor amigo de Bruno, Sándor. Lo único que hizo durante la primera parte de la obra fue fumar un puro y estrangular a Bruno. También había dos mujeres: una gorda y otra flaca. Gritaban mucho. En un momento dado, Sándor estranguló a Bruno, que perdió el conocimiento y cayó en una silla, con pinta de estar muerto. La mujer delgada le tiró un vaso de agua a la cara. Él se puso en pie, dijo algo a la mujer gorda, que le dio una bofetada, y Bruno volvió a caer en los brazos de Sándor, quien a su vez lo empujó hacia la mujer delgada, que le dio otro manotazo, y volvió a caer en la silla. Entonces todo el mundo se

echó a reír y Bruno se secó con una toalla.

Lo hicieron otra vez. Era divertido ver el momento en que se acababa la fantasía y la gente volvía a su verdadera personalidad. Siempre era cuando se echaban a reír y Bruno se secaba, pero también había momentos en que se interrumpían para discutir algo y empezaban de nuevo. Al cabo de un rato Bruno tenía las mejillas enrojecidas de las bofetadas. Pira pensó que su padre era muy valiente al permitir que lo abofetearan así, una y otra vez.

Había otra escena que repitieron varias veces.

Sándor se arrodillaba frente a la mujer delgada, le abrazaba las rodillas y alzaba la vista hacia ella, hablando en tono desesperado. Ella le acariciaba la cabeza y le hablaba despacio, sin mirarlo, como en un sueño. Entonces Sándor se incorporaba, cruzaba las manos sobre el pecho, gritaba algo y salía corriendo de la habitación, dejando la puerta abierta. La mujer delgada iba a la puerta y la cerraba con toda calma.

Después del ensayo, Bruno y sus amigos alemanes salieron a tomar unas copas, dejando a Martha con Pira en el jardín.

—¿Por qué era divertido Hitler en la obra de Bruno? —preguntó Pira.

—En realidad, no se trataba de Hitler.

—¿De quién, entonces?

—Bruno interpretaba a un loco que cree ser Hitler.

—¿Como el hombre de El Rincón del Sosiego?

—Algo así. De ahí sacó Bruno la idea.

—Pero tú dijiste que aquel hombre no tenía gracia. Dijiste que Hitler no tiene nada de divertido y tampoco un loco que finge que es Hitler.

—Es verdad. Eres un chico muy listo, Peter. Te acuerdas de todo.

Lo estaba elogiando, pero tenía la mirada atenta, como si ser listo no fuera algo del todo bueno. Sin embargo, sonreía.

—¡Así que es divertido! —concluyó Peter.

—Sigo creyendo que el hombre del bar no es divertido. Pero

el loco de la obra de Bruno no es el mismo hombre. En la obra, cree que es Hitler, y resulta divertido.

—Eso no tiene sentido.

—Lo sé. Es algo lioso. A mí me confunde. Puede que el hombre de la obra de Bruno no sea divertido, en realidad. A lo mejor solo lo parece. No sé nada de alemán, así que se lo preguntaremos a Bruno.

Cuando volvieron a casa, se lo preguntaron. Su respuesta los sorprendió:

—Tiene un aspecto gracioso, lo parece, pero es un alma perdida. Así que merece compasión. Nos reímos de él y luego nos avergonzamos de haberlo hecho.

Pira no lo entendía. ¿Era divertido o no? Estaría bien saberlo.

—¿Por qué cree que es Hitler?

—Porque muy en el fondo, sin darse cuenta siquiera, quiere ser Hitler.

—¿Por qué?

—Porque Hitler es el mal, y ese pobre loco cree que el mal es la fuerza más poderosa del mundo. Y no es así. Pero en ese hombre no hay mal alguno.

—¿Qué es el mal?

Martha y Bruno se miraron sin saber qué decir. ¿Es que el mal era un secreto para los niños o algo así?

—El mal es lo malo —Bruno dijo entonces—. Pero es peor que lo malo. Una persona que tenga dentro el mal no solo es mala, es muy muy mala. No tiene nada bueno.

—¡Eso no es posible! —dijo Pira.

Bruno pareció sorprenderse.

—Creo que tienes razón —dijo.

Pira se sintió orgulloso, aunque no sabía por qué había dicho aquello. Pero después comprendió lo que era el mal, y se asustó. Se acordó de cuando vio *Blancanieves y los siete enanitos*. En aquella película, la reina que se convierte en bruja era la persona más siniestra que hubiera visto jamás, tan espantosa que no quería volver a pensar más en ella. Era el mal. De modo que ya sabía lo que era el mal. Por el miedo lo descubrió.

Cuando venían amigos de Bruno, solían ser solo hombres. Sus mujeres se quedaban en casa o iban a otro sitio. Los hombres se sentaban en el jardín y se turnaban hablando alemán, escuchando y asintiendo con la cabeza.

A veces se ponían nerviosos y se interrumpían unos a otros. Se tranquilizaban, se ponían serios de nuevo y hablaban y escuchaban por turnos. Pira sabía que no debía molestarlos. Estaban discutiendo. Martha tampoco se acercaba a ellos, hasta que en cierto momento decidía que ya habían discutido bastante.

En cuanto se aproximaba, empezaban a hablar en inglés y todo cambiaba. Había sonrisas, incluso carcajadas.

No era solo Martha quien hacía sentirse a gusto a la gente. Sándor también.

A veces, Sándor y Martha hacían música juntos. Él tocaba la guitarra y ella, el violín, o cantaban canciones mexicanas en armonía.

En una ocasión, Martha estaba con Zita en la cocina preparando la comida mientras Bruno y sus amigos mantenían una discusión. Entonces Sándor cogió la guitarra de Martha, salió y, con un pie en el patio y otro en el jardín, empezó a rasguear melancólicos acordes mexicanos, como un mariachi, y luego cantó:

—Sal, cariño mío...

Pero ella no salió. Sándor rasgueó más acordes.

—Sal, tortolita mía...

Pira adivinaba que iba a ser una broma. Solo llamar tortolita a su madre ya era gracioso.

—Sal al jardín...

Martha apareció sonriente en el umbral con una bandeja de sándwiches.

—Te daré mi flor...

Todo el mundo soltó estentóreas carcajadas y Martha abrió la boca con aire de asombro aunque sin tomárselo a mal.

—Eso ha sido una salida de tono, Sándor —dijo ella.

Y entonces Pira vio que se había puesto colorada.

Después preguntó a su madre qué tenía de divertida aquella bonita canción y ella le contestó que era humor de adultos, difícil de explicar. Pira recordaba las palabras y las repitió para que ella se riera otra vez. Pero no se rio. Solo se quedó mirándolo mientras lo decía.

—Gracioso —dijo, para recordárselo.

—Ya no —repuso Martha—. Solo tuvo gracia la primera vez.

—Pero la canción era bonita, ¿verdad? —insistió Pira.

—Era bonita —convino Martha.

—¿Por qué le dijiste a Sándor que no la cantase?

—No se lo dije.

—Dijiste que la letra era una salida de tono.

—Llamarme tortolita fue una salida de tono.

—¿Y divertido?

—Bueno..., sí... pero también una salida de tono.

—A mí me parece gracioso —objetó él, y empezó a recitar la letra.

—Una vez es suficiente —lo interrumpió ella—. Ya vale.

Era evidente que no le gustaba que la llamaran tortolita.

A veces, cuando Bruno y Martha hablaban de cosas serias y Pira estaba cerca, oía la palabra *partido*. Al principio pensó que significaba que Bruno y sus amigos alemanes organizaban un partido como excusa para reunirse y beber whisky, pero no se trataba de esa clase de partido.

No sintió curiosidad hasta un día que oyó a Bruno decir a Martha:

—Eso es porque tú no estás en el partido.

Eso lo dejó pensativo.

—¿Por qué no estás tú en el partido, Martha? —le preguntó Peter un día.

Al principio ella no sabía a qué se refería, pero luego se echó a reír.

—Por nada. Me gusta la gente del partido, con eso me basta.

—Y Bruno, ¿está en el partido?

—Sí, está.

—¿Dónde es el partido?

—En ningún sitio, es... ¡por Dios, Peter, quieres saberlo todo! Me parece que yo no puedo explicarte lo que es el partido. Pregúntaselo a Bruno.

Así que preguntó a Bruno.

—Se llama Partido Comunista —dijo Bruno—. Creemos que no debe haber ricos ni pobres. Todo el mundo debería tener lo suficiente. Hay gente, algunos ricos, que no quieren lo mismo. No quieren compartir lo que tienen. Nos consideran enemigos. Y ellos también son enemigos nuestros.

Era una buena explicación. Pero un día Pira oyó a alguien que hablaba de los enemigos dentro del partido. Eso no se entendía. Así que preguntó a Bruno:

—¿Cómo puede haber enemigos dentro del partido?

—Peter, eso no es algo que puedan entender los niños.

—¿Por qué no?

—Es muy complicado.

Y lo parecía. Pero algo no tenía sentido.

—Y tus amigos, ¿están todos en el partido?

—Sí.

—¿Sándor también?

—Sí, él también.

—¿Hay algún enemigo entre ellos?

Ahora Bruno se molestó.

—Son amigos, Peter. No son enemigos. Yo no traería enemigos a casa.

Así que Pira dejó de hacer cábalas sobre los enemigos dentro del partido.

Era muy desconcertante.

Cuando Pira y Chris o Pira y Arón jugaban juntos, se comportaban como iguales, pero cuando estaban los tres, a veces ocurría que Chris tomaba la iniciativa y los otros dos lo seguían. Incluso cuando a alguno no le gustaba mucho el juego que se inventara

Chris.

Una vez, cuando Pira, Chris y Arón jugaban con indios y soldados, Chris decidió que Arón solo debía tener indios porque él mismo era indio, y que Pira y Chris se quedarían con todos los soldados. Arón consideró que no era justo porque no había muchos indios. Pira también pensaba lo mismo, pero Chris dijo que lo había visto en una película.

Según esa película, los indios libraban grandes batallas aunque fueran inferiores en número.

—Así vamos a jugar —dijo—. Ya veréis. Es un juego divertido.

Dispusieron a sus hombres en posición de combate, algunos medio escondidos detrás de un bloque de madera o junto a una columna. No había que ocultarlos del todo, porque si no, no se les podría disparar.

Los soldados rodeaban a los indios por tres flancos. A su espalda había un muro. No tenían escapatoria, debían matar a todos sus enemigos o morirían uno por uno. Lo más probable era que lucharan hasta la muerte. Esa era una de las expresiones de Chris: «Hasta la muerte». Cuando Arón estaba delante, Pira y Chris siempre hablaban español.

El tiroteo se realizaba con canicas, acomodándolas en el extremo del índice doblado y dándoles un toque con el pulgar. Al principio era emocionante. Para Arón también, porque le gustaba combatir con indios bravos y porque lanzar canicas se le daba bien. Pero pronto resultó evidente que por muy bien que disparasen, sus hombres no tenían la menor posibilidad porque Pira y Chris luchaban juntos y con más soldados. Si no se podía ganar, ser bravo no resultaba divertido. De modo que Arón volvió a quejarse de que el juego no era justo.

—No seas llorón —dijo Chris—. Esto es la guerra. La guerra no es justa. Y, además, en una guerra, los indios luchan hasta la muerte.

Arón parecía al borde de las lágrimas.

—¿Y si algunos soldados nuestros se pasan a los indios? —sugirió Pira.

—Eso no es posible —aseguró Chris.

—¿Por qué no?

—Porque son enemigos. Es una guerra.

Parecía muy seguro. Sabía de lo que hablaba. Para entonces, ni Pira ni Arón disfrutaban con el juego, pero no sabían cómo dejarlo. Así que siguieron matándose a tiros, sin placer, hasta que murió el último indio y ganaron los soldados.

Aquella noche, cuando Pira estaba acostado, Bruno entró en su cuarto. Charlaron un poco y entonces Pira preguntó:

—Cuando los indios perdieron contra los españoles, ¿lucharon con valentía?

—Sí, así fue.

—¿Por qué fueron valientes? ¿Por qué no huyeron?

—Algunos escaparon. Pero otros lucharon con valentía.

—¿Por qué?

—Porque tenían esperanza. Confiaban en la victoria.

—Pero cuando comprendieron que no podían ganar, ¿siguieron combatiendo?

—Muchos de ellos sí.

—¿Por qué?

—Porque preferían morir como valientes antes que como esclavos de los españoles.

—Hasta la muerte.

—Sí.

—Eran muy machos.

Bruno asintió.

—¡Me cago en la leche! —maldijo un borracho que pasaba frente a la ventana. La voz sonó muy cerca. El hombre siguió andando, arrastrando las sandalias por la calle.

—¿Por qué ha dicho eso? —preguntó Pira.

—Porque está enfadado.

—¿Por qué está enfadado?

—No lo sé.

Un poco más allá, el borracho volvió a maldecir:

—¡Me cago en la leche de la madre de Dios!

Pira soltó una risita.

—¡Está enfadado de verdad!

Bruno estuvo de acuerdo. Pira se preguntó por qué maldeciría a la madre de Dios con palabrotas tan feas. ¿Lo castigaría Dios por eso? ¿Castigaría a la gente la propia madre de Dios? Él creía que no.

—¿También son valientes las mujeres?

—Sí, algunas mujeres lo son.

—Las mujeres no son muy machos.

—No, pero pueden ser valientes.

—¿Martha es valiente?

—Sí.

—¿Siempre?

—Sí, siempre.

—¿Y tú eres valiente?

—No siempre. A veces no lo soy.

—¿Cuándo?

—Cuando tengo miedo.

—¿De qué tienes miedo?

—Tengo miedo del dolor.

—Entonces no eres muy macho.

—No, no soy muy macho. Pero a veces soy valiente.

—¿Cuándo?

—Cuando la gente a la que quiero está en peligro. Entonces soy valiente. Combatí en una guerra para proteger a la gente que quería. En eso fui valiente. Si tú te encontraras en peligro, yo te protegería.

—¿Pegarías a alguien para protegerme?

—Sí.

—¿Lo matarías?

—En caso necesario, sí. Pero solo si fuera necesario.

—¿Si alguien quisiera matarme?

—Sí.

—Eso es valiente.

—Eso pienso yo también.

—A veces yo no soy valiente.

—¿Cuándo no eres valiente?

Entonces Pira contó a Bruno que Chris había obligado a Arón a combatir en una guerra perdida con unos cuantos indios, y que él había ayudado a Chris con un montón de soldados, aunque no le sentó nada bien a Arón, y mientras describía la forma en que se desarrolló todo, le cayó una lágrima por la mejilla y aquella era la prueba, no necesitaba decirlo, pero lo dijo:

—Yo no soy valiente.

Bruno se sacó un pañuelo del bolsillo y limpió la cara a Pira.

—Peter —le dijo—. Eres un chico muy valiente. Más valiente que muchos hombres que conozco.

Guardaron silencio. ¿Por qué soy valiente?, se preguntaba Pira. No tenía sentido. Pero como lo había dicho Bruno, se lo creía. Aunque la pregunta persistía. No quería formularla en voz alta. No tenía ninguna gana de hablar.

6

Uno de los cinco barrotes de la ventana de Pira daba corriente. Si cerraba los dedos sobre él con las manos sudorosas, la electricidad le subía por el brazo culebreando velozmente. No dolía.

A veces tocaba el barrote solo para sentir el calambre. Bruno decía que el barrote debía de hacer contacto con algún cable de la pared, pero no era peligroso.

Un día, sin razón alguna, Pira puso la lengua en el barrote y una conmoción violenta le envió un estremecimiento por todo el cuerpo. Le dolió mucho, pero ocurrió tan deprisa que se quedó más sorprendido que dolorido. Tardó un rato en atreverse a hacerlo otra vez. Con cuidado, puso la lengua en el barrote, sintió otra vez la sacudida y retiró en el acto la cabeza. Tocó los otros cuatro barrotes con la lengua, pero no pasó nada. Con el corazón encogido, volvió a poner la lengua en el primer barrote, y esta vez la dejó allí durante un tiempo, hasta que no pudo aguantar más.

Al día siguiente volvió a hacer lo mismo. A la séptima u octava vez resultó fácil. El dolor ya no era tal, y no tenía miedo. Siempre era como una aventura: peligro, audacia e inmediata seguridad.

Un día, después de comer, durante la siesta, oyó que unos niños jugaban en la calle y se acercó a mirar a la ventana. Jugaban al corre que te pillo. Arón estaba con ellos. En cuanto vio a Pira, lo saludó con la mano y se acercó a la ventana.

—Sal —le dijo.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Mis padres han dicho que tengo que dormir.

Arón lo entendió. Él sabía lo que eran las normas.

—Quiero enseñarte algo —dijo Pira—. Acércate más. Pon la lengua aquí. Solo tócalo. Ya verás.

Arón se puso de puntillas, tocó el barrote con la lengua y saltó hacia atrás con la mano en la boca, mirando fijamente a Pira.

—Disculpa —dijo Pira.

Arón retrocedió unos pasos y siguió mirándolo con la mano en la boca. Luego dio media vuelta y se alejó con sus largas zancadas.

Pira se tiró bocabajo en la cama, lamentando amargamente no haber dicho a Arón que al principio daba miedo pero que se quitaba al cabo de unas veces y que él era capaz de hacerlo. Arón lo habría hecho y se habría sentido orgulloso. Y juntos se lo podrían haber enseñado a Chris. Y Pira lamentaba que cuando le dijo «disculpa», Arón no hubiera dicho «no te preocupes». Arón no sabía que Pira no tenía intención de hacerle daño. Debía decírselo. Pero ¿cómo? Arón no se lo creería. Lo más probable es que ahora le odiase.

Rompió a llorar, esperando que lo oyera Martha, pero al mismo tiempo amortiguaba el sonido de su voz contra la almohada porque le daba vergüenza lo que había hecho y temía que ella no lo entendiera, que pensara que era malo porque había sido cruel con su amigo sin razón. «¿Por qué lo has hecho?», eso le preguntaría. ¿Qué podía decir él? Tenía una explicación —solo quería enseñar a su amigo la cosa tan rara que pasaba cuando se ponía allí la lengua—, pero en cierto modo sonaba a falso, porque cuando le dijo a Arón que lamiera el barrote, era consciente de que le dolería y no se lo había dicho. Era como una mala jugada, una mala pasada. Dolía mucho. ¿Qué diría Bruno? ¿Y Zita? No quería pensar en eso.

¿Y Chris? ¿Lo entendería Chris? A lo mejor, sí. Chris podía ser cruel, y su padre era muy malo. Martha decía que a veces ordenaba a sus charros que dieran una paliza a alguien. Y trataban con crueldad a los caballos, pero al padre de Chris no le importaba.

Entonces Pira recordó al Señor Jesús. Zita siempre decía que lo perdonaba todo y que era muy poderoso.

A Pira no le gustaba pensar en Jesús porque estaba clavado a

una cruz, pero ahora lo hizo. En silencio habló con Jesús en español, formando las palabras con la lengua y los labios.

—Perdóname. Perdóname, por favor. Hazme ser bueno otra vez. No dejes que nadie sepa que he sido malo. Y, por favor, di a Arón que no quería hacerle daño.

Luego se puso a escuchar. Nada le dijo que lo habían oído: ni palabra, ni contacto ni sensación alguna. Se tendió de espaldas y juntó las manos como Zita le había enseñado. Si supiera que estaba rezando al Señor Jesús se pondría contenta. Pero no iba a decírselo. No se lo iba a decir a nadie. Era un secreto, no una mentira, como la fe de Zita en su ídolo. Lo que había hecho a Arón también era un secreto, pero no era un secreto bueno. Hacía mucho daño.

—Lo siento —dijo a Jesús, en inglés esta vez—. Siento mucho lo que he hecho. Por favor, que Arón esté contento. Dile que lo siento, por favor.

Aquella noche Martha fue a la habitación de Pira antes de que se durmiera y se sentó a la cabecera de su cama.

—¿Has tenido un buen día?

Había una expresión de alerta en sus ojos. Puede que en la cena hubiera notado que guardaba un secreto. ¿Sería el de Jesús o el de Arón?

Pira pensó bien la respuesta. Eso era lo que Bruno hacía a veces —pensar antes de contestar—, y ahora él hacía lo mismo. Pensó, y Martha esperó.

¿Había tenido un buen día? El día era muy largo. Habían ocurrido muchas cosas, buenas en su mayoría. Paco había silbado a Zita. Aquello había tenido gracia. Zita había empujado a Pira en el columpio y le había hecho llegar muy alto. Eso había sido divertido. Bruno le había enseñado otras dos palabras nuevas en alemán: *Wunderbar* y *Dankeschön*. Había leído una buena historia en español sobre Cuauhtémoc, cuando rodeó a los españoles con diez mil guerreros en una noche negra sin luna que los conquistadores recordaron después como La Noche Triste. No «la

noche terrorífica» —eran demasiado valientes para eso—, sino «la noche triste». Luego pensó que para él aquella sería su Noche Triste.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Martha. Su mirada parecía ahora más tierna.

—He hecho algo malo.

—¿Qué es lo que has hecho?

Deseó que hubiera dicho otra vez ¿qué ha pasado? No quería contárselo. Pero no tenía otro remedio. Así que se lo contó. Se lo dijo todo: lo que había hecho, que Arón se hizo daño y que él se disculpó, pero su amigo se marchó rápidamente, creyendo que Pira lo había hecho a propósito, aunque no había sido así. La expresión de alerta volvió a los ojos de Martha, como si viera algo que Pira no pudiera ver.

—Yo no... Yo no... —Se le quebraba la voz. No podía hablar. Sollozaba, esforzándose por no llorar como un niño pequeño—. Yo no quería...

—Lo sé —dijo ella, sosteniéndole ahora la cara contra su pecho—. Lo sé. Pero ha ocurrido. Y por eso estás triste.

—Sí —dijo él, llorando ya a lágrima viva.

La cálida mano de Martha era tranquila y sabia, como la expresión de sus ojos, y él se sintió a salvo y dejó de tener miedo.

—Lo que has hecho no es nada malo —sentenció ella—. Ha sido un error.

—Lo sé.

—Pero tienes que decirle cuánto lo sientes.

—¡Ya lo he hecho! ¡Le he pedido disculpas!

—No es suficiente. De haberlo sido, lo sabrías.

Pira sabía que estaba en lo cierto. Quizá debería haber dicho «lo siento».

Martha le acarició las mejillas, limpiándole las lágrimas.

—Ahora duérmete.

Ya estaba más tranquilo.

—Buenas noches —dijo ella antes de darle un beso en los labios.

—Buenas noches —dijo él.

Cuando se marchó, Pira se alegró de no haberle revelado el otro secreto, el de Jesús. Era un secreto bueno. Pidió al Señor Jesús que hiciera feliz a todo el mundo que no lo fuera y que los que lo fueran lo siguieran siendo, y luego le rogó que en concreto lo hiciera por Arón, Martha, Bruno, Zita, Paco, Tristan y Chris, y por el padre de Chris y por los charros del padre de Chris, y por sus caballos, por Federico, por la madre de Arón, por Sándor, el amigo de Bruno, por el hombre que creía ser Hitler y por otros varios, uno por uno, hasta que se quedó dormido.

Al día siguiente Pira no quería disculparse con Arón.

—No puedo... Sé que me odia... Me da mucha vergüenza...

Pero Martha insistió en que debía hacerlo, de otro modo sería una cobardía.

—¿Qué es *cobardía*?

—No ser valiente.

Así que fue a casa de Arón, despacio, sintiéndose valiente y angustiado al mismo tiempo, medio esperando que Arón no estuviera en casa. Por un momento pensó en decir a la madre de Arón que se había portado mal con él, que lo sentía, y ella diría que daría el recado a Arón cuando volviera a casa, pero como es natural aquello no iba a pasar. Lo mejor sería que la madre le hiciera entrar y él dijera a Arón cuánto lo sentía, y ahí se acabaría todo. Eso sería estupendo. Perfecto.

Pero cuando llegó, la madre no estaba y Arón sí. La puerta estaba abierta. Arón barría el suelo con un escobón. Al ver a Pira, volvió la cabeza y siguió barriendo. Entonces Pira, con el corazón en la boca, dijo:

—Lo siento.

Arón siguió barriendo.

—Lo que hice... Lo siento. Solo quería enseñártelo... No quería que te hicieras daño.

Arón continuaba con la escoba. Estaba haciendo un montoncito de polvo, aumentándolo un poco a cada barrido. La escoba era muy grande para él, pero sabía cómo manejarla.

—Lo juro.

No hubo respuesta.

—Vamos a jugar a mi casa.

Sin dejar de barrer y aún sin mirar a Pira, Arón habló al fin.

—No puedo ir a jugar. Tengo trabajo que hacer.

Pira notó el orgullo en la voz de su amigo y pensó: «Yo también sé trabajar», pero comprendió que el tipo de trabajo que hacía Arón no era como el que Pira había hecho escribiendo el poema. Era diferente, así que no dijo nada.

Arón llevó la escoba a la cocina y volvió con un recogedor y una escobilla. Con ella echó el polvo al recogedor y se dirigió a la puerta sin perderlo de vista. Pira se apartó y vio cómo echaba el polvo a la calle. Luego Arón entró en la casa, guardó las escobas y el recogedor en un armario y cogió un plumero colgado de un clavo en la pared. Puso una silla debajo de un voluminoso crucifijo de madera colgado en la pared, se subió a la silla y, con cuidado, quitó el polvo a la efigie. Luego bajó de la silla, la puso debajo de otro crucifijo, se subió y limpió aquel también. Había otros cuatro más. Junto a ellos colgaban los cinturones que la madre de Arón utilizaba para castigarlo. Porque había varios, de diferente anchura y longitud.

A veces empapaba los cintos en agua, le había contado Arón, y entonces dolía más.

—¿Puedo ayudarte?

La pregunta desconcertó a Arón. Miró a Pira desde donde estaba, de pie sobre la silla. Luego negó con la cabeza y siguió quitando el polvo al crucifijo.

—¿Por qué no?

—No quiero decirlo.

Se bajó de la silla y la llevó al siguiente crucifijo.

—Tengo que limpiar toda la casa. Si mi madre ve algo de polvo, me castigará otra vez.

—Yo podría mirar a ver si hay polvo.

—Tienes que marcharte. Si viene y te encuentra en casa, se enfadará conmigo.

—Siento que te hicieras daño por mi culpa. Soy tu amigo.

Arón se detuvo con la espalda vuelta hacia Pira. Tenía en la mano el plumero de vistosos colores, y la vista fija en los pies del crucificado. Luego se volvió y con lágrimas de rabia clavó la mirada en su amigo y —cosa que Pira no le había visto hacer nunca— gritó:

—¡Vete! ¡Te estoy diciendo que te vayas!

Pira se fue a casa.

Pira nunca había estado tan triste tanto tiempo seguido. Martha dijo que estaba de duelo y que era natural. Al principio se quedó confuso porque la palabra sonaba a pelea y no tenía sentido. Entonces Bruno le explicó que significaba estar triste porque se había muerto alguien.

—Pero Arón no se ha muerto —objetó Pira.

—No —repuso Bruno—, pero así es como te sientes cuando pierdes a un amigo.

La verdad de esas palabras reverberó un tiempo en la mente de Pira, que deseó que Bruno no las hubiera pronunciado.

Se presentó Chris, y durante su visita Pira no pensó en Arón, o al menos no del mismo modo. Subieron al zapote y jugaron a que eran piratas. Tiraron palos a Tristan, intentaron que Paco dijera «cabrón», pero el pájaro se negó. Luego Chris se acordó del general, que seguía erguido en lo alto del hormiguero, y quiso meterlo de cabeza en la entrada para que las hormigas no pudieran pasar.

—No —dijo Pira—, ese es su sitio. Arón lo ha puesto ahí. Aunque ya no sea mi amigo.

—¿Por qué no es tu amigo?

Así que Pira decidió contar a Chris lo que había pasado. Le contó la historia entera, y mientras se la contaba, se le escaparon algunas lágrimas y se sintió cohibido porque Chris era un tío duro y quizá no lo entendería. Pero más que la tristeza de Pira, a Chris le interesaba el barrote electrificado. Quería probarlo él mismo. De modo que fueron al cuarto de Pira y Chris puso la lengua en el barrote de hierro y echó de golpe la cabeza hacia atrás cuando

sintió el calambre. Se echó a reír. Lo volvió a hacer. Lo repitió varias veces. Luego Pira también lo hizo. Era fácil, aunque dolía.

—Es como un rayo —dijo Chris, y entonces Pira pensó en decir que Arón era un idiota, pero no lo dijo porque sabía que no era cierto.

Más tarde, cuando se marchó Chris, consideró que el hecho de pensar que Arón era idiota era otra maldad por su parte. Como estaba sentado en el patio de espaldas a la casa, no notó que Zita venía hacia él hasta que oyó el apagado rumor de los guaraches por el suelo de baldosas. Zita se detuvo. Él no volvió la cabeza. Quería estar solo, pero se alegraba de que apareciese Zita.

—Pira —dijo ella—. Mi Pirito. ¿Todavía estás triste?

Él asintió.

Ella le acarició la cabeza y Pira cerró los ojos para sentir la dulzura de la caricia.

—Pide al Señor —le dijo, y volvió a entrar en casa.

¿A qué señor? ¿Por qué no ha dicho Señor Jesús? «Señor» puede ser cualquier señor, como el señor Núñez, el fontanero. Esa idea le hizo soltar una risita: Pide al señor Núñez. Por un momento olvidó su tristeza. Luego pensó en el ídolo de Zita y le dio un vuelco el corazón porque de pronto supo que la secreta fe que ella tenía en el ídolo no era como la secreta fe de Pira en Jesús, era un secreto prohibido y el hecho de saberlo también era algo prohibido. ¿Cómo estaba tan seguro? Simplemente lo sabía. ¿Rezaba ella al hombrecillo verde? ¿Lo llamaba «señor»? No, era algo demasiado secreto, que tenía bien oculto. ¿Qué le pediría? ¿Qué le daría que no le diera el dios del amor o la Virgen de Guadalupe?

«Pide al Señor.»

Ya lo había hecho, y Jesús no había contestado. A lo mejor debía intentarlo otra vez. Pero no podía. Para rezar a Jesús había que juntar las manos, de otro modo no iría en serio. No podía hacerlo allí, en el patio. No estaba completamente a solas. Aunque Bruno se encontrara en su despacho, Martha hubiera ido a visitar a una amiga y Zita estuviera limpiando la casa, imaginó que entraba alguien de la calle, lo veía con las manos juntas y se preguntaba

por qué estaba rezando el pequeño gringo. Se reiría de él. O si Bruno saliera del despacho o Martha volviera a casa y lo vieran rezando, eso también sería bochornoso. A Zita le gustaría, pero no quería que ella lo supiera. Tenía que seguir siendo un secreto.

Se retiró a su cuarto para rezar allí, pero fue incapaz de hacerlo porque los barrotes de la ventana le recordaban el error que había cometido con Arón. Casi era como si hubiese otra persona en el cuarto, alguien que le recordara lo que había hecho y que pensaba que no merecía el perdón. ¿Adónde podría ir? Podría subir al zapote. Volvió a salir. Pero en cuanto vio el árbol y se imaginó en su puesto de vigía, recordó que había estado allí con Arón, codo con codo, cogidos de los hombros. Era muy triste.

No subió al árbol. Simplemente se quedó parado en el patio. Sin pensar, entonces, como si ya supiera lo que iba a hacer, se sacó del bolsillo su canica preferida, la transparente con la espiral azul, sintió su peso en la mano y empezó a entrarle sueño. Se tumbó, puso una mejilla sobre el fresco suelo de baldosas, comenzó a pasarse la canica de una mano a otra, despacio, escuchando su oscura y pétrea voz, y cerró los ojos. El sonido de la bola rodando le llegaba de cerca y de lejos, profundamente, y ya se estaba hundiendo en el mundo de piedra, tan blando, más suave que nada en el mundo. ¿Cómo era posible? Abrió los ojos. Todo estaba como siempre. La espiral azul de la canica giraba como siempre que lanzaba la bola, y como de costumbre daba una ligera sacudida al cruzar la junta entre dos baldosas. Esperó a que la bola entrara rodando en su mano abierta y cerró los dedos al tiempo que los ojos. De nuevo se estaba hundiendo, y esta vez se dejó caer y caer sin parar, confiando en encontrar buen fondo. Y lo era: blando, como barro, pero aún más suave. No veía nada, pero notaba que había algo allí, algo o alguien, y sintió un poco de miedo.

—Ayúdame —dijo.

No sabía a quién pedía ayuda, pero pronunciar la palabra contribuyó a que se sintiera a salvo otra vez. Alargó la mano y tocó algo duro y frío. Era una espada, y tenía la empuñadura en la mano. Qué fuerte se sintió, y qué valiente. ¿Era una espada mágica, como la del rey Arturo? ¡Excalibur! A su alrededor solo

había piedras y cactus. Acechaba el peligro. Ya estaba ahí, pero no tenía miedo.

Entonces oyó que Martha entraba por la verja del jardín y abrió los ojos.

Al cabo de un tiempo, cuando pensaba en Arón no sentía tanta tristeza y culpa como miedo de encontrárselo por la calle. Cuando se lo imaginaba, sentía frío y el cuerpo se le encogía. ¿Qué iba a decirle? Casi prefería no verlo nunca más. Pero Arón vivía cerca. Era raro que no se hubiesen cruzado hasta ahora.

7

«Llueve sobre mojado», dijo Martha, y cuando Pira preguntó a Bruno qué significaba aquella frase (porque Bruno explicaba mejor las palabras), dijo que quería decir que en un momento determinado podía acumularse toda clase de problemas, igual que una gota de lluvia sucede a otra y lo empapa todo. Eso tenía sentido, porque hacía días que Martha y Bruno hablaban de toda clase de problemas. Bruno bebía más whisky de lo habitual, y a Martha no le gustaba eso. Sándor se marchaba a Hungría, que era donde vivía antes de que Hitler lo echara de allí, y si no encontraban a nadie para sustituirlo como primer violinista, se acabaría el Cuarteto Ferenc Sándor y Martha dejaría de ganar dinero. Se había suspendido la publicación de un libro de Bruno en Alemania porque el editor se empeñaba en que cambiara algo y él no quería. La señora a la que Bruno había querido más que a Martha cuando Pira tenía cuatro años había escrito unos poemas y se los había enviado a Bruno, que la estaba ayudando a publicarlos, y Martha estaba enfadada por eso. La simpática señora que dirigía el colegio adonde Pira y Chris iban a ir a primero de primaria tenía un novio que había dejado el partido porque le gustaba un hombre malo de nombre raro que ya había muerto pero seguía siendo un problema. Federico, que debía llegar de visita el viernes, no venía porque los jefes de los ferrocarriles mexicanos no querían dar a los trabajadores el dinero que necesitaban, así que la unión había declarado la huelga, que era una palabra que sonaba con fuerza y significaba que los ferroviarios no acudirían al trabajo, de modo que los trenes no circularían, la gente no compraría billetes para ir en tren y los dueños perderían un montón de dinero. Bruno consideraba que la huelga era buena idea, pero podía convertirse en un feroz enfrentamiento con los

enemigos de la unión y con la policía. Eso puso triste a Zita porque su novio no pasaría el fin de semana con ella, y más que triste estaba preocupada por si le hacían daño, y si el jefe se enfadaba con él y perdía el trabajo entonces no ganaría bastante para ir a verla. Se llevó las manos a la cara un par de veces diciendo «Dios mío», como si esta vez no estuviera segura de la ayuda de Jesús o la Virgen.

Tristan también tenía problemas. Estaba enamorado de una perrita blanca que vivía en la casa un tanto lejana de un vecino, y no era un amor feliz, porque gemía y aullaba de modo lastimero y se alzaba sobre las patas traseras en un intento por estar más cerca de ella cuando la perra se asomaba a una ventana del piso de arriba de la casa.

Martha pidió al vecino que permitiera juntarse a los dos perros, porque el suyo estaba sufriendo, pero el dueño dijo que no porque temía que su perra se quedara preñada.

Solo Paco estaba contento. De cuando en cuando, desde su posición preferida en el plátano, silbaba como hacían los hombres al ver a una chica guapa. Martha dijo que a veces pensaba que estaba tomando el pelo a Tristan.

Pira fue con Zita a comprar un cactus para el cumpleaños de Bruno, porque le encantaban los cactus. Por el camino se encontraron con Arón. Venía en su dirección, cargando con una pesada bolsa de papel. Se detuvo en cuanto vio a Pira, que sin dejar de andar sintió que el corazón se le subía a la garganta. Arón echó a andar de nuevo, pero volvió la cabeza para no tener que mirar a Pira. Entonces Zita alargó el brazo como para atraerlo hacia sí pero también para cortarle el paso. Arón se paró y alzó la vista hacia ella, los ojos temerosos. Zita se agachó para poner la cara a la altura de la suya y, sonriendo, alargó la mano, le acarició con afecto la mejilla y dijo:

—Aroncito, escúchame. Todos te queremos. Pira también.

Arón miró a Pira con el rabillo del ojo y volvió a apartar la vista.

—Tengo que irme —dijo.

Pero antes de seguir su camino miró otra vez a Pira, que logró murmurar un «hasta luego» en voz tan baja que era imposible que Arón lo hubiera oído, aunque a lo mejor lo entendió por el movimiento de los labios.

Siguieron andando. Al cabo de unos pasos, Pira volvió la cabeza para ver si Arón se volvía para mirarlo, pero su amigo siguió andando a buen ritmo, con la bolsa apretada contra el pecho.

Llegaron dos cartas de David, el primer padre de Pira. Una era para Martha, y la otra para Pira. Iba dirigida a él, con su nombre en el sobre, en vez de estar incluida, como en un aparte, en la carta para Martha. Solo eso la hacía especial. Decidió abrir el sobre en el zapote, donde estaría a solas. La carta venía doblada en dos pliegues bien marcados, y cuando la abrió, vio que estaba escrita a máquina en papel cebolla, cosa que la hacía aún más especial:

> Mi muy querido Peter:
>
> Tu madre me ha enviado el poema que escribiste, con una traducción para ayudarme a entenderlo. Es precioso. Pero eso no se acerca en absoluto a los sentimientos que ha suscitado en mí ni a lo que siento por ti. Así que déjame probar de nuevo. Tu poema me emociona como la música, y ya sabes lo que la música significa para mí. Solo quiero que sepas lo orgulloso que estoy de tener un hijo poeta.
>
> Con todo mi cariño,
>
> *David*

«Con todo mi cariño.» Pira nunca había oído esas cuatro palabras juntas. Las repitió mentalmente. Se imaginó diciéndolas. Luego se imaginó sintiéndolas mientras las pronunciaba. El «todo» era imponente. «Todo mi cariño.» ¿Cuánto cariño sería eso? Casi daba miedo.

Aunque la otra carta de David iba dirigida a Martha, cierta parte se refería a Pira y a su poema. Cuando se acostó, Pira oyó, a través de la puerta de su cuarto, que Martha se la leía a Bruno en su dormitorio. No captó todas las palabras, pero lo que oyó lo colmó de una alegría tal que apenas pudo contenerse para no gritar a pleno pulmón. Así que gritó mentalmente: ¡Soy feliz! ¡Qué feliz soy! Ahora quería escribir muchos poemas más para David y para Bruno, para Martha y para Zita. Estarían en inglés y en español, y si algún día aprendía alemán, escribiría poemas en alemán.

Apagado el grito de alegría en su mente, escuchó de nuevo la conversación de sus padres. Hablaban en voz baja. Cuando uno de ellos dejaba de hablar, se producían largos silencios. Parecían serios.

Al día siguiente, sentado en el zapote, Pira repasó mentalmente todo lo que David le había escrito. Que su poema era precioso, pero eso no contaba. Que el poema era como música. Zita había dicho lo mismo cuando lo definió como «una hermosa canción». Pero David decía más. Decía que Pira era poeta y que estaba orgulloso de tener un hijo poeta.

¡Orgulloso! Ahora Pira también se sentía orgulloso. Se sentía fenomenal.

Imaginó la sorpresa de David al leer el poema por primera vez. ¿De qué? Del canto de la rana, quizá, o de la rima. Eso era sorprendente. Y puede que al leerlo por segunda vez también se sorprendiese pero de distinta manera, porque en el poema había cosas que aun ahora, mientras pronunciaba las palabras, seguían sorprendiendo a Pira.

Unos días después, Bruno dejó su pluma estilográfica en un estante fuera de su despacho y, al encontrarla, Pira la abrió y la probó. Había visto muchas veces escribir a Bruno con aquella pluma. Sabía que para Bruno era algo especial, porque Martha se la había regalado por su cumpleaños y, además, se trataba de una Parker, y

las Parker eran caras. Una vez preguntó a Bruno si podía dibujar con ella, y le dijo que no, no era una pluma para que la utilizaran los niños, y cuando le preguntó por qué no, Bruno contestó: «Porque se podría romper». Pero Pira ya era más mayor y estaba aprendiendo a escribir.

Martha le había dado un abecedario, mostrándole la forma de cada letra impresa o escrita a máquina y el aspecto que tenía en lo que ella denominó «cursiva». También le dio una caja llena de páginas rayadas, especiales para copiar las letras. Había estado practicando con un lapicero y ya sabía escribir cualquier palabra que pudiera pronunciar, aunque le parecía que las seguía escribiendo torcidas y no como eran en realidad. Y ahí tenía en la mano la pluma de Bruno, negra y reluciente con un clip dorado. Solo con sostenerla le daba la sensación de que era capaz de escribir, de escribir de verdad, como un adulto. Las líneas fluirían con aquel aspecto brillante que tenían en las páginas que hacía Bruno. Las palabras las haría pequeñas, como Bruno, y las letras de cada una estarían juntas, en lugar de separadas y grandes como cuando practicaba con un lapicero. Era más fácil escribir con pluma. De eso estaba seguro.

Pero a Bruno no le gustaría que Pira la utilizara sin su permiso. Aunque ahora no podía pedírselo: no debía molestarlo cuando estaba trabajando. Tendría que esperar. Pero si esperaba a pedírselo después, Bruno volvería a decirle que no. Así que, ¿a qué esperar y para qué preguntar? La cuestión era en realidad muy sencilla y evidente. Si solo utilizaba la pluma cuando Bruno estuviera en su despacho y la dejaba otra vez en el estante antes de que saliera, Bruno ni se enteraría.

En cuanto lo pensó, se sintió impaciente, culpable y valiente, todo a la vez. Lo que iba a hacer no era nada malo pero estaba prohibido y debía ser un secreto. Fue al escritorio de Martha —que ella llamaba secreter— y cogió dos hojas de su papel azul claro destinado a escribir cartas. Luego cogió el grueso volumen de grabados de Posada para apoyarse en él y fue a su cuarto. Cerró la puerta al entrar, se sentó en la cama con el libro sobre las piernas, puso el papel encima, quitó el capuchón a la pluma, lo puso en el

otro extremo, donde encajaba a la perfección, la empuñó adecuadamente como ya sabía y trazó un breve signo a la izquierda del papel, en la parte de arriba, el primer rasgo de una Q mayúscula, que sería la primera letra de *Querido*. Iba a escribir una carta a su primer padre, David.

Escribir palabras enteras no era tan fácil como había imaginado. En cierto modo parecía que estaban bien gracias a la tinta, pero las frases no iban derechas y las letras estaban torcidas y no eran todas del mismo tamaño. Pero escribía palabras enteras y frases completas, y cuando terminara sería una carta de verdad. Estaba ansioso por meterla en un sobre con sello.

Se le ocurrió que para contestar a David necesitaba leer su carta otra vez. Había guardado el papel cebolla doblado en la caja con el papel rayado que Martha le había dado. Dejó la pluma sobre la almohada, fue a coger la carta y volvió a la cama, leyendo conforme andaba, y al sentarse advirtió demasiado tarde que la pluma había rodado de la almohada a la sábana, donde se había formado una mancha azul oscura. Eso lo preocupó por un segundo, pero entonces pensó que Zita podría quitar la mancha y que, de todas formas, ella no sabía nada de la pluma de Bruno ni de que él no debía utilizarla. Se puso sobre las piernas el enorme libro verde y volvió a leer la carta de David de principio a fin. A continuación la dejó a un lado y, despacio, con cuidado, siguió escribiendo la suya.

Se detuvo ante *zapote*, preguntándose cómo de largas debían ser las tres líneas horizontales de la letra E, de modo que dejó la pluma en el suelo, donde no pudiera pisarla, fue a buscar el abecedario para copiar las letras, se lo llevó a la cama, cogió la pluma y se sentó con el libro y su carta en el regazo y la pluma en la mano. Pero antes de dibujar la palabra *zapote*, apoyó la mano izquierda en la página para sujetarla al escribir y emborronó algunas palabras que ya había escrito, con lo que tuvo que empezar otra página desde el principio. Eso resultó una suerte, porque los nuevos trazos le salían ahora más rectos que antes y las

palabras tenían muy buen aspecto. Despacio, con mucho cuidado, escribió su mensaje letra por letra hasta llegar a la última palabra, que era su propio nombre, y leyó lo que había escrito una vez más:

> Querido David:
>
> Me alegro muxo de que te encante mi poema. Leyi tu carta en un arbol grande. Es un arbol de nuestro jardin. Se llama zapote. Estoy orgulloso de ti.
>
> Con todo mi cariño,
>
> *Muy querido Peter*

«¡Lo he conseguido!», pensó, y con la siguiente idea —«¡se la enseñaré a Martha!»— se bajó de un salto de la cama y la pluma, aún abierta sobre el libro que había utilizado para apoyarse, rodó y cayó al suelo.

Cuando la recogió —«¡ay, Dios!»—, vio que se le había doblado el plumín dorado. «¡Dios santo!» Pero la pluma se había roto, ni siquiera Dios podría arreglarla. Se quedó sentado, con los puños en la boca, mordiéndose los nudillos, los ojos firmemente cerrados. Quería llorar, pero no podía.

Luego se le ocurrió algo, una posibilidad desesperada. Apretó la punta doblada contra la cubierta dura del libro y el plumín se enderezó un poco. Aún seguía doblado por la punta. Volvió a ponerlo sobre el libro y, con cuidado, lo apretó con la yema del dedo y miró a ver si estaba más derecho. Lo estaba.

Apenas sin dar crédito a su buena suerte, trazó una línea recta en la página emborronada de su primer intento. La pluma no se deslizaba por el papel con la misma suavidad de antes, pero la línea estaba bien. Trazó líneas hacia arriba, hacia abajo, en horizontal y luego en círculos. ¡La pluma no se había roto, funcionaba! Dibujó una Q mayúscula junto a la Q de *Querido*. Quedaba tan bien como la primera. ¡Gracias a Dios! Le puso el capuchón. Se encajó con un clic satisfactorio. «¡Gracias!»

Fue al estante y dejó la pluma donde la había encontrado. Bruno seguía en su despacho. Pira se dirigió a la cocina, donde Martha estaba ayudando a Zita a hacer la cena.

—Mira, he escrito una carta a David —anunció, y Martha y Zita soltaron una carcajada.

—¿Qué te ha pasado en la cara?

No podía verse la cara.

—¿Es tinta?

Él asintió.

—¿De dónde la has sacado?

De modo que le contó que había escrito la carta con la pluma de Bruno.

—No deberías haber hecho eso —repuso ella—. Bruno adora esa pluma. No quiere que nadie la use. Ni siquiera yo.

Eso lo sorprendió. Así que no era porque él fuese un niño.

—Lo siento —dijo—. Le diré que lo siento, pero he escrito una carta entera. Mira.

—¿En serio?

Martha cogió la carta, le echó un vistazo y miró a Pira, sonriendo y negando con la cabeza para mostrarle lo increíble que era que hubiese escrito una carta entera y lo mucho que lo admiraba. Luego enseñó a Zita lo que había hecho:

—¡Mire, Zita, aprendió a escribir por sí mismo!

Zita miró a Pira con admiración. Martha a veces fingía esa expresión, pero Zita no aparentaba, estaba impresionada de verdad, porque ella no sabía leer ni escribir.

—Léela —dijo Pira a Martha.

—Lo haré, pero tú ve al baño a lavarte la cara y las manos con jabón. Coge la manopla y restriégate hasta que se haya ido toda la tinta. Súbete al taburete para que puedas verte. Date bien de jabón. Cuando hayas terminado, limpia el lavabo. Y retuerce la manopla para aclararla y luego me la traes. Yo iré leyendo tu carta mientras tanto.

Eran muchas instrucciones. Se apresuró hacia el cuarto de baño. En aquel momento salió Bruno del despacho.

Sus miradas se cruzaron y Pira se quedó de piedra.

—Lo siento —dijo.

—¿Es pintura, eso que tienes en la cara? —dijo Bruno, con una sonrisa.

—Tinta.

—¿Has cogido mi pluma? —La sonrisa desapareció.

Pira asintió.

—¿Dónde está? La he estado buscando.

Pira señaló el estante donde estaba la pluma.

—No deberías haberla cogido.

—Lo sé. Lo siento.

—Te compraré una. ¿Te gustaría?

Aquello era tan inesperado que Pira no pudo decir que sí, y se limitó a asentir con la cabeza. ¡Claro que le gustaría!

—He escrito una carta —dijo entonces.

—¿De verdad? ¿A quién?

—A David.

—Ah.

Bruno adoptó una expresión pensativa, o quizá de sorpresa. Pira también se sorprendió. ¿Por qué Bruno no pensaba que era fantástico que hubiera escrito una carta entera él solo?

—Ahora ve a lavarte la cara y las manos. Con jabón. Y, por favor, no vuelvas a cogerme la pluma.

Había frialdad en la voz de Bruno. Al final, se había enfadado. Nunca hablaba así a Pira. En ocasiones, muy rara vez, empleaba aquel tono para regañar a Tristan cuando meaba en la jamba de la puerta y cosas así.

«Schlechter Hund», decía, y Tristan metía el rabo entre las patas, plegaba las orejas y agachaba la cabeza, con tal aire de culpa y arrepentimiento que nadie podía estar mucho tiempo enfadado con él, Bruno tampoco.

Mientras se lavaba la cara y las manos con la manopla, observó cómo el azul del agua jabonosa se iba aclarando cada vez más, lo mismo que se iban desvaneciendo sus sentimientos heridos. Cuando se subió al taburete y vio que tenía la cara limpia, se llevó una alegría.

Oyó que Martha llamaba a Bruno desde la sala de estar.

—¿Sí?

—Ven a ver lo que ha escrito Peter.

A la mañana siguiente, Pira y Martha coincidieron en el jardín. Él estaba en el patio colocando vaqueros e indios, y Martha había instalado el soporte del violín a la sombra del zapote y practicaba sus escalas. Tristan dormía a su lado y, por encima de su cabeza, Paco hablaba consigo mismo entre las oscuras hojas. Zita había ido al arroyo a lavar la ropa con las demás mujeres.

De pronto salió Bruno del despacho, a paso rápido, y habló a Pira con voz severa:

—¿Por qué no me has dicho que me rompiste la pluma?

—Yo no la he roto.

Martha dejó de tocar.

—La has dañado.

—Pero la reparé.

—Como sabías que yo no quería que me cogieras la pluma, la utilizaste a mis espaldas. Se te cayó al suelo, por lo visto. Luego la pusiste donde yo la había dejado y no dijiste nada. Si no te hubiera visto con tinta en la cara, ni siquiera me habrías dicho que habías utilizado mi pluma. Estoy muy enfadado contigo.

Pira abrió la boca, pero no supo qué decir.

Estaba asustado. Nunca había visto a Bruno tan enfadado.

—Eso no es justo, Bruno —Martha habló por él—: Antes de que tú le vieras, Pira vino a enseñarme la carta que había escrito. No estaba ocultando nada, iba a pedirte disculpas.

—¿Por qué?

—Por utilizar tu pluma.

Bruno cerró los ojos. Tenía el pecho agitado, como si hubiera estado corriendo. Se dio la vuelta hacia Pira. Su voz parecía ahora más calmada.

—¿Le dijiste a Martha que se había roto la pluma?

—No. ¡No se había roto!

Ahora Bruno volvió a levantar la voz:

—¡Quiero que te vayas a tu cuarto! ¡Ahora mismo! ¡Y quédate

allí hasta que yo te diga que puedes salir!

Pira se puso en pie. Estaba temblando.

—¡Ya basta, Bruno! —dijo Martha—. ¿Por qué estás tan enfadado? No es más que un niño. No pretendía hacer nada malo. ¡Por amor de Dios, si solo es una pluma!

—¡Y yo soy solo su padre! ¿Estamos?

Lo que sucedió a continuación pasó muy deprisa. Bruno se precipitó hacia él, con su mano haciéndose cada vez mayor a medida que se acercaba. Con aquella mano cogió a Pira de la camisa, lo alzó del suelo y se lo pasó debajo del otro brazo, donde quedó colgando cabeza abajo. Al momento siguiente Bruno estaba sentado al fondo del patio con Pira bocabajo en el regazo. Sujetándolo con una mano, le bajó los pantalones. Luego se quitó una sandalia. Solo después del escozor del tercer zapatillazo Pira empezó a gritar, de rabia más que de dolor, y como Bruno seguía pegándole, rugió: ¡TÚ NO ERES MI PADRE! Al mismo tiempo, sonó la voz de Martha desde el otro extremo del jardín:

—¡Basta! —Y una segunda vez más alta a medida que se acercaba—: ¡YA BASTA, BRUNO!

Bruno se detuvo y Pira corrió hacia los brazos de Martha. Entonces oyó a su madre, que lanzaba contra Bruno toda su rabia desatada:

—¡NO VUELVAS A PONERLE LA MANO ENCIMA!

Aquellas palabras asustaron a Pira. Significaban algo muy peligroso, algo horrible. Pero aún lo era más el silencio que siguió. ¿Cuándo contestaría Bruno? ¿Por qué no estaba cruzando el jardín para abrazar a Pira diciendo que también era su hijo? Pira abrió los ojos y vio que su padre estaba muy pálido. Tenía la boca abierta, los brazos colgando a los costados como si se le hubieran agotado las fuerzas. Nada parecía ahora más urgente que conseguir que Bruno volviera a estar contento, que supiese que era su padre preferido, que lo quería más que a su primer padre, mucho más, que lamentaba lo que había dicho, que no era cierto. Pero Bruno volvió a su despacho y cerró la puerta al entrar.

Martha se sentó en la hierba con Pira en el regazo. Lloraban los dos. Martha, en silencio, aunque Pira sentía su húmedo calor en el cuello. Eso le daba aún más consuelo que su abrazo y el contacto de sus manos sobre la piel. Su dolor se hizo blando y ancho, como la oscuridad o como quedarse dormido. Entonces, la idea de Bruno solo en su cuarto lo atravesó como un puñal. Más que nada en el mundo, deseaba que se borraran las palabras que él había dicho, que nunca las hubiera pronunciado.

—¿Peter?

—¿Sí?

—Tenemos que hablar con Bruno.

—Sí.

—Ahora mismo.

Cruzaron juntos el jardín y por los escalones del patio subieron al despacho de Bruno. Martha llamó a la puerta. No hubo respuesta.

—¿Bruno?

Ninguna contestación.

Martha abrió la puerta. Allí estaba, sentado en el catre en el que a veces se tumbaba a pensar en lo que estaba escribiendo. Tenía una sandalia puesta, descalzo el otro pie.

En cuanto lo vio, alargó las manos hacia Pira y él corrió a que lo abrazara. Bruno le besó la frente y apretó la mejilla contra la suya. Martha se sentó junto a Bruno, los rodeó con los brazos y los tres juntaron la frente.

—Lo siento —dijo Pira. Sus palabras se convirtieron en un gemido.

Bruno apretó más a Pira contra él. Martha relajó el abrazo para darles espacio. Entonces Bruno rompió a sollozar. Pira nunca había visto llorar a un hombre. Era más triste que oír llorar a una mujer o a un niño. Quería que dejara de hacerlo.

Bruno apartó a Pira con suavidad, solo lo suficiente para mirarlo a los ojos con los suyos, de un pálido azul, llenos de lágrimas.

—Mi querido muchacho —dijo Bruno. Las lágrimas le rebosaban de los ojos y le corrían por las mejillas—. No hay nadie

en el mundo a quien quiera más que a ti.

—Lo sé —musitó Pira.

—Nunca volveré a pegarte.

—Lo sé.

De nuevo juntaron las cabezas.

—Lo siento mucho, Bruno —dijo Martha.

—Lo sé —dijo Bruno, mirándola—. Pero tenías razón.

Martha asintió. Luego alargó la mano y cogió la de Pira.

—¿Peter?

—¿Sí?

—¿Por qué no le traes la sandalia a Bruno? Parece tonto solo con una puesta.

De modo que Pira salió corriendo a buscar la sandalia de Bruno. Al volver se encontró con que Martha y Bruno estaban sentados con las manos una encima de otra sobre una pierna de Bruno, como en el juego de cartas de los cuatro montones. Tenían la cara húmeda y estaban sonriendo.

Aquella noche estalló una tormenta. La anunció el susurro del viento entre las copas de los árboles. Luego empezó a llover a cántaros. Después, el fragor de un trueno se oyó tan cerca que Pira bajó a toda prisa de la cama, corrió a la habitación de sus padres y, de un salto, se metió en su cama. Allí permanecieron, escuchando el aguacero. Se oyeron más truenos y el estruendo de la lluvia, que caía a raudales, derramándose por el tejado.

—¿No es estupendo —dijo Martha— estar juntos, a cubierto y sin mojarnos, en una noche como esta?

Al cabo de un tiempo, escampó la tormenta y ella habló de nuevo:

—Ya puedes volver a tu cama, Peter.

«Nunca volveré a pegarte.»

Pira estaba convencido de eso. Pero no se le iba el recuerdo de Bruno pegándole. Le volvió aquella misma noche, al día

siguiente y al otro, cuando no había nadie a su lado.

Cuando estaba con Bruno no tenía miedo, pero a solas no se encontraba a gusto con sus pensamientos. Siempre se representaba el momento en que Bruno preguntó: «¿Le dijiste a Martha que se había roto la pluma?». Y él contestó: «No. ¡No estaba rota!». No era cierto. Sabía que no era cierto, pero lo dijo de todas formas. Era una mentira, y Bruno lo sabía, y por eso se enfadó tanto con él y le pegó. Cada vez que recordaba aquel momento, quería ir a ver a Bruno y decirle que lamentaba haberle cogido la pluma y romperla para después mentir, pero entonces recordaba su rabia y cómo lo había cogido, como si no pesara nada, igual que Federico pero no en broma sino para pegarle MUY FUERTE, y en cuanto recordaba los zapatillazos y el dolor, había algo que le daba casi más miedo que cualquier otra cosa que recordara desde que tenía memoria. Era una sensación. No sabía lo que era ni quería saberlo. Pero cada vez que la notaba, se apagaba su deseo de decir a Bruno que lo sentía. Era como si el hecho de decírselo fuera a suscitar aquella otra conmoción y le daba mucho miedo.

Pocos días después de la azotaina, Martha vio a Pira con el ceño fruncido, le preguntó si estaba bien y él contestó que sí. No era del todo cierto, pero tampoco mentira. Los malos recuerdos iban menguando.

—A Bruno se le ha ocurrido una cosa —dijo Martha—. Todos los días deberíamos hacer algo que nos guste a los tres. Así que he pensado: ¿por qué no pintamos juntos? Podemos hacerlo después de la siesta, durante una hora.

Salió a comprar tres juegos de acuarelas, con su papel y pinceles de diferente grosor. Todos los días después de la siesta pintaban en el patio y en el jardín. Al principio, Martha copiaba plantas y flores y Bruno copiaba cactus, mientras Pira dibujaba indios que lanzaban flechas y arrojaban lanzas contra los conquistadores a caballo, pertrechados de armadura y mosquetes, para luego colorearlos. Bruno dijo que una de las plantas de Martha parecía inteligente, porque tenía orejas de elefante. Martha

creía que le estaba tomando el pelo, pero él afirmó que lo decía en serio. Luego Martha copió la fotografía de un joven indio lacandón de pelo largo que a ella le gustaba mucho, y Pira y Bruno se quedaron pasmados de la semejanza que guardaba con el hombre de la fotografía. Tanto Martha como Bruno elogiaron a Pira por pintar partiendo de la imaginación. Martha dijo que era la mejor forma de pintar, si uno era capaz de hacerlo, pero Bruno insistió en que todas las formas eran buenas y Martha estuvo de acuerdo. Luego Bruno también empezó a pintar a partir de la imaginación y Pira pensó que esos cuadros eran mejores que los suyos y los de Martha. Al principio, Bruno pintaba dragones que escupían fuego por la boca y caballeros que se parecían a los conquistadores de Pira, pero con lanzas en vez de mosquetes y montados en caballos que estaban mucho mejor dibujados que los suyos. Así que Pira intentó copiar los caballos de Bruno. Ahora sus cuadros eran en parte copiados y en parte salidos de su imaginación.

—Eso es lo que hacen los artistas —dijo Bruno—, un poco de las dos cosas. Me imagino dragones y también copio del recuerdo de cuadros que he visto.

Aquello tenía sentido.

Unos días después, Bruno pintó un cuadro de un hombre que se asomaba mucho por el borde de una embarcación con los brazos abiertos hacia una mujer de color rosa con los pechos al aire, larga melena rubia y una cola de pez que surgía entre las olas azules con las manos tendidas hacia él. Le pintó el pelo con el pincel más fino de todos los que había comprado Martha. Le puso diminutos puntos blancos en los ojos azules para hacer que relucieran.

—¡Una sirena! —exclamó Martha—. Parece alemana.

—Es alemana.

—Ese hombre se va a ahogar.

—Sin remedio.

—¿No sabe nadar? —preguntó Pira.

—Ella es más fuerte que él —explicó Bruno—. Lo arrastrará bajo el agua.

—¿Por qué?

—Porque quiere tenerlo en sus brazos para siempre.

—¿Por qué?

—Porque lo quiere.

—¿Y él a ella?

—También.

—¿Está asustado?

—No. Quiere ahogarse en su amor.

—Eso no tiene sentido. Si se ahoga, estará muerto. Y no podrá quererla. Y ella tampoco lo querrá a él. No le apetecerá tenerlo en sus brazos.

Entonces pensó en el cuadro de Popocatépetl cargando con el cadáver de Iztaccíhuatl en la habitación principal de Dorothy.

—Al menos no por mucho tiempo —añadió.

—Cuánta razón tienes —dijo Bruno.

A Pira le encantaba tener razón.

Pintaban todos los días y colgaban sus cuadros favoritos en puertas y paredes por toda la casa.

Martha tarareaba una melodía mientras pintaba.

—¿Qué es? —preguntó Bruno.

—¿No te acuerdas?

—Vagamente.

—Han vuelto los días felices —cantó—, los cielos están claros de nuevo, tarará, tará, tará, tará, ¡han vuelto los días felices! ¿No te acuerdas?

—Sí.

—La canción me ha venido sola. No es solo un recuerdo.

Bruno sonrió.

—Estás pensando en ella, Bruno. ¡Esas cosas no se piensan!

—Lo sé. Pero me gusta pensar.

Pira sabía lo que Bruno quería decir. A veces Martha no entendía a Bruno.

La perrita blanca de la que estaba enamorado Tristan lo vio y empezó a ladrar desde la ventana del piso de arriba. Todos los días

enviaba pequeños gañidos en dirección a Tristan. Tristan se erguía sobre las patas traseras, dando zarpazos al aire y emitiendo sonidos que parecían frases: ¡Oye! ¡Tú! ¡Quiero estar contigo, jugar contigo! ¡Baja! Era muy triste.

Finalmente, Martha no pudo soportarlo más. Fue a ver al dueño de la perrita y le pidió que, por favor, permitiera que se juntaran por lo menos una vez. Se negó de nuevo. En cambio, quitó a la perrita de la habitación de la ventana. Así se olvidarían pronto y todo se arreglaría.

Pira pensó que aquello era una crueldad por parte del dueño, y lo sentía por Tristan. Lo mismo que Bruno, Martha y Zita. Durante un tiempo Pira acariciaba a Tristan mientras esperaban la voz de la perrita. Si alguna vez ladraba en otra parte de la casa, podrían oírla. Pero no oían nada.

A lo mejor había olvidado a Tristan. Pero Tristan se acordaba de ella. Todos los días se quedaba mirando a lo lejos, a la ventana, que ahora permanecía cerrada.

En la habitación de Zita se cayó un espejo al suelo. Se rompió el marco, pero no el cristal. Pira encontró el espejo sin marco en la parte de atrás de la casa, apoyado contra la bañera de piedra. Lo cogió y vio su imagen reflejada desde abajo. En aquella posición su rostro resultaba extraño. La barbilla y la boca resultaban demasiado grandes en relación con la parte de arriba de su cabeza. Veía el interior de las ventanas de su nariz. Sus ojos miraban fijamente hacia abajo. Parecía un gigante. Abrió los labios y se vio el interior de la boca. En la parte de atrás de la lengua observó los dos huecos por donde pasaban el aire y la comida. Intentó mirarse la parte de arriba de la cabeza, pero era imposible porque tenía que alzar la barbilla para mirar al espejo y entonces la coronilla desaparecía detrás de él. En el espejo, los pies le parecían muy lejanos y estaban inclinados. Todo estaba inclinado si se torcía el espejo. Incluso sin ladearlo, las cosas parecían distintas y extrañas. ¿Por qué sería? Las tablas que unían el tejado de la casa con la pared parecían remos inclinados de una embarcación vikinga. En el

jardín, el lado de un cubo era como el alto muro curvo sin ventanas de una cárcel, quizá. Alzando un poco el espejo, se veía que no era una prisión sino la piscina de un hotel de lujo con el agua clara reflejando a su vez imágenes de flores y hierba. Y allí, el general que blandía la espada con su uniforme azul en lo alto del hormiguero era más alto y más parecido a una persona de carne y hueso. En el espejo todo era una parte del mundo sacada del mundo, el mismo pero diferente y separado del resto. Mirar cómo correteaban las hormigas al entrar y salir de su casa era emocionante porque era como estar con ellas en su propio mundo. Un colibrí se mantuvo inmóvil en el aire delante del espejo, se alejó disparado y volvió a mirar por segunda vez. Qué divertido era.

Echó a andar hacia atrás por el jardín sin dejar de mirar al espejo. Caminar mientras él mismo se miraba a los ojos era extraño. Si se miraba demasiado tiempo, casi le daba la sensación de estar ciego, porque perdía de vista todo lo demás. Pero en cada reflejo de su rostro partido veía a su espalda lo suficiente para orientarse por el jardín, subir los escalones del patio, entrar en la casa, bordear la mesa del comedor y pasar a la cocina, donde Martha y Zita estaban haciendo la cena.

—¡Cuidado! —dijo Zita, riendo—. ¡Te ves como un loco!

—Es un método para caminar hacia atrás —repuso él.

—Eso parece peligroso —observó Martha—. ¿Y si te caes y se rompe el espejo?

—No me voy a caer. Lo puedo ver todo. Es como tener ojos en la nuca.

Mientras decía eso, salía de espaldas de la cocina.

—Si se rompe el cristal, no recojas los pedazos. Llámame. ¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

Se dirigió hacia los escalones del patio y los bajó hacia atrás, sosteniendo el espejo por encima de la cabeza para verse los pies. De vuelta en el jardín, intentó andar de frente al tiempo que miraba al espejo. Eso era más difícil. Al mirar la imagen de lo que había a su espalda, casi era capaz, medio adivinando, medio

recordando, qué era lo que tenía delante. Al cabo del rato tuvo la impresión de que también estaba tratando de ver con los pies.

El espejo se convirtió en uno de sus juguetes preferidos. Siempre había cosas nuevas que mirar desde ángulos diferentes, y volver a ver los antiguos también era divertido.

Una vez que Bruno y Martha observaban cómo jugaba con el espejo, Pira oyó que Bruno decía: «Es un artista». Eso hizo que se sintiera orgulloso, aunque no entendía por qué un artista miraría las cosas con un espejo.

Llegó una carta de Harry Taub, el tío de Dorothy en Hollywood. Iba dirigida a Bruno. Después de leerla, Bruno llamó a Martha y se la leyó en voz alta, y Martha estaba aún más encantada que él. Pira salió de su cuarto.

—¿Qué ha pasado?

Tuvo que preguntar tres veces antes de que le contestaran. Martha y Bruno estaban entusiasmados. Harry decía que le habían hablado de una historia que Bruno había escrito. Pensaba que de ahí podía salir una buena película. Quería que Bruno la tradujese para que él la leyera, y si a él le gustaba, pediría permiso a Bruno para convertirla en película. Entonces, si Bruno aceptaba, Harry le enviaría dinero, tal vez suficiente para el viaje a Alemania. Y de ocurrir eso, se marcharían pronto.

Para Pira no eran buenas noticias. No le gustaban nada. Pero Bruno le aseguró que no se marcharían hasta dentro de un año, como pronto. Primero tendría que encontrar trabajo en Alemania, y eso podría llevar bastante tiempo.

—¿Voy a seguir yendo a primero?

—Pues claro.

—¿Cuándo?

—Dentro de un mes. Cuatro domingos.

Eso no era muy pronto, pero tampoco mucho tiempo.

—¿Con Chris?

—Sí.

—¿Y Arón?

Bruno negó con la cabeza. No era posible. Pira lo sabía, pero le gustaba contar con la posibilidad: todos los niños nuevos sentados frente a sus respectivos pupitres, de dos en dos, y un pupitre para tres niños, él en el medio con Chris y Arón a cada lado. Todos los resentimientos olvidados. Era el primer día de primero en el colegio.

8

Unos días antes de que Sándor se marchara a Hungría, los Vogelsang fueron en coche a casa de una amiga de Sándor que celebraba una fiesta de despedida en su honor. Se llamaba Agnes. Vivía bastante lejos de la ciudad, en las montañas, de modo que el trayecto fue largo. Martha iba al volante porque Bruno no sabía conducir. Pira, en el asiento trasero, observaba los árboles que crecían de tamaño hasta desaparecer detrás del coche, la lenta aparición de los campos lejanos y cómo se acercaban mucho más despacio las lejanas montañas. Por encima de los montes colgaba la luna, pálida y casi llena, aunque aún era de día.

Martha y Bruno charlaban a ratos. Martha estaba triste. Estaba triste porque se marchaba Sándor y porque el Cuarteto Ferenc Sándor dejaría de existir. Tendría que encontrar trabajo en la ciudad. Pero ¿de qué? No sabía. ¿No podría Bruno escribir algo que les procurase más dinero?

Bruno se molestó, como siempre que ella decía cosas así.

—Yo no escribo por dinero —dijo.

—Claro que no —repuso Martha—, pero no tienes que comprometerte. Mira a Chaplin.

Bruno no dijo nada.

Poco después hablaron de Agnes, y la palabra *partido* surgió con el otro significado que, según Bruno, era demasiado complicado para que lo entendieran los niños. Agnes tenía amigos en otro partido, el que había creado Trotski, el hombre malo que había muerto. Bruno esperaba que los amigos de Agnes del otro partido no estuvieran invitados a la fiesta a la que iban Martha, Pira y él.

—No le haría eso a Sándor —dijo Martha.

Pira volvió a ver cómo cambiaba el paisaje a su alrededor.

Había pájaros en el cielo, muy altos. A lo mejor eran águilas.

En aquella reunión había más invitados de los que Pira había visto jamás dentro de una casa. Aparte de Pira, Bruno, Martha, Valéria, la novia de Sándor, y los otros tres miembros del cuarteto, estaban todos los amigos alemanes de Bruno, los amigos estadounidenses de Bruno y Martha, los amigos mexicanos que habían venido de sitios tan lejanos como Juárez y los amigos húngaros de Sándor, y todas esas personas eran amigas de Agnes, la anfitriona.

Todos llevaban ropa elegante: las mujeres, bonitas blusas y faldas largas y resplandecientes, pendientes y collares; los hombres, traje y corbata. Una de las mexicanas iba sentada en una silla con ruedas. Un joven la desplazaba de un lado a otro para que pudiera hablar con diferentes personas. Pira nunca había visto a nadie de apariencia tan magnífica. Parecía una reina. Llevaba el cabello negro recogido en lo alto de la cabeza, como una corona, con muchas flores de colores vivos entretejidas como joyas. Las cejas se le abrían desde el puente de la nariz como las alas de un gran pájaro. Tenía los labios pintados de rojo oscuro. Su falda también era encarnada, pero más brillante que los labios, casi del color de la sangre, y sobre los hombros llevaba un rebozo naranja con loros verdes.

Agnes era rubia y vieja, y olía bien. Le estrechó la mano a Pira, como a un adulto.

—Peter —dijo—. Me encanta ese nombre, Peter. ¿Sabes lo que significa?

¿Qué podía significar? Era un nombre.

—Significa «piedra».

Él no se lo creía.

—No te engaño. Peter significa «piedra». Es un nombre estupendo. Piedra es algo bueno. Piedra es honradez y fortaleza.

Pira sonrió ante la descripción, pero no creía que su nombre significara «piedra».

En la fiesta había algunos niños, en su mayoría más pequeños que Pira, y otros dos chicos mayores que iban vestidos igual y

parecían iguales, de piel morena, rostro ovalado y pelo negro hasta los hombros, casi como las chicas, aunque eran chicos.

Pira tiró de la mano de Bruno y musitó:

—¿Son gemelos?

—Son gemelos idénticos.

—¿Qué es *idénticos*?

—*Idénticos* significa que son iguales.

Después se enteró de que eran hijos adoptivos de Agnes, y que tenían nombres náhuatl: Cuauhtémoc y Huitzil. Deseó tener un nombre así.

La gente se abrazaba y se estrechaba la mano. Algunos llevaban mucho tiempo sin verse. Todo el mundo se alegraba de estar allí. Martha también parecía contenta, ya no estaba triste. A lo mejor estaba contenta por Sándor. Él parecía más feliz que nadie. Pira recordó que Bruno le había hablado de la nostalgia. Sándor estaba feliz porque había tenido nostalgia y ahora se iba a su país.

Un hombre de traje negro tocó una campanilla y anunció que la cena iba a servirse en el jardín. Todo el mundo salió y buscó su asiento por las diversas mesas de mantel blanco colocadas debajo de grandes árboles. De las ramas colgaban farolillos que iluminaban las mesas.

Los faroles emitían un olor que repelía los mosquitos. Se acercaba la noche. El nombre de los invitados estaba escrito en tarjetas colocadas frente a los platos, y cada cual había de sentarse donde viera el suyo. Por suerte, a Pira le tocó sentarse junto a Bruno. A Martha, enfrente de Bruno. Sándor estaba entre uno y otro, a la cabecera de la mesa. También tenían cerca a Valéria, la novia de Sándor, y a Ferenc e István, los otros dos miembros del cuarteto, así como a Agnes. Al otro extremo de la mesa había otros dos húngaros y una mujer mexicana a quien Pira no conocía.

—Según parece, estamos en la mesa de honor —dijo Bruno.

—Sí —confirmó Agnes—, es porque en esta mesa todos somos amigos íntimos de nuestro invitado de honor.

A Pira nunca se le había ocurrido considerarse amigo íntimo de Sándor. Era una especie de cumplido, pero casi excesivo. Miró

alrededor, buscando a Cuauhtémoc y Huitzil. Estaban en otra mesa con gente que no conocía. El significado de la palabra *honor* lo estremeció de arriba abajo, elevándolo como el viento a la vela.

Aparecieron camareros vestidos de blanco con bandejas de plata llenas de comida, que se fijaban en las copas vacías y las iban rellenando. El jardín se plagó de risas y alegres conversaciones en voz alta. Un pavo real macho y dos hembras paseaban entre las mesas, buscando comida. Agnes había pedido a los invitados que no les dieran de comer, pero la gente les daba de todos modos.

Sándor murmuró algo al oído de un camarero, que se marchó y volvió con una amplia servilleta blanca de papel. Se la dio y Sándor empezó a doblarla por arriba y por abajo, por dentro y por fuera, haciendo pliegues y marcas, arrugando, aplastando, dándole vueltas y prensándola para ir creando con sus largos dedos una forma delicada que iba creciendo. Poco a poco, apareció una flor. Era una rosa blanca.

—Es para Peter —dijo, dando la flor a Pira.

¿Sabía Sándor lo de la blanca flor de su poema? A lo mejor lo había leído.

Entonces sirvieron la cena: pechuga de pato con guarnición de patatas asadas, coles de Bruselas, zanahorias, guisantes y compota de cerezas. Los camareros no dejaban de rellenar copas. Pira bebió Coca-Cola.

Todos estaban charlando en la mesa, sobre todo en inglés o húngaro. Uno de los húngaros que estaba al otro extremo hacía de intérprete para la mujer mexicana. La conversación era cosa de adultos, con lo que Pira no podía seguirla. Se aburría y esperaba que la fiesta terminara pronto.

Agnes le sonrió desde el otro lado de la mesa.

—¿Te gusta la cena? —le preguntó.

—Sí —contestó él—. Me gusta todo menos los guisantes.

Varios comensales se echaron a reír. Bruno dio a Pira unas palmaditas en la mano. La gente que se había reído miró con cariño a Pira. Aquello estaba bien.

De cuando en cuando, alguien se ponía en pie, cogía una copa y la golpeaba despacio con una cuchara para hacerla tintinear, hasta que algunos comensales decían: «Brindis, brindis». Y todo el mundo dejaba de hablar. Entonces, aún de pie, la persona empezaba a hablar.

—¿Qué es un *brindis*? —preguntó Pira a Bruno.

—Es un discurso que se pronuncia en una reunión. En inglés decimos *«toast»*.

Así que *toast* significaba dos cosas, «tostada» y «brindis», lo mismo que *party*, que era «partido» y «fiesta».

Todos los brindis eran en honor de Sándor, y en todos pronunciaban palabras como «victoria» y «glorioso», lo que infundía a los discursos cierta sensación de entusiasmo que a Pira le gustaba mucho. Al acabar cada brindis, la gente bebía, gritaba y aplaudía.

La señora que parecía una reina con flores en el pelo pronunció un brindis en español. No se puso en pie. En cambio, elevó la copa por encima de su cabeza. El joven que antes le empujaba la silla tradujo sus palabras al inglés:

—Por Sándor..., por la música..., por la vida y el amor. No te olvides de México, Sándor, cuando estés en Hungría. Recuerda nuestro hermoso y triste país.

Entonces todo el mundo gritó: «¡Viva México! ¡Viva la revolución!».

Después se puso en pie Sándor, con su copa de vino tinto en la mano, y todo el mundo guardó silencio.

—¿Cómo podría olvidarme de México? Es imposible. Antes me olvidaría de mi propia madre o de la mujer que quiero. Claro que, estrictamente hablando, Hungría es mi madre y México... —Se calló, pasándose la mano por la cabeza—. México ha sido una amable desconocida que me acogió en su hogar.

Por el modo en que arrastraba las palabras, Pira sabía que Sándor estaba borracho.

—Pero eso no es del todo cierto, ¿verdad? México y Hungría... creo que son hermanas. —Se interrumpió de nuevo—. Con lo que entonces México sería mi tía. No, no.

La gente reía. Con él, supuso Pira.

—Lo que quiero decir es que... el corazón de México y el corazón de Hungría no son diferentes..., aun cuando no sean iguales. —Dejó de hablar otra vez. Se frotó la frente con la punta de los dedos—. Esto no se puede expresar con palabras...

Se volvió y fue a buscar el estuche de su violín, que estaba apoyado contra el tronco de un árbol cuyas ramas se extendían sobre la mesa, y al regresar colocó el estuche sobre su silla. Lo abrió y sacó el violín y el arco.

—¿Me echas una mano, István?

A la espalda de István había una maleta grande de madera negra. István la abrió y sacó una mesa plegable con cuatro finas patas. Hueca por abajo, tenía unas cuerdas metálicas, tirantes, que cruzaban la parte de arriba. István dio varios toques a las cuerdas con dos largas varillas negras que tenían algo blanco envuelto en torno a los curvos extremos, y salió un profundo sonido cantarín, «DAN diridán-dan-dan-dan», mientras Sándor rasgaba las cuerdas del violín, sintonizándolas con la melodía que István estaba construyendo, probando la armonía con unos toques del arco. István tocó con rapidez las cuerdas de su instrumento hacia arriba y hacia abajo y hacia los lados también, tan deprisa que produjo un sonido compuesto por muchas partes pero solo y fluido, grandioso, lleno y opulento, como un órgano.

—Vaya instrumento —musitó Bruno, y como se lo dijo solo a él, Pira se sintió inundado de satisfacción.

István mantuvo las varillas sobre el instrumento, mirando a Sándor y esperando.

—Aunque sea de noche —dijo Sándor—. Y no es una fiesta de cumpleaños...

Se encajó el violín bajo la barbilla y empezó a tocar «Las mañanitas».

István lo acompañó rasgueando acordes. La melodía recorrió despacio su senda ascendente, paso a paso, para luego emprender el descenso, danzando conforme avanzaba. A Pira siempre le gustaba el momento en que la letra, si la estaban cantando, decía: «Ya viene amaneciendo, ya la luz del día nos vio», mientras la

música se detenía como para escuchar. Sándor e István lo tocaban así. Hicieron una pausa: solo se oían los grillos. Luego la canción seguía hasta el final y empezaba otra vez.

Un pavo real hembra lanzó un grito. Parecía una criatura desconsolada, pero solo quería comida. Pira echó guisantes al césped y el pavo los engulló.

Sándor cambiaba de melodía. Seguía siendo «Las mañanitas», pero ya no tenía el alegre sentimiento que infundía la canción con la madrugada y las flores. Era más bien como querer algo tan desesperadamente que se podría dejar todo y a todos para averiguar lo que era. István también cambiaba su parte. Sus varillas martilleaban tan rápido que parecían borrones en el aire. El sonido, semejante al rasguear de una guitarra, se convirtió en una especie de zumbido que ascendía y descendía como largas y lentas olas.

Esta clase de música era diferente de las demás. No volvía al comienzo, como suelen hacer las melodías. Simplemente se iba alejando cada vez más, como si quisiera escapar. Como aquel pájaro que Pira vio una vez y que intentaba echar a volar para escapar de un chico que lo tenía sujeto con un cordel atado en la pata. Pero aquello no era un pájaro, sino una voz, y estaba llorando. Era algo que nunca había oído. Remontaba el vuelo, planeaba, solo quería irse muy lejos. A Pira le corrían lágrimas por las mejillas. Ahora Sándor rasgueaba las cuerdas, haciendo que brincara el arco.

Agnes y los demás húngaros de la mesa daban palmadas siguiendo el ritmo. Estaban felices, era una música que inspiraba alegría. Martha también daba palmadas. A continuación resurgió la tristeza, la carencia, con Sándor pasando el arco por las cuerdas en largos semicírculos. Pira vio que Agnes tenía los ojos azules bien abiertos, ella también lloraba. Y de nuevo cambió la música. Ya no se escapaba volando. Era otra vez la melodía suave y dulce, «Las mañanitas». Todos aplaudían. Se escuchó algún ¡bravo! Otros seguían la música cantando. Y entonces la música dejó de sonar y hubo más aplausos. Pira se sintió orgulloso de ser amigo de Sándor. Uno de sus más íntimos amigos.

Sirvieron más comida y bebida, y al cabo de un rato los comensales estaban achispados, charlando y riendo al mismo tiempo, sin escuchar.

A Pira le gustaba estar con los mayores, pero no por mucho tiempo. Tiró a Bruno de la manga:

—¿Cuándo nos marchamos?

—Después del postre.

—¿Puedo darme un paseo por aquí?

—Claro. Te llamaré cuando traigan el postre.

Agradecido, Pira se levantó y pasó frente a las demás mesas, sintiéndose raro porque algunos lo miraban preguntándose quizá adónde iba y de quién era hijo. Dejó las mesas atrás y siguió andando hasta perder de vista a la gente, aunque sentía sus miradas clavadas en la espalda mientras se alejaba. Entonces vio el sitio donde se juntaban las altas tapias de ladrillo que rodeaban el jardín, y supo adónde se dirigía. Llegó allí, dio media vuelta y se sentó, y de repente se sintió contento.

Una vez, en el colegio Little People de Nueva York, el maestro dijo que era un niño malo y lo obligó a ponerse de cara a la pared en un rincón porque había pegado a una niña. Todos los niños podían verlo allí, pero él a ellos no. Era un mal recuerdo, muy malo. Estar sentado allí era lo contrario. Tenía el rincón a la espalda. Podía ver y oír a todo el mundo. No estaba solo, sino a solas consigo mismo. Eso le dio una sensación tan buena que sonrió de satisfacción.

Allí sentado pensó en lo bonito que sería si Arón y él siguieran siendo amigos y estuviese ahora con él. Compartirían la sensación de estar a solas y aparte de todos los demás. Como cuando se sentaban uno al lado del otro en la rama grande del zapote con las piernas colgando, riéndose tontamente de algo gracioso que alguno de los dos hubiera dicho, charlando o sin charlar. Era perfecto. Con Chris era diferente. Chris siempre andaba poniendo en marcha cosas nuevas o cambiándolas. Con Chris no había un momento de tranquilidad.

Una gran mariposa blanca revoloteó en torno a él y se le posó en la rodilla, donde permaneció unos instantes batiendo las alas, y

luego reanudó el vuelo.

De entre los muchos invitados que charlaban y reían en torno a las cinco mesas, vio a los gemelos, Cuauhtémoc y Huitzil, que se dirigían hacia él. Llevaban pantalones largos azules y camisa blanca plisada. El pelo, negro y reluciente, les llegaba hasta los hombros. Eran de la misma altura y movían los brazos al unísono. Parecían exactamente iguales.

Se detuvieron frente a él y uno de ellos preguntó en español:

—¿Qué estás haciendo?

—Nada.

—¿Cómo te llamas?

—Pira.

—¿Qué clase de nombre es ese?

—Significa «piedra».

En cuanto pronunció la palabra «piedra» vio la similitud con Pedro y comprendió que Agnes le había dicho la verdad.

—Yo me llamo Cuauhtémoc —dijo uno de ellos—. Él se llama Huitzil.

—Lo sé —dijo Pira.

Cuauhtémoc pensó que aquello tenía gracia.

—¿Y cómo lo sabes? Nadie es capaz de distinguirnos. Ni siquiera nuestra madre.

—Bueno, pues ahora lo sé.

—Sí, porque te lo he dicho. Pero date la vuelta un segundo. De cara a la tapia.

Pira vaciló.

—Venga. Es una prueba.

Pira se levantó y se dio la vuelta. No le gustaba mirar al rincón.

—Ahora date la vuelta otra vez.

Lo hizo.

—¿Cuál de nosotros es Cuauhtémoc y cuál Huitzil? —inquirió uno de ellos.

—Tú eres Cuauhtémoc —dijo al chico que antes estaba a la izquierda y ahora a la derecha.

Soltaron una carcajada.

—Te equivocas —dijo el que él creía que era Cuauhtémoc—. Si no te lo decimos, imposible saberlo. Y aunque te lo digamos, no sabrás si decimos la verdad.

Lo observaron mientras él lo meditaba. Tenían razón. No sabía qué decir.

Cuauhtémoc y Huitzil se echaron a reír. Uno de ellos dio una voltereta.

—Nuestra madre nos ha encargado que te dijéramos que estamos con el postre —dijo el otro.

Mantenían su propia identidad, y les gustaba.

El postre era pudín de chocolate caliente con nata y pequeñas láminas de chocolate. «¡Qué sabroso!», exclamó la mujer mexicana de enfrente de la mesa. El resto de los comensales también lo alabó. Martha se mostró especialmente entusiasta:

—¡Absolutamente delicioso!

—Pero si no te gusta el pudín —dijo Pira.

—No es cierto, Peter. Me encanta el pudín de chocolate.

—Pero en casa siempre dices...

Bruno le dio con el pie en el tobillo. Pira alzó el mantel:

—¿Por qué me das patadas?

Todo el mundo se echó a reír. ¿Qué era lo que tenía tanta gracia? Rieron y rieron. No era la clase de risa de *reírse con*. ¿Se estaban riendo de él? Martha también se reía, pero de distinto modo. Se tapaba la risa con la servilleta. Con los hombros estremecidos, se puso colorada. Pira nunca la había visto con la cara tan encendida. Bruno, con la vista fija en su postre, también reía.

Sándor hizo tintinear su copa con una cuchara hasta que todos los de la mesa se callaron y lo miraron.

—Hay algo que se me ha olvidado recordar —dijo—. ¿Me prestas tu flor, Peter?

Pira le dio su flor blanca. Sándor la sostuvo en alto como si fuera una copa de vino.

—Esta es para Martha.

¿Qué quería decir? Todo el mundo miraba la flor.

No pasó nada. Entonces apareció un leve resplandor rojizo en el centro de la flor. Poco a poco se fue extendiendo a los pétalos, volviéndose cada vez más oscuro hasta que toda la flor cobró un reluciente tinte rojo oscuro. Ahora parecía una rosa de verdad.

—¡Oh, Sándor, es maravilloso! —dijo Martha.

El color se destiñó y volvió rápidamente al centro de la flor, y allí permaneció como un débil resplandor rosado hasta que desapareció.

Sándor devolvió la flor a Pira, sacó un encendedor del bolsillo y se lo dio a Bruno.

—Y ahora, Bruno —dijo—. Sé que no crees en la magia, pero tú y yo creemos en la justicia. Tú enciendes el fuego, yo aporto la mecha.

Bruno encendió el mechero y extendió la mano. Sándor alargó el brazo y, muy despacio, bajó la mano abierta hacia la llama.

—Por la revolución —dijo Sándor.

Cuando la palma hizo contacto con la llama, un brillante destello de fuego blanco estalló debajo de su mano, crujiendo y soltando chispas, para desaparecer de inmediato.

Bruno se echó a reír, cerró el mechero y se lo devolvió a Sándor, que se lo guardó en el bolsillo.

Antes de marcharse, los invitados se abrazaron, se besaron y se estrecharon la mano y un montón de gente se agolpó en torno a Sándor para desearle buen viaje. Tanto Bruno como Martha lo abrazaron durante mucho tiempo, como si no quisieran dejarlo marchar. Martha lloraba.

Agnes fue la siguiente. Dio unas palmaditas en las mejillas a Sándor con las dos manos y dijo algo en húngaro. Luego le sostuvo la cabeza, se puso de puntillas y lo besó en los labios.

Entonces Bruno pidió a la gente que se retirase un poco para que Pira también pudiera despedirse. Sándor intentó alzarlo en volandas cogiéndolo por las axilas. Tuvo que dejarlo en el suelo.

—¡Cómo has crecido, carajo!

Pira se rio porque Sándor, que no hablaba muy bien español, había dicho una palabrota.

—Quién sabe lo alto que estarás cuando volvamos a vernos —dijo Sándor, con la vista fija en Pira. Los mayores solían decir qué grande estás, pero aquello era diferente. Hacía que se sintiese mayor de lo que era.

—Hasta siempre —dijo Sándor.

Pira conocía esa expresión solemne, pero nunca se la había oído decir a nadie. Tendió la mano a Sándor y quiso decirle lo mismo, pero no le salieron las palabras.

Sándor se volvió hacia alguien que esperaba para despedirse. Aquello duró un buen rato, y luego vinieron otros. Para entonces, Pira estaba aburrido y tenía sueño. Se puso a hacer el pino mientras sus padres se preparaban para irse. A veces aguantaba haciendo el pino hasta contar uno, dos, tres y cuatro.

De pronto oyó la voz de Martha:

—Vamos, fanfarrón. Es hora de irse a casa.

¿Por qué había dicho eso?

9

Pira y Zita fueron a recoger a Federico a la estación de autobuses. Por el camino debían cruzar el mercado de la calle Mazatlán. ¿Por qué había siempre tanta calma por allí? La gente charlaba, reía, regateaba, pero no alzaba la voz. Como los innumerables pájaros que cantaban en sus jaulas. Se parecía un poco a la quietud en el río cuando Zita lavaba la ropa y charlaba con otras mujeres mientras Pira, cerca de ellas, leía sentado en la hierba.

Zita se detuvo a hablar con una amiga que acababa de comprar manitas de cerdo y las estaba colocando en la cesta. Las manitas iban envueltas en papel de periódico, pero Pira veía cómo sobresalían las pezuñas. Volvió la cabeza y al lado, en un cajón rojo, vio la cabeza del cerdo, rosada y de ojos azules, mirando de lado y hacia arriba. Tenía plegadas las comisuras de la boca, como si sonriera. Pira apartó la vista y miró de nuevo las manitas, cuatro patas bien atadas. Alzó el brazo para coger a Zita de la mano.

—¿Qué quieres, Pira?

No podía hablar. Se sentía mareado. Apretó la cara contra el vientre de Zita y cerró los ojos.

—Está bien, mi amor. Nos vamos ahorita mismo.

Le acarició la cabeza y él le rodeó la cintura con los brazos, aún con la cara hundida en la blandura de su vientre. Así se quedaron hasta que Zita acabó la conversación. Entonces siguieron andando, cogidos de la mano.

Lo primero que hizo Federico después de bajar del autobús fue dejar en el suelo su pequeña maleta, depositar sobre ella el ramo de flores que traía para Zita y alzar a Pira en el aire todo lo que

podía:

—¡Así de grande serás algún día!

Pira no se lo creía, pero le encantaba la idea. Federico dejó a Pira en el suelo y luego besó a Zita en los labios, sujetándole la cara entre las manos al tiempo que negaba con la cabeza:

—¡Qué hermosa eres!

Y no solo eso, añadió, sino más hermosa que cualquier otra mujer que hubiera a la vista.

—No quiero ofender a nadie —dijo, bajando la voz casi hasta un murmullo—, pero, Pira, echa una mirada alrededor: ¿ves alguna más hermosa?

Pira miró alrededor y negó con la cabeza. Federico y Zita se echaron a reír. Por un momento le pareció que se reían de él, pero su risa era amable. Entonces Federico dio el ramo a Zita, que olió las flores y dijo que eran bonitas. Luego Zita preguntó a Pira si le gustaría llevarlas, y él dijo que sí. Los tres cruzaron juntos el mercado y pasaron frente a la cabeza de cerdo, que Pira procuró no mirar, con Federico cargando con la maleta y llevando de la mano a Zita, que a su vez llevaba de la mano a Pira, aún con el ramo de flores. No siempre le gustaba que lo llevaran de la mano por la calle, pero ahora sí. Era como si fuesen una familia, aunque todo el mundo podía ver que él no era hijo suyo. Lo traicionaban los ojos azules. La gente siempre elogiaba sus ojos azules, pero para él constituían la señal más evidente de que no era mexicano. Deseaba tenerlos negros y brillantes como los de Zita y Federico, y también como los de Arón. Aun así, fingir que eran una familia resultaba divertido.

—Me ha dicho Zita que estás aprendiendo a escribir tú solo —dijo Federico.

Pira asintió, orgulloso.

—Yo también estoy aprendiendo a escribir —dijo Federico—. Pero tengo maestro.

—¿Ah, sí? —repuso Zita.

—Sí. El sindicato nos facilita clases. Pronto seré capaz de escribir mis propias cartas. Pero ya sé leer, no es difícil.

—Yo también sé leer un poco. La señora Marta me está

enseñando. Y yo le enseño español. Estamos leyendo un libro. Ya te lo mostraré.

—Me encanta Federico. Sus visitas son como vacaciones para nosotros. Tenemos mucha suerte de conocerlo.

Eso lo dijo Martha, y era verdad. Federico era divertido. Jugaba al bádminton con Martha en el jardín, cosa a la que Bruno rara vez se prestaba. Jugaba mejor que Bruno, que era consciente de ello porque Martha siempre ponía empeño en ganar y él no ganaba nunca, y probablemente por eso no le gustaba jugar. Federico ganaba unas veces y otras perdía, así que los dos se divertían jugando.

A Bruno no le importaba que Federico jugara mejor que él. Admiraba a Federico. Y lo decía. No solo por cómo jugaba al bádminton. Admiraba su carácter, decía. Una vez, cuando Pira le preguntó qué era *carácter*, Bruno contestó que era una mezcla de honradez y valentía: actuar con la valentía necesaria para ser honrado, y con la honradez suficiente para ser valiente. Pira no lo entendió, pero cuadraba mucho con Federico, así que lo recordaba.

Aquella tarde, después de que Zita y Federico se echaran la siesta, Bruno y Federico charlaron y bebieron cerveza en la mesa del patio mientras Zita y Martha preparaban la cena.

Pira estaba tirando un palo a Tristan cuando oyó que Federico decía las palabras huelga general y poco después las mismas palabras salieron de labios de Bruno. Sabía lo que era una huelga, pero huelga general le recordaba a generales como Zapata o Cuauhtémoc, así que dijo basta a Tristan y se puso a escuchar.

—No habrá huelga general —afirmó Federico—. Los demás sindicatos no son fuertes. No se unirán a nosotros. Esa es la realidad.

—Lo siento —dijo Bruno—. Tenía esperanzas.

—No es posible —dijo Federico.

—Pero tu sindicato es muy sólido —objetó Bruno—. Esa también es la realidad.

—Iremos a la huelga sin los demás sindicatos. A menos que

los jefes cambien de parecer, que no lo harán.

—¿Qué aumento estáis pidiendo?

—Dieciséis centavos por hora.

—No es mucho. Se lo podrían permitir.

Federico rio amargamente:

—Lo que no se pueden permitir es tratarnos con dignidad. —Hizo una pausa—. Me avergüenza que sea tan poco.

Ambos guardaron silencio.

—¿Cuándo hacéis la huelga? —preguntó Pira.

Los dos hombres se sorprendieron de que hubiera estado escuchando.

—La semana que viene, probablemente —dijo Federico.

—¿Puedo ir contigo?

Sabía que no se lo permitirían. Y así fue. Tanto Bruno como Federico se negaron en redondo.

Mientras cenaban, Bruno preguntó a Federico si se había enterado de la muerte de Manolete.

—Pues claro que me he enterado. Ya debe de saberlo todo el país. En el ferrocarril incluso hemos dejado de trabajar un rato. El capataz pidió un minuto de silencio. Nos quitamos la gorra en recuerdo de Manolete.

—¿Quién es Manolete? —preguntó Martha a Bruno, que miró a Federico esperando que contestara él.

—Manolete ha sido el matador de toros más grande que haya existido jamás —dijo Federico—. Lo llamaban el Monstruo. Lo vimos hace dos años en la plaza de toros, el señor Bruno y yo. Fuimos juntos.

—Ya me acuerdo —dijo Martha.

—Manolete estaba herido —terció Pira—. Pero ganó de todas formas. Me lo contó Federico.

—¡Híjole! ¡Vaya memoria! ¡Este chico es tremendo!

—Sí que lo es —intervino Zita con su actitud amable y despaciosa—. Pero no se come los tamales.

Los mayores rieron. Zita le puso la mano en el brazo para que

supiera que no le estaban tomando el pelo, o para disculparse por la broma. Pero Pira pensaba que tenía gracia.

—Lo ha matado un toro —dijo Federico.

—Hay cierta justicia en eso —observó Martha.

Zita estuvo de acuerdo.

—Recuerdo aquel día —dijo Martha a Bruno—. Nunca he comprendido por qué fuiste. Odias las corridas de toros.

—Es cierto que no me gustan los toros. —Empleó una palabra española que Pira nunca había oído: tauromaquia—. Pero respeto a los toreros. Casi siempre son muchachos de origen humilde, y es una de las pocas profesiones que pueden practicar con alguna esperanza de escapar de la pobreza. Hace falta valor para ser torero. También se requiere destreza, porque el público quiere ver una buena faena, con gracia...

«Con gracia», así lo dijo, en español. A Pira se le iluminó la imaginación al oír aquellas palabras, pero no entendió lo que Bruno dijo a continuación ni la respuesta de Federico y Martha. No importaba, seguía queriendo oírlo todo. Zita tuvo que recordarle dos veces que se le estaban enfriando los tamales.

—Un matador realmente bueno es un artista. Un gran artista lleva su arte hasta los límites de lo posible. Para conseguirlo, tiene que arriesgarlo todo: la salud mental, la reputación, incluso la vida. Así ocurre en todas las artes, pero en ninguna hay un peligro tan sangriento, tan mortal, como en la tauromaquia. Y Manolete tenía fama no solo de ser un buen artista o un gran artista, sino de ser un genio. Así que eso me interesaba, aunque nunca hubiera visto una corrida. Además, Franco estaba utilizando a Manolete para hacerse pasar por un héroe.

Pira sabía quién era Franco. Era el que mandaba en España, como un rey. Había sido amigo de Hitler en vida del alemán. Era un hombre malo. Bruno había luchado contra él en España.

—Esa habría sido razón suficiente para no ir a ver a Manolete, ¿no te parece? —dijo Martha.

Aquello tenía sentido.

—Puede ser —repuso Bruno—. Pero eso es lo raro: había un montón de enemigos de Franco locos por Manolete. Me refiero a

los españoles exiliados en México. ¿Os acordáis de Octavio Sombra, el poeta?

Martha y Federico dijeron que sí.

—Bueno, Octavio casi se ponía enfermo por las ganas que tenía de ver a Manolete. «Ese torero —decía— es el alma de España, y esa alma no pertenece a Franco.» Octavio me contó cosas que Manolete había dicho que a Franco no le habría gustado escuchar. «El toreo no tiene que ver con las banderas, es sobre toros y toreros.» Lo que era una forma elegante de decir: «Franco no es dueño de Manolete». Todo eso me atraía. Así que cuando Octavio, que no tenía mucho dinero, se ofreció a comprarme una entrada, la acepté. Después me acordé de que a Federico le gustan los toros. Quiero decir que es un aficionado. Y aquí, Manolete iba a torear mano a mano con el mejor torero mexicano. Iba a ser la corrida más grande de la historia del toreo, y Federico se la iba a perder. Así que llamé a Octavio y le pedí que comprara dos entradas, diciéndole que yo pagaba una.

—Yo pensaba que no podía aceptar semejante regalo —dijo Federico a Bruno—. Las entradas eran muy caras. Pero cuando me enteré de que su amigo le había regalado la suya, acepté.

Por un momento todos guardaron silencio.

Entonces Federico alzó su botella de cerveza y dijo:

—Por la memoria de Manolete.

Y Bruno, que bebía la cerveza en vaso, lo levantó y dijo:

—Por Manolete.

Y luego Martha y Zita alzaron sus vasos sin decir nada.

—¿Y tú, Pira? —dijo Federico—. ¿No bebes por Manolete? Puedes brindar con leche.

Así que Pira alzó su vaso de leche, y todos bebieron por Manolete.

Bruno y Martha iban a coger el autobús a Ciudad de México para asistir a una conferencia, dejando a Pira con Zita y Federico. Era un domingo por la mañana. Zita preguntó a Martha y Bruno si les parecía bien si ella y Federico llevaban a Pira a la catedral con

ellos. Iban a celebrar una misa especial en honor a la Virgen de Guadalupe. Martha vaciló, pero Bruno dijo: «¿Por qué no?». Así que no les importó.

Fueron todos juntos a la estación. Federico insistió en llevar la pequeña maleta de los Vogelsang. Se había lustrado los zapatos rojos, los de agujeritos, y los llevaba muy relucientes. Zita iba con un rebozo bordado con flores y pájaros. Pira también vestía un atuendo especial: pantalones largos con raya y zapatos de piel bien lustrados en vez de playeras. La última vez que se había puesto aquella ropa fue cuando sus padres lo llevaron a ver *Hansel y Gretel* en Ciudad de México.

Cruzaron los cinco el mercado, que estaba aún más atestado que el día anterior. Pira buscó la cabeza de cerdo, pero ya la habían comprado. Pasaron frente a tres cabras vivas con cuerdas al cuello. Un hombre sujetaba firmemente las cuerdas con la mano cerrada, de modo que las cabras tenían las cabezas juntas. Sus amarillentos ojos miraban en la misma dirección. Una de ellas soltó por el culo múltiples bolitas de caca semejantes a canicas o moras. El mismo hombre también tenía dos pollos bocabajo sujetos con una cuerda atada a las patas.

Los pollos tenían el pico abierto. Sus redondos ojos miraban fijamente.

—Odio ver estas cosas —dijo Martha mientras pasaban frente al hombre y los animales.

—Yo también —dijo Pira.

El autobús llevaba retraso.

—Si esperáis con nosotros, llegaréis tarde a la iglesia —observó Bruno—. Será mejor que os marchéis.

—No es tan importante —repuso Federico—. Misas hay muchas, pero a ustedes no los veo tan a menudo.

—Es importante para Zita —dijo Martha—. ¿Verdad, Zita? Usted quiere llegar a tiempo.

Todos miraron a Zita.

—Sí, pero Federico tiene que hablar con el señor Bruno. Eso

también es importante. Les haremos compañía hasta que llegue el autobús.

De modo que esperaron el autobús mientras Federico y Bruno hablaban de la huelga, utilizando palabras que Pira no entendía, y de que el presidente Miguel Alemán no se mostraba tan a favor de los obreros mexicanos como lo habían estado Cárdenas y Camacho, y Zita hablaba con Martha de su familia en Oaxaca y de que todos eran muy religiosos, igual que la familia de Federico, aunque al propio Federico le interesaba más la política que la religión y, en realidad, estaba en contra de la Iglesia y de los curas aunque a veces iba a la iglesia, y aquello, pensó Pira, era un poco más interesante.

—Es muy complicado —dijo Zita, y Martha estuvo de acuerdo y dijo que ella era judía pero no practicaba, así que para ella también era complicado.

—¿Usted es judía? —preguntó Zita, llevándose la mano a la mejilla.

—Sí —contestó Martha—, mi padre es judío y mi madre era judía, de modo que yo también soy judía. Así son las cosas.

—Sí —dijo Zita, ahora sonriendo y asintiendo con la cabeza —, lo entiendo.

Entonces llegó el autobús, Bruno y Martha se despidieron de Pira con un beso, estrecharon la mano a Zita y Federico y subieron al vehículo. Cuando se marchó el autobús, Zita y Federico quisieron llevar a Pira de la mano, pero él dijo que no. No quería parecer un niño pequeño cuando entraran en la catedral.

De camino a la catedral, Zita explicó que Federico y ella iban a recibir la hostia junto con los demás, y que él podía observarlo todo porque era algo especial y le gustaría.

—¿Qué es la hostia? —preguntó Pira.

—Un trozo de pan. Parece una tortilla diminuta, pero en realidad es el cuerpo de Cristo.

—¿De verdad?

—Sí, pero no parece un cuerpo.

—¿Tú te lo comes?

—Sí.

—¿Y te lo tragas?

—Sí.

—¿Y es el cuerpo de Cristo?

—Sí. El cura lo llama *«Corpus Christi»*.

—¿Qué es *Corpus Christi*?

—El cuerpo de Cristo. Es latín.

—¿Qué es *latín*?

—Otra lengua. Viene de Roma.

—¿Puedo comer la hostia yo también? —preguntó Pira.

—Lo siento. Solo es para quien esté bautizado.

—¿Qué es *bautizado*?

—Es cuando el cura salpica con agua sagrada la cabeza del niño y lo bendice en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

—¿Yo no estoy bautizado?

—No, mi amor, no lo estás porque tus padres no son católicos. Hay gente que lo es y gente que no. Las dos cosas son buenas.

Pira veía que ahora estaba decepcionada, pero no sabía por qué. Se sintió triste porque una vez más estaba claro que ser gringo lo hacía diferente de los mexicanos. Deseó haberse puesto el sombrero. Si se lo echaba sobre la frente, como lo llevaban los campesinos cuando iban al mercado, con la cabeza inclinada y mirando hacia abajo, nadie sabría que era gringo.

—Oye, Pirito —dijo Federico—. El cuerpo de Cristo no está muy bueno.

Lanzó una rápida sonrisa a Zita, que le dirigió una mirada de desaprobación.

—Chis —dijo Zita, llevándose el dedo índice a los labios.

Habían llegado a la catedral. La ancha y alta puerta estaba abierta. Sobre ella colgaba un crucifijo de piedra con dos enormes huesos cruzados debajo. Podrían haber sido huesos de dinosaurio, pero no eran de verdad, sino de piedra. Sin embargo, daban un aspecto siniestro a la catedral entera, y por eso nunca había querido descubrir lo que había dentro. Pero ahora iba con Zita y

Federico, y se sentía a salvo. Zita se cubrió la cabeza con el rebozo, entraron y fue como cuando la ballena se tragó a Pinocho. Lo engulleron el silencio, la quietud y la oscuridad.

—Llegamos tarde —musitó Zita en la oscuridad.

—Justo a tiempo —repuso Federico.

Cuando a Pira se le acostumbró la vista a la penumbra, comprobó que en realidad no estaba tan oscuro, alcanzaba a ver camisas blancas y después rebozos negros sobre las cabezas de las mujeres, montones de gente arrastrando los pies por un largo pasillo en medio de la enorme estancia. Y tampoco estaba todo en silencio; había murmullos y susurros y de cuando en cuando sobresalía la voz de algún hombre que decía algo un poco más alto. Sería el sacerdote, probablemente. No distinguía las palabras. Entraba luz por varios ventanales, algunos bajos y otros en las alturas. Nunca había visto muros tan altos. De ellos colgaban cuadros, esculturas y montones de oro. Los susurros y murmullos venían de la gente del pasillo. Iban rezando. Muchos asistentes estaban de pie y otros arrodillados, pero no permanecían quietos, sino que avanzaban de rodillas, como el mendigo paralítico que en teoría no debía pedir limosna frente al Palacio de la Constitución, pero siempre lo hacía. No obstante, aquí había muchos así y no parecía que llevasen almohadillas de cuero en las rodillas como el mendigo.

Federico le tendió la mano, y esta vez Pira la cogió. Se unieron al cortejo. No iban a arrodillarse, de eso se alegraba. Una vez había visto cómo la madre de Arón hacía arrodillarse a su hijo para que rezara sobre el suelo de piedra después de haberlo castigado. No quería pensar en eso. Zita rezaba en silencio con las manos juntas frente al pecho. Parecía contenta. Movía los labios. Pira no podía ver al cura debido a que las personas que había delante de él eran muy altas, pero no parecía hablar desde muy lejos y ahora lo oía con mayor claridad. Sus palabras eran como un encantamiento mágico, que se prolongaba. No era español, pero reconoció tres palabras: *Corpus*, *Christi* y *amén*.

Cada vez que se repetía el encantamiento, la gente seguía adelante, y Pira, Zita y Federico avanzaban con los demás. Ahora

se preguntaba Pira: ¿tendría que comerse el cuerpo de Cristo, al fin y al cabo? En realidad, no quería. Según Federico, ni siquiera sabía bien.

—*Corpus domini nostri Jesu Christi...*

Pero a lo mejor no era verdad. Puede que Federico hubiera mentido para que a Pira no lo molestara el hecho de que no podía comer la hostia. A lo mejor era una delicia. ¿Por qué iba a hacer cola la gente, si no?

—*... animam tuam in vitam aeternam. Amen...*

Pira volvió la cabeza y vio que era el último de la fila. Todos iban susurrando, murmurando. Pensó en su poema. En cierto modo, era como una plegaria. No se refería a Dios, sino a la madre de Dios. Podía recitarlo en silencio, igual que rezaba Zita. Dios quizá no querría que lo recitase allí. Lo intentó de todos modos, en silencio, mentalmente: «Cuando canta la verde rana...». Sonaba a prohibido, de modo que se detuvo.

—*Corpus domini nostri Jesu Christi...*

Ya veía al sacerdote, un hombre de corta estatura con gafas oscuras ataviado con una capa azul que estaba de pie detrás de una verja metálica de poca altura. Tenía en la mano un tazón de oro. Un chico con un blusón blanco estaba a su lado sosteniendo un plato, también de oro. Era casi tan alto como el cura. Al fondo, detrás del chico y del cura, había un enorme crucifijo, brillantemente iluminado, de mármol blanco. Jesús estaba tan pálido que casi parecía azul, con un paño blanco envuelto a la cintura. Tres clavos negros en las manos y en los pies cruzados resaltaban entre el rojo de la sangre que le brotaba de las heridas. Gotas de sangre le caían de los ojos y de las espinas que le ceñían la cabeza, y un largo reguero le fluía de la herida del costado que un soldado le había hecho con una lanza. Pira sabía todo eso por Zita.

A los que estaban delante de Pira les tocaba comer el cuerpo de Cristo. No era el cuerpo de la cruz, sino una galleta pequeña. A lo que más se parecía era a una tortilla. Debía de haber muchas de aquellas galletitas blancas en el tazón de oro. Una por una, las personas se iban arrodillando en un banco almohadillado frente a

la verja con las manos juntas frente al pecho. Entonces el sacerdote sacaba una galletita del tazón, la ponía en alto, hacía el signo de la cruz con ella y empezaba a recitar el encantamiento. La persona abría la boca y el sacerdote, sin dejar de hablar, le ponía la galleta en la boca mientras el chico le sostenía el plato de oro bajo la barbilla, y luego, después de que el cura dijera «amén», esa persona se levantaba y dejaba sitio para que la siguiente se arrodillara y recibiera su galleta.

Ahora le tocaba a Zita. Se arrodilló y juntó las manos. El sacerdote alzó la galleta y empezó a decir las palabras mágicas, *Corpus domini nostri Jesu Christi custodiat*, haciendo con ella la señal de la cruz mientras Zita abría la boca y cerraba los ojos, sacando un poco la lengua; al mismo tiempo, el chico le sostenía el plato de oro debajo del mentón, quizá para asegurarse de que no cayeran migas al suelo. Sin dejar de hablar, el cura le puso la galleta en la boca y dijo «amén». Zita se incorporó y cogió a Pira de la mano libre. Federico le soltó la otra mano, dio un paso al frente y se inclinó ante el sacerdote. El cura era bajo y Federico alto. Pero cuando se arrodilló, Federico estaba lo bastante agachado como para que el sacerdote hiciera la señal de la cruz con la galleta frente a su cara y empezara a recitar el encantamiento. Cuando el cura dijo «amén», Federico se puso en pie y volvió a coger a Pira de la mano. El sacerdote cogió otra galleta del tazón, con idea de dársela a Pira, pero antes de que pudiera decir *«Corpus»*, Zita y Federico ya se estaban alejando con Pira, que vio al cura negar con la cabeza mientras volvía a poner el cuerpo de Cristo en el tazón.

Aquella noche Federico puso la radio. Un español (se sabía que era español por la forma en que pronunciaba las eses) y una mexicana hablaban de Manolete, de su vida y de cómo había muerto. Parecía un cuento. El hombre contaba una parte de la historia y la mujer le hacía preguntas. Luego el hombre contaba otra parte. Pira no entendía muchas cosas, pero las que comprendía lo impulsaban a seguir escuchando, y así se enteró de que Manolete nunca se echaba a un lado cuando embestía el toro, sino que se mantenía

firme con los pies juntos para dejar que se aproximara y hacerle girar en torno a él con la muleta, tan cerca que le rozaba con los cuernos, arrancándole los hilos de oro del traje de luces. O de que una vez, a raíz de que un toro lo corneara y lo llevaran al hospital, le preguntaron por qué no se había apartado y él contestó: «Si hubiera hecho eso, no sería Manolete». Así que Pira escuchó con Federico.

De cuando en cuando, el hombre y la mujer dejaban de hablar y había música española con trompetas. A Pira le gustaba la música española. Igual que a Bruno y a Martha. A veces Bruno ponía discos españoles de algo llamado flamenco en los que un hombre medio cantaba, medio gritaba un largo y trémulo «ayyyyy...», seguido de palabras que sonaban a la vez tristes y furiosas. Las acompañaba una guitarra, también rabiosa, también apenada, pero al escucharla uno no se enfadaba ni entristecía. Martha decía que el flamenco era como fuego. La música española que emitía la radio no era flamenco, sino una melodía luminosa y emocionante que a Pira le gustaba mucho. Entonces volvieron las voces de la mujer y el hombre. Ella quería saber quién tenía la culpa de la muerte de Manolete. ¿Era culpa del propio Manolete? ¿Había cometido algún error?

Ahora el hombre parecía enfadado.

—No hubo ningún error. Como decía Blasco Ibáñez: «En una corrida de toros solo hay un animal: el público». La muerte de Manolete ha sido un sacrificio. El público necesitaba que muriese. Nosotros somos la bestia, nosotros que lo queríamos. Nos dio todo lo que podía darnos. No era suficiente. Queríamos más. Así que nos ha dado su vida. De no haberlo hecho, lo habríamos despojado de su honor. Seamos sinceros. Como los monstruosos dioses de las antiguas religiones de México, tenemos sed de la sangre de nuestros héroes, la bebemos con satisfacción. ¿Acaso no estamos saboreándola, en este mismo momento?

—¡Dios mío! —exclamó la mujer, con una risa nerviosa—. ¡Eso es mucho decir! Pero no debemos olvidar, señoras y señores, que son las palabras de un poeta y amigo íntimo del gran Manolete, cuya reciente muerte lloran los aficionados a la

tauromaquia de todo el mundo. Solo nos queda una pregunta..., sea breve, por favor, se nos agota el tiempo... ¿Qué puede usted decirnos del toro, del último toro que mató y que lo mató a él?

—El toro se llamaba Islero. No nació en una isla, así que no sé por qué le puso ese nombre la gente que lo crio. Podría haber sido el nombre de Manolete, porque él era desde luego un islero, un solitario. Era un hombre solo. Nadie que lo conociera podía evitar esa impresión, y se reflejaba en la melancólica expresión que hemos visto en tantas fotografías. Pero me ha preguntado usted por el toro. ¿Qué sabemos de los toros? Muy poco. Era fuerte, como todos los toros, y bravo, como todos los de la ganadería Miura. Muy bravo. Pero tenía algo que ningún otro toro poseía o tendrá jamás. Supo cómo matar a Manolete, el Monstruo. Si los toros poseyeran conocimiento, si conocieran su propia y trágica historia, Islero sería su mayor héroe.

Volvió a sonar la música de trompetas y Federico apagó la radio.

Martha y Bruno volvieron a casa mucho después de que Pira, Zita y Federico se hubieran acostado. Lo que lo despertó fueron los ladridos de Tristan.

—¡Chisss!

Esa era Martha.

Tristan arañaba las baldosas del vestíbulo con las uñas y golpeteaba la puerta de Pira con el rabo.

—¡Chisss!

Ese era Bruno. La voz era más brusca y breve que la de Martha. A Pira no le gustaba que Bruno se enfadara con Tristan. Se abrió la puerta y entraron sus padres. Con el cuarto a oscuras, apenas podía distinguirlos. Bruno se sentó a plomo al borde de su cama.

—Pira. Amigo mío —dijo.

Pira se sorprendió al oír que su padre decía su nombre como los mexicanos. Le gustó. Luego sintió en el hombro la mano de Bruno, que lo sacudía con suavidad, como si quisiera despertarlo.

—Sí —dijo, para que Bruno supiera que estaba despierto, y ese sí también tenía el significado de «sí, soy tu amigo». Nunca había pensado en Bruno como amigo, y Bruno nunca lo había llamado así, pero le gustaba.

Bruno apartó la mano del hombro de Pira, se agachó, se quitó un zapato y lo arrojó contra la pared, donde impactó con fuerza y cayó al suelo.

—¡Por amor de Dios, Bruno! —exclamó Martha.

Su voz asustó a Pira. No era fuerte, pero estaba llena de irritación.

Bruno se quitó el otro zapato. Lo tiró al suelo. Luego cogió la mano a Pira, se la llevó a los labios y la besó. Pira olió el whisky en su aliento.

—Tu padre está borracho —dijo Martha. El tono con el que dijo la última palabra fue bastante desagradable. Entonces salieron del cuarto y cerraron la puerta.

Unos momentos después volvió Martha y se sentó al borde de la cama.

—Siento que entráramos así, sin llamar —dijo—. Siento que te hayamos molestado. ¿Te has asustado?

Él negó con la cabeza.

—Bruno estaba borracho, por eso se ha comportado así. Hemos discutido de camino a casa. Él se sentía dolido y yo enfadada. Pero ya se ha arreglado todo. ¿Crees que te podrás dormir ahora?

—Sí.

—¿Te lo has pasado bien con Zita y Federico?

—Sí.

—Mañana me lo cuentas.

—Vale.

—Buenas noches.

Le dio un beso. Pira también percibió el alcohol en su aliento, así como el olor dulzón del maquillaje. Salió y cerró la puerta, aunque no del todo: una corriente de aire la dejó entreabierta. Martha no debía de haberse dado cuenta; de otro modo, habría vuelto a cerrarla bien. No querría que los oyera hablar. Su

conversación era privada, suponía él. Estaban medio hablando, medio discutiendo, con una voz cercana al susurro para que él no pudiera escucharlos. Pero sí podía.

—No debías haberme llamado eso —dijo Bruno.

—¿Llamarte qué?

—Cobarde. No tienes derecho.

—Tenías miedo. ¿Por qué no lo reconoces?

—Había peligro. Aquel tipo tenía una pistola. Pero tú... no tenías por qué ser tan valiente. Piénsalo. El riesgo era demasiado grande.

Ella guardó silencio. Luego habló de nuevo.

—Discutir se te da muy bien. Tus argumentos me desarman. Pero esta vez no me has detenido, y me alegro. Me alegro de que la chica esté sana y salva.

Bruno no dijo nada.

—No actúas —prosiguió Martha—. Hablas de acción, planeas una acción, escribes sobre la acción, pero cuando hace falta no actúas. ¿Te acuerdas del burro? —Su voz sonaba otra vez desagradable.

—¿Qué burro?

—Poco después de conocernos. Habíamos salido a montar a caballo y nos encontramos con un hombre que pegaba a su burro, lo molía a palos. Tenía que impedírselo, así que espoleé al caballo. Cuando me di cuenta, me habías alcanzado y, tras sujetarme el brazo, me dijiste algo que jamás olvidaré: «La acción espontánea es inútil». Tenías un aire tan filosófico, tan lleno de razón, que me contuve. Pero estabas pálido como una sábana. Tenías miedo.

—Ya me acuerdo.

—A eso me refiero.

La corriente de aire hacía chocar el pestillo contra la cerradura. Martha se levantó y, sin hacer ruido, fue a cerrar la puerta. Pira aguzó el oído, pero habían dejado de hablar.

Pira no había entendido todo lo que decían, pero sí lo suficiente para sentir lástima de Bruno. Martha lo había llamado cobarde. Eso dolía. ¿Cómo iba a ser cobarde Bruno? No estaba bien que Martha le dijera eso.

En cuanto Pira giró la cabeza vio una calavera reluciente en la oscuridad. Quiso gritar pero no pudo emitir sonido alguno. La calavera tenía los pómulos estrechos, la frente ancha, la coronilla y el mentón describían curvas firmes y bien perfiladas como el borde de un plato. El rostro, sin ojos ni boca ni nariz, era de un blanco plateado, como agua iluminada desde dentro. Brillaba. El miedo le arrancó un escalofrío.

Entonces se dio cuenta de qué era lo que estaba mirando: su nuevo espejo. Martha lo había colgado hacía poco en su cuarto. El marco, con árboles y pájaros labrados, era invisible en la oscuridad, y la luz de luna inundaba el cristal. Desvió la vista. Allí, en la ventana, colgaba la luna como una enorme canica plateada. Debajo de ella, el zapote era negro.

Dejó de martillearle el corazón. Todo estaba bien. Pero ahora sentía curiosidad. ¿Seguiría allí la calavera si volvía a mirar? Miró: allí estaba. Sabía que solo era la luz de la luna, que caía sobre la curvada forma de un cristal, pero al mismo tiempo era una cosa mala, y sintió miedo otra vez.

Sin mirar a la calavera, se bajó de la cama, abrió la puerta y salió al patio. Lo envolvió el clamor de los grillos. Sintió el fresco de las baldosas bajo los pies. La brisa agitaba las hojas del zapote, todas negras con una franja plateada, de modo que el árbol entero parecía en movimiento. Detrás de las hojas, en el interior del árbol, la oscuridad era más densa. No era el amigable zapote que conocía a la luz del sol. Bajó la vista y cerró los ojos. Ahora la oscuridad era completa, pero estaba dentro de él. La sensación que le daban las baldosas bajo los pies era limpia y clara, casi como una mirada, como si fuera capaz de ver con los pies. No había nada que ver, pero aun así tanteaba el camino a lo largo de las lisas baldosas, sumiéndose en la profundidad del mundo de piedra. Allí no daba miedo. ¿No hacían eso los árboles? Bajo tierra había un mundo donde los árboles crecían al revés. Igual que los pájaros construían el nido en las ramas, otros animales hacían la madriguera en las raíces. Quizá había un cielo al revés allí abajo, negro de noche con

luna y estrellas, y azul con un sol radiante durante el día. A lo mejor ahora era de día allí. Un mundo contrapuesto.

Entonces, la idea del espejo y la calavera le trajo el recuerdo del espejo en *Blancanieves y los siete enanitos*. Aquel espejo era horrendo. Cómo cambiaba el rostro de la reina cuando se miraba en él. Cómo se remontaba en la noche con sus ojos y dientes horribles, la carcajada en la boca. Recordó que escondió la cara en el regazo de Martha. Después ella le dijo que muchos niños habían gritado en el cine.

Un sonido blando y próximo le llamó la atención. Abrió los ojos, volvió la cabeza y vio unos relucientes ojos amarillos en la sombra que arrojaba la tapia baja del patio. Durante un momento sintió frío en todo el cuerpo, pero luego oyó el apagado ruido del rabo de Tristan golpeando el suelo, y supo que eran los ojos del perro, de modo que dejó de estar asustado. Se acercó a él, se sentó a su lado y le acarició la cabeza.

—Tristan —musitó—. Amigo mío.

Sin dejar de mover la cola, Tristan emitió un gañido.

Pobre Tristan. Llevaba varias semanas triste. Pira consideró una maldad que el dueño de la perrita blanca no permitiera que Tristan estuviera con ella al menos una vez.

—Pobrecito —susurró. No quería que lo oyeran Martha y Bruno. A Tristan siempre le hablaba en español—: Te queremos todos. No estés triste.

Tristan entendió. Se tendió de costado para que Pira le pasara la mano por el pecho, y Pira se tumbó a su lado, lo acarició durante un rato y acabó durmiéndose.

Cuando se despertó aún era de noche. Estaba tiritando. Volvió a su cuarto, se quitó el pijama, húmedo de rocío, y se metió de nuevo en la cama. Tardó un tiempo en entrar en calor. En el espejo ya no brillaba la calavera. Pidió a Dios que dejara que Tristan se reuniera con la perrita blanca. Luego pensó en Bruno y en que Martha lo había llamado cobarde. Eso no era justo. No quería pensar en cómo se sentiría. Pensó en Federico. Federico era macho. Cuando creciera, quería ser como Federico.

10

Se despertó con un ardiente dolor en el pie y dio un grito. Pero no era un grito, apenas oía su propia voz. Intentó sentarse. No podía. El dolor se amplió y profundizó. Trató de llamar a Martha:

—Ma...

Su lengua fue incapaz de formar el resto del nombre.

El dolor le devoraba el pie..., como si tuviera dientes, como si lo odiara.

Intentó mover la pierna. Se movió, pero solo un poco. No podía levantarse de la cama. El dolor iba a peor. Llamó a Martha de nuevo, casi sin voz:

—Maaa...

Silencio.

¿Y si no lo oía nadie? Ese era un horroroso «y si». Pero se abrió la puerta y entró Martha.

—¿Qué te pasa, Peter?

Gimió.

Ella lo incorporó. La cabeza se le fue hacia atrás. Los ojos también. Vio una doble ventana y la luz azulada de la mañana entre los barrotes.

Martha le alzó la cabeza.

—¡Peter! ¡Háblame!

La veía doble.

—¡Bruno!

Bruno, en pijama, ya estaba entrando a toda prisa en el cuarto. Le tocó la frente con la mano fría.

—¡Le duele algo, Bruno!

—¿Dónde?

—¿Dónde te duele, Pira? ¡Dinos algo, por favor!

—El pie —contestó con gran esfuerzo.

Bruno le quitó la manta de un tirón y de un manotazo sacó algo de la cama. Allí, en el suelo, doble como todo lo demás, yacía la brillante forma negra, semejante a un gancho, de un alacrán.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó Martha.

Bruno salió a toda velocidad de la habitación. ¿Se había asustado? Pero volvió con una sandalia en la mano y sacudió al alacrán con todas sus fuerzas, tres, cuatro, cinco veces... muy fuerte.

Pira quería detenerlo, pero el alacrán ya estaba desmembrado y aplastado.

—Voy a llamar a Amann —dijo Bruno, saliendo de nuevo del cuarto.

Amann jugaba a veces al ajedrez con Bruno. ¿Para qué iba a llamarlo?

Martha le puso la mano donde le había picado el alacrán.

—¿Te duele? ¿Te alivia un poco esto?

Él negó con la cabeza.

—Amann viene de camino —dijo Martha—. Él sabe cómo curarte.

Eso significaba que ni Bruno ni ella sabían cómo curarlo. Eso lo asustó. Se echó a llorar, y Martha, acariciándolo, lloró con él.

—Ay, mi Peter. Mi niño bueno, mi niño bonito. Pronto estarás mejor, te lo prometo. Lo siento mucho. —Como si ella tuviera la culpa.

Pero Amann lo curaría. Cuando Bruno hablaba de Amann, sonreía, como si su amigo le hiciera gracia. Amann ha hecho esto, Amann ha dicho lo otro. Amann conduce muy mal. Amann casi nos despeña con el coche. Pero ahora lo llamaba para pedirle ayuda.

Bruno entró con Zita. Pira seguía viendo doble.

—Pobrecito —dijo Zita.

Llevaba un cubo y varias toallas. En el cubo había agua con hielo.

—Duele —afirmó ella—, pero no es peligroso.

Eso estaba bien. Ya estaba menos asustado.

Zita enseñó a Martha cómo envolver en una toalla un trozo de hielo, meterlo en el agua helada y ponerlo luego sobre la picadura.

Después le dijo que le hiciera lo mismo en el otro pie y en la frente.

—No tengas miedo, Pirito. Todo va a ir bien.

Con el frío le dolía más, pero el dolor fue cediendo poco a poco. Pensó en Amann. Que venía de camino. En coche. Mal conductor, despeñarse. Pero no, Amann lo curaría, según había dicho Martha. Solo con pensar en Amann ya estaba mejor. El dolor ya no era tan fuerte ahora. ¿Cómo lo curaría? Con magia, a lo mejor. Bruno no creía en la magia. Si Amann curaba a Pira con magia, eso demostraría que la magia existía. La verdadera magia, no los trucos de magia de Sándor. Una mosca se posó en la pared frente a los pies de su cama: una sola mosca, no una mosca doble. Era muy grande para ser una mosca. Lo miraba a él. Dio un grito y volvió la cabeza.

—¿Qué te pasa, Peter?

Martha. ¿Por qué estaba tan lejos, si la tenía sentada a su lado? Ojos verdes. ¿Por qué tenía los ojos verdes? Parecían canicas a contraluz. Y Zita, para ser Zita, se movía muy deprisa. Salía y entraba, volvía a entrar y salir. No corría, pero iba muy deprisa. Todos se movían de forma muy rara. Como marionetas. Tenía algo atascado en la garganta. Tosió, tratando de sacárselo. Martha lo ayudó a sentarse.

Vio venir por el aire la mano de Bruno, cada vez más grande a medida que se acercaba. Le quitó la toalla húmeda y le puso la mano en la frente.

—Voy por el termómetro.

Bruno; ese era Bruno. ¿Por qué tenía cuernos en la cabeza? Como el padre de Bambi. Salió del cuarto. Muy deprisa. ¡Así que había magia! Pero no era magia de la buena. Ojalá no fuese cierto, pero lo era. Alguien estaba haciendo magia y Bruno no lo sabía, no podía saberlo. ¡Le habían echado un maleficio! A todos.

—¡Fíjate en el color que tiene, Bruno!

Alguien cantaba a su espalda:

«oooooooooo».

Alguien se encaramaba por su espalda, despacio, paso a paso, salmodiando con una profunda voz de bajo:

«OOOOOOOOO».

Alguien lo estaba asustando, quería asustarlo. La voz le había llegado a la mitad de la espalda, y seguía ascendiendo.

Bruno regresó con el termómetro, lo agitó y se lo colocó a Pira debajo de la lengua:

—No te lo quites de ahí. No abras la boca.

Empezó a oírse un golpeteo, como un puño aporreando la puerta. Era dentro de él, en el pecho. Le dolía la cabeza. Tenía la cara como si la hubiera arrimado al fuego. La voz seguía hinchándose y ascendiendo. Era un hombre, un hombre malo, un enemigo, que trepaba para salir de un pozo.

¿Es que Martha no lo oía? ¿Ni Bruno? ¡No! ¡No podían! Amann. Amann lo curaría. Todo se fundió en negro. En la oscuridad, Pira alcanzaba a ver detrás de él. Vio vagamente al hombre que cantaba, más sombrío que la propia oscuridad, envuelto en una larga capa negra y con un sombrero negro de copa. Seguía trepando. Era la voz:

«OOOOOOOOO».

—¿Qué pasó?

Ese era Federico. ¿Dónde estaba? Había vuelto la luz, pero no podía mover los ojos. Vagaban, se le iban hacia un lado.

—Lo picó un alacrán —contestó Zita.

Scorpion

Las dos lenguas se alejaron en direcciones opuestas, pero la cantarina voz de en medio hablaba en una tercera lengua, diciendo

una sola palabra. Seguía trepando. Iba a su corazón. Quería su corazón. Aún tenía aquello atascado en la garganta. Jadeaba. Martha le dio palmadas en el pecho, luego en la espalda. Ahora veía de nuevo el cuarto, a Martha, Bruno, Zita y Federico.

—¡Dónde coño se ha metido Amann!

Ese era Bruno. Bruno estaba enfadado con Amann. Zita salió del cuarto y regresó con más agua helada. Sonó el timbre. Tristan ladró. Zita se apresuró a salir para abrir la verja del jardín. Entró a la carrera un hombre menudo con una toga azul y un sombrero alto y puntiagudo, azul, con estrellas plateadas. ¡Amann! Era tan pequeño que no se parecía a Amann. Pero hablaba alemán, así que probablemente sería Amann. Puso un maletín negro sobre la cama. Bruno le sacó el termómetro de la boca y se lo enseñó a Amann, que tenía prisa y rechazó con un gesto la mano de Bruno. Abrió el maletín, sacó algo —¡ah, qué bien, una varita mágica!— y con ella tocó la frente de Pira. ¡Ping!

De pronto se encontraba en la playa bajo el sol, cavando, cavando con una pequeña pala metálica a la orilla del mar. Subía agua por el hoyo que estaba haciendo, y del agua salió una mano y un brazo, el brazo de una señora semejante al de la Dama del Lago en el libro sobre el rey Arturo que su padre David le había enviado de Nueva York. ¿No tenía él que blandir la espada? Con cuidado, pero con firmeza, la mano lo sumergió en el agua, bajo tierra.

Sin siquiera darse cuenta, se encontró en una gruta de techo bajo y luz tenue. Allí, mirándolo fijamente con unos ojos pequeños y brillantes, había un zorro. Tenía erizadas las grandes orejas, vueltas hacia él.

—Soy tu amigo —dijo el zorro, hablando solo con el pensamiento—. Yo te protegeré. No soy fuerte, pero sé muchas cosas. Ven conmigo.

Así que Pira lo siguió por un túnel, arrastrándose con las manos y los pies.

—Deprisa —dijo el zorro, mirando por encima del hombro—, o morirán todos.

El túnel llevaba al interior de la casa de Arón, y allí estaba su amigo, arrodillado en el suelo de baldosas frente a un gran

crucifijo negro, con las manos juntas en oración como su madre le ordenaba después de haberle dado una paliza. El crucifijo era más grande que cualquiera que hubiese visto en casa de Arón. Los techos también eran más altos. Pero ¿dónde estaba él? La respuesta llegó como un estallido: ¡bajo tierra!

—¡Deprisa! —repitió el zorro, pero Pira no quería dejar allí a Arón.

—¡Ven con nosotros, el zorro es nuestro amigo!

Solo que Arón no lo oía. El zorro salió corriendo hacia la calle y, mientras miraba por encima del hombro, dijo:

—¡Deprisa! ¡Deprisa! ¡O morirán todos!

Pira fue tras él.

Había una especie de alegre urgencia en las palabras del zorro, ningún temor en ellas, así que Pira comprendió que el animal no tenía miedo y sabía cómo adelantarse al peligro —solo un poco, por eso tenían que apresurarse—, y mientras hiciera lo que el zorro decía, todo iría bien; de lo contrario, o si lo perdía de vista, algo horrible les pasaría a él y a todos los demás.

¿Adónde se dirigían? Ya no iban por la calle. Veía un horizonte de montañas. Se iba haciendo cada vez más oscuro y ya no se veía nada, ni siquiera al zorro, y algo se movía cerca de él entre las sombras. Daba terror no saber lo que era. Llamó a su madre y esta vez pudo decir su nombre entero y en voz alta, pero ella no estaba allí, como tampoco Bruno ni Zita, solo aquella forma oscura en las proximidades que, con un movimiento suave y fluido, se apresuraba a su alrededor y por debajo de él, hasta que comprendió que era un caballo, y no solo un caballo, sino muchos que corrían juntos. Él iba a lomos de uno, agarrado a su fuerte cuello con ambos brazos. Ya no estaba tan asustado. Veía vagamente los caballos, que avanzaban como las olas y susurraban cuando sus cuerpos se tocaban, con un estruendo de cascos por debajo. A él le gustaba que se tocaran los cuerpos mientras corrían, y no le importaba que lo arrastraran consigo mientras avanzaban como un río de aguas ondulantes, un río de caballos que galopaban cuesta abajo, ansiosos, contentos, hacia algo que se hallaba aún más abajo. ¿Adónde iban? ¿Dónde se había metido el zorro?

¿Dónde estaban sus padres y Zita? ¿La casa, el jardín, su cuarto? Nadie contestaba, nadie venía.

Pero alguien sí lo oyó. El zorro.

—Escucha y atiende —dijo el animal.

Pira no alcanzaba a verlo, aunque al oírlo comprendió que no se había despegado de su lado en todo el camino, corriendo junto a los caballos o quizá volando en la oscuridad tenuemente iluminada.

Escuchó. Atendió.

Algo había cambiado. Los caballos no eran caballos y él ya no cabalgaba a lomos de ninguno. En lugar de cascos retumbantes había miles de patas de insectos que se apresuraban en lo oscuro con un rumor susurrante. Los entreveía, como a la luz de la luna, y eran hormigas. Daban miedo, pero también eran raras, tan raras que casi tenían gracia. Corrían erguidas, como las personas. Reconoció a las hormigas soldado por su armadura y por las armas como pinzas a los lados de la cabeza, y a las obreras por sus sarapes y guaraches. Algunas llevaban sombreros. Él mismo iba corriendo junto a las hormigas, deprisa, deprisa, como si fuera una hormiga más, aunque no lo era. Era él mismo.

—¡Deprisa, deprisa! —dijo el zorro, y todos se apresuraban y ahora veía adónde se dirigían: a la catedral.

Se despertó en la cama de sus padres. Martha practicaba en la habitación contigua. Zita estaba sentada a su lado. Le puso el dorso de la mano en la frente y sonrió.

—Ya no tienes fiebre. Has estado muy malito, pero ahora ya estás bien. —Le acarició la mejilla—. Qué bien. Gracias a Dios.

Se hizo en el pecho la señal de la cruz.

Guardaron silencio, los dos juntos. Aquello daba buena sensación.

—¿Qué soñabas?

No sabía. Recordaba algo, vagamente.

—Estaba fuera, creo. Bajo tierra. No era un sueño.

—Voy a llamar a tus padres.

—¿Sigue aquí Federico?

—Ha tenido que marcharse. Se fue ayer por la mañana.

Eso lo sorprendió. Federico había estado en el cuarto hacía muy poco.

—Ha hecho algo para ti.

Fue a la cómoda, y volvió con una hoja de papel que dio a Pira. Era un dibujo de los dos volcanes, Iztaccíhuatl y Popocatépetl, con la cima coronada de nieve sobre las colinas verdes y tres casas de tejado rojo abajo, un caballo cerca de una de ellas y dos uves con los trazos extendidos que representaban pájaros de anchas alas, águilas, quizá, en el cielo azul. Debajo del dibujo había escrito: QUE ESTÉS BIEN, MI AMIGO. Federico ya sabía escribir.

—Voy por tus padres.

Zita salió de la habitación. La música de Martha cesó. Se abrieron y cerraron puertas. Primero Martha y luego Bruno entraron en el cuarto. Parecían contentos.

—¿Dónde está Amann?

—No ha podido quedarse —explicó Martha—. Tenía que ver a otros pacientes.

Eso recordó a Pira el modo en que su madre solía explicarle la desaparición de Santa Claus después de que depositara los regalos.

—¿Es médico?

—Sí, ¿no lo sabías?

—No. Solo dijisteis que me curaría. Es un médico muy raro.

—¿A qué te refieres?

—A su sombrero puntiagudo. Su palito blanco. ¡Creí que era una varita mágica!

—Eso no ha ocurrido en realidad, Peter —dijo Bruno.

—Sí ha ocurrido —dijo Pira.

—En la realidad, no —insistió Bruno—. Se llaman alucinaciones. Son como un sueño. Mientras las tienes parecen de verdad, pero no lo son.

—Pero yo lo he visto. Ha venido con un maletín negro, ha sacado una varita blanca y me ha tocado con ella en la cabeza.

—Sí que lo has visto —dijo Bruno—. Sí que llevaba un

maletín negro, pero no un sombrero puntiagudo, y lo que sacó era una jeringuilla en un estuche blanco. Con esa jeringa te puso dos inyecciones, una para la picadura del alacrán y otra para una cosa llamada choque anafiláctico.

—¿Ana?

—Choque anafiláctico.

—¿Eso es lo que ha pasado?

—Sí.

—¿Un choque, como un electrochoque?

—Algo así, pero muy fuerte.

Pira pensó en la corriente que lo recorría de arriba abajo cuando tocaba con la lengua el barrote de su ventana. Si ese choque era más fuerte, tenía que haberle dolido un montón. Se alegraba de no recordarlo.

—¿Me desmayé?

—Sí —dijo Martha—. Por un momento pensamos que habías muerto. Ha sido horrible. Apenas podías respirar...

—De eso me acuerdo.

—Estabas delirando.

—¿Qué es eso?

—Veías cosas que no existían.

—He visto cuernos en la cabeza de Bruno.

Bruno y Martha se miraron y soltaron una carcajada. Bruno se llevó la mano a la cabeza.

—¡No es cierto! —dijo Martha a Bruno, riendo pero en serio al mismo tiempo, como convenciéndolo de que no tenía cuernos. A lo mejor estaban de broma.

—¿Estás segura? —preguntó Bruno, pasándose la mano por la cabeza, como buscando los cuernos.

—No te queda más remedio que creerme —dijo Martha.

Se rieron. Pira no los había visto reírse así, juntos, desde hacía mucho tiempo. Finalmente, cuando solo sonreían de nuevo, dijo Martha:

—Gracias por las risas, Peter. Eso ha sido divertido.

—¿Por qué?

—Bruno con cuernos. Tiene gracia.

—Como el padre de Bambi —explicó Pira.

—Ah —repuso ella, ya con expresión seria—, no se me había ocurrido.

—¿Tenías miedo por mí? —preguntó Bruno.

—¿A qué te refieres?

—¿Pensabas que iba a morirme?

Pira asintió. Se sentía cohibido, y empezaba a recordar otras cosas. El zorro, las hormigas que parecían personas. Cuando Martha le preguntó si recordaba algo más, dijo que no, aunque se lo preguntaba en serio. No se reía, y tampoco Bruno. Pero no se creerían las cosas que Pira recordaba. Dirían que eran sueños o alucinaciones y que en realidad no habían pasado. Pero sí habían ocurrido. Cuando sucedieron, él estaba despierto. Mantendría esas cosas en secreto. A lo mejor se lo contaba a Zita.

Dos días después el señor Riley se presentó sin previo aviso. Llamó al timbre y allí estaba. A Martha y a Bruno no les hizo ninguna gracia. No les pareció bien porque Bruno estaba trabajando y Martha ensayando, y porque en cualquier caso el señor Riley no les caía bien. Eran amables con él solo porque era el padre de Chris, y Chris era amigo de Pira.

Se sentaron los tres a la mesa del patio. Pira se tumbó en el césped para leer su *Golden Book Encyclopedia*, y así fue como oyó la conversación.

Bruno preguntó al señor Riley si quería beber algo, y este contestó que le agradecería un whisky, si tenía. Martha entró en la casa y salió con una bandeja en la que llevaba una botella de whisky, dos cervezas para Bruno y para ella, vasos y un cenicero. Sirvió la bebida, los tres alzaron los vasos y brindaron. Luego empezaron a hablar.

—Me he enterado de lo que le ha ocurrido a Peter —dijo el señor Riley—. Me lo ha dicho una de mis criadas. No creo que conozca a la suya, aunque su criada puede habérselo contado a otra, que a su vez se lo ha contado a otra, y así sucesivamente. Yo lo llamo Radio Doncella. Por esa emisora las noticias corren más

rápidas que un reguero de pólvora.

Miró hacia donde Pira estaba leyendo.

—Veo que ya está bien. Me alegro. Me han dicho que casi se muere. ¡Maldita sea! Ese no era un alacrán corriente.

—Fue una reacción alérgica —dijo Bruno—. Tuvimos suerte de dar con un médico a tiempo.

—Gracias a Dios —dijo el señor Riley.

—Sí, gracias a Dios —dijo Martha.

Bruno no dio gracias a Dios.

—Ese es el motivo de mi visita, ver cómo estaba y tal vez echar una mano. Si necesitan dinero para algún tratamiento médico, por ejemplo. Como saben, tengo medios. Espero que no se molesten.

—No nos molestamos, señor Riley —dijo Martha—, pero como puede ver se ha superado la crisis. Aunque gracias por su oferta. Es usted muy amable.

—Está bien. No es nada.

Sacó un cigarrillo de un paquete de Camel, y Bruno se lo encendió con el mechero.

—Hay otra cosa. El charro a quien dio usted una bofetada la otra noche...

Se dirigía a Martha.

Pira alzó la vista de su dibujo y observó que sus padres estaban muy quietos y erguidos, lo que era raro.

—También me he enterado de esto por Radio Doncella. Soy el dueño de ese club nocturno, allí todo el mundo trabaja para mí menos las prostitutas, que tienen su propio jefe, yo no soy un chulo. Bueno, pues el charro a quien abofeteó usted es uno de mis empleados. Estaba de permiso, y lo que haga en su tiempo libre es cosa suya. Pero lo he despedido igualmente. Puede que haya sido un error, enseguida se lo explicaré, pero lo hice. No debió pegar a la chica delante de toda aquella gente. Eso me deja en mal lugar. Y lo que hizo delante de usted me ofende porque la ofendió a usted. —Seguía hablando a Martha, como si Bruno no estuviera delante —. Ahora bien, el hecho de que le diera una bofetada también es asunto de usted. No la estoy culpando de nada. Quería proteger a

la chica, lo comprendo. Solo quiero que sepa que tuvo mucha, pero que mucha suerte de salir con vida de aquel incidente. Los mexicanos son muy susceptibles en lo que se refiere a su honor. Y un charro... Me parece que usted no entiende este país tan bien como yo. Un charro preferiría morir, o matar, antes que permitir la deshonra a manos de una mujer, y gringa además. Que es lo que usted hizo delante de docenas de personas. Supongo que estaría muy conmocionado para reaccionar. Su marido estuvo acertado al sacarla del local, coger un taxi y marcharse.

Martha lanzó una breve mirada a Bruno. Luego observó a Pira, que fingía centrar todo su interés en el libro. El señor Riley vació su vaso y Bruno se lo rellenó.

—Gracias —dijo el señor Riley, dirigiéndose ahora a los dos —. Se lo agradezco mucho. En el fondo, he venido más que nada porque me preocupa su seguridad. Un charro humillado tiene más peligro que un perro rabioso. Le he dado a ese hombre veinticuatro horas para abandonar la ciudad, amenazándolo si no lo hace, pero todavía no se ha marchado y podría tratar de vengarse. Es capaz de hacerlo.

—¿Qué cree usted que podemos hacer? —preguntó Bruno.

—No creo que puedan hacer gran cosa, salvo ausentarse de la ciudad durante unas semanas...

—Eso no puede ser —dijo Martha.

—Por supuesto que no. Lo comprendo. No, lo que sugiero es... algo que está en mi mano.

Pira se había incorporado y, a su vez, estaba quieto y muy erguido. Ya no fingía leer. No quería perderse nada.

—Si me lo permiten, apostaré a dos charros frente a su casa, noche y día, durante un tiempo. Se turnarán de dos en dos, como centinelas. Pueden utilizar a uno de ellos como guardaespaldas cuando alguno de ustedes salga de casa. Peter también. Solo para asegurarnos. Pongamos dos o tres semanas. Entretanto me ocuparé de que ese hombre salga del estado de Morelos. Si no lo hace... Pero lo hará.

Se recostó en el asiento y dio una calada al cigarrillo. Martha y Bruno permanecieron callados. Martha tenía el ceño fruncido, sin

mirar al señor Riley ni a Bruno. Parecía enfadada.

—Piénsenlo —dijo el señor Riley—. Pero no mucho. Consúltenlo con la almohada y llámenme mañana. No pido nada a cambio. Me siento responsable por el hecho de que ese hombre trabajaba para mí y porque son ustedes los padres del amigo íntimo de mi hijo.

Cuando el señor Riley se marchó, Bruno dijo:

—Creo que deberíamos aceptar su ofrecimiento.

—¿En serio? —repuso Martha—. Yo estaba pensando lo contrario. Y me preguntaba: ¿qué interés tendría en asustarnos? Para que aceptáramos su protección. Ese hombre no me gusta nada.

—A mí tampoco me gusta. Pero no me importa estar bajo su protección. No tiene intención de molestarnos, estoy seguro. Mi problema son sus charros. Representan todo aquello contra lo que peleo. Son matones, opresores. Aterrorizan a la gente que se cruza en su camino. Riley los utiliza para intimidar a los trabajadores de su hacienda. Por otro lado, quizá tenga razón sobre ese hombre, podría suponer un peligro para nosotros.

—¿De verdad lo crees?

—Sí. Lo han despedido del trabajo y unos extranjeros lo han deshonrado delante de sus compatriotas. Imagínate cómo se sentirá.

Ella lo pensó. Entonces miró a Pira y sonrió.

—Lo has escuchado todo, ¿verdad?

—Sí.

—¿Quieres preguntar algo?

Sí que quería, pero no sabía si era la clase de preguntas en las que Martha estaba pensando. Se lanzó de todas formas.

—¿Zapata no era un charro?

—¡Es verdad! —exclamó Bruno—. Qué razón tienes. No todos son iguales. Habrá charros buenos, seguro.

Pira intentó comprender los sentimientos del hombre abofeteado. Debió de darle mucha vergüenza. Y para un charro sentir vergüenza tenía que ser horrible. Los charros iban muy orgullosos por ahí.

—¿Vas a preguntar algo más? —dijo Martha.

—¿Por qué le diste una bofetada?

—Porque estaba pegando a una chica.

—Pero era peligroso. Los charros llevan pistola.

—No lo pensé. Solo quería ayudarla.

—A lo mejor no deberías haberle dado una bofetada.

—Puede —repuso ella.

—A lo mejor Bruno tenía razón.

—¿En qué?

—En que no deberías haberlo hecho.

—¿Y cómo sabes eso?

Pira sintió que se ruborizaba.

—Os oí a través de la puerta.

—Siento que lo hayas escuchado.

—No lo hice a escondidas.

—Lo sé. La puerta debía de estar abierta.

Hubo un momento de silencio. Martha volvió a mirar a Bruno.

—Que vigilen durante un tiempo —dijo ella—. O hasta que Riley sepa que se ha marchado del estado.

A Pira le dio un vuelco el corazón.

—¿Quieres decir que vamos a tener charros delante de casa?

—Sí —contestó ella—, a partir de mañana.

11

El día siguiente empezó como un milagro.

Sonó el timbre muy temprano, Zita dejó pasar al visitante y llamó a Pira:

—¡Ven, Pirito, mira quién ha venido!

Pira salió de su cuarto y se encontró con Arón en el patio.

—Ven conmigo al barranco —dijo Arón con entusiasmo—. Quiero enseñarte algo. Es una sorpresa. Ya verás.

¡Como si no hubiera pasado nada! Pira casi no podía hablar.

—Tengo que pedir permiso a mis padres.

—¿Por qué? Siempre te dejan. Vamos, rápido, ya verás. Es una cosa loca.

—No sé si me van a dejar.

—¿Qué ha pasado?

—Muchas cosas.

—¿Estás castigado?

—No. Luego te lo cuento. Vengo ahora mismo. Espera.

Fue corriendo al estudio de Martha. Estaba frente a su secreter, escribiendo una carta.

—¡Ha venido Arón, Martha!

—¿De verdad?

—¡Ya no está enfadado conmigo!

—¡Eso es fantástico!

Salió a saludar a Arón:

—Qué bueno, Aroncito. ¡Me alegro de verte! —Se inclinó para abrazarlo.

—Quiere enseñarme una cosa —dijo Pira en inglés—. Dice que es una sorpresa. ¿Puedo ir?

—¿Adónde?

—Al barranco. No digas que no, por favor. Tendremos

cuidado. ¡Te lo prometo!

Martha lo pensó. No estaba segura.

—No sé. Vamos a preguntar a Bruno.

Fue al despacho de Bruno, llamó, entró y cerró la puerta. Pira oyó el murmullo de sus voces en el interior. Luego Martha volvió a salir.

—Bruno dice que vayáis. Yo estoy de acuerdo con él. Es importante que Arón y tú hagáis las paces, pero tened mucho cuidado, ¿vale?

—Vale.

—Ven en cuanto veas lo que Arón quiere enseñarte.

—¿Y el hombre? ¿El charro?

—No te preocupes. Seguro que no hay peligro. No sabe dónde vas a jugar, ni siquiera sabe cómo eres.

Fueron andando hacia el barranco, a grandes zancadas, de la forma en que los chicos grandes y los mayores caminan cuando tienen prisa. Arón dijo que su tío le había contado que a Pira le había picado un alacrán. Su tío también le había hablado de lo que iban a ver en el barranco. Entonces echaron a correr. Los dos iban riendo, solo porque sí. Cuando se quedaron sin aliento se detuvieron y continuaron andando, jadeantes. Pira sonreía de satisfacción. Arón lo había perdonado. Estaba feliz. ¡Muy feliz! Ahora quería contarle lo del alacrán. Lo de que casi se muere. La espantosa voz que decía «OOOOO». Las otras cosas extrañas, las alucinaciones. Y que Bruno le había dado una azotaina. Sobre todo eso. Quería que Arón supiera cómo dolía. Entonces se dio cuenta de que con eso no podía impresionarle. A Chris quizá sí. Pero eso para después. Ahora estaba feliz.

—¡Mira! —Arón señaló al cielo.

Pira se detuvo a mirar. Muy alto, había buitres volando en círculos. Entonces Arón echó a correr de nuevo.

—¡Vamos!

Él marcaba el camino. No solía hacerlo.

Llegaron al arroyo. Arón iba descalzo y Pira llevaba las

sandalias puestas. No quería que se le mojaran, pero Arón ya iba chapoteando por la corriente, de modo que lo siguió. Cruzaron la gran pradera, pasaron entre una nube de mosquitos diminutos. El prado olía a hierba y a bosta de vaca. Rumiando a la sombra de un árbol grande, un grupo de vacas torció la cabeza para ver pasar a los chicos.

Llegaron al barranco.

—Cuidado —dijo Arón, moviendo la mano para que Pira aminorase el paso.

No hacía falta, Pira ya avanzaba con precaución. Pero allá abajo había algo que Arón quería que viera, de modo que tuvo que dar un paso para acercarse al peligroso borde.

—Tumbado es más seguro —dijo Arón.

Se tumbaron bocabajo y avanzaron unos centímetros hasta que alcanzaron a mirar hacia el fondo del precipicio. Había multitud de buitres amontonados, presionando y empujando con sus negros cuerpos, tirando de algo, desenterrándolo. Al principio Pira no lo distinguía bien, pero luego vio que era un toro. Estaba muerto, menos mal. Tenía la negra cabeza en el suelo, yacía de costado con la boca abierta y le sobresalía un largo cuerno blanco.

Cada poco, alguna de las aves se apartaba a un lado para tragar algo demasiado grande para su pequeño pico, y al instante otra daba un salto y ocupaba su lugar. Había muchos buitres alrededor, la cabecita vuelta hacia un lado, esperando turno. Parecían alemanes con las manos a la espalda. Los que estaban comiendo, en cambio, comían como cerdos. Pira soltó una risita tonta pero enseguida comprendió que Arón quería presenciarlo todo hasta el final, así que lo vio con él.

¡Qué corteses eran! Allí no había peleas, como con los perros. Estaban callados. Lo único que se oía era el intenso ruido que hacían al comer. Un buitre enorme se precipitó desde el aire en medio del montón, asustando a los demás, que se echaron a un lado, agitando las alas. Incluso entonces no hicieron más ruido que el de retirarse.

Ahora Pira alcanzaba a ver el cuerpo del toro. Los cuartos traseros y parte de la espalda eran solo huesos, le habían arrancado

la piel y la carne. El recién llegado agarró un trozo de piel del vientre del toro, tiró de él y lo arrancó de cuajo, de modo que se le vieron las costillas. Aquel buitre parecía muy fuerte. Al instante, otros buitres aterrizaron en picado y, utilizando la cabeza como una perforadora, pronto se fundieron en un amasijo de órganos azules y rosados por debajo del costillar.

—¿Cómo ha muerto? —preguntó Pira.

—Estaba enfermo, así que el dueño vino con unos amigos y lo espantaron para que se cayera por el precipicio.

—¿Por qué?

—Porque estaba enfermo. Me lo ha dicho mi tío.

Pira estaba escandalizado. ¿Por qué habían matado así al toro? Incluso si no tenía cura, aquellos hombres podían haberle dado un tiro, como hizo Bruno con Tonta, la perra loca. Esperaba que el toro hubiera muerto enseguida. Ojalá hubiese sido tan bravo y tan fuerte como Islero. Los hombres estarían muertos y él seguiría con vida.

—Vamos abajo —dijo Arón.

Bajar parecía imposible, pero Arón conocía un sendero que descendía por una parte del cerro que no estaba muy en pendiente y podían agarrarse a las ramas de arbustos y árboles pequeños. Cuando llegaron los chicos, la mayoría de los buitres se apartó dando saltos, extendiendo las enormes alas para mantener el equilibrio. Al aproximarse ellos, los buitres se asustaron y se alejaron volando, estirando el cuello y agitando las alas con energía y rapidez. Algunos vomitaron antes de elevarse en el aire. Pero no se alejaron mucho. Sobrevolaban el cadáver y la cabeza de los chicos con las alas abiertas, y muy por encima de ellos había otros. Los más lejanos se parecían a los dibujos que hacía Federico de pájaros en el cielo.

Fueron a observar la res muerta más de cerca. Sintieron un hedor al arrimarse a sus cuartos traseros, y vieron que había montones de mierda, dentro y fuera del esqueleto. Centenares de moscas zumbaban y trepaban por la mierda y la sanguinolenta carne, en particular sobre una bolsa grande de color grisáceo medio llena de un húmedo amasijo de cieno verde pálido que,

según convinieron los chicos, debía de ser el estómago. Pira atisbó entre el costillar y creyó distinguir el corazón, un bulto morado de carne y sangre con tubos lacios colgando. También había moscas en el corazón.

—Tengo que irme a casa —dijo Pira—. Podemos volver mañana.

Trepar por el sendero era más peligroso que bajar, pero llegaron a la cima sin caerse. De camino a casa, Pira contó a Arón que su madre había dado una bofetada a un charro que trabajaba para el padre de Chris porque estaba pegando a una chica, y que el padre de Chris había ordenado a aquel hombre que se marchara del estado de Morelos para que no matase a tiros a Martha, y como quería asegurarse de que no corría peligro iba a apostar unos charros delante de la casa. A lo mejor ya estaban allí. Aquello era tan emocionante que casi hicieron corriendo el resto del camino.

Cuando llegaron, había dos charros apostados frente a la casa, uno a cada lado de la verja del jardín, ofreciendo un grandioso aspecto con sus trajes negros con encaje blanco, brillantes corbatas de seda, anchos sombreros, botas con espuelas de plata y, sobre todo, las cartucheras y las pistolas enfundadas al costado. Los chicos se sintieron cohibidos nada más verlos desde lejos. Las sillas de montar de sus caballos —uno negro y reluciente y otro dorado con la cola y la crin blancas— llevaban lazos anudados y tenían las riendas echadas en torno a las puntas de lanza de la verja metálica. Conforme se aproximaban, los chicos aminoraron el paso. Pira no sabía qué hacer. ¿Debía decir buenos días? ¿Tenía que decirles quién era él y cómo se llamaba su amigo? ¿O se limitaba a abrir la verja y entraba sin mirarlos? Pero uno de los charros lo saludó como si ya lo conociera, le abrió la puerta y Pira dijo «gracias». En aquel momento, mientras cruzaba la verja con Arón, se sintió como en un sueño.

Cuando Pira contó a Martha lo del toro muerto, lo primero que ella le dijo fue:

—¿Lo has tocado?

Él contestó que no.

—¿Y tú? —preguntó ella a Arón—, ¿lo has tocado?

Arón negó con la cabeza.

—¿Estáis seguros? —les preguntó a los dos.

Estaban seguros.

—No lo toquéis en ningún sitio. Podríais caer enfermos.

—¿Podemos volver mañana —preguntó Pira—, solo para mirar?

—No me parece bien —contestó Martha—, pero lo hablaré con Bruno.

Por la noche, en la cena, Bruno dijo que podían ir a mirar a los buitres y al toro muerto, pero que trepar por la ladera del precipicio era peligroso y no debían hacerlo más.

—Pero encontramos la forma de bajar, un sendero. No trepamos, fuimos andando.

—¿Seguro?

—Seguro.

Aquella noche Pira se quedó dormido recordando una cosa horrible que había visto cuando lo picó el alacrán. Solo fue un momento, pero lo vio en todo su horror. Era la Hormiga Reina, que estaba mascando algo. En la catedral. Con los largos brazos negros erizados y las manos largas y negras, se echaba a la boca, que era como un agujero, hormigas obreras, hormigas soldados, hormigas madres, hormigas hijos. Dio un grito y se despertó. Martha entró en su cuarto.

—¿Qué te pasa, Pira?

—He tenido una pesadilla.

Le puso la mano en la frente.

—No pasa nada, Peter. Estás a salvo. ¿Quieres que me siente un rato contigo?

—Sí.

Se sentó al borde de su cama.

—¿Quieres que me quede hasta que te duermas?

—Sí.

Se volvió de lado. Martha le tapó los hombros con la manta. Pira entrelazó las manos bajo la manta, como le había enseñado Zita, y cerró los ojos. El recuerdo de la Hormiga Reina lo esperaba en algún sitio. Otra vez tenía miedo.

—¿Qué ocurre, Peter? ¿Qué es lo que te asusta?

—Nada.

—¿Es el toro?

—No. En eso me gusta pensar.

Era cierto. Pensó en el toro del barranco, y en las moscas. Aquellas eran moscas de verdad. Las hormigas de la catedral no eran reales. Se parecían a las calaveras del libro verde de Posada. Vestidas como personas. Eso no podía ser real. La Hormiga Reina no era real. No podía serlo. Era una alucinación.

Martha seguía todo el tiempo a su lado y se sentía a salvo. Se quedaría hasta que se durmiese. Si tenía una pesadilla, la llamaría y regresaría.

Volvió a pensar en el toro del barranco. Aquel toro era Islero. En la realidad no, desde luego, porque Islero había muerto en España, pero se lo podía imaginar. Cuando Bruno, Martha, Federico y Zita hablaban de la muerte de Manolete, nunca mencionaban a Islero. Solo habló de él el hombre de la radio. Pira quería que Islero fuese famoso.

Islero estaba muerto y ahora se lo comían los buitres, y Pira y Arón lo habían visto. Nadie más. Mañana irían otra vez. Adoraba a Islero.

Los charros guardaron la casa durante casi una semana. Por la tarde del primer día llegaron otros dos, uno en un caballo marrón y el otro en un caballo blanco, y los dos de por la mañana se marcharon. Luego llegaron otros dos después de oscurecer y relevaron a la segunda pareja. A la mañana siguiente volvieron los dos primeros. Así que estaban los charros de la mañana, los de la tarde y los de la noche.

Martha les ofreció cerveza y sillas para sentarse, pero dijeron que no estaría bien porque estaban haciendo guardia, y los

guardianes permanecían en pie y no bebían. Zita los saludaba tímidamente al pasar cuando entraba y salía de la casa y los charros murmuraban «buenas», torciendo la cabeza como si ellos también fueran tímidos. A Bruno lo saludaban tocándose el ala del sombrero con gesto cortés mientras decían: «Buenos días, señor». Pero con los chicos hablaban y hasta les dejaban dar manzanas a los caballos.

La gente se paraba por la calle preguntándose qué harían allí los charros. Se corrió la voz y fue más gente a mirar, sobre todo niños. Al poco, Pira vivía en una casa famosa. Arón también se sentía orgulloso de entrar y salir de allí. Casi era como estar en un palacio.

Al día siguiente de la llegada de los charros, se presentó el señor Riley «para cruzar un par de palabras», según dijo, con Bruno y Martha, y trajo a Chris en el coche. Aquella era la primera vez que los tres chicos estaban juntos después de algún tiempo. Pira y Arón querían llevar a Chris al barranco, pero el señor Riley pensó que Gutiérrez, uno de los charros, debía acompañarlos, solo para estar tranquilos, y a Bruno también le pareció buena idea. Así que allá se dirigieron, corriendo casi todo el camino, con el charro cabalgando detrás de ellos a medio galope. Los siguió por el arroyo y la pradera hasta el borde del precipicio.

Los buitres habían desaparecido. Lo mismo que el toro, salvo por el esqueleto. Tenía la parte superior del cráneo aún cubierta de piel negra y pelo enmarañado, pero en las órbitas, marcadas con sangre seca, le habían desaparecido los ojos, y donde debían estar la boca y la nariz solo había huesos y dientes blancos.

Al principio el señor Gutiérrez no permitió que los chicos bajaran por el sendero. Era muy peligroso. Pero cuando Pira le dijo que Arón y él ya lo habían hecho con permiso de Bruno y que por eso era por lo que habían ido, para ver de cerca la calavera, el charro cedió. Les dijo que tuvieran mucho mucho cuidado, si no querían tener problemas. Él se quedó arriba, de pie junto a su caballo, dejando que mordisqueara la hierba mientras esperaba.

Cuando llegaron donde el toro, lo primero que se le ocurrió a Chris fue arrancarle la cabeza de una patada para llevársela a casa.

—¿Para qué? —preguntó Pira.

—Para tener un trofeo —dijo.

—¿Qué es un *trofeo*? —quiso saber Arón.

—La cabeza de un animal salvaje. Te la llevas a casa para mostrar que lo has matado tú. Encima de la chimenea tenemos la cabeza de una cebra. La mató mi padre en África.

—Pero nosotros no hemos matado a este toro —objetó Arón.

—Podemos decir que sí —repuso Chris.

—Lo mataron otros —afirmó Arón.

—¿Y qué?

—No es nuestro —concluyó Pira.

Chris tiró el sombrero de paja como un lazo, con intención de hacerlo aterrizar en la punta del cuerno, pero no acertó y cayó en la hierba. Ahora estaban incómodos los tres. Para que sus miradas no se encontraran, volvieron la cabeza hacia el enorme cráneo que yacía a su pies. Entonces Arón se puso en cuclillas para observarlo más de cerca.

—Fijaos cuántas hormigas —dijo.

Centenares de diminutas hormigas rojas, diferentes de las negras de mayor tamaño del jardín de Pira, entraban y salían velozmente de las órbitas de los ojos y de los agujeros donde habían estado las ventanas de la nariz. También había hormigas que entraban y salían de una fisura en medio de la frente.

Las que salían por los ojos y la nariz llevaban pedacitos de algo que Chris supuso que era el cerebro, pero resultaba difícil asegurarlo. Por los agujeros de los ojos no se veía nada, y mirando por la apertura donde la columna vertebral se unía con la cabeza, lo único que se veía era la luz que salía por los agujeros de delante.

Caminaron en torno al esqueleto. La mierda tan hedionda del día anterior se había secado al sol y apenas olía ya. Pero aún había centenares de hormigas encaramándose a ella. En algunos huesos había sangre seca, pero más que nada eran blancos. Chris observó una hilera de finos huesos al comienzo de la columna, cerca de los hombros, como los que tenía el pez espada en la parte de atrás. Se

preguntó si serían costillas. Pira creía que no, y Arón no tenía opinión.

El señor Gutiérrez los llamó desde arriba. Era hora de marcharse. Al trepar por el empinado sendero, se agarraban a las ramas de los arbustos para sujetarse.

—¡Cuidado! —dijo varias veces el señor Gutiérrez.

Pues claro que iban con cuidado, no tenía por qué decirlo.

Esta vez fueron a casa andando. El señor Gutiérrez habló con ellos por el camino, cabalgando despacio, a su paso. Los había oído discutir sobre la cabeza del toro. Bien limpia y montada sería una cosa bonita en la casa.

—Mi padre dice que los buitres tienen los mejores modales de mesa —dijo Chris—. Terminan de comer y no se dejan nada en el plato.

El señor Gutiérrez soltó una risita ante el chiste del señor Riley.

—Así que no queda nada —explicó Chris—. Los buitres lo han dejado todo limpio.

—No te falta razón —dijo el señor Gutiérrez.

A Pira lo impresionaba la desenvoltura con que Chris hablaba a los charros de su padre y el respeto que ellos siempre le mostraban.

—Pero tenía sangre en las órbitas de los ojos —dijo Arón—, y había algo dentro.

Una vez más notó Pira el cambio en Arón. No estaba de acuerdo con Chris.

—Lo que hay que hacer —dijo tranquilamente el señor Gutiérrez—, si la cabeza aún no está limpia del todo, es ponerla encima de un hormiguero. Mejor de hormigas negras. Después se lava con agua y jabón.

—Mi madre no aprobaría eso —dijo Pira.

—¿Y el señor Riley? —sugirió el charro.

—Se lo preguntaré —dijo Chris.

—Dile que lo haré yo, si quiere.

El señor Gutiérrez no dijo a Arón que preguntara a su madre. A lo mejor quería que le pagasen y sabía que ella no podía pagarle

tanto como el señor Riley.

Mucha gente vio a los tres chicos caminando hacia la ciudad en compañía de un charro a caballo. A Pira le resultaba difícil no sonreír de orgullo y alborozo.

Después de que el señor Riley se fuera a casa en su coche con Chris y de que Arón también se marchara, Martha observó que Pira estaba temblando. Le puso la mano en la frente.

—No tienes fiebre. ¿Te encuentras bien?

—Estoy contento.

—Estás muy excitado. ¿Por qué no lees un poco? ¿O por qué no te tumbas sin más en la hierba o en el patio?

Se tumbó en el patio. Pero seguía con temblores. Necesitaba la canica. Se levantó y fue al cajón de los juguetes junto a la puerta de su cuarto, sacó la bola grande y la miró al trasluz. Dentro había la espiral azul, y alrededor de ella solo había cristal, ningún color. Se podía ver a través. Parecía agua con unas cuantas burbujas diminutas.

Volvió a su puesto de escucha y se tumbó con la canica en la mano, apoyando la mejilla contra la fresca piedra. Sintió una fuerte presión en el pómulo. Como siempre que estaba así, había dos lados: el del aire y el de la piedra. Por el del aire venían los sonidos nítidos y claros, y eran muchos. Por el de la piedra había pocos, oscuros y apagados. Algunos los oía por los dos lados, como a Zita cantando «Por mi culpa» dentro de la casa, o el tenue repiqueteo de la máquina de escribir de Bruno. Bruno escribía despacio, unas cuantas palabras cada vez. Cuando las palabras se detenían, había silencio. Y luego más palabras. El silencio era más largo que las palabras de entre medias. Al acercarse, Tristan arañaba el patio con las uñas. En cualquier momento daría a Pira con el hocico. Todavía no había llegado ese instante, pero no tardaría. En cuanto sucediera, sería ahora. Y llegó, un frescor delicioso y húmedo que le percutía amistosamente en el cuello. Aunque lo estaba esperando, incluso recordando que Tristan lo había tanteado así muchas veces, la sensación era nueva. ¿Era lo mismo nuevo y

ahora? La idea lo sacudió de arriba abajo, casi como una descarga eléctrica. Luego sintió otro empujón y el deseo de Tristan no podía estar más claro. Quería jugar.

Pero a Pira no le apetecía moverse. Si se movía, no podría ir hacia el otro lado, hacia el mundo de piedra, y ahí era adonde quería dirigirse.

Tristan estaba esperando. Pira sentía su aliento en el cuello. Luego Tristan se alejó. Sus pasos revelaban decepción. «Después jugaré con él —pensó Pira—. Ahora no.» Ahora era el tiempo nuevo. Ahora iba bajo tierra. Ojalá pudiera acompañarlo Tristan, pero no era posible. Nadie podía ir con él.

Nadie. Por un momento lo asustó esa idea. Pero luego le gustó. Prefería estar solo, mientras no tuviera miedo. Y no lo tenía.

Centró toda la atención en el lado de la piedra. Abajo, abajo. Y ya estaba donde la última vez que descendió al mundo de piedra. En pie entre peñas y cactus, una espada en la mano. Era Excalibur. La espada y el nombre eran algo fenomenal. Echó a andar, sin saber adónde iba. Una serpiente negra salió de detrás de un cactus y sacó su lengua bífida, vio la espada en la mano de Pira, se encogió y se escabulló. Él siguió a la serpiente. Notó que el suelo bajo sus pies estaba fresco y ya no era de arena. Estaba descalzo en un prado de hierba alta mecida por el viento. La serpiente había desaparecido. A lo mejor la tenía cerca. Se quedó quieto. Las serpientes eran peligrosas. Notó que alguien, o algo, lo miraba. Se acordó de la canica. Muy lejos, en el mundo de arriba, sentía su peso y su redondez en la mano. Podía subir en cualquier instante. Entonces vio quién lo miraba. Era Islero. Erguido a lo lejos, cerca de un grupo de árboles, con la cabeza vuelta hacia Pira, mirando. Los dos permanecieron quietos, observándose.

Pira abrió los ojos. Allí estaba Tristan, tumbado en la esterilla con el hocico apoyado entre las patas, esperando.

—¡Buen perro! —dijo Pira, sintiendo que el corazón le latía con fuerza.

Tristan se puso en pie al momento y Pira se levantó de un salto para coger el palo y tirárselo.

El señor Riley llamó por teléfono para decir a Martha que el charro a quien dio la bofetada se había marchado del estado de Morelos. Lo sabía de primera mano por el jefe de policía. De modo que había pasado el peligro y retiraría a sus hombres, los necesitaba para otras tareas.

De un día para otro, la casa de Pira pasó a ser de un castillo bien guardado a una casa normal y corriente. Cuando fue con Arón a ver los huesos de Islero en el barranco, en la calle nadie parecía recordar que aquellos eran los muchachos que habían ido junto a un charro a caballo.

Todo había vuelto a la normalidad. Pero ahora la normalidad incluía a Arón, y eso era lo más divertido que a Pira le había pasado en la vida. Arón había cambiado. Era el mismo, pero diferente. Mostraba más audacia al subir al árbol. No tenía miedo de caerse. Se columpiaba de una rama como un mono y se dejaba caer al suelo. Quería jugar a los piratas, cosa que antes no le gustaba. Decidió ser un pirata malo, en el que no se podía confiar. Saltaba sobre la espalda de Pira con ánimo de tirarlo al suelo. No podía, porque Pira era más fuerte, pero no aflojaba la presa. Ponía empeño en ganar, y no lloraba cuando perdía.

Salían a la calle a jugar a las canicas con otros chicos, igual que antes, pero ahora Arón añadió un juego nuevo que consistía en tirar centavos para arrimarlos lo más posible a la pared, y ganaba quien se acercara más que los otros. Se lo había enseñado su tío, dijo. Todo el mundo tenía al menos unos centavos. Por quince centavos se podía comprar una buena colección de canicas. Era mejor ganar en ese juego que ganar a las canicas. Y más emocionante, además.

Se sentaban en el árbol y contaban historias. Unas eran de verdad y otras no. Unas eran creíbles aunque no fueran verdad, y otras no. Una de las historias que contaba Arón era sobre su tío, que sabía volar. Pira no se lo creía.

—Sí que sabe —afirmó Arón—. Me lo ha dicho, se lo enseñó un curandero. Ve cosas que otros no pueden ver. Vio al campesino que despeñó al toro por el precipicio y ni siquiera estaba allí:

estaba jugando al dominó con un amigo y lo vio en su imaginación. Ve muchas cosas.

—¿Y puede volar?

—Sí, de noche. Ha dicho que me enseñará cuando sea mayor.

A lo mejor era verdad.

—Yo también quiero aprender.

—Te lo enseñaré después de que él me lo enseñe a mí.

—A veces yo también veo cosas así —dijo Pira—. Cosas que nadie más puede ver.

Lo lamentó tan pronto como lo dijo.

—¿Como qué?

—Puedo ver bajo tierra. A veces; ahora mismo, no.

—Eso es mentira.

—No, te lo juro.

—¿Qué ves?

No quería contarle a Arón lo de Islero. No quería que pensara que Islero no era real.

—Veo raíces de árboles y plantas, y diferentes bichos, y serpientes.

—¿En serio? ¿Serpientes?

—Bueno, solo una.

Arón le lanzó una maliciosa mirada de soslayo. Luego se echó a reír y le dio un leve puñetazo en el costado.

—¡Mentiroso!

12

Dos cosas importantes sucedieron una detrás de otra, casi simultáneamente.

Primero llegó una carta de Harry, el tío de Dorothy. Traía maravillosas noticias, según Martha, aunque para Pira no lo eran. Decididamente, Harry quería hacer una película con la historia de Bruno. Para impedir que la produjera otro, le enviaba dinero y ahora Bruno tenía la esperanza de que Martha, Pira y él pudieran ir a Alemania no dentro de dos años sino quizá mucho antes.

—¿Cuándo?

—Depende. El problema es que nos hace falta el doble de dinero del que nos envía.

Aquello sonaba bien.

—Si la película llega a realizarse, tendremos dinero suficiente.

Aquello no sonaba bien.

—Pero no será enseguida, si es que la hacen.

Aquello sonaba bien otra vez.

Pira rezó para que no se hiciera la película. Rezó a Dios, a la Virgen y a Jesús como si fueran un grupo, cosa que nunca había hecho hasta entonces. Pensó en incluir también al ídolo de Zita. Pero no sabía su nombre y en cualquier caso no creía en él.

Dos días después empezó la huelga de Federico. Se inició en Ciudad de México y al día siguiente se declararon en huelga ferroviarios de todo el país. Federico, que aquel fin de semana iba a ver a Zita, la llamó para decirle que no podría a causa de la huelga. Bruno preguntó a Federico el número desde el que llamaba: quería pagar él porque las llamadas desde Ciudad de México eran caras. A Bruno también le salía cara, pero tenía más

dinero que Federico. Quería saber cuánta gente se estaba manifestando, de cuánto dinero disponían para alimentos, si los transeúntes que los veían pasar se mostraban a favor de su causa. Cuando Bruno colgó el teléfono, Pira le preguntó si la huelga estaba ganando.

Bruno sonrió y dijo que era muy pronto para saberlo.

Todos los días, a las doce, Bruno escuchaba las noticias por la radio. Quería saber cómo iba la huelga. Normalmente, las noticias no interesaban a Pira, pero ahora que hablaban de la huelga de Federico, cabía la posibilidad de que Federico dijera algo por la radio. No era probable, le dijo Bruno, pero sí posible. Mucha gente hablaba por la radio. Así que ahora, cuando Bruno ponía las noticias, Pira escuchaba hasta que estaba claro que Federico no hablaría.

Bruno se enfadaba con el locutor porque no decía nada importante sobre la huelga y hablaba mucho de otras cosas que, según él, no eran importantes. A Pira tampoco le interesaban muchas de esas cosas, pero una de ellas era el destino de cinco heroicos montañeros mexicanos desaparecidos en los Alpes suizos. Así es como los denominó el locutor, heroicos montañeros mexicanos. ¿Por qué no era importante aquello? Lo era para los hombres extraviados, eso seguro. Lo era para los mexicanos. Bruno no era mexicano, por eso no le importaban los montañeros perdidos. Pero sí le importaba la huelga porque Federico participaba en ella. Y Federico sí le importaba.

Entretanto iban y venían las cartas entre Bruno y Harry. Pira sabía de ellas por las cosas que Bruno y Martha decían en el desayuno, la comida o la cena. Al principio no hacía preguntas, porque no quería saber nada, pero poco a poco iban encajando las piezas y al final lo entendió.

Varias veces dijeron que era complicado. Que era prometedor. Hablaban de encontrar a alguien que leyera en alemán el libro de

Bruno y escribiera palabras en inglés para que las dijeran los actores, de conseguir actores famosos que supieran interpretar a los personajes de la historia, y de localizar a alguien muy rico a quien le encantara la historia y diera a Harry el dinero necesario para pagar a los actores y rodar la película.

Por un momento, Pira disfrutó imaginando todas esas posibilidades. Preguntó a Bruno si buscaban a alguien para interpretar a Hitler, porque si era así, a lo mejor podía hacerlo Bruno igual que había hecho con el hombre que quería ser Hitler.

—No —contestó Bruno—. En esta película no sale Hitler.

—¿Será para niños?

—No, lo siento. No creo que vaya a gustarte mucho. Aunque puede que te guste cuando seas mayor.

Más tarde, estando solo, Pira recordó claramente por qué no quería que hicieran la película. Si Martha, Bruno y él se iban pronto a Alemania, ya no iría a primero con Chris. Federico no vendría de visita. Ya no volvería a ver a Zita nunca más. Otra vez estaría lejos de Arón, y quizá ahora para siempre. Nadie le había preguntado qué quería él. No era justo. Lloró ante la idea de que sus padres esperaban algo que, si llegaba a ocurrir, sería una desgracia para él. ¿Por qué harían algo así? Era muy doloroso.

Cuando se quejó a Martha de aquella injusticia (no a Bruno, porque sabía que quería ir a Alemania más que nada en el mundo), su dolor surgió con tal fuerza que no podía hablar. Martha lo atrajo hacia su pecho, pasándole la mano por los hombros mientras él sollozaba abrazado a ella.

—Lo sé —repetía Martha—. Lo siento mucho.

Parecía que estaba de acuerdo en que no era justo, pero resultó que quería decir otra cosa.

—Es triste, pero no es culpa de nadie. Espero que lo entiendas.

Él negó con la cabeza.

—Sé que estás enfadado con Bruno, pero no hay que echarle la culpa. Necesita volver a su país. Igual que una planta con falta de agua. No es que quiera agua y ya, sino que se marchitará sin ella. Es una necesidad, no un capricho. Bruno no ha decidido tener

esa necesidad. Le ha pasado. Le ocurrió cuando se vio obligado a abandonar su país.

Dejó de hablar. Su aliento lo reconfortó en silencio durante un rato. Le pasaba las manos por los hombros. Él escuchaba.

Martha empezó a hablar de nuevo. Sus frases fluían una detrás de otra como si estuviera leyendo un libro. Mientras escuchaba, centrándose en sus palabras pero también en el sonido de su voz, Pira la oía por partida doble, igual que le venían los sonidos cuando escuchaba sobre el suelo de piedra del patio: un lado de su voz venía de un poco más arriba de él, saliendo de la boca de ella y entrándole en el oído derecho, y al mismo tiempo su voz tenía un sonido procedente del interior de su cuerpo y le llegaba a la otra oreja, que tenía apretada contra el pecho de ella.

La voz interior retumbaba. Venía de tan cerca que le daba la sensación de que ella hablaba dentro del cuerpo de él.

—Cuando yo tenía tu edad, tenía un hermano mayor que iba a nadar a un estanque cerca de casa y se ahogó. Nadaba bien, no tenía que haberse ahogado. Pero se ahogó. Lo vi por la mañana en el desayuno y unas horas después estaba muerto. Era lo más horrible que me había pasado en la vida. No llegaba a entenderlo. ¡Claro que no podía! Nadie entiende la muerte. Pero tampoco podía aceptarla. No estaba bien. Mi hermano era muy joven y yo lo quería mucho. No debió pasar. Pero ¿a quién podía echar la culpa? Intenté culpar a Dios, como si lo hubiera hecho él. Solo que Dios no había hecho que mi hermano se ahogara. Simplemente pasó. Fue un accidente. A veces ocurren esas cosas en la vida. Suceden cosas que causan tristeza a las personas. O que hacen felices a unas y desgraciadas a otras. Parece de lo más injusto, pero no se puede culpar a nadie. No son más que cosas de la vida, que ocurren sin maldad.

Pira no estaba seguro de qué quería decir con cosas de la vida, pero no importaba. Había dejado de pensar. Sentía una extraña mezcla de alivio y derrota.

Pira estaba en su cuarto jugando con sus indios y soldados cuando

oyó la voz del locutor. Hablaba de la huelga en un tono que interesaba mucho a Bruno, de otro modo no habría subido el volumen. Fue a la sala de estar para oír mejor.

El locutor decía que el presidente Alemán estaba enfadado con los ferroviarios en huelga porque causaban un perjuicio al país. Entonces se oyó la voz del presidente. Pira la reconoció, ya la había oído antes. Aseguró que «los responsables» serían castigados. «¡Criminales! —dijo—. ¡Traidores!»

«Y ahora pasemos a noticias más agradables», dijo el locutor. Habían encontrado a los montañeros heroicos. Uno se había roto una pierna, pero aparte de eso estaban bien y contentos. México se sentía orgulloso de ellos. Bruno apagó la radio.

Pira regresó con sus indios y soldados. Normalmente hacía que ganaran los indios. Muchos morían, pero daba igual. A veces había algún soldado especialmente heroico que evitaba ser presa de los indios, pero los indios siempre se portaban como héroes.

Ahora mismo había tres indios tendiendo una emboscada a cinco soldados de casaca azul. Probablemente morirían.

Pira volvió a pensar en la voz del presidente. Parecía mucho más que enfadado. Estaba furioso.

A mucha gente no le caía bien el presidente, incluso a los niños. En una ocasión, mientras jugaba a las canicas en la calle con Arón y otros chicos, uno de ellos les enseñó a decir una cosa mala: «¡Alemán, Alemán, come caca y no le dan!». Los chicos cantaron esas palabras a coro, y para sorpresa de Pira, los mayores que lo oyeron se rieron y no se molestaron.

¿Era Federico uno de los responsables? ¿Lo castigarían? Y, de ser así, ¿cómo?

Aquella noche, durante la cena, algo que Martha le dijo a Bruno llevó a Pira a pensar que ella iba a vender el violín. Cuando Bruno le preguntó por qué iba a hacer eso, ella contestó que sentía haber sacado el tema. Entonces Bruno dijo:

—Explícate, Martha.

Así que ella se explicó.

La venta del violín les proporcionaría dinero suficiente para pagar el viaje a Alemania, aunque la película no llegara a realizarse. Ya tenía un comprador: un amigo de Sándor que vivía en Ciudad de México. Podrían marcharse en cuanto reservaran los billetes para el barco.

—¿Cuándo? —inquirió Pira.

—Podría ser dentro de unas semanas.

—¿Y el primer curso del colegio?

—Después de hablarlo hemos decidido que es mejor que no empieces el colegio ahora. Allí harías nuevos amigos sabiendo que tendrías que dejarlos pronto. Sería muy duro.

—No lo creo.

—Piénsalo, Peter. Te va a costar despedirte de los amigos que ya tienes. Es mejor así, de verdad. Lo siento, sé que es un chasco.

Entonces se echó a llorar en silencio, y sus padres lo consolaron. Estaba seguro de que no iban a cambiar de opinión.

Vino Amann y preguntó a Bruno si quería que lo llevara en coche a la ciudad. Como hablaron en alemán, Bruno tuvo que traducírselo a Martha.

—Quiere ofrecer asistencia médica a los obreros, en caso de que la necesiten. Es probable que haya problemas con la policía. Quiere que escriba un artículo para la prensa *émigré*. Creo que debería hacerlo.

Martha no quería que fuese, pero Bruno estaba decidido y era evidente que nada le haría cambiar de opinión. Dio un beso a Martha y a Pira y se despidió con la promesa de que estaría de vuelta al día siguiente. Algo de lo que dijo recordó a Pira una ilustración del libro verde de Posada en la que un hombre abrazaba a su mujer y a sus hijos antes de que se lo llevaran unos soldados armados.

En la verja, Bruno dio media vuelta y entró de nuevo en la casa para preguntar a Zita si quería que le diera algún mensaje a Federico en caso de que se encontrara con él en la manifestación, aunque no era muy probable.

—Dígale que rece —dijo Zita—. Dígale que sea valiente, pero que tenga cuidado. Dígale que lo quiero.

Entonces Bruno y Amann se marcharon. Martha llamó a Valéria.

—Estoy preocupada —le dijo.

¿Por qué? ¿Acaso pensaba que Amann despeñaría el coche por algún precipicio?

De pronto todo parecía peligroso.

Valéria acudió a la casa. Las dos mujeres se tumbaron en hamacas debajo del plátano, fumando y charlando. Pira se dirigía a su cuarto para leer o dibujar, pero por el camino cambió de opinión y fue al hormiguero. El general seguía erguido, como siempre, blandiendo la espada por encima de la cabeza, y las hormigas entraban y salían apresuradamente de su hormiguero, como siempre. Ya no les interesaba el general.

Martha llamó a Zita, que salió al patio. Le pidió que por favor hiciera café y Zita volvió a entrar.

Pira se sentó con la espalda apoyada en la tapia de ladrillo y observó las hormigas. Había dos que cargaban juntas con el ala de una mariposa. Aún no habían llegado al hormiguero. La carga las retrasaba mucho. Docenas de hormigas pasaban correteando frente a ellas. ¿Cuánto tardarían en trepar hasta su empinado hogar e introducir el ala por la puerta?

Zita salió con el café, tazas y platillos y unas porciones de tarta en una bandeja. Martha le dio las gracias y Zita volvió dentro. Caminaba muy erguida, como siempre, las sandalias percutiendo blandamente contra la planta de sus pies, y desapareció en la sala de estar, donde encendió la radio con el volumen muy bajo para no molestar a Martha, y fue cambiando de emisora hasta encontrar una canción que le gustaba. Luego puso la aspiradora.

Paco bajó revoloteando del tejado, esperando alguna golosina, y Martha extendió el brazo hasta que el pájaro se le posó en la muñeca. Con la otra mano le dio un trocito de tarta.

—Qué bonito es Paco —dijo Valéria.

Se acercó Tristan moviendo el rabo con aire perezoso, y Martha también le dio algo de comer. Quizá había pasado el peligro.

Las dos hormigas que cargaban con el ala de mariposa habían subido la mitad de la cuesta del hormiguero, pero ahora tiraban en direcciones diferentes. Pira pensó en ayudarlas. Pensó en coger el ala, con cuidado para que no se deshiciera, y en colocarla cerca de la entrada sin que ellas la soltaran. ¿Y si hacía eso? Se imaginarían que era un dios.

El ruido de la aspiradora se interrumpió y la radio subió de volumen. Alzando la voz, Zita dijo desde la sala de estar:

—¡Señora Marta! ¡Están dando las noticias!

Al jardín llegó el repiqueteo de la máquina de escribir del locutor. Martha se levantó de la hamaca. Paco se apartó de su muñeca y, revoloteando, se posó en el suelo. Valéria también se puso en pie. Las dos se acercaron a la casa y se detuvieron en el jardín con la cabeza ladeada. Zita salió y se quedó junto a la puerta. Pira también se puso en pie, no sabía muy bien por qué. Parecía como si hubieran ordenado posición de firmes.

Todas las noticias eran sobre la huelga, de modo que parecía importante, pero el locutor empleaba palabras que Pira no entendía y al cabo de unos minutos volvió a sentarse. Se oyó la voz de Alemán, que repetía lo mismo que había dicho el día anterior, llamando criminales y traidores a los huelguistas y amenazando con castigar a los responsables. Entonces habló otra persona, pero era un partidario de la huelga.

«Lo que exigimos es justicia —dijo—. Justicia en forma de dieciséis centavos. Eso es todo. Dieciséis centavitos.»

«Esta mañana —dijo el locutor— han coreado esas palabras diez mil ferroviarios que se manifestaban por el paseo de la Reforma.»

Entonces se oyó el furioso griterío:

«¡Dieciséis centavitos!»

«¡Dieciséis centavitos!»

«¡Dieciséis centavitos!»

«¡Dieciséis centavitos!»

Pira recordó que Bruno y Federico habían hablado de esa cifra, pero solo ahora se dio cuenta de lo poco que era. Había chicos sin hogar con más dinero en el bolsillo. Una bolsa de canicas de barro, las más baratas, costaba cinco centavos. Cuando Martha y Bruno daban dinero a los mendigos, nunca era menos de cincuenta centavos. ¿Por qué los jefes, o el Gobierno, no se los daban? ¿Por qué eran tan crueles?

Al día siguiente se produjo un enfrentamiento entre ferroviarios huelguistas y una pandilla de hombres que querían parar la huelga. Martha dijo que eran criminales. Llevaron al hospital a dos obreros con heridas de navaja. La policía detuvo a mucha gente. El Gobierno ordenó a los huelguistas que se reincorporasen al trabajo al día siguiente, pero en lugar de ello volvieron a manifestarse y esta vez, en vez de gritar «dieciséis centavitos», cantaron «La cucaracha». Martha dijo que se estaban burlando del Gobierno, diciendo que era una cucaracha que ya no podía caminar. Entonces el Gobierno detuvo a los dirigentes del sindicato y los metió en la cárcel. Los obreros volvieron a manifestarse. Por la radio, sus gritos parecían llenos de rabia. Entonces los jefes sorprendieron a todo el mundo al ofrecer a los ferroviarios un aumento de diez centavos a la hora, siempre y cuando volvieran el lunes al trabajo. Cuando el Gobierno dijo eso, era jueves.

Bruno llegó a casa al día siguiente. Estaba muy triste. La huelga se ha terminado, anunció.

—Le han partido el alma.

Aquella expresión asustó a Pira. Le recordó a Islero. ¿Se rompió el alma cuando se cayó? ¿Sufrió? Esperaba que hubiera muerto en el acto.

El domingo sonó el teléfono y Martha lo cogió. Era Federico. Martha llamó a Zita, que habló y escuchó y habló con aire de estar contenta. Entonces Federico tuvo que colgar porque la llamada era cara. Zita dijo a Martha y Bruno que Federico estaba sano y salvo,

que los obreros iban a volver al trabajo, que Federico escribiría contando más cosas y que iría de visita en cuanto hubiera recuperado algún dinero de lo que había perdido en la huelga.

—Gracias a Dios —dijo, haciendo la señal de la cruz.

Mientras, el primer día de colegio estaba cada vez más cerca. Muy pronto, ese día se convertiría en ahora, y sus amigos irían al colegio y él no. No quería pensarlo.

Martha y Bruno fueron en coche a Ciudad de México para ver al amigo de Sándor que estaba interesado en comprar el violín de Martha, y de paso iban a solicitar visados para Alemania. «*Solicitar visado* significa "pedir permiso"», dijo Bruno. Volverían al día siguiente.

Se marcharon por la mañana temprano. Pira estaba despierto, pero seguía en la cama. Entraron en su cuarto para decirle adiós. Martha le dio un beso. Luego salieron de la habitación y cerraron la puerta. Pira oyó rechinar la verja del jardín cuando la abrieron y el chasquido del pestillo al volver a su sitio, el ruido de las puertas del coche al cerrarse, el del motor del vehículo cuando se alejaron. Se habían ido. Juntó las manos y rezó a Jesús: «Por favor, haz que no tenga que ir a Alemania». Repitió muchas veces la oración en inglés y en español hasta que tuvo la alegre sensación de que se habían atendido sus plegarias. Permaneció tumbado, preguntándose qué haría Jesús. A lo mejor, cuando llamaran al timbre, no encontraban en casa al hombre que tenía que darles el permiso. O tal vez los invitaba a pasar, les ofrecía una bebida y era amable con ellos pero, cuando se lo pedían, él se limitaba a decir con firmeza «¡NO!», como Bruno cuando decía que no en serio. Quizá sin saber lo que decía. Sin saber que era Jesús quien se lo hacía decir.

«¡NO!»

Eso le hizo soltar unas risitas.

Pero ¿y si les daban el permiso? ¡Podría ser!

Deseó poder preguntar a Jesús directamente: «¿Qué vas a hacer?». ¿Por qué no contestaba Jesús a las oraciones como una persona: «No te preocupes, haré esto o lo otro»?

Entonces pensó en otra posibilidad. Aunque les dieran permiso para ir a Alemania, Jesús podía hacer que el hombre que quería el violín al final no lo comprase. Así no tendrían dinero suficiente para el viaje y deberían esperar otro año y él podría ir a primero después de todo. ¡Qué bien estaría eso!

Zita abrió la puerta y le dijo que se duchara y se vistiera para desayunar juntos.

El agua que salía de la ducha estaba sucia y olía mal.

—¡Ay! —exclamó Zita—. Vamos fuera, te lavaré con la manguera.

Y eso hizo. Pira corrió por el jardín desnudo y gritando mientras Zita lo perseguía dirigiendo con fuerza hacia él el chorro de la manguera, como si fuese a apagar un incendio, de modo que cuando lo alcanzaba casi le hacía daño. Pero no era dolor. Solo frío. Luego lo secó con una toalla. Los dos reían mientras a Pira le castañeteaban los dientes.

Para desayunar le sirvió dos huevos pasados por agua, una tostada con mermelada de fresas y un tazón de cereales con leche, mientras ella, sentada junto a él a la mesa donde jugaban a las cartas en el patio, comía frijoles, pollo y chiles envueltos en tortilla.

Acto seguido fueron a la compra. En realidad él no quería ir, pero como ella se lo pidió, la acompañó. En cuanto llegaron al mercado, lamentó haber ido. No le gustaba ver las cabras trabadas ni los pollos colgando cabeza abajo. Después de comprar lo que necesitaba, Zita se detuvo a hablar con otra mujer, con las bolsas a la altura de la cara de Pira, que tuvo que oler el pescado y la carne que habían comprado. No dejaban de hablar. Era muy aburrido. Quiso ir a ver unos canarios enjaulados, pero Zita lo llamó para que volviera. Era más estricta fuera que dentro de casa.

Por fin llegaron a casa y Pira se sentó debajo del zapote a leer *Los cuentos de así fue*. «Escúchame con mucha atención, pues esto ocurrió, sucedió y aconteció, y fue, mi niño querido, cuando los

animales domésticos eran salvajes. Era salvaje el perro, salvaje el caballo, salvaje la vaca, salvaje la oveja y el cerdo también —lo más salvajes que podían— y andaban por los húmedos bosques silvestres a solas con su salvaje soledad. Pero el más salvaje de todos los animales era el gato. Siempre iba solo, todos los sitios eran iguales para él.»

¿Y si Alemania y México fueran iguales para él? ¿Sería posible? Lo único que sabía de Alemania era que allí la gente hablaba alemán, y no español ni inglés, y que hacía más frío que en México. ¿Cómo podían ser iguales los dos sitios? Imposible.

Para comer, Zita hizo tamales y frijoles y para beber le dio Coca-Cola.

—¿Me escribirás cuando estés en Alemania? —preguntó.

—Sí —contestó Pira. Le alegraba pensarlo.

—Ya sé leer —aseguró Zita.

—Te escribiré cartas largas —dijo Pira.

—Me contarás cosas de tus amigos..., del colegio..., de tu nueva casa...

Él asintió.

—De tu nueva criada, si es que la tenéis...

Aquello hizo que a Pira se le saltaran las lágrimas.

—Quiero que vengas con nosotros.

Ella sonrió.

—Eso no puede ser, Pirito. Y, además, Federico y yo vamos a casarnos y tener hijos. Somos mexicanos y debemos vivir en México.

—Yo también soy mexicano.

Ella no lo negó, pero él sabía que no era cierto.

—Te escribiré —dijo ella—. Aprenderé a escribir.

—¿Vendrás a vernos?

—Espero que sí.

—Yo volveré a México para verte.

—Cuando seas mayor.

—Sí.

—Entonces podrás ser tío de mis hijos.

Pira rio ante la idea de ser tío.

Luego Zita peló dos mangos. Cuando se los terminaron, Pira ayudó a Zita a quitar la mesa. Con una toallita le limpió el pegajoso zumo de mango de la cara y los dedos. Luego fregó los platos y se fue a su habitación a dormir la siesta mientras Pira se tumbaba a la sombra del zapote, observando cómo se movían las hojas sobre su cabeza y preguntándose si Arón o quizá Chris aparecerían por la tarde, hasta que se quedó dormido.

Cuando Martha y Bruno volvieron al día siguiente, dijeron a Pira que habían vendido el violín de Martha por un montón de dinero, y que eso era estupendo porque significaba que en Alemania podrían vivir en una casa grande y bonita con jardín, en vez de en una pequeña y fea sin jardín.

Además, les habían concedido los visados.

13

Algo pasó entonces con el tiempo. Pira no lo notó enseguida, pero empezó a sentirlo conforme iban pasando los días. El futuro, que antaño se extendía desde el presente como un valle con un edificio de tejado rojo llamado colegio y lejanos montes y bosques llenos de temerarias promesas, ahora se parecía más a la pradera donde había pastado Islero antes de que lo espantasen para que se despeñara por el barranco. Había un final. Habría un nuevo principio en otro país y en otro tiempo, pero entre el tiempo de aquí y el tiempo de allí había un océano. Era incapaz de imaginar su vida futura en la otra orilla, aunque tampoco se esforzaba mucho.

Dentro del tiempo mexicano que quedaba, poco cambió. Fue a *spazieren* con Bruno y Tristan. Una vez los acompañó Martha y hablaron del futuro.

—No está bien pensar solo en lo que tú dejas atrás —dijo Martha—. Vamos todos juntos, somos una familia. Irás al colegio y aprenderás alemán y tendrás nuevos amigos. Tendremos un perro, una hembra, a lo mejor. Para que tenga cachorros.

—¿Y un loro?

—Lo más probable es que no, en Alemania hace frío para los loros.

—¿Y qué más?

—Aprenderás a esquiar, allí hay nieve. Tendremos un piano y aprenderás a tocarlo. Cuando se te dé bien, me compraré otro violín y tocaremos juntos.

Esas ideas eran como cables tendidos sobre el mar. No eran puentes, pero conectaban un extremo y otro.

Pira acompañó un par de veces a Zita a lavar la ropa en el arroyo, donde se dedicaba a leer y observar los peces. En una

ocasión cruzó la corriente y se dirigió al borde del precipicio a ver los huesos blanqueados de Islero. Estaban igual.

En casa, jugaba con sus amigos o él solo, como siempre.

Martha los llevó una vez en coche a Arón y a él a casa de Chris. El señor Riley había comprado a Chris una escopeta de aire comprimido y dianas de papel. Enseñó a los chicos a disparar mientras permanecían tumbados bocabajo y a competir como los mayores, llevando la cuenta de las dianas. A cada disparo, la culata de la escopeta daba un golpe en el hombro. Dolía un poco, pero no mucho. ¡Bang! Aquello se parecía más a una guerra de verdad que los juegos de indios y soldados. Era divertido.

El primer día de colegio pasó sin él, tal como ya sabía, pero no se sintió solo.

Después de desayunar pintó con acuarela buques de guerra y tiburones mientras Bruno se retiraba a su despacho y Martha daba clases de lectura a Zita bajo el plátano. Paco, posado sobre sus cabezas, parecía interesado, y le hizo gracia.

A la hora de comer, Bruno y Martha le preguntaron cómo se sentía y él dijo que bien, y era verdad.

Durante la siesta hubo un chaparrón con truenos. Tumbado en la cama con la puerta abierta, observó que las gotas saltaban en el patio como pequeñas explosiones. Había visto estallidos así en un documental sobre la guerra. Pasaron unos niños frente a su ventana, cubriéndose la cabeza con las carteras a guisa de paraguas. Buscó a Arón, pero no estaba entre ellos. Había dicho que iría a verlo para contarle lo del colegio.

Por la tarde, Martha y Bruno fueron de *spazieren* con Tristan, y Pira se quedó en casa por si se presentaba Arón. Para pasar el rato, contó a Zita el cuento de «Cómo el elefante consiguió su trompa» y a ella le gustó. Luego copió un poema del *Joyas de la poesía victoriana* de Martha, curvando y retorciendo las mayúsculas para hacer que pareciesen antiguas, y cuando volvieron del paseo se lo enseñó a Martha.

—Me gusta —dijo ella—, pero no tanto como tu poema de la

flor blanca. ¿Por qué no escribes otro? Podría ser sobre una flor azul.

Martha no lo entendía. Él no se había puesto a escribir un poema sobre una flor blanca. Eso salió solo por la rima.

—¿No quieres?

Él negó con la cabeza.

Trepó al zapote. Debía de haber algo muerto en el valle lejano, al pie de los dos volcanes, porque por allí volaban en círculo pequeños buitres. Parecía que Arón no iba a venir. Probablemente lo habría castigado su madre.

Durante la cena, Bruno parecía más preocupado y ensimismado que de costumbre.

—¿Qué pasa? —le preguntó Martha.

—Intento que uno de los personajes de mi libro pase de un sitio a otro. No me sale —contestó él.

—Pues hazlo así —dijo Pira.

Se levantó y salió de la estancia. Martha y Bruno soltaron una carcajada y Pira volvió a la mesa.

Después de cenar oscureció enseguida. En la cama, volvió a leer «Cómo el leopardo obtuvo sus manchas» hasta que Martha dijo que era hora de dormir y apagó la luz.

Pira se despertó aquella noche, más tarde. La casa estaba en silencio. A través de la puerta alcanzaba a oír débilmente la respiración de sus padres mientras dormían. Salió al jardín, se quitó el pijama y se tumbó en la hierba húmeda. A lo mejor pillaba una neumonía. Lo llevarían al hospital y el barco zarparía rumbo a Alemania y él se quedaría en México con sus padres.

El estrépito de los grillos lo rodeaba. En el cielo negro relucían las estrellas. Nunca las había visto tan brillantes. Unas eran blancas, otras plateadas y otras doradas. Algunas tiritaban. Muchas de ellas. Como si fueran las causantes del ruido. La luna era invisible.

Cerró los ojos. La Tierra parecía muy grande ahora. Mayor que el jardín, mayor que la ciudad. Era el mundo. Intentó imaginarse la Tierra, enorme y redonda, mientras circulaba por el espacio, describiendo un anillo alrededor del Sol. Al otro lado de la

Tierra, donde estaba Alemania, brillaba el Sol. Pero aquí era de noche. ¿Y si ahora, en la oscuridad, se hundía en la tierra? Podría ser peligroso. No llevaba la canica. Pero ya se estaba hundiendo. Cayó por el espacio vacío hasta que sus pies aterrizaron en un ancho prado. El suelo era firme y estaba fresco. Allá a lo lejos, cerca de un bosquecillo de árboles de oscuras hojas, se erguía Islero. Estaba pastando. No miraba a Pira. Qué bien. Pira se quedó quieto. Tenía miedo de acercarse, pero tampoco quería dar media vuelta. ¿Dónde estaba su espada? No la tenía en la mano. Pero ¿de qué iba a servir una espada con aquel toro enorme? Aunque fuera mágica, no valdría para nada. No era más que un niño, sus brazos eran muy débiles. Y, además, no quería hacer daño a Islero, que lo miró y siguió pastando. En aquel momento Pira solo sintió amor por él, ningún miedo. Echó a andar despacio hacia el toro, que sin dejar de pastar dio un paso en dirección a los árboles. Pira se fue acercando poco a poco a Islero, que seguía pastando, moviéndose despacio, paso a paso, hacia los árboles. Ahora llegaban voces del bosquecillo. ¿O era el susurro, el gorgoteo de un arroyo? Ya estaba cerca de Islero, casi tanto como para tocarlo. Entraron juntos en el bosquecillo. Los envolvieron la frescura y las sombras.

De pronto todo cambió. Cinco mujeres rodearon al toro y al niño. Se alegraron de verlos a los dos, pero aún más de la presencia de Islero. Lo adoraban. Acariciaron su amplio pecho, le abrazaron el cuello, le besaron el negro hocico, le pasaron los dedos entre los rizos de la frente, le acariciaron el hermoso y reluciente cuerpo. Siguieron diciendo su nombre, medio cantando, como si lo llevaran toda la vida esperándolo y ya hubiese llegado. ¡Islero! ¡Islero! Se parecían a las mujeres que iban a lavar la ropa al arroyo, pero eran más guapas. Iban descalzas. Todas con largos vestidos blancos. El pelo negro les caía suelto sobre los hombros. Una de ellas tendió un puente de flores entre sus cuernos. Otra le pasó una guirnalda de rosas en torno al cuello. Pusieron a Pira sobre los cuartos traseros del toro, de pie. Dos mujeres lo sujetaban de las manos, una a cada lado, para que no se cayera. «¡Mira! ¡Mira!», señalaban las hojas por encima de su cabeza. Allí, colgado de una rama ahorquillada, había un juguete perdido tiempo atrás: un aro de

madera con una mitad roja y otra azul. La sorpresa fue tan grande que abrió los ojos y se encontró de nuevo tumbado de espaldas en el jardín, mirando al cielo.

Recordaba el aro azul y rojo. Ojalá lo siguiera teniendo. Aunque se lo hubiese traído Santa Claus cuando era pequeño y aún creía en Santa Claus. También tenía un palo rojo para empujar el aro y echarlo a rodar. Fue a jugar con él a la calle, lo dejó apoyado en una pared y cuando volvió a recogerlo ya no estaba.

Empezó a tiritar. Se puso el pijama y volvió a la cama. Tristan se levantó de su manta y entró en el cuarto, tanteando el suelo con las uñas al andar, alargando el cuello para que Pira le acariciase la cabeza.

Pira pasó la mano por la lisa cabeza de Tristan y se echó a llorar, pensando en la inevitable separación. Tristan regresó a su manta y Pira se quedó dormido.

Arón y Chris contaron historias muy diferentes sobre el colegio.

En el de Arón, todos los alumnos eran chicos. En el de Chris había chicos y chicas. El maestro de Arón, el señor Echevarría, era amable pero también estricto, y a veces gritaba. Cuando no estaban escribiendo y leyendo, los niños debían tener las manos juntas. Si te portabas mal, el señor Echevarría te hacía extender la mano y te sacudía en los dedos con una regla. En el colegio de Chris no pegaban a nadie. Tenían una maestra que se llamaba Nancy, y era amable en todo momento. Por la mañana iba a recoger a los niños con caballos, y después de clase los acompañaba a casa cabalgando. A Arón lo recogía y lo llevaba a casa un autobús. En la escuela de Chris hacían esculturas de arcilla, las pintaban y luego las cocían en el horno. En el colegio de Arón los niños se sentaban en pupitres en dos filas rectas. En el de Chris había sillas en torno a varias mesas pequeñas. En el colegio de Arón, los niños corrían en el recreo por un gran patio de tierra sin adoquinar, jugaban a las canicas o daban patadas al balón. En el de Chris, jugaban en un gran prado que llegaba al barranco donde había muerto Islero, pero no se les permitía ir hasta allí. Una vez llevaron al colegio de

Arón a una niña que tuvieron sentada aparte en una silla durante todo el día. Los chicos se rieron de ella porque era una niña y no tenía que estar allí, y ella se tapó la cara con las manos y se puso a llorar. El maestro permitió que se rieran de ella.

Llegó una feria a la ciudad, con una noria y un tiovivo que instalaron en el zócalo, y un gigantesco tobogán y coches de juguete eléctricos que podía conducir uno mismo. Había una caseta de tiro al blanco donde Bruno abatía bandidos con sombreros que aparecían de pronto detrás de grandes cactus. Puestos donde comprar algodón de azúcar, aguas frescas, tamalitos, pájaros, flores y toda clase de juguetes. Había casetas donde por unos centavos se podía tirar dardos o lanzar anillas a una estaca para ganar premios. Bruno dio a Arón y a Pira un montón de monedas para que se las gastaran en juegos o en cualquier cosa menos en la noria. Martha dijo que era peligrosa. Fueron juntos a una caseta con espejos que los hacía parecer enormemente gordos u ondulados. Por otros diez centavos se podía pasar a través de una cortina morada con borlas doradas a una sala de espejos donde uno se veía multiplicado centenares de veces al mismo tiempo y en todas direcciones, incluso de espaldas y por encima de la cabeza. Daba alegría tener al lado a un amigo de carne y hueso que no era un reflejo.

Llegaron unos amigos del partido a hablar con Bruno de algo importante. No hacían más que interrumpirse unos a otros. Alzaban mucho la voz. Algunos gritaban. Todos hablaban en alemán, pero después Bruno contó a Martha la conversación, y Pira lo oyó. Utilizaba palabras especiales, propias de gente mayor —«anticomunista», «enemigo del pueblo», «trotskista», «marxista»—, pero había una que Pira conocía bien. El nombre de Sándor.

—¿Sándor? —inquirió Martha—. ¡No puede ser!

—¿Qué ha pasado? —preguntó Pira.

—Han detenido a Sándor —dijo Bruno—. En Hungría.

—¿Qué ha hecho?

—No ha hecho nada.

—¿Por qué lo han detenido? —quiso saber Martha.

—Como sospechoso. Han cometido un error.

—¿El partido?

—No, la policía.

Llegó Valéria a hablar de Sándor. Tenía la cara roja e hinchada. Se retorcía las manos.

—No me lo creo —dijo Valéria.

—Yo tampoco —coincidió Bruno—. Ya se aclarará todo.

—Estoy muy preocupada.

Entonces Bruno, Martha y Valéria dijeron que iban a El Rincón del Sosiego y se marcharon. Pira tuvo la impresión de que no querían que él oyera lo que decían.

Después de aquello, Bruno y Martha no hablaban mucho de Sándor. Siempre que mencionaban su nombre, parecía que hablaban de un secreto.

—¿Sigue Sándor en la cárcel? —preguntó Pira una vez.

—Sí —contestaron al unísono Martha y Bruno.

—¿Y va a salir?

—Pues claro —dijo Bruno—. Está a la espera de juicio. El juez verá que es inocente y acabarán soltándolo.

A lo mejor la policía sospechaba de Sándor porque era mago. Pensaban que podía hacer cosas por arte de magia y eso les daba miedo. No sabían que su magia solo eran trucos. ¿Por qué no enseñó a los guardias de la cárcel cómo hacer aparecer y desaparecer cosas? Entonces lo habrían entendido.

Federico fue de visita. Normalmente venía cada dos meses, pero esta vez vino antes porque para la fecha que estaba prevista su próxima visita, los Vogelsang ya no estarían en México. Además, era sábado, no viernes por la mañana como de costumbre. El jefe no le dejó tomarse el viernes libre como antes, solo por maldad.

Era un castigo por la huelga.

Martha preparó una cena especial esa noche y Bruno abrió una botella de vino.

—Teníamos que haber puesto más empeño en convencer a los demás sindicatos de que teníamos razón —dijo Federico—. Por eso hemos perdido.

—Aprendemos de los errores —sentenció Bruno.

—Al final acabaremos ganando —aseguró Federico.

—Por nuestros hijos —brindó Bruno, alzando su copa.

—Por todos los niños —repuso Federico.

Pero como Federico estaba hablando en español, Pira recordó que *por todos los niños* eran palabras que decía en su poema. Nadie pensó eso en la mesa, pero él sí, y se sintió íntimamente orgulloso. Alzó su vaso de leche y dio un trago al tiempo que Federico, Zita y Martha bebían en sus copas de vino.

A la mañana siguiente el señor Riley llamó para preguntar si podía ir Chris de visita. «¡Pues claro!», contestó Martha. Pero antes de que el señor Gutiérrez llevara a Chris en el coche azul del señor Riley, llegó Arón. Los Vogelsang estaban desayunando con Federico y Zita.

—¿Has desayunado ya? —preguntó Bruno.

Arón negó con la cabeza.

—Entonces siéntate con nosotros —dijo Martha—. Tenemos copos de avena, huevos, pan y mantequilla, mermelada, gachas..., lo que quieras.

—Mantequilla —dijo él con voz queda.

Federico cogió el cuchillo, abrió un panecillo por la mitad, untó de mantequilla las dos mitades y las alzó para que él las viera.

—¿Más mantequilla?

Arón asintió.

Federico puso más mantequilla.

—¿Mermelada?

—No, solo mantequilla.

Federico le dio un plato con el pan bien untado de mantequilla.

—¿Quieres leche? —preguntó Martha.

Él titubeó.

—¿Coca-Cola? —pidió, casi en un susurro.

Zita se levantó sonriente, fue a la cocina y volvió con una botella de Coca-Cola, un vaso y un abridor, y al quitar la chapa la botella burbujeó.

—¿Quieres vaso? —preguntó ella.

—No, en la botella.

Comieron y bebieron todos juntos. Arón comía despacio, mordiendo pequeños trozos por los extremos del pan y masticando cuidadosamente.

De repente sonó el timbre, Pira se levantó de un salto para abrir y Chris echó a correr delante de él por el jardín y entró de un salto en la casa, casi gritando:

—¡Vamos a la noria!

Una vez más, Martha se mostró firme:

—Es peligroso.

—¡No lo es! —repuso Pira—. Ya ha funcionado centenares de veces.

—¡Puede que miles de veces! —terció Chris.

—¿No demuestra eso que no es peligrosa?

—Eso no demuestra nada —aseguró Martha.

—¡Pero nunca ha pasado nada malo! —objetó Pira.

—Sí que ha pasado, en otras norias.

—¡Pero en esta, no!

Se sentía al borde de las lágrimas. ¿Por qué era tan mala?

—Siempre hay una primera vez —replicó ella.

—¡No necesariamente! —objetó Pira.

—Aunque algún día pasara eso en esta noria —intervino Chris, extendiendo las manos con las palmas hacia arriba para mostrar la evidencia de sus palabras—, ¿por qué iba a pasarnos a nosotros?

—Ya está, se acabó —concluyó Martha—. La respuesta es no.

—¡No es justo! —protestó Pira, dando una patada en el suelo.

—Lo siento —dijo Martha. Ya estaba decidido.

Hablaban todo el tiempo en inglés, y Arón, como no entendía ni palabra, observaba la discusión con los ojos desencajados. También tenía la boca abierta. Zita se dio cuenta.

—Aroncito —le dijo, inclinándose hacia él—, están discutiendo.

Entonces Bruno explicó a Zita, Federico y Arón a qué venía la discusión. Federico asintió, permaneció inmóvil y luego movió la cabeza unas cuantas veces más, despacio, para indicar que lo estaba pensando antes de hablar, de modo que todo el mundo esperó.

—Perdone —dijo Federico a Martha—. Se me ocurren dos cosas. La primera es que hoy puede ser la última vez que veo a Pira. Como eso es algo que le apetece mucho hacer, me gustaría acompañarlo. Sería un buen recuerdo para los dos.

Martha se irguió en el asiento, bien atenta.

—Voy a proponerle una cosa —prosiguió Federico—. Permítame ir con los chicos a echar una mirada a la noria. Sé cómo funcionan las máquinas. Si creo que no es segura, nos volvemos a casa. Si considero que sí lo es, podría subirme con ellos. ¿Qué le parece? Si a usted le da mucho miedo, seguro que todos lo entenderemos. No me sentiré ofendido si me dice que no.

No dijo que no. Los tres chicos se dirigieron con Federico al zócalo, a paso vivo. Por el camino, Chris dijo que ya se había montado tres veces y era chingón. ¡Cómo podía decir esa palabra delante de un adulto! Pero Federico, limitándose a sonreír, dijo:

—Ya veremos.

La noria era lo más alto que había en el zócalo, aún más que el palacio del gobernador, y por la forma en que se erguía con sus cabinas de colores girando al resplandor del sol, parecía orgullosa y contenta.

—¿Es segura? —preguntó Pira.

Federico miró la noria de arriba abajo y de un lado a otro.

—Está bien montada —afirmó.

Pira pensaba lo mismo. Parecía una enorme rueda de carro con ocho rayos gruesos que conectaban las respectivas cabinas con el cuerpo de la rueda. En cada una de las cabinas iban adultos y niños.

Ahora la rueda empezó a parar. Fue ralentizándose cada vez más hasta que se detuvo del todo. Había dos chicos en la cabina más baja, que era verde con franjas blancas y casi rozaba el suelo. Un hombre con tirantes quería ayudarlos a bajar, pero ellos saltaron por encima de la puerta y se alejaron riendo. El hombre los insultó con palabrotas. A Federico le pareció divertido. El hombre dejó de estar enfadado, abrió la puerta y tendió la mano para ayudar a subir a la cabina a una mujer con vestido largo. Ella le cogió de los dedos con una mano y con la otra se alzó el vestido, subió un escalón y se sentó en la cabina.

—¡Prohibido ponerse de pie! —advirtió el hombre en tono severo, mientras cerraba la puerta.

La noria empezó a girar de nuevo y la cabina de la mujer se elevó en el aire.

Federico pagó al hombre de los tirantes, que le dio cuatro entradas. Esperaron a que la noria volviera a detenerse.

—¡Nos toca! —dijo Federico.

La cabina que les correspondió era roja con la puerta amarilla. El hombre de las entradas abrió la puerta y bajaron una mujer, un hombre y un adolescente, sonriendo. Federico y los chicos subieron y se sentaron en los asientos amarillos, Chris y Arón en un lado con Federico y Pira enfrente de ellos. El de las entradas cerró la puerta y echó el pestillo.

—¡Prohibido ponerse de pie! —repitió.

En el interior de la puerta había un gran letrero que decía lo mismo: ¡PELIGRO! ¡PROHIBIDO PONERSE DE PIE! La noria arrancó con una sacudida que alzó la cabina del suelo hacia un lado. Poco a poco fueron subiendo, cada vez más, hasta que la noria se detuvo otra vez y Pira vio la copa del sombrero del hombre de las entradas, que abría la puerta roja de la cabina azul que tenía a los pies. Se bajó una pareja joven, y una mujer y una niña pequeña con lazos de color rosa en el pelo ocuparon su lugar. Se sentaron muy juntos.

De nuevo comenzó a moverse la noria. Ahora veía Pira no solo un sombrero, sino multitud de ellos y, por debajo, los cuerpos y pies encogidos de los hombres que los llevaban. Eso le recordó cómo cambiaban las cosas si se las miraba desde arriba o desde abajo con un espejo inclinado. Era una especie de magia.

La noria volvió a detenerse y de la cabina inferior salió gente, dejando sitio para que subieran otros. Otra vez cerró la puerta el hombre de los tirantes, que repitió «¡prohibido ponerse de pie!» antes de que la noria reanudara la marcha. Ahora se veían los techos de madera de las casetas y los de lona de los puestos de fruta, la plateada cúpula del tiovivo, la bandera mexicana sobre el quiosco de música, las flores en los balcones que rodeaban el zócalo. Una vez más, la noria aminoró la marcha y se detuvo.

—¡Mira! —exclamó Chris, señalando un rectángulo azul con pequeños círculos blancos—. ¡La piscina del Hotel Zapata!

—¡Lo blanco son gorros de baño! —dijo Pira.

La niña de los lazos rosas no podría ver la piscina hasta que su cabina se pusiera en el sitio donde ellos estaban ahora. No sabría que era la piscina del Hotel Zapata porque a la gente del hotel no le gustaba que entraran indios, así que ella nunca habría estado allí. Y Arón tampoco. Su cabina estaba ascendiendo otra vez.

Chris quería ponerse de pie para ver mejor, pero Federico le puso una mano firme en el hombro y lo retuvo al tiempo que movía la cabeza de un lado a otro. Así que había peligro. No era solo que lo dijera el letrero.

La noria volvió a detenerse. Estaban arriba del todo, no podían llegar más alto. Era una altura increíble, y daba miedo. Pira se agarró con una mano al borde de la cabina y con la otra al borde del asiento. Federico le rodeó los hombros con el brazo. Así se sintió más seguro. Arón, sentado frente a él, alargó el brazo y señaló con el dedo.

—¡Mira, la catedral!

Allí estaba, con la enorme calavera, los huesos cruzados y la grandiosa puerta abierta, pero era sorprendente lo pequeña que parecía. Era domingo. Habría misa. La noria empezó a girar de

nuevo y a medida que se agrandaban los tejados, los árboles, el quiosco de música y el zócalo, la catedral menguaba y se perdía de vista, y de pronto Pira sintió que le corrían lágrimas por las mejillas y vio que los grandes y negros ojos de Arón lo miraban fijamente, y no sabía lo que estaba sintiendo, solo que era algo inmenso y nada triste, a pesar de las lágrimas. Se sintió agradecido también por el brazo de Federico, que, sin quitárselo de los hombros, lo presionaba con suavidad hacia él.

La noria volvió a parar. Alzó la cabeza para comprobar si la niña de los lazos rosas podía ver la catedral, pero lo único que vio fue la parte de abajo de la cabina donde ella iba. Notó que Chris lo estaba mirando, se avergonzó de sus lágrimas y alzó una mano para limpiárselas.

—Pirito —dijo la voz de Federico cerca de su oreja—, yo también estoy triste. Pronto estarás muy lejos. Pero me alegro de que estemos aquí juntos.

La noria empezó a girar de nuevo. Pira apoyó la cabeza en el hombro de Federico. Federico lo apretó un poco contra sí, le pasó luego la mano por la espalda y retiró el brazo. Apoyando la cabeza en el borde de la cabina, Pira vio hombres, mujeres y niños que se elevaban hacia él. La música del tiovivo se oía cada vez más alta, y por un momento pareció que iba a caerse sobre una aglomeración de sombreros, pero sus portadores pasaron a un lado y junto a la cabina aparecieron dos perros, tan cerca como para tocarlos, que se peleaban con furia rechinando los blancos dientes, y entonces la cabina remontó de nuevo hacia lo alto.

—A partir de ahora ya no paramos —dijo Chris.

Ascendían con rapidez. Arón empezó a reír tontamente, sujetándose al borde del asiento. Pira alargó el cuello buscando su casa, pero estaba oculta detrás de otras construcciones. Ya llegaban a la cúspide de la rueda. Chris dejó escapar un agudo ¡ufffff! y durante un formidable momento, Pira, estirando las manos con los dedos extendidos sobre la cabeza como si fuera a zambullirse, sintió que navegaba por el límpido azul oscuro de un cielo infinito. Mirando hacia abajo atisbó un grupo de gente a la puerta de la catedral que entonces, una vez más, menguaba mientras el zócalo

se ensanchaba y elevaba. ¡Cuánta gente! Nunca había visto tanta: hombres, mujeres y niños. En algún sitio sobre su cabeza, la niña de los lazos rosas estaba viendo lo que él acababa de ver, como si el tiempo suyo hubiera pasado a ella y el de ella, a la persona siguiente, y así sucesivamente. ¿Era así el tiempo? Allí, al borde del zócalo, había una fila de mesas y sillas de juguete con gente de juguete levantándose y sentándose. ¿No era El Rincón del Sosiego? Una de las personas de juguete, sentada sola a una mesa, iba vestida toda de blanco. ¿Podía ser el hombre que se creía Hitler? Pero su cabina, aún descendiendo, se alejaba mientras otra gente crecía y ascendía y aparecía el tiovivo con su música de órgano, y ya estaban abajo de nuevo. En vez de los perros que se peleaban antes, había solo unas flores dispersas y un hueso de mango a los pies del hombre de los tirantes, que ya se apartaba al tiempo que la cabina daba una sacudida y se echaba a un lado, iniciando su ascenso con un amplio arco, lo mismo que antes, solo que ahora ramas y hojas que antes no había visto se inclinaban hacia él. Sobre las copas de los árboles, más allá de los tejados que ocultaban la vista de la calle Humboldt, vio la casa alta con la ventana desde donde la perrita blanca solía mirar a Tristan. A lo lejos empezó a tocar una campana: la catedral. Por algún motivo, Chris y Arón gritaban sin dejar de reír, la catedral desapareció tras el palacio del gobernador y entonces ya no hubo sino el crudo azul del límpido cielo antes de que sobreviniera el silencio.

La quietud estaba hecha de muchos sonidos, cada uno de ellos brillante y claro como una mancha de color en el espacio vacío: el redondo repiqueteo de la campana de la catedral, que por algún motivo sonaba a verde oscuro, la carcajada de unas niñas abajo, las trompetas de un mariachi, el órgano del tiovivo, un grito nítido, «¡La Prensa!», las escopetas restallando en una caseta de tiro al blanco y, muy lejos, el rebuzno de un asno.

La campana dejó de repicar. La noria aminoró la marcha hasta detenerse por completo, y la imaginación de Pira, a su vez, quedó en suspenso. Le daba vueltas la cabeza. Sus amigos estaban cogidos de los hombros. Sus cabezas se tocaban. Federico los observaba con una sonrisa.

—Vamos a bajarnos pronto. —La voz de Federico sonaba como un disco que girase demasiado lento en el gramófono.

La noria se puso de nuevo en marcha y de pronto los pensamientos de Pira también se despertaron. Se recordó a sí mismo y el tiempo volvió a nacer.

—Federico —dijo—, Zita me ha dicho que hay un hombre con un pájaro en la calle de la Luz que te dice el futuro. ¿Podemos ir?

—¿Un pájaro? —preguntó Federico.

—Sí, habla con los espíritus a través de un telefonito.

Federico se echó a reír.

—Es verdad —dijo Chris apasionadamente—. Lo he visto con mis propios ojos. Ese pájaro me dijo el futuro.

—¿Y cuál es tu futuro? —preguntó Federico.

—Voy a ser general.

El tiempo se había acelerado sin que ellos se dieran cuenta. Su cabina había llegado a la parada final. El hombre de los tirantes abrió la puerta y se bajaron.

—¿Podemos ir? —pidió Pira.

—Vale —dijo Federico—. Y luego volvemos a casa.

Sí que había un pájaro que predecía el futuro. Era un canario metido en una bonita casa de madera con una puerta y dos ventanas. La puerta y las ventanas tenían barrotes como los de la ventana de Pira. El pájaro estaba posado en una pequeña plataforma cerca de un cuenco con agua. Había un hombre junto a la jaula con una bandeja en la que había diversos montones de tarjetas verdes, rosas, amarillas, azules y blancas, cada una en su propio compartimento. El hombre llevaba la bandeja colgada al cuello con una correa de cuero. Frente a la casita, en una mesa, había algo que parecía una farola diminuta con una trompeta que sobresalía hacia un lado por la parte de arriba. Federico dijo que era un teléfono antiguo. Una mujer que quería conocer su futuro dio dinero al hombre. El hombre abrió la puerta de la casa e introdujo la mano, tendiendo un dedo para que el pájaro se posara en él. El pájaro revoloteó hasta posarse en el dedo, el hombre lo

sacó de la jaula y pidió a la mujer que le dijera su nombre.

—Adelita —dijo ella.

El pájaro inclinó la cabeza. Sonó el pequeño teléfono.

—Pajarito —dijo el hombre—, hay una llamada para ti.

El canario saltó de su dedo a una mesa junto al teléfono, pio alegremente por la trompeta, ladeó la cabeza como si escuchase, volvió a piar en la trompeta y escuchó de nuevo. El hombre le dio algo de comer. Luego el pájaro se posó de un salto en la bandeja, tiró con delicadeza del borde de una tarjeta hasta que sobresalió del resto del mazo azul, y volvió al dedo del hombre. El hombre puso un trocito de comida en el pico del canario y, con cuidado, introdujo el dedo con el pájaro en la jaula, donde el ave saltó de su dedo a la pequeña plataforma. El hombre sacó entonces la mano de la jaula, cerró la puerta y, con dos dedos, cogió la tarjeta azul que el pájaro había seleccionado y se la entregó a Adelita.

—Este es tu futuro, Adelita. Guárdalo bien.

Adelita se marchó, moviendo los labios mientras leía la tarjeta.

Ahora les tocaba a los chicos. Federico pagó al hombre. Chris ya conocía su futuro y a Federico no le interesaba el suyo propio, así que el canario solo tenía que predecir el de Pira y Arón. El pájaro hizo exactamente lo mismo que había hecho con Adelita, pero las tarjetas que eligió eran de otros colores. La de Pira era amarilla, y la de Arón, verde.

En el camino de vuelta a casa, Arón pidió a Pira que le leyera su futuro. Pira leyó: «Rebosas belleza en cuerpo y alma. Te quieren y admiran. Pero no pasa un día sin que notes la ausencia de esa persona especial con la que te sentirías completo. Ten fe. Él ya está soñando contigo, buscándote, aunque todavía no sabe tu nombre. El vuestro será un matrimonio feliz. Viviréis en una casa lujosa con muchos criados y un jardín precioso. Seréis afortunados y tendréis tres preciosos hijos y una vida larga y llena de salud».

—No lo entiendo —dijo Arón.

Federico se estaba riendo.

—Dice que vas a casarte con un hombre.

—¿Cómo es posible? —preguntó Arón.

—No lo es. El pájaro se ha equivocado.

—Me gusta lo de la casa y el jardín.

—A lo mejor eso sí lo tienes, Arón.

—Ya quisiera yo.

Siguieron andando sin hablar.

—Esa tarjeta era para una chica —dijo Chris—. Tendríamos que volver a que el pájaro eligiese la que corresponda a Arón.

—No hay tarjetas que correspondan a nadie —afirmó Federico—. Es una superstición. Nadie conoce el futuro.

—¿Nadie? —preguntó Pira.

—Nadie. Ni persona ni pájaro.

—A lo mejor, Dios sí —repuso Pira.

—A lo mejor —dijo Federico—. Pero no nos lo dice.

Entonces solo se oyó el ruido de sus pasos.

—¿Quieres decir que es mentira? —quiso saber Pira.

—Es un juego. De creer y no creer.

Un juego de «y si», pensó Pira.

—¿Qué clase de futuro te gustaría tener, Arón? —preguntó Federico.

—Quiero ser policía.

—Puede que lo consigas. ¿Qué decía tu tarjeta, Pira?

Pira ya había leído su futuro.

—Dice que puedo hacer diferentes cosas.

—¿Por qué no nos la lees?

Pira leyó la primera frase:

—«Pronto te encontrarás en un cruce de caminos».

Miró hacia delante, por si llegaban realmente a alguna encrucijada, pero por supuesto no había ninguna. Solo era una imagen. Y así, caminando con sus amigos y alzando la vista de cuando en cuando para no tropezar, siguió leyendo: «Un camino conduce a una enorme biblioteca donde podrás aprender todo lo que hay que saber. Si eliges ese camino, serás enormemente sabio».

—¡Enormemente! —repitió Chris.

—«Si escoges el segundo camino, podrás explorar continentes desconocidos, sufrirás, lucharás y muchas veces mirarás cara a cara a la muerte. Pero al final encontrarás un gran amor y la felicidad

suprema.»

—¡La felicidad suprema! —repitió Chris.

—¡Excelente! —exclamó Federico, riendo—. ¿Qué camino escogerás, Pira?

—El segundo —contestó Pira.

Parecía más emocionante.

14

De pronto se marchaba Zita. Una pareja de Ciudad de México, amiga de Martha y Bruno, necesitaba una doncella para ocuparse de su hijo recién nacido. Martha les habló de Zita, dijeron que la contratarían y que no les importaría que Paco viviera también con ellos. Zita no quería marcharse antes de que Martha, Bruno y Pira se fueran a Alemania, pero Martha dijo que sus amigos la necesitaban de inmediato.

—Es demasiado repentino... —dijo Zita—. No estoy lista.

Martha recordó a Zita que, en cualquier caso, tendría que buscar trabajo. Además, viviendo con la familia Ortiz estaría cerca de Federico. Eran personas amables y la paga era buena. Por otro lado, volverían a verse muy pronto. Tan pronto como embalaran sus pertenencias y las enviaran a Veracruz, irían a Ciudad de México para vender el coche y despedirse de varios amigos, lo que por supuesto incluía a Zita y Federico. E incluso entonces no sería un adiós definitivo. Mantendrían el contacto por correo.

Al final acabaron convenciéndola. No tenía mucho que hacer antes de marcharse. Fue al escribidor de cartas del zócalo y dictó una carta para Federico. Fue al arroyo a decir a sus amigas que se marchaba. Metió en la maleta casi toda su ropa, la fotografía enmarcada de Federico, la imagen de la Virgen de Guadalupe con su aureola de puntas, su crucifijo de metal, su ídolo verde.

Durante la siesta hacía ejercicios de lectura con Martha. Pira asistió a una de aquellas clases. Aunque en realidad no lo eran, porque Martha no hacía de maestra. Zita leía una novela de hacía mucho tiempo sobre un joven en España mientras Martha escuchaba. Zita ya leía bien por entonces. Solo se detenía o se trababa cuando daba con una palabra desconocida o cuando había varias comas en la frase. Entonces Martha miraba con ella la

palabra o la frase y resolvían juntas la dificultad. Pira fue capaz de ayudarlas en un par de ocasiones.

La historia se prolongaba mucho sobre cosas que Pira no entendía, así que se desentendió. Pero una parte sí le gustaba. El joven, que se llamaba Felipe, estaba en la iglesia durante la misa mayor y todo era muy solemne. De pronto sintió picores pero no debía rascarse. En caso de hacerlo parecería que no sentía amor a Dios, aunque lo amaba con todo su corazón. Pensó que si se rascaba, Dios lo perdonaría, pero nadie más. Dirían que era un pecado. Así que no se rascó. Pero era una tortura.

Esa palabra impresionó a Pira. ¿Cómo podían ser tan dolorosos unos picores? Él nunca había dejado de rascarse cuando le picaba algo. Pero Martha y Zita encontraron muy divertida aquella parte. Pira les preguntó por qué se reían. Contestaron que era difícil de explicar.

El día de su marcha, Zita lloró en el desayuno aunque sonreía al mismo tiempo, sentada muy erguida con la cabeza gacha. Martha también lloraba. Se secó las lágrimas con una servilleta. Bruno cogió de la mano a las dos mujeres. Luego, con la mano libre, ellas cogieron las de Pira. Él también lloraba. Estuvieron unos segundos cogidos de la mano, sentados a la mesa.

Parte de la tristeza de Pira era por Paco. Zita se lo llevaba con ella. Había formado parte de la familia casi desde que nació Pira, y ahora se marchaba. Bruno dijo que los pájaros no tenían mucha memoria, así que Paco no echaría mucho de menos a su familia, pero aunque lo extrañara solo durante una semana, eso sería mucho tiempo. Aun así, estaría con Zita, a quien quería tanto como a Martha, quizá más porque era quien le daba de comer. Y una vez que se habituara a su nuevo hogar, lo dejarían volar por el jardín, cosa que normalmente no se permitía a los loros domesticados. Así que había buenas sensaciones mezcladas con la tristeza.

Por supuesto, Paco no sabía lo que estaba pasando. Simplemente estaba sorprendido de que lo hubieran metido en la jaula. No le gustaba. Según recordaba Pira, la única vez que metieron a Paco en su jaula fue cuando se puso enfermo y tuvieron que llevarlo al veterinario.

Así que fueron todos a la estación de autobuses. Zita llevaba el pelo recogido y una flor prendida en él. Bruno insistió en llevarle la maleta. Zita llevaba una bolsa pequeña en una mano y en la otra, la jaula de Paco, sujeta por la anilla. Paco ladeaba la cabeza para ver todo lo que pasaba por su lado. «Los pájaros ven de lado», dijo una vez Bruno a Pira, y ahora comprobaba que era verdad.

No tuvieron que esperar mucho al autobús. El conductor abrió el compartimento de equipajes a un costado del vehículo y metió en él la maleta de Zita. Otros también depositaban allí maletas y bolsas grandes. Zita puso en el suelo la bolsa pequeña y la jaula de Paco. Luego Martha y ella se abrazaron y Martha besó a Zita en las mejillas. Después Zita y Bruno se dieron un abrazo, con Bruno acariciándole la espalda mientras se abrazaban. Cuando se volvió hacia Pira, Zita tenía la cara húmeda de lágrimas. Él la envolvió en sus brazos y apretó la cabeza contra su cuerpo. Zita le cogió la cara entre las manos y se inclinó para darle un beso en la frente y en los labios. «Mi querido Pira», dijo, mirándolo con sus preciosos ojos, negros y relucientes. Luego cogió la bolsa y la jaula de Paco y subió al autobús.

Aquella noche, Pira soñó con un mago. Iba vestido de negro y llevaba un sombrero de copa. Al principio creyó que era el malo que decía «O», pero era Sándor. Tenía el aro de Pira en la mano. Sonriendo, lo lanzó al aire, donde se desplegó y dejó aparecer una bufanda roja y azul. La bufanda cayó en su mano y se convirtió otra vez en un aro. Sándor colocó el aro para que Pira pasara a través de él. Le dio miedo: «¡No, gracias!». Entonces apareció Tristan. «¡Salta, Tristan!» ¿Lo haría? Tristan dio un salto y cuando pasaba a través del aro se convirtió en Paco y se alejó volando con sus alas verdes. Pira se despertó riendo.

En la cocina había un calendario en el que Martha indicaba las citas y las fechas especiales. A Pira solo le importaban tres: el día

que Tristan se marcharía a su nuevo hogar, el día en que sus padres y él irían en coche a Ciudad de México y volverían a ver a Zita y a Federico, y el día en que abordarían el barco que los llevaría a Alemania.

Martha y Bruno contrataron a tres hombres para que los ayudaran a embalar sus pertenencias. La ropa iría en maletas, pero también se llevaban muebles, libros, cuadros, lámparas, alfombras, la guitarra de Martha, la colección de ídolos de Bruno y dos calaveras y un dragón de papel cartón que a Martha le gustaban mucho. Todo eso tenía que ir en cajones de embalaje, y para eso habían venido los tres hombres. Llegaron en un camión lleno de tablas y cajas plegadas, rollos de cuerda y alambre, mantas, montones de periódicos viejos, una gran caja de herramientas y dos serruchos, y lo llevaron todo al patio. Luego midieron lo que debían embalar y seleccionaron cajas de diversos tamaños para meter las cosas, con hojas de periódico arrugadas entre medias y a los lados de las cajas, que luego precintaban con cinta adhesiva. También midieron tablas, marcándolas con lápiz, serrándolas y ensamblándolas con clavos para hacer un cajón que contuviera las cajas de cartón, y metieron más papel de periódico entre las cajas y el cajón, construyeron un tejadillo para el cajón y lo cerraron con clavos. Luego empezaban con otra serie de cajas.

Poco a poco, a medida que iban llenando los cajones de embalaje, la casa empezó a parecer vacía.

Arón fue de visita. Era sábado y no tenía colegio. Los dos chicos pasaron un rato observando a los trabajadores. Martha también los miraba. Los hombres parecían sorprendidos de eso, así que ella les explicó que le gustaba ver a alguien que hiciera algo bien. Sonrieron y siguieron trabajando. Una vez salió Bruno de su despacho para ver cómo adelantaban, pero tenía que hacer y no podía quedarse mucho tiempo. Estaba escribiendo un artículo que debía entregar en fecha fija.

Luego Pira sacó su espejo mágico y enseñó a Arón cómo sostenerlo de lado para que las cosas adquiriesen un aspecto

diferente, pero Arón no veía que cambiaran mucho, así que tiraron palos a Tristan y después jugaron a las canicas y a los soldados y erigieron un palacio con bloques de construcción. Pira quería poner al general en el centro del patio, pero Arón dijo que debía quedarse donde estaba. Era el Rey de las Hormigas.

—Ahora es tuyo —dijo Pira—, te lo doy.

—Mejor que se quede ahí —dijo Arón, y Pira comprendió que si la madre de su amigo veía al general en su casa, pensaría que Arón lo habría robado.

—No quiero que se quede aquí.

—¿Por qué?

—Porque quiero que te lo quedes tú...

Arón se encogió de hombros.

—... porque si se queda aquí después de que nos marchemos...

Se imaginó la casa vacía, el jardín vacío, la verja cerrada, el silencio y el general erguido día y noche sobre el hormiguero. Las hormigas seguirían correteando al entrar y salir de su casa. Era bastante triste.

—¡Vamos al barranco, a ponerlo en la cabeza del toro!

—¡Sí! —dijo Arón con una amplia sonrisa.

Pira fue corriendo al cajón de los juguetes, sacó la canica grande y transparente con la espiral azul y se la guardó en el bolsillo. Luego cruzó el jardín a la carrera, fue al hormiguero y cogió al general.

—¡Vamos! —dijo.

Salieron a toda prisa por la verja. Pira se volvió hacia la casa y, para que lo oyeran, gritó:

—¡Estamos jugando fuera!

—¿Dónde? —quiso saber Martha.

—¡En la calle!

No quería que les prohibiese ir al barranco.

—¡No os vayáis muy lejos!

—¡No lo haremos!

Tristan quería ir con ellos, pero Pira cerró la verja para que no los siguiera y echaron a correr, Pira con el general en la mano y sintiendo el peso de la canica en el bolsillo. Iban descalzos. A cada

pocos pasos, alguna piedrecita les hacía daño en los pies, tanto a Pira como a Arón. Lo que tenían que hacer era seguir corriendo, conscientes de que el dolor desaparecería, y así era. Solo las chicas y los niños pequeños llorarían por algo así. En un momento dado, Arón corrió más que Pira, de manera que él aceleró y lo alcanzó, y después Arón llegó a su altura y siguieron corriendo juntos, riendo.

Pira se detuvo al llegar al arroyo, se inclinó y respiró hondo durante un tiempo. Arón también jadeaba. Se quedaron allí un buen rato, escuchando el sonido rumoroso y cantarín del arroyo. Era la hora de la siesta; no había nadie lavando ropa. Despacio, los chicos cruzaron el arroyo chapoteando, sintiendo con deleite el barro suave y resbaladizo entre los dedos de los pies y la fresca corriente contra las piernas. Cuando llegaron a la otra orilla empezaron a trotar, no tan rápido como antes, entre un grupo de árboles hacia un gran prado soleado. Y allí aminoraron el paso y siguieron caminando. A lo lejos había vacas tumbadas a la sombra de altos árboles. Al llegar al borde del barranco, se detuvieron.

La osamenta de Islero estaba muy blanca al sol. Nada había cambiado en él. Ni su forma ni su posición. Por primera vez pensó Pira en que era sorprendente que no tuviera ningún hueso roto. Lo habían despojado de todas las partes blandas, dejando solo el esqueleto. En cierto modo era perfecto.

Pira se guardó al general en el bolsillo vacío y comenzó a bajar por el angosto sendero que descendía por la pared del acantilado, agarrándose a ramas de arbustos y árboles pequeños. Arón lo siguió. Cuando llegaron abajo, Pira sacó al general con idea de ponerlo en el interior de una de las órbitas vacías del toro. Pero en lugar de ello echó a andar despacio en torno al esqueleto. No sabía por qué. De nuevo lo siguió Arón. Cuando volvieron a encontrarse frente a la cabeza, dijo Pira:

—Se llama Islero.

—¿De verdad? ¿Quién te lo ha dicho?

—Yo le he puesto ese nombre.

—¿Islero?

—Es el nombre de otro toro. Federico me ha hablado de él. Era el toro más fuerte y más bravo que haya existido nunca. Fue el

que mató a Manolete.

—¿Quién era Manolete?

—Manolete ha sido el torero más grande que haya existido jamás. Mató a millones de toros. La gente lo llamaba el Monstruo. Ningún toro era capaz de matarlo. Pero este sí. Se llamaba Islero. Era de la ganadería Miura, de España. Oí a un hombre que hablaba de él por la radio. Dijo que si todos los toros del mundo lo conocieran, Islero sería su mayor héroe.

—Islero.

Pira se alegró de contar su secreto a Arón. No importaba que su amigo se lo contara a otro.

Se agachó para poner al general dentro de la cavidad ocular derecha del toro. Como no entraba bien, tuvo que meterlo de cabeza. De arriba abajo, el interior de la cuenca era más espacioso de lo que parecía por fuera, como si tuviera un techo abovedado y un suelo hundido. La cabeza del toro se encontraba ligeramente ladeada, de modo que el general no dejaba de vencerse hacia un lado. Pero al cabo de varios intentos, Pira descubrió un modo de que permaneciera en pie con la espada en alto, mirando por el ojo derecho de Islero como a través de un ojo de buey.

—Tengo otra cosa para el otro ojo —anunció Pira.

Sacó la canica del bolsillo y con cuidado la puso sobre la otra cavidad. Parecía un ojo brillante que miraba con fijeza.

—No, es demasiado bonita. —Arón se sacó del bolsillo una bola de barro, más pequeña.

Pira cogió la canica grande mientras Arón ponía la suya dentro de la cavidad ocular del toro. Cayó hasta abajo y rodó hacia la quijada con un ruido tintineante.

—Volvamos —dijo Pira—. Mi madre estará preocupada.

Antes de volver al sendero, Pira dio a Arón la canica grande.

—Quiero regalártela. Tu madre no se enterará. Creerá que la has ganado en una partida.

Arón alzó la bola a la altura del ojo y miró a través. Una sonrisa le iluminó las facciones. Se acercó a Pira y le dio un beso en los labios. Los chicos no hacían eso, pero él lo hizo.

—Es la mejor del mundo —dijo.

Se la guardó en el bolsillo y emprendieron el ascenso. Fueron corriendo a casa y pasaron jugando el resto del día.

Al día siguiente era domingo. No vendrían los operarios. Era la fecha en que Martha y Bruno habían decidido llevar a Tristan a su nuevo hogar. Viviría con Agnes, la simpática mujer que había dado la fiesta de despedida a Sándor y que tenía dos hijos gemelos, Huitzil y Cuauhtémoc. Pira estaba deseando volver allí. Sentía lástima de Tristan, pero Martha estaba segura de que el perro estaría feliz en aquella casa, y él la creyó. Martha dijo que Agnes le había contado que sus hijos estaban deseosos de conocerlo.

Tristan también estaba emocionado, pero siempre lo estaba cuando iba en coche. Iba sentado con Pira en la parte de atrás, jadeando y aullando quedamente de cuando en cuando. Bruno sugirió a Pira que bajara la ventanilla para que Tristan pudiera sacar la cabeza. Con eso se tranquilizó un poco. Al cabo del rato se tumbó con el hocico sobre las piernas de Pira, que lo acarició.

Repicaban las campanas de la catedral cuando pasaron por delante.

Pira soñaba despierto cuando oyó que Bruno decía «István», el nombre de quien acompañó a Sándor con aquel instrumento parecido a una mesa en la fiesta de despedida.

—Es demencial —dijo Martha.

—Tú y yo sabemos que son inocentes, pero el partido no —replicó Bruno.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Pira.

Martha y Bruno se quedaron callados durante unos segundos.

—Han detenido a István en Hungría. Agnes nos lo dijo anoche —explicó Bruno.

—Igual que a Sándor —observó Pira.

—Ha sido porque es amigo de Sándor. Creen que Sándor hizo algo malo y ahora piensan que István también participó.

—¿Qué piensan que hizo Sándor?

—Creen que es un espía. Pero se equivocan. Es un error. Una vez que averigüen la verdad, lo soltarán. Y a István también.

—¿Y quién va a defenderlos? —preguntó Martha.

—Es un proceso judicial —dijo Bruno—. Tendrán un abogado.

—Es horroroso —se lamentó Martha.

Siguieron conduciendo en silencio. Entonces Martha puso la radio y encontró una pieza musical tocada por un cuarteto de cuerda.

—Mira, qué oportuno —dijo, y se pusieron a escuchar.

Los Vogelsang no eran los únicos invitados en casa de Agnes. También estaba Valéria. Se sentaron en torno a una mesa Valéria, Agnes, los gemelos, Pira, Martha y Bruno. La mesa estaba puesta con platos de porcelana y vistosos tazones de cerámica para la sopa, destellantes copas de cristal y cubiertos de plata, botellas y vasos de cerveza para los mayores y Coca-Cola para los niños. Los gemelos, sentados uno junto a otro enfrente de Pira, ofrecían la misma y exacta apariencia con su largo pelo negro, el rostro ovalado y la camisa blanca bordada. Todos hablaban español porque los gemelos no sabían mucho inglés. Tristan se quedó junto a la mesa, a la espera de alguna exquisitez. En casa estaba prohibido que le echaran algo de la mesa, pero aquí se le permitía, para que se sintiera bienvenido.

La última vez que Pira la había visto, Valéria estaba llorando por Sándor, y ahora tenía los ojos hinchados y enrojecidos, como si siguiera sollozando. Pero sonreía y se mostraba simpática.

La criada de Agnes, Rosalita, preparó y sirvió la comida, pero no se sentó a la mesa como hacía Zita. Primero dio la vuelta a la mesa con una sopera que llevaba en un carrito y sirvió dos cazos de sopa de pescado. Los gemelos miraron con recelo sus respectivos tazones, pero luego parecieron satisfechos.

—¿Cuál de vosotros es Huitzil? —preguntó Valéria.

Los gemelos levantaron la mano a la vez y Agnes regañó a uno.

—No debes mentir, Cuauhtémoc. Tú sabes quién eres. Si continuáis haciendo estas cosas, os haré un corte de pelo distinto a cada uno y os pondré distinta ropa. Así se acabarán esas tonterías.

—Entonces nos cambiaremos la ropa —dijo Cuauhtémoc.

—Y nos cortaremos el pelo nosotros para que parezcamos el mismo —coreó Huitzil.

—¿Os gusta que os confundan? —preguntó Bruno.

Asintieron alegremente.

—Es divertido engañar a la gente —dijo Huitzil.

Cuando todos acabaron la sopa, Rosalita volvió a entrar con el carrito, trayendo pollo con mole y arroz, guisantes, setas y plátanos fritos, y los gemelos empezaron a pelearse por quién había recibido más.

—¡Huitzil! ¡Cuauhtémoc! —dijo Agnes—. ¡No empecéis otra vez!

Pero siguieron erre que erre.

—Dame plátanos de los tuyos. ¡Tú tienes más!

—¡Tú tienes menos porque ya te has comido algunos!

—¡No lo he hecho!

—¡Sí lo has hecho!

—Huitzil, hay más en la cocina. No te vas a morir de hambre.

—¡Yo no soy Huitzil!

Agnes alzó las manos en el aire, y los chicos se rieron.

—Todos los días hacen lo mismo. Ya no puedo ir a la compra con ellos. Se ponen celosos el uno del otro.

Los chicos se miraron sonrientes.

—Me parece que te están tomando el pelo, Agnes —dijo Martha.

Cuauhtémoc, o Huitzil, intentó apoderarse de un trozo de pollo del plato de su hermano.

—Muy bien, ya es suficiente —dijo Agnes—. Tú siéntate aquí, y tú...

Pero cuando cogió del brazo a Cuauhtémoc, o Huitzil, para llevarlo a otra silla, el muchacho se puso a llorar.

—¡No es justo! ¡Siempre lo tratas mejor a él! ¡Le das más cosas!

—Voy a sugerir algo —dijo Bruno.

Al principio nadie lo escuchaba porque el chico seguía llorando, pero hizo tintinear su copa con un cuchillo varias veces,

como para hacer un brindis, y todo el mundo lo miró.

—Voy a sugerir algo. Cada uno de vosotros dice que al otro le han puesto más comida en el plato. A mí me parece que tenéis la misma cantidad.

—¡No, él tiene más! —dijeron a la par los dos chicos, soltando una carcajada.

A Pira también le pareció gracioso.

—¿De verdad queréis solucionar el problema? —quiso saber Bruno.

Los chicos se miraron, asintieron con la cabeza y aseguraron que sí.

—Propongo que dejéis la decisión en manos de un juez. Ni que decir tiene, el juez ha de ser justo.

Los chicos asintieron con la cabeza.

—No debe favorecer ni a uno ni a otro.

Les pareció bien.

—Debe considerar que en verdad sois iguales.

Soltaron unas risitas.

—Sí.

—Creo que tenemos ese tipo de juez entre nosotros —prosiguió Bruno—. No es vuestra madre.

Los chicos rieron.

—No soy yo.

Asintieron cortésmente.

—Sé quién es —aseguró uno de los dos mirando a Pira, que de pronto se sintió cohibido.

—Pues no sé —dijo Bruno—. Peter, ¿crees que uno de estos chicos merece más comida que el otro?

Él negó con la cabeza.

—¿Crees que ahora tienen la misma cantidad de comida en el plato?

Pira miró los dos platos. Parecía haber cierta diferencia, sin importancia. Pero para ellos la tenía.

—No estoy seguro. Tendría que mirar más de cerca.

—Huitzil y Cuauhtémoc, ¿creéis que Peter sería un juez justo?

Asintieron los dos.

—Peter, ¿estás dispuesto a emitir una decisión sobre la disputa entre Huitzil y Cuauhtémoc? Puedes pasar la comida de un plato a otro hasta asegurarte de que los dos tienen la misma cantidad.

Pira asintió con la cabeza.

—Huitzil y Cuauhtémoc, ¿aceptaréis como justo el dictamen de Pira?

—Sí —dijeron ambos.

—Ahora es cosa tuya, Peter.

Cosa suya. ¿Como de juez? Ya estaba metido en su nuevo papel.

Era como vestirse con ropa ajena.

—Acercadme los platos para que yo los vea.

¿Eran suyas realmente esas palabras? Sonaban a orden.

Los gemelos hicieron lo que se les pedía.

Tenían razón, en un plato había unos cuantos guisantes más, y en el otro unas cuantas setas más, y en un plato se veía un plátano más que en el otro. Los muslos de pollo y la salsa mole estaban a la par. Pira dio a Tristan el plátano sobrante. Luego, con una cuchara, pasó guisantes y setas de un plato a otro, lo comprobó, hizo una corrección y empujó de nuevo los platos hacia los gemelos.

—Ahora ya están iguales —concluyó.

Todos los mayores aplaudieron.

—Vamos a comer —dijo Agnes—. La comida se enfría.

—¡Buen juez! —dijo Valéria, y los gemelos, comiendo ya, asintieron.

Los gemelos dieron a Tristan bastante de sus platos, y poco después de que Rosalita trajera más comida para los que quisieran repetir, se levantaron de la mesa sin haberse comido la mitad.

Pira fue con ellos a jugar con Tristan y a enseñarles los trucos que hacía el perro, la manera de hablarle y la clase de caricias que le gustaban. Pero antes de nada Tristan debía conocer al pavo real macho, que se plantó frente a él con las alas de la cola extendidas

como un escudo verde y oro. Las dos hembras estaban a su lado, vigilantes. Pira llamó a Tristan, temeroso de que hiciera algo al pájaro. Pero Tristan no escuchó. Se lanzó hacia el pavo real. En vez de retroceder, el pavo dio dos o tres rápidos pasos hacia él. Sorprendido, Tristan saltó hacia atrás. Soltó unos cuantos ladridos ruidosos. El ave no pareció impresionarse. Entonces Tristan echó a trotar en torno al pavo real. El pájaro giró con él, aún con la cola desplegada. De nuevo se lanzó Tristan hacia el pavo, que otra vez corrió hacia él, obligándolo a retirarse. Dio otra vuelta alrededor del pájaro, observándolo de refilón, moviendo el rabo, y de nuevo el pavo giró con él. Al final, Tristan se rindió y fue hacia Pira, que sonreía, y le lamió la mano.

—Paco sabe pelear —dijo uno de los chicos.

—¿Paco? Así se llamaba mi loro.

Tristan jugó con los niños hasta que Rosalita le trajo un hueso. Se lo llevó aparte y empezó a roerlo a la sombra de un árbol.

—¡Vamos a jugar a la guerra! Venga, te enseñaremos.

Pira creía que ya sabía jugar a la guerra, pero lo que hacían aquellos chicos era distinto. Lo llevaron a un cajón de arena que había en la parte de atrás de la casa. Uno de ellos se metió corriendo en él y salió con un cuchillo de cocina bien afilado.

—¡Empiezo yo! —anunció—. ¡Tengo el cuchillo!

Puso el cuchillo en el suelo, junto al cajón de arena.

—Vale —dijo alegremente su hermano—. En realidad, no importa quién empiece —explicó a Pira.

Los gemelos aplastaron y alisaron juntos la tierra con las manos hasta que la superficie quedó igualada. Uno de ellos trazó una línea que dividía la tierra en dos mitades iguales y, señalando una de las mitades, dijo:

—Esta es mi tierra —e indicando la otra mitad—: Esa es la de Cuauhtémoc. La frontera es la línea.

Entonces Cuauhtémoc cogió el cuchillo sujetándolo por la hoja y, con un movimiento de muñeca, lo lanzó al aire y fue a clavarse en la tierra de su hermano. Con el cuchillo, trazó entonces

una raya desde allí hasta la línea fronteriza. Entonces borró la frontera desde el borde del cajón hasta el final de la línea que acababa de trazar.

—Esta es la nueva frontera —anunció—, desde aquí, hasta ahí y hasta allí. Esta pequeña parte es suya. El resto es mío.

Entregó el cuchillo a Huitzil, que lo cogió por la hoja, afinó la puntería y lo mandó por el aire hasta clavarlo en la tierra de su hermano. Trazaron otra línea, siguiendo la posición de la hoja y borrando casi toda la frontera que Cuauhtémoc había establecido. Ahora Huitzil poseía mucha más tierra que Cuauhtémoc.

Sin embargo, Cuauhtémoc recuperó todo lo que había perdido y más. Y como Huitzil falló en su siguiente turno, porque no llegó a clavar el cuchillo en la arena, Cuauhtémoc dio un grito y alzó los brazos. Apuntó con cuidado y redujo la tierra de Huitzil a un estrecho triángulo pegado a una esquina del cajón de arena. Pero a la siguiente vez que Huitzil lanzó el cuchillo, se quedó con una ancha franja de la tierra de Cuauhtémoc.

Mientras proseguía la batalla, Pira se preguntó cómo podría ganar o perder alguien en aquel juego. Tampoco sabía si iban a incluirlo en algún momento, quizá como juez. Pero no lo necesitaban. Era un juego para dos. Le daban ganas de marcharse pero vacilaba porque, por lo visto, querían que los viese jugar y admirase sus habilidades. Era su público.

—Me voy dentro —murmuró al fin, y allí los dejó.

No pareció importarles.

En cuanto Pira puso el pie en el comedor, los mayores dejaron de hablar. Se sentó con ellos a la mesa. Martha, Valéria y Agnes bebían vino. Bruno, coñac. Todos fumaban. Había tanto humo en el ambiente que Pira empezó a toser. Martha le dijo que arrimara la silla a la suya, le puso un brazo sobre los hombros y lo apretó un poco contra sí. Los demás sonreían. Hasta Valéria tenía una sonrisa en los labios, pero había tristeza en sus ojos.

Entonces Bruno se puso a hablar con Valéria. Decían cosas que Pira no entendía, aunque sabía que eran del partido por la

forma de hablar de Bruno. Siempre que hablaba del partido, sobre todo si alguien no estaba de acuerdo, alzaba el dedo índice en lugar de hacer vagos gestos con ambas manos como hacía al tratar otros asuntos. En vez de hablar en un tono de «quizá» o «hum, vamos a verlo juntos», que era su habitual forma de hablar, sus frases se oían ahora severas y firmes, como líneas trazadas con una regla. Aun sin dejar de escuchar a Valéria, parecía emitir ideas severas y firmes por la frente.

Mientras lo tenía abrazado, la respiración de Martha era tranquila y regular. Nada que ver con lo que estaban diciendo Bruno y Valéria. Que parecía aburrido.

—Me opongo a que se utilice esa expresión —dijo Bruno.

—¿Qué expresión?

—Caza de brujas. Se trata de una investigación, desde luego. Pero puedes estar segura de que se trata de una investigación racional.

—Eso es lo que decían los inquisidores.

—No tienes derecho a establecer ese tipo de comparaciones —repuso Bruno—. Sándor e István tendrán un juicio justo.

Al oír aquellos dos nombres, Pira prestó más atención.

—Ojalá pudiera creerlo —dijo Valéria—. Estoy muy asustada.

Guardaron silencio. Pira estaba sorprendido. ¿De qué tenía miedo?

Con mucha suavidad, Martha empezó a acariciarle la cabeza.

—Valéria tiene miedo por Sándor e István —le dijo—, porque están en la cárcel. Por ella no tiene miedo. Personalmente se siente a salvo.

—También se sentía a salvo Sándor —repuso Valéria.

Se le trababan las palabras. A Pira no le gustaba que la gente se emborrachara.

—¿Te gustan los tebeos, Peter? —dijo Agnes.

—Sí.

—¿Tienes alguno preferido?

Se le ocurrían varios. No estaba seguro.

—En el sofá hay un montón de tebeos. ¿Te gustaría leerlos?

Había comprendido. Estorbaba. No le importaba. Su

conversación no era divertida. Y, además, le gustaban los tebeos. Fue al sofá y dirigió su atención al Tío Gilito, que se tiraba a una piscina llena de monedas de oro mientras el Pato Donald le pedía consejo sobre jugar a la lotería. El Tío Gilito afirmó que ser rico consistía en comprar barato y vender caro, no en jugar a la lotería. Pero en cuanto Donald salió de casa de Gilito, vio a un vendedor de lotería y le compró un billete.

Durante todo ese tiempo, Pira escuchaba a medias a los mayores por si alguien decía algo sobre István y Sándor, pero no lo hicieron. Ya no discutían.

Martha y Agnes se habían incorporado a la conversación. Estaban charlando, simplemente. Parecía aburrido.

Pasó la página. Donald se iba de pesca con Jorgito, Juanito y Jaimito. El billete de lotería le sobresalía del bolsillo. A Pira le gustaba el Pato Donald. No paraba de cometer errores, pero siempre parecía contento.

De pronto, Pira oyó el nombre de Harry Taub y aguzó el oído.

—Es un productor de cine de Hollywood —dijo Martha—. El que compró una opción para el libro de Bruno. Dice que el Gobierno sospecha que es un espía al servicio de los rusos o algo así. Podría haber un juicio, o juicios. No es solo él, es todo un grupo de gente de Hollywood.

—Parece el mismo perro con otro collar —dijo Valéria.

¿De qué perro hablaba?

—No es lo mismo —dijo Bruno—. Comunismo y anticomunismo no son lo mismo. El fundamento moral es diferente.

Guardaron silencio. En la parte de atrás de la casa, los gemelos iban ganando nuevas tierras y celebrándolo con gritos agudos, primero uno y después el otro.

—Estás siendo injusto —dijo Martha—. Valéria está hablando de las víctimas. Para ellas es lo mismo.

—Y la sospecha creciente —dijo Valéria—. Eso también es lo mismo. Si Sándor e István son sospechosos de traición, cualquiera puede serlo.

—¡Cualquier Cara! —dijo Pira.

Todos lo miraron.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Bruno.

Pira sintió que se ruborizaba. Había dicho una estupidez. Ahora tendría que explicarlo.

—Es de un tebeo. No del que estoy leyendo ahora. Es el tebeo favorito del Pequeño Abner. Lo he leído en casa. Hay un detective que se llama Intrépido Fosdick. Busca a un criminal que se llama Cualquier Cara. El criminal puede disfrazarse y adoptar la cara de cualquiera. Así que el Intrépido Fosdick sospecha de todo el mundo, porque cualquiera puede ser Cualquier Cara. Esa es la historia.

Los mayores sonrieron, pero no de forma que le hiciera sentirse ridículo. Sonreían por la historia.

—¿El Pequeño Abner lee tebeos? —preguntó Martha.

—Sí.

—Un tebeo dentro de un tebeo —dijo Bruno—. Qué ingenioso. ¿Y el Intrépido Fosdick encuentra a Cualquier Cara?

—No. Mata a un montón de gente. Las balas les hacen agujeros en la cabeza y en el cuerpo. Hay un hombre a quien el Intrépido Fosdick le rompe la cara pensando que no es la suya verdadera, pero resulta que sí lo es. Y Cualquier Cara, el verdadero Cualquier Cara, simplemente se echa a reír y dice: «Fosdick está cometiendo mis crímenes». Tiene un rostro como de plastilina, puede encogerlo, estirarlo y darle la forma que quiera. Un rato parece una mujer, luego un hombre con el pelo rizado, después el jefe de policía. Al final Intrépido Fosdick se da cuenta de que Cualquier Cara podría derretirse en un cuarto muy caliente. Pero a una temperatura que llegue a los doscientos cincuenta grados, nada menos. Así que Intrépido Fosdick encierra en una habitación a sesenta y nueve personas sospechosas de ser Cualquier Cara y conecta el calor. Se queda allí con ellos, observándolos. Hace más calor cada vez. Cualquiera de ellos podría ser Cualquier Cara, pero solo se derretirá un rostro, y será el de Cualquier Cara. La gente se pone a sudar y gritar: «¡Hace mucho calor! ¡No lo soporto!». Pero Intrépido Fosdick dice: «Solo estamos entrando en calor, todavía estamos a ciento veinte grados». Uno de los encerrados dice: «¡Se

me está derritiendo la dentadura postiza! ¿Vale eso?», pero ninguna cara se derrite. Uno suplica a Fosdick que los mate a todos porque el calor es insoportable. Pero Intrépido Fosdick dice: «No, caballeros. ¡La cara de uno de ustedes se fundirá como mantequilla!». Eso es lo que dice. Entonces uno de ellos dice: «¡Mirad! ¡Fosdick ha descubierto a Cualquier Cara! ¡Es el propio Fosdick!». Porque a Fosdick es el único al que se le está fundiendo la cara. Así acaba la historia. El Pequeño Abner se queda muy afectado porque Intrépido Fosdick era su héroe. Odia la historia. Quiere que se la expliquen. La última palabra de la historia es: «¿Podrás?».

Era la historia más larga que hubiera contado jamás. El final le resultaba divertido, pero los mayores no se reían. Parecían muy impactados.

—Es una historia tremenda, Peter —dijo Martha—. No sabía que leyeras esas cosas. Debió de haberte impresionado mucho. Te la sabes de memoria.

—Es el Pequeño Abner —repuso él—. Solo es un tebeo.

Cuando volvían en coche a casa empezó a lloviznar. El sol se ponía sobre el Popocatépetl. Martha conducía despacio. Las carreteras no eran seguras con aquel tiempo, dijo ella. Encendió la radio y juntos escucharon melodías cantadas por Agustín Lara. Todas sus canciones eran sobre el amor que le despertaban las ciudades y las mujeres. Eran más para adultos que para niños, pero a Pira le gustaban.

Pira recordó el modo en que Valéria había dicho «hasta siempre». Lo mismo que Sándor. Era bastante triste. Como decir «adiós para siempre». Pero no lo había dicho con tristeza, había cierta alegría en su voz. La canción de la radio era igual.

Ojalá se hubiera despedido así de Tristan. No solo él, sus padres también. Lo acariciaron por turnos, le dijeron que era un perro muy bueno, y luego los gemelos lo distrajeron tirándole un palo cuando Pira, Martha y Bruno subieron al coche. Era para entretenerlo y que no se diera cuenta. Pero sí se la dio. Alzó la

vista, erizando las orejas cuando el coche se alejaba y Valéria les gritaba:

—¡Adiós!

Vio cómo se marchaban.

No lo entendió. Pero en algún momento, más adelante, comprendería que su familia lo había abandonado.

Aun así, como había dicho Martha, le habían dado otra familia. Incluso había otro Paco. Los chicos habían dicho que enseñarían nuevos trucos a Tristan. Eso le gustaría. Agnes le cogería cariño.

Agnes era divertida a veces, pero no a propósito. Como cuando gritó de pronto: «¡Santo Dios! ¡Otra vez ese estúpido jueguecito!». Todo el mundo se había echado a reír porque pensaban que se refería a la conversación sobre los enemigos del partido, pero en realidad hablaba del juego de la guerra al que jugaban los gemelos en la parte de atrás de la casa. No paraban de gritarse el uno al otro.

Ahora el sol era un enorme balón dorado sobre el Popocatépetl. La mayor parte del cielo era de color azul, pero cerca del volcán se cernían nubes de color violeta. Iztaccíhuatl parecía adormecida.

Agustín Lara estaba cantando sobre Veracruz. Allí era donde abordarían el barco, así que Pira escuchó con interés.

Yo nací con la luna de plata
Y nací con alma de pirata.

Con la luna y el alma de pirata, Agustín Lara se había marchado de Veracruz hacía mucho, pero la echaba de menos. Rinconcito donde hacen su nido las olas del mar... Pedacito de patria que sabe sufrir y cantar...

De repente, al mirar por la ventanilla, Pira vio que su aro azul y rojo se cernía en el aire, enmarcando el volcán. Al principio era solo una idea, pero luego, enfocando la mirada, vio que era real. No era el arco de verdad, por supuesto, pero sabía que era real de una forma mágica, y que su realidad dependía de que él

concentrara la atención.

¡Las dos mitades eran completamente iguales! Se unían por arriba y por abajo. Se imaginó a una hormiga que trepaba desde abajo por el lado rojo. La hormiga no sabría que iba avanzando en círculo. Se preguntaría: ¿Adónde voy? ¿Dónde está la entrada del hormiguero? ¿Dónde están mis amigos? De modo que para arriba fue, poco a poco, por la mitad roja del aro. Al llegar, dio la vuelta a la madera igual que al subir. Al principio por el lado derecho, porque aquel era el sentido en que iba el aro, hasta que llegó a la parte central de la primera mitad. Luego la dirección cambiaría, poco a poco al principio, y luego cada vez más hacia la izquierda, pero aún hacia arriba, más y más. ¡Qué ascensión para una hormiga! Acabaría llegando a la cima, al medio exacto donde se encontraban la parte azul y la parte roja. Tan pronto como tocara la parte azul de la rueda, la hormiga empezaría a bajar. Creería que iba hacia arriba, pero en realidad iría hacia abajo, cada vez más. Acabaría pasando por la mitad de la parte azul, justo en el punto opuesto al centro de la roja, la misma pero no igual porque una estaba hacia arriba y la otra hacia abajo, y llegaría adonde las dos mitades, roja y azul, se fundían al fondo, que es donde había empezado. ¿Volvería a subir? Eso sería triste. Mejor sería que se bajase del aro y se fuera a casa, al hormiguero.

La voz de Martha lo sobresaltó, sacándolo de su ensoñación.

—Estaba pensando en Valéria —dijo.

—¿Qué pasa con ella? —preguntó Bruno.

—¿No crees que has sido un poco duro con ella?

—Presta oídos a quien no debe.

—¿A quién no debe prestar oídos, Bruno? No puede haber solo un camino recto.

Martha aceleró al decir eso, pero enseguida pisó el freno. Estaban doblando una curva cerrada. El coche patinó y viró de golpe.

—¡No! —exclamó Martha, para luego emitir un gemido más prolongado, de temor.

El costado del coche chocó contra un poste de la carretera y se detuvo. Se quedaron inmóviles. Martha bajó la ventanilla. Una

enorme quietud entró en el coche.

—Ay, Dios —dijo Martha en voz muy queda, y luego—: Lo siento.

Escucharon.

—¿Es seguro salir? —preguntó Bruno.

—Creo que sí —contestó ella—. Mejor que si seguimos adelante.

—Vamos fuera.

Había una pronunciada pendiente al borde de la carretera. Pira imaginó que el coche caía rodando por allí, cada vez más abajo. Ya estarían muertos. O sus padres habrían muerto y él seguiría con vida. ¿Cómo habría vuelto a casa? ¿Con quién viviría él si muriesen sus padres? ¿Con Zita y Federico? ¿O quizá con su primer padre, en Nueva York? Pero casi no lo conocía.

La quietud contenía muchos sonidos, algunos cercanos y otros que venían de muy lejos: el crujido de las pisadas de Bruno en la grava..., diminutas voces que gritaban por algún sitio..., pájaros, muchos pájaros..., el chuc-chuc-chuc de un tren a lo lejos... Alguien reía...

Bruno le puso la mano en el hombro.

—¿Volvemos a subir al coche? —dijo Martha finalmente.

Durante el resto del camino a casa, Martha y Bruno hablaron de cosas que debían hacer antes de marcharse, aunque sobre todo iban callados. Cuando bajaron del coche, antes de entrar en la casa, se miraron y se abrazaron. Bruno sostuvo la verja para que pasaran Pira y Martha. La casa estaba muy silenciosa. Sus pasos resonaban con fuerza en el vacío de las habitaciones.

Bruno entró en su cuarto y se sentó en la cama de Pira, antes de que se durmiera.

—Dentro de tres días iremos a Ciudad de México —le dijo.

Tres días. Eso le dejaba dos días para jugar con Arón. Y los esperaba con impaciencia.

—Y dentro de diez estaremos en mar abierto. ¿No estás emocionado?

Se imaginó viento, sol, grandes olas, tiburones y piratas. Estaba emocionado.

—Sí.

En mar abierto. Le encantaban esas palabras.

El mundo de piedra
Joel Agee

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *The Stone World*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la fotografía de la portada, George Marks / Getty Images

© Joel Agee, 2020
Publicado de acuerdo con Melville House Publishing Llc a través de International Editors' Co

© de la traducción, Benito Gómez Ibáñez, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2023

ISBN: 978-84-322-4201-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!